




LA VIDA QUE SOÑAMOS

**KERRY
LONSDALE**

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

**LA
VIDA
QUE
SOÑAMOS**

**LA
VIDA
QUE
SOÑAMOS**

**KERRY
LONSDALE**

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

amazoncrossing 

Título original: *Everything We Keep*

Publicado originalmente por Lake Union, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Julio, 2019

Copyright © Edición original 2016 por Kerry Lonsdale

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Diseño de cubierta por lookatcia.com

Imagen de cubierta © Anne Koch / Getty Images

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919804276

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Kerry Lonsdale piensa que la vida es más emocionante con altibajos y quizá por eso le gusta situar a sus personajes en escenarios inesperados y en lugares exóticos. Se graduó en la California Polytechnic State University, en San Luis Obispo, y es fundadora de la Women's Fiction Writers Association, una comunidad online de autoras de todo el planeta. Reside en el norte de California con su marido, sus dos hijos y un golden retriever entrado en años que se sigue creyendo un cachorro. *La vida que soñamos* es su primera novela. Más información en www.kerrylonsdale.com.

*A Henry, que viajó ocho mil kilómetros para encontrarme. Te
quiero*

Índice

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

SEGUNDA PARTE

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

PRIMERA PARTE

GEM CITY OF THE FOOTHILLS

LOS GATOS, CALIFORNIA

Capítulo 1

JULIO

El día de nuestra boda, mi prometido, James, llegó a la iglesia en un féretro.

Llevaba años soñando con que me esperara en el altar, con esa sonrisa que reservaba solo para mí y que siempre me revolvió por dentro, pero, en lugar de enfilarse hacia mi mejor amigo, mi primer y único amor, asistía a su funeral.

Estaba sentada al lado de mis padres en el templo repleto de amigos y parientes que tendrían que haber sido los invitados a nuestra boda y, en cambio, habían ido a presentar sus respetos a un hombre que había muerto demasiado joven y demasiado pronto. Acababa de cumplir veintinueve.

Y se había ido. Para siempre.

Me corría una lágrima por la mejilla. La atrapé con el pañuelo hecho trizas que llevaba en la mano.

—Toma, Aimee —me dijo mamá, dándome uno limpio.

Lo estrujé.

—Gggggracias —le contesté entre sollozos.

—¿Es ella? —oí murmurar una voz a mi espalda, y me tensé.

—Sí, la prometida de James —le respondió otra voz en un susurro.

—Pobrecita. Con lo joven que parece. ¿Cuánto tiempo llevaban prometidos?

—No estoy segura, pero se conocían desde niños.

Un aspaviento.

—Novios de la infancia... ¡Qué tragedia!

—Se ve que han tardado semanas en encontrar el cadáver. ¿Te lo imaginas, tanto tiempo sin saber...?

Gemí. Empezó a temblarme el labio descontroladamente.

—¡Eh! Un poco de respeto, por favor... —susurró papá a las señoras que teníamos detrás. Luego se levantó, pasó por delante de nosotras, rozándonos las rodillas, y se sentó a mi otro lado, haciéndome un sándwich con mamá. Me arrimó a su cuerpo y se convirtió en mi refugio frente a los chismorreos y las miradas curiosas.

Empezó a sonar el órgano con gran estruendo y dio comienzo el funeral. Todo el mundo se puso en pie. Yo me levanté despacio porque me dolía el cuerpo entero, súbitamente envejecido, y me agarré al banco de delante para no volver a caerme sentada. Todas las cabezas se volvieron hacia el fondo de la iglesia, donde unos hombres llevaban a hombros el féretro de James. Mientras los veía avanzar en procesión detrás del sacerdote, no pude evitar pensar que portaban algo más que los restos de James, cuyo cadáver estaba demasiado descompuesto para exponerlo en un féretro abierto. Nuestras esperanzas y nuestros sueños, el futuro que habíamos trazado en un mapa, iba también sobre esos hombros. La idea de James de abrir una galería de arte en el centro después de dejar el negocio familiar. Mi sueño de montar mi propio restaurante cuando mis padres se jubilaran y cerraran el suyo. El niño que imaginaba de pie entre James y yo, con sus manitas agarraditas de las nuestras.

Lo enterraríamos todo ese día.

Otro sollozo se me escapó de los pulmones y resonó en las paredes de la iglesia más fuerte que las notas marchitas del órgano.

—No puedo con esto —gemí en un susurro ronco.

Perder a James. Sentir todas las miradas de pena clavadas en la espalda mientras ocupaba el segundo banco. El aire asfixiante, la mezcla rancia de olor a sudor y a incienso envuelta en el aroma dulzón y empalagoso de los ramos de orquídeas dispuestos artísticamente por toda la iglesia de estilo colonial. Las flores se habían comprado para nuestra boda, pero Claire Donato, la madre de James, había pedido que las llevaran al funeral. La misma iglesia. Las mismas flores. Otra ceremonia.

Se me revolvió el estómago. Me tapé la boca e hice ademán de rodear a papá para salir al pasillo. Mamá me cogió la mano y me la apretó. Me tomó del brazo y yo apoyé la cabeza en su hombro.

—Tranquila, tranquila —me dijo. Empecé a llorar desconsoladamente.

Los portadores depositaron el féretro en una plataforma metálica y ocuparon sus sitios. Thomas, el hermano de James, se sentó en el primer banco, al lado de Claire, que llevaba un traje de chaqueta negro y el pelo

plateado recogido en una coleta tan tiesa como su postura. Phil, el primo de James, se acercó al banco para situarse a su otro lado. Se volvió y me miró e inclinó la cabeza a modo de saludo. Tragué saliva y me eché hacia atrás todo lo que pude hasta topar con las pantorrillas en la madera.

Claire se volvió también.

—Aimee...

La miré sobresaltada.

—Claire... —murmuré.

Desde que habíamos sabido lo de James, apenas habíamos hablado. Me había dejado muy claro que mi presencia le recordaba demasiado lo que había perdido, a su hijo más pequeño. Por el bien de las dos, yo había mantenido la distancia.

El funeral se desarrolló con el programa habitual de rituales e himnos. Escuché a medias la homilía y apenas oí las lecturas. Cuando terminó la ceremonia, me escapé por la puerta lateral antes de que nadie pudiera detenerme. Había oído condolencias de sobra para dos vidas.

Los invitados empezaron a salir al jardín. Vi el coche fúnebre cuando enfilaba el pasadizo techado con la esperanza de poder escapar sin ser vista. Miré por encima del hombro y mis ojos se encontraron con los de Thomas. Recorrió el corredor cubierto y me envolvió en sus brazos. Me dio un abrazo fuerte. El tejido áspero de su traje me arañó la mejilla. Se parecía a James: pelo y ojos oscuros, piel aceitunada. Una versión mayor de espaldas más anchas, pero la sensación no era la misma.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, y su aliento se coló en mi pelo.

—He estado a punto de no hacerlo.

—Lo sé.

Me alejé de la muchedumbre que se agolpaba a nuestro alrededor hasta que nos detuvimos debajo de la enredadera de trompetas en flor que había al borde del pasadizo. La brisa vespertina de julio mecía la lavanda. La bruma que había cubierto Los Gatos en las primeras horas del día se había levantado con el sol. Hacía ya demasiado calor.

Thomas me llevó a un aparte y me agarró de los brazos.

—¿Cómo lo llevas?

Meneé la cabeza y pegué la lengua al paladar para contener el sollozo que amenazaba con oírse. Me zafé de Thomas.

—Tengo que irme.

—Nos vamos todos. Vente en mi coche. Yo te llevo al entierro y a la

recepción de después.

Meneé la cabeza de nuevo. Él había ido a la iglesia con Claire y Phil.

—No vienes —dijo Thomas con un fuerte suspiro.

—Solo al entierro —contesté, toqueteándome el cinto del vestido cruzado. Había ido hasta allí en el coche de mis padres y pensaba marcharme con ellos—. La recepción es cosa de tu madre. Sus parientes y sus amigos.

—También eran amigos vuestros.

—Lo sé, pero...

—Lo entiendo. —Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel doblado—. No sé cuándo volveré a verte.

—No me voy a ninguna parte. Que James haya... —Tragué saliva y me miré los zapatos de cuña negros. No los de tacón alto y color blanco satén con la punta abierta que debería haber llevado ese día—. Me puedes llamar. O venir a verme —le ofrecí.

—Voy a estar viajando mucho.

Levanté la cabeza.

—¿Sí...?

—Toma. Es para ti.

Desdoblé el papel que me daba e hice un aspaviento. Era un cheque personal de Thomas. De una cuantía importante.

—¿Qué...?

Me temblaron los dedos mientras digería la cantidad: 227.000 dólares.

—James iba a modificar el testamento cuando os casarais, pero... —Se frotó la mandíbula y bajó la mano—. Sigo siendo yo el beneficiario. Aún no he recibido los fondos de su cuenta bancaria, pero esto es lo que te habría correspondido, menos su parte de Donato Enterprises, que no habría podido incluir en el testamento.

—No puedo aceptar tu dinero —dije, alargándole el cheque.

Se metió las manos en los bolsillos.

—Sí, sí puedes. Os ibais a casar hoy, así que habría sido tuyo. —Volví a estudiar el cheque. Era muchísimo dinero—. Tus padres se jubilan pronto, ¿no? Cómprales el restaurante y abre el tuyo. James me dijo que era lo que querías hacer.

—Aún no lo he decidido.

—Pues viaja, conoce mundo. ¿Qué tienes, veintiséis? Te queda toda la vida por delante. Haz lo que te haga feliz. —Forzó una sonrisa y miró por encima de mis hombros, fijamente, al fondo del jardín—. Tengo que irme.

Cuídate, ¿vale? —Y me dio un beso en la mejilla.

Noté el roce suave de sus labios, pero apenas registré sus palabras. Cada vez había más alboroto en el jardín y mis pensamientos estaban muy lejos de allí. «Haz lo que te haga feliz.» No tenía ni idea de lo que era eso. Ya no.

Levanté la vista para despedirme de Thomas, pero ya se había ido. Al volverme, lo vi al fondo del jardín con su madre y su primo. Como si notara que lo observaba, Phil ladeó la cabeza y me miró a los ojos. Enarcó las cejas como queriendo decirme algo. Tragué saliva. Le habló al oído a Claire, luego vino hacia mí.

El aire chisporroteaba como aceite en una sartén ardiendo. Oí la voz de James. Un eco lejano. «Larguémonos de aquí.»

Guardé el cheque en el bolsito y me escabullí hacia el aparcamiento. Me alejé de mi pasado, con un futuro incierto y sin saber cómo iba a escapar. No tenía coche.

Al llegar a la acera me detuve, pensando en volver al jardín a por mis padres. Entonces se me acercó una mujer mayor de pelo rubio corto.

—¿Señorita Tierney? —La despaché con un manotazo al aire. No me apetecía oír ni un solo pésame más—. Por favor, es importante.

Su extraño tono de voz me hizo vacilar.

—¿La conozco?

—Soy una amiga.

—¿Amiga de James?

—Suya. Me llamo Lacy —dijo, tendiéndome la mano.

Me quedé mirando el brazo suspendido entre las dos, luego la miré a la cara.

—Perdone, ¿nos han presentado?

—He venido por James. —Bajó el brazo y miró por encima de su hombro—. Tengo información sobre el accidente.

Se me formó una lágrima en el rabillo del ojo. Inspiré hondo. Respiraba entrecortadamente, de tanto llorar en las últimas semanas. James me había dicho que serían solo cuatro días, un viaje de negocios rápido. Volar a México, llevar a pescar a un cliente, negociar unos contratos en una cena y volver a casa. Según el capitán del barco, James había tirado la caña, él había ido a echar un vistazo al motor y, cuando había vuelto, ya no estaba. Así, tal cual. Se había evaporado.

De eso hacía ya dos meses.

James había estado semanas desaparecido y al final lo habían dado por

muerto. Luego, según Thomas, las olas habían arrastrado el cadáver a la orilla. Lacy no debía de saber que el cuerpo había aparecido. Caso cerrado.

—Llega tarde. James...

—Está vivo. James está vivo.

Me la quedé mirando, pasmada. ¿Quién se creía que era aquella mujer?

—¡Mire! —espeté, señalando el coche fúnebre.

Lo hizo. Vimos al conductor cerrar de un golpe el portón trasero y rodear el vehículo para ocupar su sitio. Una vez dentro, arrancó y salió del aparcamiento en dirección al cementerio.

La observé con una satisfacción contenida, pero ella, sin apartar la vista del sedán negro, me habló en voz baja, fascinada.

—Me pregunto qué habrá dentro de ese féretro.

—¡Espere! —Lacy me seguía mientras yo serpenteaba por el aparcamiento—. ¡Espere, por favor!

—¡Váyase! —le dije con los ojos llenos de lágrimas y la lengua babosa.

Tenía que vomitar y Lacy no me dejaba en paz. Miré hacia la calle. Mi casa estaba a algo más de un kilómetro. A lo mejor podía ir andando.

La bilis me subió rápidamente a la boca.

«¡Ay, Dios mío!»

—Déjeme que se lo explique —me suplicó Lacy.

—No. Ahora, no.

Me tapé la boca con la mano y me agaché detrás de una furgoneta grande. Noté un súbito sofoco. Me sudaban las axilas y el pliegue de los pechos. Se me revolvió del todo el estómago. Me dio una fuerte arcada.

Todo lo que había estado reteniendo salió disparado y llenó de vómito la acera bañada por el sol. El mensaje que James no llegó a dejarme en el buzón de voz. Las noches en soledad esperando a que me dijeran que estaba vivo. La llamada de Thomas, esa que tanto había temido recibir. James ya no estaba.

Luego, la insistencia de Claire en que el funeral se celebrara el día de nuestra boda. Ella ya había reservado la iglesia y sus invitados los viajes. ¿Por qué iban a cancelarlos o cambiar de planes?

Otro escalofrío me recorrió el cuerpo. Vomité hasta que me dolió el corazón y se me vació el estómago. Después lloré. Me asaltó un llanto convulsivo. Cayeron al asfalto unas lágrimas gruesas que salpicaron en el vómito ácido.

En algún rincón remoto de mi pensamiento, supe que había llegado al límite. Ojalá me hubiera derrumbado en casa, abrazada a la almohada de James, no allí, en el aparcamiento, con una multitud de personas a solo treinta metros de mí y aquella desconocida rondándome.

Me escurrí por la furgoneta y me senté en el parachoques. Lacy me ofreció una botella de agua.

—Está sin abrir.

—Gracias.

Como me temblaban las manos, no conseguía quitarle el tapón, así que la recuperó y me la destapó. Me bebí un tercio sin respirar.

Lacy sacó varios pañuelos de su bolso.

—Tome —me dijo y, recolocándose la bandolera del bolso, observó cómo me limpiaba los labios y me sonaba la nariz—. ¿Mejor?

—No.

Me incorporé, deseando irme a casa.

Lacy volvió a hundir la mano en el bolso y sacó una tarjeta de visita.

—Tengo que hablar con usted.

—No me interesa lo que vende.

Me miró muy ofendida.

—No vendo nada. Hay algo que... —Calló y echó un vistazo al aparcamiento, a nuestra espalda. Parpadeé, admirada ante la intensidad de sus ojos de color lavanda. Tuve una corazonada: aquella mujer sabía algo—. No vendo nada y siento mucho haberle dicho lo que le he dicho de ese modo, pero es la verdad. Venga a verme en cuanto pueda —añadió y, cogiéndome la mano libre, me puso en ella la tarjeta, luego se retiró y desapareció por detrás de la furgoneta.

Oí unos pasos, el clic-clac de unos tacones corriendo por la acera.

—¡Ah, estás aquí! —jadeó Nadia, sin aliento—. No te encontrábamos por ninguna parte. Tus padres te están buscando.

Las ondas de pelo cobrizo le caían por los hombros. Se le había deshecho el recogido, probablemente al venir corriendo a por mí.

Kristen se detuvo a su lado, agitada. Llevaba una carrera en las medias, por el lateral de la pantorrilla.

Ellas tendrían que haber sido mis damas de honor.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Kristen con voz de pito por el sofoco.

—Estaba...

No terminé la frase porque no quería que supieran que me estaba escondiendo, que una desconocida me había perseguido por todo el aparcamiento y que después yo había vomitado en los zapatos.

—¿Estabas, qué? —quiso saber. Nadia le dio un codazo y señaló el suelo. Kristen puso cara de asco al ver la prueba de lo ocurrido esparcida por la acera como si se hubiera volcado un bote de pintura—. Ay, Aimee —gimió.

Me puse colorada y agaché la cabeza. Leí la tarjeta que llevaba en la mano.

Lacy Saunders

Asesora e investigadora psíquica

Asesinatos, desaparecidos y misterios sin resolver

Le ayudo a encontrar las respuestas que busca.

Sentí un escalofrío. Miré hacia donde se había ido Lacy. Ya no estaba.

—¿Qué es eso? —me preguntó Nadia.

Le di la tarjeta y puso los ojos en blanco.

—Puf, ya empiezan a darte la lata los chiflados...

—¿Quién? —preguntó Kristen, asomándose por encima del hombro de Nadia.

Nadia dobló la tarjeta enseguida y se le guardó en el bolso.

—No seas ingenua, Aimee. La gente se aprovechará de ti.

—¿Quién? —insistió Kristen—. ¿Qué pone en esa tarjeta?

—Nada con lo que Aimee deba perder el tiempo.

Me dije que Nadie tenía razón. Lacy era una chiflada. Qué descaro, abor dame así. Seguramente se plantaba en todos los funerales que encontraba en la sección de necrológicas del periódico.

Kristen me tomó del brazo.

—Ven, cielo. Te llevamos al cementerio. Vamos a buscar a tus padres para decirles que vienes con nosotras. Nick está esperando junto al coche.

Nick. El marido de Kristen. El mejor amigo de James. James.

Dejé que Kristen tirara de mí.

—Me iba a ir andando a casa.

Me miró los zapatos con alza de diez centímetros y frunció el ceño.

—Sí, claro.

Después del entierro, Nick nos dejó a las tres en mi casa. Kristen y Nadia me siguieron dentro. Me detuve en el umbral de la puerta, entre la entrada y el salón de nuestro chalé de tres dormitorios y miré alrededor. Allí estaban los silloncitos de piel de color caramelo y el sofá tapizado de chenilla marrón topo. Un televisor de pantalla plana encajado en el armario de nogal, las puertas entornadas desde la última vez que lo había usado, fuera cuando fuese. Tres pinturas enmarcadas de James adornaban la pared de encima del aparador que había junto a la puerta de la calle.

Todo estaba en su sitio salvo el hombre que vivía allí.

Solté las llaves y el bolsito en el aparador.

Nadia cruzó el salón hasta la cocina y sus tacones resonaron en el parqué.

—¿Te apetece beber algo?

—Té, por favor —dije, y me quité los zapatos y estiré los dedos de los pies.

Nadia sacó la batidora. Agarró unos cuantos hielos de la bandeja del congelador y los echó en el vaso. Los hielos chascaron al contacto con la superficie más caliente del vaso.

—¿Qué tal algo más potente?

Me encogí de hombros.

—Claro. Lo que sea.

Sorprendida, Kristen levantó la vista de los zapatos que acababa de quitarse junto a la mesita de centro. Se sentó en el silloncito más próximo a la chimenea, con los pies debajo de las piernas. Cuando me retiré a mi dormitorio, noté que me miraba.

Fui directa al armario que James y yo compartíamos y abrí las puertas biseladas. Mi ropa estaba colgada al lado de sus trajes. Todos gris marengo, negro y azul marino. Algunos con raya diplomática, pero la mayoría lisos. «Trajes de poder», como los llamaba él. Tan distintos de las camisas a cuadros y los vaqueros que llevaba por casa.

Cualquiera que viese su guardarropa pensaría que las prendas eran de dos personas distintas. A mí a veces me parecía que vivía con dos hombres diferentes. El que trabajaba para Donato Enterprises era serio y educado comparado con el artista de espíritu libre, camisa remangada y manchas de pintura en los antebrazos.

Yo los quería a los dos.

Pegué la nariz a la manga de su camisa azul favorita y la olí. Sándalo y

ámbar intensos, su colonia, y cierto tufo al aguarrás con el que limpiaba los pinceles. Se había puesto esa camisa la última vez que había pintado y, al cerrar los ojos, lo vi blandiendo el pincel, tensando los músculos de los hombros bajo el algodón azul descolorido.

—¿Quieres hablar? —me preguntó Kristen en voz baja, a mi espalda.

Negué con la cabeza, me solté el cinto y me quité el vestido. Se deslizó de mi cuerpo y se amontonó a mis pies. Saqué del armario la camisa de James y mis pantalones de chándal, que tenía desde el instituto, y me vestí. Al ponerme la camisa, noté su calor. El tacto del tejido en mi espalda me hizo sentir como si James me abrazara.

«Nunca te olvidaré, Aimee.»

Se me partió el corazón un poco más. Contuve un sollozo.

A mi espalda, crujió el parqué y protestó la cama. Cerré las puertas del armario y me volví a mirar a Kristen. Se había recostado en el cabecero panelado y estaba abrazada a una almohada. La de James.

—Lo echo de menos —dije, encorvándome.

—Lo sé —respondió, y dio una palmadita en la cama, a su lado.

Repté por el colchón y apoyé la cabeza en su hombro. Ella descansó la mejilla en mi coronilla. Nos habíamos sentado así desde que yo tenía cinco años, acurrucadas una contra la otra mientras nos susurrábamos secretos. También nos habíamos sentado mucho así en los dos últimos meses. Kristen era dos años mayor que yo y había ocupado el lugar de esa hermana que, siendo hija única, nunca había tenido. Me pasó el brazo por los hombros.

—Con el tiempo será más fácil. Te lo prometo.

Empecé a llorar otra vez. Buscó unos pañuelos en la mesilla. Tomé varios y me soné. Me apartó los rizos mojados de la sien, tomó un pañuelo ella también y se dio unos toquitos en los lagrimales.

—Somos un desastre, ¿no? —dijo, soltando un bufido lloroso y sonriendo.

No tardamos en reunirnos con Nadia en la cocina y, mientras nos tomábamos unos margaritas, compartimos anécdotas de nuestra infancia con James. Varias horas y demasiados cócteles después, Nadia se derrumbó en el sofá y empezó a roncar en cuestión de segundos. Kristen ya dormía en mi cama. Me sentí aislada en aquella casa a oscuras cuya única luz procedía de las velas que Kristen había encendido antes. Me hice un hueco en el sofá, levantándole los pies a Nadia y poniéndomelos después en el regazo. Eran las diez y yo tendría que haber estado en brazos de James, en nuestro banquete de

boda, dejándome llevar suavemente por la pista al ritmo de nuestra canción, «Two of Us».

Nadia gruñó, se revolvió. Se levantó del sofá y se fue al cuarto de invitados, arrastrando los pies y llevándose consigo la mantita.

Ocupé el sitio que había dejado y dejé deambular mi pensamiento. Pensé en James y en por qué habría ido a México cuando lo hizo. ¿Por qué no había esperado o había dejado que Thomas se encargara de ese cliente? Thomas era el presidente de Donato Enterprises y supervisar las operaciones de importación y exportación de muebles era su trabajo. Como ejecutivo financiero, la responsabilidad de James era llevar las cuentas, no las negociaciones. Pero había insistido en que era el único que sabía manejarlo. Se fue al día siguiente de que yo enviara nuestras invitaciones de boda.

Empezaron a pesarme los párpados y me entró sueño, un sueño que trastocó mis pensamientos. Soñé con la mujer del aparcamiento. Iba vestida de negro, de la cabeza a los pies, y sus ojos despedían un brillo iridiscente. Alzaba los brazos sobre una figura postrada y movía los labios. El sonido melodioso de su ensalmo hacía vibrar el aire de su entorno y el cadáver que descansaba a sus pies. Un cadáver que de pronto se movía. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no era un cadáver cualquiera. Era James. Y Lacy lo estaba resucitando de entre los muertos.

Capítulo 2

—¿Qué haces aquí?

La voz de barítono de papá me resonó en los oídos. Sobresaltada, lo miré fijamente. Y él a mí, con los brazos salpicados de pecas pegados a ambos lados de su pecho fuerte. La puerta que separaba la cocina del comedor de The Old Irish Goat se batió a su espalda; las bisagras chirriaban cada vez que pasaba alguien.

Era lunes, dos días después del funeral de James, y como todas las mañanas desde que había empezado a trabajar en el *pub* de mis padres, me había despertado a las cinco y, como todas las mañanas desde la desaparición de James, me había levantado de la cama y había ido arrastrándome hasta el baño, luego me había servido un café que no recordaba haber hecho la noche anterior, había salido cansina al coche, un New Beetle naranja, y había conducido hasta The Old Irish Goat, el *pub* exclusivo que mis padres habían comprado antes de que yo naciera. Yo me había criado en aquel restaurante, fregando suelos y reponiendo estanterías. Después pasé a la cocina y empecé a trabajar con mi madre, la chef, y Dale, su pinche. Dale me había formado para que pudiese ser repostera. Los panes eran mi especialidad. Tras graduarme en la escuela de cocina de San Francisco, me convertí en pinche de mamá cuando Dale aceptó el puesto de chef en uno de los restaurantes más antiguos de Cambridge, Massachusetts. Una oportunidad única en la vida, me dijo en una ocasión.

Mirando alrededor, reparé en el interior de The Goat, en los hornos y cocinas industriales de acero inoxidable, en la cámara frigorífica y en el congelador contiguo, en las ollas y en los platos que tenía al alcance, y me sentí como si despertara por segunda vez ese día.

Los fluorescentes zumbaban en el techo como un enjambre de abejas. En una radio cercana, con el volumen bajo, se oía el murmullo del programa

matinal de la emisora local. Apenas distinguía lo que decía el presentador, pero la cadencia de su voz era suave y sonora. Todo me resultaba familiar. Una mañana típica que no era típica en absoluto.

Papá me miró con recelo, cansado de mi silencio. Yo estaba de pie en la zona de repostería, rodeada de hogazas de masa subiendo, con los puños metidos en un montículo de aquella sustancia fresca espolvoreada de harina. El polvo blanco cubría toda la encimera.

—¿Qué hora es? —grazné.

Papá entró un poco más en la cocina.

—Las nueve.

Hacía tres horas que había salido de casa.

Me vinieron imágenes a la cabeza. De haber aparcado, haber desactivado la alarma del restaurante, haber reunido los ingredientes, haberlos combinado. Esos recuerdos podían ser de cualquiera de un millar de mañanas.

Con un fuerte sonido de succión, saqué las manos de la masa. Se me quedaron trozos de masa pringosa adheridos a los dedos y metidos por las uñas. Froté las manos, pero aquella porquería no se iba.

Por lo general, agradecía aquellas mañanas de soledad —las anhelaba, de hecho—, amasando el pan del día. Era una distracción rítmica que conocía desde niña, cuando mamá me había enseñado a hacer pan en la cocina de casa. Aquellas tareas repetitivas me permitían meditar, planear el día, planificar el futuro, analizar el pasado. Pero ese día no. La masa se me pegaba como un chicle a la suela del zapato. Irritante. Tan desagradable como recordar todas las horas que había pasado planificando en vano mi futuro. Un futuro que ya no existía.

Froté más fuerte, hasta rasqué con las uñas, para arrancarme la masa.

Papá se plantó a mi lado con un paño húmedo y empezó a limpiarme las manos. Lo hizo suavemente y con preocupación paternal. Procuró no irritarme más la piel, dando golpecitos suaves en las marcas rojas que yo me había dejado ya. Su ternura me encendió aún más. No quería que me trataran como si fuera a derrumbarme en cualquier momento. Me zafé de sus manos, le arrebaté el paño y seguí frotándome con fuerza.

—Vete a casa, Aimee.

—¿Y qué hago allí? —repliqué, tirando el paño a la encimera.

Papá no dijo nada más. Me observó mientras enrollaba la masa y añadió varias hogazas a la enorme bandeja metálica. Yo las deslicé por las guías del carrito y lo hice rodar a un lado para hornear las barras y los bollos más tarde.

Mamá entró despacio en la cocina cargada con dos bolsas marrones de compra. Llevaba el pelo corto y canoso de punta pero elegante, que dejaba ver los pendientes de plata en forma de espiral que le colgaban de los lóbulos. Primero miró a papá, luego me sonrió a mí.

—He visto tu coche fuera. ¿Qué haces aquí?

—Pan. Lo mismo que todas las mañanas, cinco días a la semana — repliqué con un retintín que no me gustó.

—Ya le he dicho yo que se vaya a casa —terció papá.

—Tu padre tiene razón. Necesitas descansar.

—Necesito trabajar —contesté, agarrando una cuchara de palo—. Vosotros necesitáis mi ayuda y nos hace falta pan para la comida y la cena de hoy. —Se miraron—. ¿Qué? —pregunté.

—He llamado a Margie —me dijo mamá con una sonrisa que dejó al descubierto toda su dentadura, superior e inferior.

Recurría a Margie solo en situaciones desesperadas, como cuando yo estaba enferma o nos encargaban la organización de una gran fiesta privada. Margie era la propietaria de la panadería de la esquina y suministraba pan a muchos restaurantes de la zona.

Inspiré e inhalé el aroma cálido y húmedo a pan recién horneado. Un pan que yo no había hecho. Fijé la vista en las bolsas de papel que traía mamá. Margie's Bakery & Artisan Breads.

—A nuestros clientes les encantan mis panes —protesté—. No podéis sustituirlos. ¡Ni a mí!

—No te estamos... sustituyendo —tartamudeó papá.

Resoplé y me di con la cuchara de madera en el muslo. No pretendía decir eso último en voz alta.

Mamá vino corriendo a mi lado.

—No es eso. Hemos recurrido a Margie porque pensábamos que necesitabas tomarte un tiempo.

—Pero no necesito tomarme un tiempo. —Mamá mostró su desacuerdo frunciendo los labios y yo protesté—. ¿Cuánto?

Se lanzaron otra miradita.

—Lo que te haga falta —me dijo mamá, frotándome el brazo.

—Va a haber algunos cambios...

—Ahora no, Hugh —lo interrumpió ella.

—¿Qué cambios? —Miré a papá. Se rascó la mejilla y agachó la cabeza—. ¿Qué me estáis ocultando?

—Nada, cariño —contestó mamá.

—Díselo, Cathy. Se va a enterar tarde o temprano.

Ella lo miró fijamente.

—Tu padre y yo nos jubilamos.

Apreté la cuchara.

—¿Os jubiláis? ¿Ya? —pregunté espantada—. ¡Si acabo de enterrar a James! Ahora no puedo compraros el negocio. No puedo encargarme de The Goat yo sola.

—No tienes que hacerlo. Lo hemos vendido —dijo papá.

La cuchara cayó al suelo con gran estruendo.

—¿Que habéis hecho qué?

Mamá gruñó y me miró como disculpándose.

—El trato debería cerrarse en noventa días —añadió papá.

—¡Hugh! —exclamó mamá, dándose una palmada en la frente.

—¿Qué he dicho?

—¿Qué no has dicho? Quedamos en que le daríamos la noticia poco a poco.

Miré a uno y al otro alternativamente esperando que uno de los dos me dijese que era una broma. Ellos me miraron a mí con una mezcla de remordimiento y preocupación.

—¿Por qué no lo habéis hablado conmigo? —pregunté.

Mamá suspiró.

—Ya sabes que hace tiempo que el negocio no va bien. Vino un comprador y nos lo quitaba de las manos. Tiene grandes planes para este sitio.

—Yo tenía grandes planes para este sitio. ¿Por qué no...? ¡Joder! —Me masajee las sienes—. ¿Por qué no me habéis dejado que os lo comprara?

—¿Y cargarte a ti con nuestra deuda? No podíamos hacer eso —dijo mamá, meneando la cabeza.

—Tampoco será para tanto. Habría podido con ella.

Se me amontonaban los pensamientos. Yo apenas tenía ahorros y la única cuenta conjunta que teníamos James y yo era la que usábamos para pagar la hipoteca y las facturas. Sus aportaciones a esa cuenta habían cesado cuando se le había declarado muerto. El efectivo de sus cuentas personales había terminado en manos de Thomas, que me lo había dado todo en un cheque el día del funeral. Un cheque que yo no tenía estómago para cobrar. No me parecía bien gastarme ese dinero.

A lo mejor podía refinanciar la hipoteca de la casa. O venderla y

mudarme a casa de mis padres una temporada.

—The Goat ya no tiene salvación posible. —Mis pensamientos se detuvieron en seco con la confesión de papá. Agachó la cabeza, inspiró hondo. Pensé que se sentía decepcionado hasta que levantó la cabeza y vi que estaba avergonzado—. No te llegaría ni para pagar la harina con la que hacer el pan. Lo último que queremos tu madre y yo es verte en bancarrota.

—¿Bancarrota? —repetí extrañada.

Mamá asintió con la cabeza. Se le empañaron los ojos.

—Hipotecamos este edificio y rehipotecamos la casa, y ni con eso hemos podido salvar el negocio. Además, debemos dinero a algunos proveedores. Han sido lo bastante generosos como para no cobrarnos intereses, pero hay que pagarles igual. El nuevo propietario ha accedido a asumir esas deudas, menos la hipoteca de la casa.

—No tenía ni idea de que os fuera tan mal —dije.

Papá le pasó el brazo por el hombro a mamá.

—Desde que remodelaron el centro comercial de enfrente y abrieron esos dos restaurantes de franquicia, todos hemos visto cómo nos robaban los clientes.

—Yo tenía ideas para recuperarlos. Iba a ampliar la carta de cenas, a iluminar un poco el comedor, a ofrecer música en directo los jueves y los sábados por la noche...

—Ya hemos contemplado todas esas ideas, pero no bastan para devolver los préstamos y obtener beneficios.

Estrujé el delantal. Era muy posible que el comprador fuese alguna promotora que pensara demoler el edificio. Debía haber algún modo de conservar The Goat. Ya había perdido a James. No quería perder eso también. Aquellas paredes albergaban demasiados recuerdos, enredados en el aroma a patatas asadas con romero y a ternera en conserva glaseada al *whisky*.

—Ojalá me lo hubierais dicho antes. Podría haberos ayudado.

—Pensábamos decirte algo, pero... —Papá se rascó la cabeza—. Bueno, murió James y nunca parecía un buen momento para contártelo. Ningún padre quiere ser una carga para sus hijos. Tú ya estabas... eh... bueno...

Lo bastante deprimida.

Solté el delantal y estiré el tejido arrugado con pasadas largas y templadas. Me notaba nerviosa, sin rumbo y sin propósito. Me sentía perdida.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora? The Goat es lo único que conozco.

El miedo a lo desconocido me pesaba en la voz.

Mamá me cogió las manos enseguida.

—Plantéatelo como una oportunidad nueva y emocionante. Puedes probar algo distinto.

—¿Cómo qué? —dije, zafándome de ella y quitándome furiosa el delantal.

Empezaba a digerir la noticia.

Mamá miró de reajo a papá.

—Bueno, tu padre y yo pensamos que este es el momento perfecto para que descubras quién eres y qué es lo que quieres.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo que «el momento perfecto»? ¿Porque habéis vendido The Goat o porque James ha muerto?

Papá se aclaró la garganta.

—Un poco por ambas cosas. —Me dejó de piedra—. James y tú llevabais juntos desde... ¿cuándo, los ocho años? Erais inseparables.

—¿Me estás acusando de depender demasiado de él?

—No, no es eso —se excusó papá.

—Sí —contestó mamá sin más. Me los quedé mirando—. Aimee, hija, todos lo echamos mucho de menos. Para nosotros es como si hubiéramos perdido un hijo. Pero, por primera vez en tu vida de adulta, estás sola. Cuentas con la educación y la experiencia necesarias para hacer lo que quieras. Abre tu propio restaurante si de verdad quieres tener uno.

¿Cómo iba a pensar en montar un restaurante cuando apenas podía digerir la venta de The Goat? Hice un fardo con el delantal y lo tiré a la encimera. Se levantó una nube de harina. Los copos blancos salpicaron el suelo. Agarré el bolso y las llaves.

Papá me miró sorprendido.

—¿Adónde vas?

—A la calle. A casa. —Meneé la cabeza—. Adonde sea.

Estaba confusa. No podía pensar con claridad. Me notaba una opresión fuerte en el pecho y me dolía respirar. Comencé a sentir claustrofobia. Salí de la cocina.

Mamá me siguió al aparcamiento. Manoseé las llaves. Se me cayeron al suelo y bajé la barbilla al pecho. Inspiré entrecortadamente y espiré. Me temblaban los hombros, tenía el pecho tenso de contener el llanto.

Me agarró por la cintura. Me arrimó a su pecho. Enterré la cara en el hueco de su cuello y lloré. Le arañé la espalda, resistiéndome, pero terminé

abrazándola. Me meció suavemente y me acarició la cabeza, instándome en tono suave a que me desahogara. A que lo superara.

—No sé cómo.

—Encontrarás el modo —me dijo.

—No sé qué hacer.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Estoy completamente sola.

Se apartó, me cogió la cara y me limpió las lágrimas con los pulgares.

—No estás sola. Nos tienes a nosotros, cielo. Llámanos. Te ayudaremos, ya sea para recomendarte en un nuevo trabajo o para llorar en nuestro hombro.

Agradecí su ofrecimiento, pero no era lo que esperaba oír. Aún no.

Tenía ocho años cuando conocí a James. Se había mudado de Nueva York a Los Gatos y era el nuevo vecino de Nick, a dos manzanas del bungalow en el que yo vivía con mis padres, Catherine y Hugh Tierney. Un sábado por la mañana en pleno verano, Nick y Kristen trajeron a James para presentarnos. Recuerdo los detalles de ese día con mayor claridad que cualquier otro de esa época, desde el momento en que James remató su saludo con una sonrisa, dejando claro que estaba tan nervioso por conocerme como ansioso por hacer amigos. Llevaba el pelo más largo que los niños de mi colegio y yo no podía dejar de mirar las gruesas ondas de color castaño que se curvaban alrededor de sus lóbulos por debajo de su gorra de los New York Jets. Se peinaba con los dedos como si quisiera alisarse los mechones rebeldes.

Como casi todos los sábados en nuestro vecindario, el aire olía muchísimo a césped recién cortado. Sonaban de fondo los aspersores de los vecinos. Oía su suave murmullo cada vez que papá apagaba el motor del cortacésped. Y como muchos sábados de verano, yo había montado un puesto de limonada para recaudar dinero. Estaba ahorrando para comprarme una bolsita de polvos mágicos para la memoria en la tienda de juguetes del centro. El dependiente me había dicho que, si me echaba una pizca por la cabeza todas las noches antes de irme a dormir, no se me olvidaría dónde había dejado los zapatos ni que tenía que hacer los deberes. En cuanto lo oí, me dije que tenía que comprarme una bolsita.

Pero aquel sábado por la mañana en concreto fue distinto de todos los demás y no porque vinieran Nick y Kristen con su nuevo amigo. Robbie, el niño de enfrente, y su primo Frankie me habían visto montar el puesto. De por

sí Robbie ya era bastante macarra, pero, cuando se juntaban los dos, siempre terminaban tirándome del pelo, insultándome, rompiéndome algún juguete o haciéndome llorar de rabia.

Cuando llegaron Kristen y Nick, me acababan de sacar con trampas un vaso de limonada, ofreciéndome unos resplandecientes cuartos de dólar que yo deseaba más que librarme de ellos.

—Hola, Aimee —dijo Kristen—. Él es James —añadió, señalando al chico nuevo que iba al lado de Nick.

Le serví a Robbie su limonada y sonreí a James.

—Hola.

Él sonrió también y me saludó brevemente con la mano.

—Mira quién está aquí —provocó Robbie—: Nicky el Asqueroso y la Nenaza. ¿Esa es tu nueva novia? —dijo señalando a James.

James se agarró. Nick avanzó amenazador hacia Robbie.

—¡Pírate, pringado!

—¡Puaj! —gimió Frankie, tirando el vaso. Se llevó ambas manos al cuello y zigzagueó—. Me ha envenenado. Me estoy muriendo.

—¡Deja de hacer el imbécil!

Miré a James, muerta de vergüenza. Él le lanzó una mirada asesina a Frankie.

—Espera que la pruebe. —Robbie se bebió su limonada de un trago y el vaso salió disparado de su mano—. ¡Ay, no! ¡Es verdad que está envenenada! —Se dejó caer sobre la mesa. Los vasos de plástico cayeron y mojaron el suelo—. Nos ha matado, Frankie.

—¡No es cierto! —Le di un empujón a Robbie. Ni se inmutó—. ¡Lárgate!

—¡Marchaos! —dijo Kristen, agarrando del brazo a Robbie.

—Adiós, mundo cruel.

Robbie rodó de lado, arrastrando a Kristen. Ella cayó de golpe a la acera y se echó a llorar. Cuando intentaba levantarse, Frankie volvió a empujarla.

Nick le dio un puñetazo al aire a cinco centímetros de la nariz de Frankie.

—¡Piérdete!

Frankie, con los ojos como platos, cruzó corriendo la calle y entró por la puerta abierta del garaje de Robbie.

La mesa se derrumbó con el peso de Robbie. Él se agarró a mi camiseta, retorciéndola mientras tiraba, hasta que aterrizó encima de mí. Me ardían las

costillas y me dolía muchísimo la espalda. James me lo quitó de encima de golpe y Robbie se levantó con los puños en alto, le dio un puñetazo en la boca a James y le partió el labio. Quejándose de dolor, James le soltó un izquierdazo en el ojo derecho a Robbie, que rompió a llorar y se fue corriendo a su casa.

Con la ayuda de James, me levanté despacio y me sacudí la ropa. Me miró de arriba abajo.

—Tienes un buen gancho de izquierda —oí a papá a mi espalda—. Dudo que Robbie y la comadreja de su primo vengan por aquí en un tiempo.

Entonces vi el desastre de la acera y me desinflé. Kristen se limpió la nariz y sorbió. Tenía las rodillas arañadas y le corría la sangre por una espinilla.

—Siento lo del puesto de limonada —se lamentó.

—Ya no voy a poder comprar los polvos mágicos para la memoria — dije yo con la barbilla temblona.

James me miró raro.

—Kristen, entra a que la señora Tierney te cure las rodillas —le dijo papá.

—Me quiero ir a casa —lloriqueó ella, tocándose con cuidado la herida en carne viva.

—Yo la llevo. —Nick agarró a Kristen del codo—. Nos vemos luego — le dijo a James.

Cuando se fueron, papá miró a James.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—James, señor. —Se limpió las palmas en la camisa y le tendió la mano—. James Donato.

Papá lo saludó.

—Encantado de conocerte, James. Ven adentro para que podamos curarte.

James me miró de reojo.

—Sí, señor.

—Aimee, ve con él a la cocina. Ahora le digo a tu madre que os lleve tiritas.

Cuando mamá sacó las vendas y el ungüento, a James ya no le sangraba el labio. Tenía la boca hinchada, así que se sentó en el taburete de la cocina, a mi lado, con un paquete de guisantes congelados en la cara.

Lo acribillé a preguntas. Quería saberlo todo de él. Sí, iría al mismo

colegio que yo. Sí, le encantaba jugar al fútbol. No, nunca le había dado un puñetazo a otro niño antes. Sí, le dolía la mano.

Cuando le pregunté la edad, levantó cinco dedos dos veces y luego uno solo para decirme que tenía once años.

—¿Tienes hermanas? —Negó con la cabeza—. ¿Hermanos?

Levantó dos dedos, pero enseguida meneó la cabeza y los cambió por uno.

Yo reí.

—Robbie te ha debido de dar muy fuerte si no te acuerdas de cuántos hermanos tienes.

Me miró ceñudo.

—Tengo un hermano. Y Robbie pega como un bebé.

Reí aún más y me tapé la boca con ambas manos por miedo a que pensara que me burlaba de él y de que había contado mal y no de la cara que había puesto Robbie cuando lo había tumbado. Nunca lo había visto correr tan rápido a su casa.

Eché un vistazo a la cocina. La tarta de manzana de mamá para su partida de *bunco* se estaba horneando. Sonaba música clásica en la radio que papá había sacado fuera. James se revolvió en el asiento.

—Me gusta tu casa.

—A mí me gustaría ver la tuya.

Confiaba en que quisiera ser mi amigo porque me caía muy bien. Tenía una sonrisa bonita y era muy valiente. Le había dado un puñetazo a Robbie, algo que yo llevaba mucho tiempo queriendo hacer, aunque nunca me había atrevido porque era mucho más grande que yo.

—La tuya es mejor. —Volvió a mirarme—. ¿Qué son los polvos mágicos para la memoria? Suena guay.

Se me encendieron las mejillas al recordar la cara que había puesto James cuando yo había lloriqueado por los polvos antes. Apoyados en la encimera, le hablé de ellos, escondiendo la cara. Me encantaba lo oscura que tenía la piel de los antebrazos al lado de la mía. Me encogí de hombros por lo de los polvos.

—Ahora ya da igual. Mi puesto de limonada está destrozado y nunca conseguiré reunir el dinero que necesito.

James alargó la mano y se acercó el cuenco del azúcar. Cogió un pellizco y me puso la mano encima de la cabeza.

—¿Qué haces? —dije, mirando hacia arriba.

—Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Confía en mí. Cierra los ojos.

Lo hice y oí un frufnú encima de mi cabeza, como un crujido en el pelo y un hormigueo en el cuero cabelludo. Empezó a picarme la nariz y sentí como gotas de lluvia en las mejillas, pero no las tenía mojadas. Parpadeé y miré hacia arriba. Me cayeron cristallitos de azúcar en la cara.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté cuando terminó y se limpió las manos.

—Los polvos mágicos para la memoria de James. —Sonrió levantando solo el lado no amoratado de la boca—. Así ya nunca te olvidarás de que nos hemos conocido.

Abrí mucho los ojos y él se puso colorado. Se pegó de nuevo los guisantes al labio y puso cara de dolor.

—Nunca te olvidaré —le prometí, haciéndome una cruz en el pecho.

Con los años, James también me hizo promesas. Que siempre estaríamos juntos, que nunca habría otra... Todo eso nos queríamos. Crecimos juntos y nos prometimos envejecer juntos.

No podía imaginar querer otra cosa que la vida que habíamos planeado.

Capítulo 3

Cuando llegué a casa después de salir del restaurante, Nadia y Kristen estaban allí. Kristen se acercó corriendo.

—Hemos entrado con la llave de repuesto. Nos ha llamado tu madre y nos ha dicho que te vendría bien un poco de compañía. —Hizo una pausa para coger aire—. Nos ha contado lo de The Goat. Lo siento mucho.

Asentí, sin abrir la boca, y tiré las llaves y el monedero al aparador.

—¿Lo vas a llevar bien? —preguntó preocupada

Me encogí de hombros. Al salir de The Goat, había estado dando vueltas sin rumbo en el coche por la ciudad, pensando en el restaurante, y luego me había acordado de James. En vez de ir a casa, había ido al cementerio a visitar su tumba. Lo habían enterrado en el panteón familiar, junto a su padre, Edgar Donato, que había muerto de cáncer de pulmón ese mismo año. Una sencilla lápida de granito señalaba el nicho de James: JAMES CHARLES DONATO. Bajo su nombre, las fechas de nacimiento y defunción. Thomas y Claire no sabían el día exacto de su muerte, pero, como el forense calculaba que habría sido entre dos y cinco días después de su marcha, habían optado por el 20 de mayo. Una cifra bonita y redonda.

Había pasado una hora tirada en la hierba húmeda, con la mejilla pegada a la lápida, pensando en los días anteriores a su viaje. Estaba muy empeñado en ir a México. Tenía que ser él y no Thomas. Yo no quería que fuera. Faltaba muy poco para la boda. Había mucho que planificar y preparar. Pero, con palabras y con besos, me convenció de que volvería pronto. A su regreso, dejaría Donato Enterprises y se dedicaría al arte. Pintar era su pasión, así que me ablandé. Ahora que lo pienso, tendría que haberme empeñado tanto como él, haber insistido en que se quedara en casa. De ese modo no habría muerto. Estaríamos casados y de luna de miel en San Bartolomé.

Empecé a pensar en los días que había estado desaparecido. Yo había ido a ver a Claire con la esperanza de pasar tiempo con alguien a quien le

doliera la desaparición de James tanto como a mí. Debería haber supuesto que era pedirle demasiado. A Claire le preocupaban más las invitaciones de boda que ya se habían enviado por correo que la posibilidad de que nuestros peores temores se hicieran realidad. Quería que comunicara a nuestros invitados que el enlace podría suspenderse.

Palidecí, sentada enfrente de ella en el sofá del elegante salón de los Donato. Yo no tenía la más mínima intención de renunciar a James ni a nuestro futuro. A través de la falda, notaba en los muslos, fría y tesa, la tapicería de seda del sofá. Los muebles modernos de la estancia se habían adquirido a través del negocio familiar de importación y exportación, Donato Enterprises. Todos ellos tenían ángulos rectos y afilados, como los huesos del rostro de Claire. No había nada suave en ninguno de ellos.

—No se lo puedo decir a la gente. Aún no.

No podía decirles a nuestros invitados que a lo mejor la boda se posponía o, peor, se cancelaba. Eso habría hecho la desgracia de James demasiado real.

Claire se agarrotó.

—Pero tienes que...

Me distraje al detectar movimiento en el umbral de la puerta. Entró Phil, con los ojos clavados en mí, como un cazador que controla a su presa por la mira telescópica. Sin hacer ruido, se sentó al lado de su tía. Le pasó un brazo por los hombros, demasiado relajado, teniendo en cuenta que podía haber perdido a su primo.

Claire le dio una palmadita en el muslo. Dejó la mano allí mientras lo besaba en la mejilla. Se me revolvió el estómago.

—Aimee... —Me saludó agachando la cabeza.

Me moví nerviosa en el sofá. No lo había visto desde el verano anterior y no sabía que estuviera de visita.

—¿Qué haría yo sin Phil? —dijo Claire, frotándole el muslo—. Ha sido un año terrible para nuestra familia. Le agradezco que se haya mudado aquí para hacerme compañía. Gracias a él, voy saliendo adelante.

Miré sorprendida hacia Claire. ¿Phil estaba viviendo allí? Clavé las uñas en el cojín. Empezaron a temblarme las piernas y tuve que juntarlas, pero la vibración me sacudió el torso y se propagó por mis brazos como una onda en el agua.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Claire, extrañada

Me levanté como un resorte.

—Perdona, me tengo que ir.

Se levantó ella también.

—Si te vas, espera un segundo, que tengo algo para ti —dijo, dejándome a solas con Phil.

Phil no se molestó en levantarse, pero noté que me recorría el cuerpo entero con la mirada.

—¡Cuánto tiempo, Aimee! ¿Me has echado de menos? —Aunque su voz era poco más que un susurro, oí cada una de sus palabras como si me las gritara al oído. Miré al infinito. Suspiró—. Yo sí te he echado de menos. Te veo bien, teniendo en cuenta... —Se revolvió en el asiento, haciendo sonar la tapicería con el roce. «No te levantes. Por favor, no te levantes.»—. Una lástima lo de James. —Casi parecía que le importara. Le lancé una mirada asesina. Rio—. Ahí está. Añoraba ese fuego.

Cruzó las piernas y extendió ambos brazos por el respaldo del sofá, dejando al descubierto la blanquísima camisa que llevaba debajo de la chaqueta del traje. Su modo de mirarme me hacía sentir vulnerable. Por suerte una mirada no podía escaldar porque, de lo contrario, me habrían salido ampollas.

—Comprende que Claire se distraiga con trivialidades como vuestra boda. Se preocupa por los invitados porque preocuparse por James le resulta muy doloroso.

—Lo es para todos nosotros.

Se frotó el labio superior.

—Sí, bueno... Imagino que sí. Lo lamento. —Me dejó helada por dentro. Lo miré desde arriba—. Lo de James —aclaró.

Sentí una rabia inmensa.

—Tienes muchas más cosas que lamentar —le dije.

Resonaron los tacones de Claire en el pasillo. Entró en el salón con una carpeta de color vainilla y me hizo una seña para que la cogiera.

—¿Qué es eso? —quise saber.

—Números de teléfono y correos electrónicos —contestó, agitando la carpeta.

—¿De quién? —pregunté extrañada.

—De los invitados a la boda. Ya tienes sus direcciones. Ahora los puedes llamar o mandarles un correo para contarles lo que está pasando. Será más rápido que enviarles otra carta.

¿Iba en serio? Me dieron ganas de negarme, pero, cuanto más me

quedara, más estaría atrapada allí. Dudaba que Phil tuviera pensado marcharse, menos aún estando yo presente.

—Los llamaré —prometí, cogí la carpeta y me despedí.

Phil se levantó.

—Te acompaño a la puerta.

—No —espeté.

Claire se sorprendió. Phil siempre había sido su favorito, más incluso que sus propios hijos. Y ella era una obsesa de los buenos modales.

—No, gracias —dije en el tono más educado de que fui capaz—. Sé salir sola.

Me fui antes de que ninguno de los dos pudiera oponerse.

Kristen me masajeó el brazo y me devolvió al presente. La miré sorprendida.

—Ven, siéntate, que te pongo algo de beber.

La seguí a la cocina y me dejé caer en una silla.

—Hemos traído víveres y algo para almorzar —dijo Nadia, y fue dejando la compra en la barra que separaba la cocina del salón.

Kristen me sirvió una limonada y me pasó el vaso. Me la bebí deprisa y, después de limpiarme la boca, me eché a llorar.

Se quedaron las dos pasmadas, mirándome fijamente. Le costó un segundo, pero Kristen fue la primera en reaccionar. Dejó la jarra en la encimera, se sentó enfrente de mí y me pasó una servilleta para que me sonase.

—Esto ha sido un palo para ti, Aimee. Habla con nosotras, dinos cómo podemos ayudarte. ¿Algo te ha recordado a James? ¿Qué te tiene tan triste?

«Todo», pensé. Lo de James. Lo del restaurante. Lo de mi futuro profesional o su ausencia a partir de esa mañana.

Nadia sacó platos del armario y se puso a preparar una ensalada.

—Tienes que comer algo. Estás pálida.

Se me escapó un bufido entre las lágrimas.

—Muchas gracias —dije, riendo en la servilleta.

Sonrió.

—Eso está mejor.

—Por favor, habla con nosotras —volvió a suplicarme Kristen, masajeándome de nuevo el brazo.

Gruñí a la servilleta, asintiendo con la cabeza. Tenía que contárselo,

pero no todo. Secándome los ojos, que ya tenía irritados, les confesé algo muy distinto.

—Es que me siento culpable, nada más.

—¿Y eso? —preguntó Nadia mientras traía las ensaladas a la mesa.

—Porque pienso en James y me arrepiento de no haberle insistido más para que se quedase en casa. —Toqueteé la ensalada con el tenedor—. Ahora mismo estaríamos de luna de miel.

Kristen puso cara de pena y siguió masajeándome el brazo.

—Tienes la mala costumbre de no contar las cosas. No deberías hacer eso. Y tampoco deberías culparte. Ya sabes lo cabezota que podía ser James. Por mucho que hubieras insistido, habría ido a México igual, así que no sirve de nada que te culpes.

—¿Por qué no? —objetó Nadia—. Un poco de remordimiento no está de más.

—¿Cómo demonios justificas eso? —le preguntó Kristen, espantada.

Nadia se encogió de hombros y se llenó la boca de rúcula.

—Forma parte del duelo —contestó después de tragar—. Eso le permite superarlo poco a poco.

—Si apenas ha tenido tiempo de llorarlo —me defendió Kristen—. Hace solo dos días que lo enterraron.

—Chicas, sigo aquí —dije, saludando con la mano—. Podéis hablarme a mí.

—En realidad, lleva muerto casi dos meses —señaló Nadia.

—¡Madre mía, lo tuyo no es normal! —exclamó Kristen con un aspaviento.

Se levantó y llevó su plato al fregadero, murmurando algo entre dientes.

Nadia puso los ojos en blanco y me dedicó una mirada de complicidad.

—Yo hice lo mismo cuando se marchó mi padre. Me eché la culpa. —Tenía trece años cuando su padre abandonó a su madre—. Fue justo después de que descubriera mi alijo de maquillaje, ¿os acordáis? Me castigó y me mandó a mi cuarto. Cuando salí a cenar, ya se había ido. Había vuelto a desobedecerle y pensé que era por eso. Mamá me contó después que papá tenía una aventura y yo creo que me castigó para que no estuviera delante mientras mamá y él celebraban uno de sus campeonatos de gritos.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Por lo mismo que tú. Me sentía culpable y me lo guardé para mí. No supe lo de la aventura de papá hasta después de graduarme en el instituto. Me

estuve culpando durante cinco años. —Alargó la mano y me apretó los dedos—. Es normal que te sientas culpable, pero no te aferres a eso tanto tiempo como yo. Solo conseguirás deprimirte y no puedes hacer absolutamente nada para cambiar el pasado.

Eso era muy fácil decirlo.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —pregunté.

—¿Con lo de James?

—No, con el trabajo. Necesito encontrar trabajo.

Necesitaba cocinar y hornear... crear. En eso James y yo nos parecíamos. Él pintaba para aliviar el estrés o rumiar un problema; yo hacía pan. Mucho. Estaba deseando sacar los ingredientes de los armarios. Preparar una masa mejor que la de aquella mañana. Absorta en mis pensamientos, había añadido demasiada agua y me había quedado muy viscosa, pegajosa.

—Puedes buscar trabajo. O... ¡viajar! —añadió con una pausa de efecto.

—Eso fue lo que me sugirió Thomas.

Como nos íbamos a ir de luna de miel, tenía pasaporte, pero yo jamás había ido a ninguna parte sin James. Se me haría raro viajar sola. Él era el espontáneo, el que siempre se desviaba de lo acordado para probar opciones nuevas. «Nunca sabes lo que te puedes encontrar», me dijo en una ocasión.

Nadia sonrió.

—Me gusta cómo piensa.

—Nada de viajes —dije, negando con la cabeza—. Aún no.

—Pues abre un restaurante.

—¿Te ha pedido mi padre que me digas eso?

Rio.

—No, pero me parece una idea estupenda.

—A James también. Quería que abriese una cafetería. Decía que hago un café formidable.

—Yo me lo plantearía.

Me angustiaba un poco la idea de montar un restaurante yo sola, sin el apoyo de James. Miré a Kristen por encima del hombro.

—¿Qué piensas tú?

—¡Yo soy del equipo Aimee! —contestó, levantando los brazos—. Lo que a ti te haga feliz.

James y The Goat me hacían feliz.

Nadia llevó su plato al fregadero. Kristen se asomó a la nevera y abrió los armarios. Yo las miré a las dos y caí en la cuenta de que era lunes.

—¿No deberíais estar en el trabajo?

—A mí hoy me sustituye la becaria, así que estoy a tu disposición todo el día.

Kristen era profesora de primaria y daba clases todo el año. Solo tenía libres unas semanas en verano, justo antes de que empezara el curso. Nick y ella se habían casado el año anterior. Querían tener familia pronto y habíamos previsto criar a nuestros hijos juntos.

De eso ya me podía olvidar.

Nadia metió el plato en el lavavajillas y se secó las manos.

—Yo solo tengo hasta las dos.

—Me habías dicho que tenías todo el día —protestó Kristen, asomándose desde detrás de la puerta de un armarito.

—Cuando venía hacia aquí, me han llamado para que me pase por ese local comercial del centro. El nuevo arrendatario ha aceptado mi propuesta y quiere verme cuanto antes.

—¿El de North Santa Cruz Avenue? —pregunté—. ¿Entre el estudio de danza y la vinoteca?

Era el único inmueble disponible que yo conocía. Y solo lo sabía por James.

—Ese mismo. Va a ser una galería de arte.

Me dejó de piedra.

—¿Bromeas?

Nadia me miró raro.

—Eh... no. ¿Qué pasa?

—Vas a diseñar una galería en el mismo sitio que James tenía pensado alquilar para la suya.

—Lo siento —dijo, visiblemente afectada.

—No es culpa tuya —repuse, quitándole importancia.

Kristen volvió a asomar la cabeza a la nevera.

—¿Dónde has metido el vino, Nadia?

—¿No iba una botella con la comida? —Kristen negó—. Nos la habremos dejado en la tienda —añadió Nadia, encogiéndose de hombros.

—Tiene que haber botellas en la nevera del garaje —les dije, aún muy afectada. No podía dejar de pensar en ese local del centro. El que se hubiera alquilado era la confirmación de que ese sueño jamás se haría realidad.

Kristen me miró con recelo y entró en el garaje, cerrando de un portazo. Volvió al poco con una botella de chardonnay.

—¿Cuándo has limpiado el garaje?

—¿A ti te parece que he limpiado? —dijo, señalando el salón comedor. El correo sin contestar se amontonaba en la encimera. En el suelo había torres de periódicos sin leer. En los rincones, se multiplicaban las pelusas.

—Da igual. —Descorchó el vino y sirvió tres copas—. El garaje está bien.

Bebimos y hablamos del nuevo proyecto de Nadia. Al rato le sonó la alarma del móvil para recordarle la cita.

—Tengo que irme —dijo, mirando la pantalla—. Te llamo mañana.

Me dio un beso en la mejilla y agarró su bolso tipo *hobo*. La correa se enganchó en el respaldo de la silla y volcó. Cayeron por el suelo de porcelana un lápiz de labios, bolígrafos, pastillitas de menta y documentos.

Maldijo y yo me agaché a ayudarla.

—Ya está, déjalo. —Me apartó las manos y recogió todas sus cosas—. Tengo que irme volando —añadió, y corrió hacia la puerta.

Le dije adiós y puse una lista de canciones en el equipo de música, preguntándome cuánto se quedaría Kristen. Sirvió otra ronda de vinos. Bien: no pensaba irse enseguida.

Bailamos y hablamos y vimos una peli de chicas en la televisión de pago. Sonó el timbre hacia las diez de la noche. Nick venía a buscar a su mujer.

—Te llamo mañana —dijo Kristen, levantándose del sofá.

La acompañé a la puerta. Me dio un abrazo fuerte.

—Buenas noches, cielo.

Nick la agarró de la cintura, se la arrimó al costado. Eran la pareja perfecta. Lo vi apartarle a su mujer los mechones de pelo rubio de la cara. Le dio un beso en la frente, cerrando un instante los ojos. Sus caricias eran íntimas. Se me encogió el corazón. Yo había perdido la oportunidad de tener eso con James.

—¿Seguro que no te importa pasar la noche sola? —me preguntó Nick.

¡Qué remedio!

—Sí, no os preocupéis.

—Llama si necesitas algo.

—Gracias.

Cerré y eché la llave en cuanto se despidieron. Oí alejarse el coche de Nick. Pegada a la puerta, me escurrí al suelo y cerré los ojos. El vino me hacía sentir como si flotara. Los sonidos y los olores penetraban en mi mente

neblinosa: el tictac del reloj de la repisa de la chimenea, el zumbido del aire acondicionado, el aroma a limoncillo y coco de las velas encendidas...

Abrí los ojos de golpe. ¡Tenía que apagar las velas!

Al levantarme despacio, vi un papelito debajo de una de las sillas de la cocina. Estaba doblado por la mitad y se sostenía de pie como una tienda de campaña en miniatura. Me agaché a cogerlo, escudriñé el texto.

«Lacy Saunders.»

La vidente del funeral de James. Casi me había olvidado de ella. Nadia no debía de haber visto la tarjeta cuando se le había caído al suelo todo lo que llevaba en el bolso. La miré fijamente.

«James está vivo.»

Las palabras de Lacy me resonaron como un susurro en la cabeza.

Menuda chiflada. Tiré la tarjeta a la encimera y recorrí la casa soplando velas, echando la llave a las puertas y apagando luces. Eché un vistazo al garaje y, como suponía, Kristen se había dejado encendida la única luz del techo. La apagué, pero volví a encenderla enseguida.

Detrás de mi VW Beetle había un enorme espacio vacío donde tendría que haber habido ocho cajas llenas de lienzos de James envueltos en papel de burbujas. Habían desaparecido.

Rodeé el coche y me quedé mirando como una boba el suelo de cemento desierto. Solo quedaba una caja. ¿Dónde habían ido a parar las otras? ¿Cuánto hacía que no estaban? Había estado tan decaída en los últimos meses que las cajas podrían haber desaparecido en cualquier momento. A lo mejor James había querido hacer hueco en el garaje y se había llevado las pinturas al almacén de la empresa.

Puede que Thomas supiera dónde estaban. Tendría que llamarlo. «Mañana», me dije, bostezando.

Capítulo 4

OCTUBRE

Pasaron los días, uno detrás de otro, sin que apenas me diera cuenta. Noches interminables por ahí con Nadia, cenas con Kristen y su marido e innumerables noches sola, viendo películas en el sofá. Cuando no había nada interesante que ver, hacía pan.

De vez en cuando, cogía el coche e iba a The Goat a hacer mi turno, pero la certeza de que no tardaría en cerrar solo me servía de recordatorio de que debía decidir qué rumbo dar a mi vida. Así que dejé de hacerlo.

El correo siguió amontonándose. La torre de periódicos siguió creciendo. Los platos se acumulaban en el fregadero. Había vasos sucios por todas las superficies de la casa. En la mesa de la cocina, guisos, pasteles y galletas sin tocar. Solo usaba la lavadora y la secadora cuando mi situación era desesperada. Por ejemplo, cuando me quedaba sin ropa interior.

Ocupaba al máximo mis días y mis noches hasta que me derrumbaba. Al despertar, como no podía con mi alma ni con mi cuerpo, me ponía creativa con el café. Mezclaba cafés exóticos y siropes para mantenerme despierta, y luego hacía un poco más de pan. Mi casa era un desastre. Mi vida era un desastre. Yo era una ruina.

Hasta el día en que desperté de verdad.

Fue con un cortacésped. Me asomé por las rendijas de la persiana y vi a Nick recorriendo mi jardín de un lado a otro. Se abrió la puerta de la calle y Kristen me miró espantada.

—¿Estás despierta?

—He decidido volver al mundo de los vivos. Tiene que dejar de hacer eso —le dije, señalando afuera con el pulgar.

Kristen cerró la puerta.

—Quiere ayudar y me parece que a él también le viene bien.

—¿Y eso? —pregunté, plegando una caja de pañuelos vacía.

—Echa de menos a James.

—Como todos. —Recogí los vasos sucios que me fui encontrando por el salón—. El jardín está precioso, pero lleva ya once semanas. No me puede cortar el césped el resto de su vida.

—Dijo la que acababa de volver al mundo de los vivos. —Kristen me siguió a la cocina—. Le diré que has contratado a un jardinero.

—Perfecto.

Olisqueó el aire. Impregnaba la estancia un aroma a canela y a sirope de arce.

—¿Pastel de café? —preguntó. Me acerqué a los platillos y bandejas de guisos que poblaban la mesa de la cocina y Kristen me miró asustada—. ¿Tienes pensado comerte todo esto?

—He estado dando de comer al vecindario —confesé avergonzada.

Aunque mi vecina de al lado y su marido me agradecían los platos calientes que les llevaba para la cena y a sus tres niños les encantaban los dulces que les hacía, me habían pedido que dejara de alimentar a su familia. Me estaba gastando demasiado dinero en ellos. Un dinero que no tenía en el banco, porque aún no me había decidido a cobrar el cheque de Thomas. Aunque su tarjeta de crédito temblaba por la cantidad de comida que había ido comprando, terminaría donando los resultados de mi más reciente ataque de cocina al comedor social de San Antonio, en el que su madre trabajaba como voluntaria.

Kristen se sirvió un trozo de pastel.

—Guau, vaya, esta no es la receta de tu madre —gimió—. Es mejor.

—Le he añadido nata. Cambia la textura. Lo hace más ligero y más tierno.

Se zampó el último trozo y se puso otro pedazo en el plato.

—¿Y a qué se debe este atracón de cocinar?

—Ya me conoces. Tengo que estar ocupada. Para no pensar en... cosas.

Esbozó una sonrisa.

—James no era el único artista de la casa.

Se dibujó una en mis labios también.

—Sí, éramos tal para cual.

Me acerqué a la pila y enjuagué los platos. Kristen se terminó el pastel de café, luego organizó varios meses de correspondencia apilados en la

encimera. Uno de los montones volcó y cayó al suelo una cascada de sobres. Los recogió.

—Guau. ¿Qué es esto?

Miré lo que tenía en la mano. El cheque de Thomas. Enterrado e ignorado junto con el resto del correo.

—Es de Thomas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Era el beneficiario de James. Decidió que yo tenía derecho a disfrutar de ese dinero porque James y yo estábamos a punto de casarnos.

—Qué detalle por su parte. Madre mía —añadió agitando el cheque—, «detalle» se queda corto. ¡Esto es inmenso! Con todo este dinero, puedes montar tu restaurante.

—Sí, bueno, si al final decido hacerlo.

Miró fijamente el cheque.

—Lleva la fecha del día de tu bo... Perdona, del funeral de James.

Me sequé las manos y le quité el cheque.

—Fue cuando me lo dio Thomas, justo antes de que me abordara Lacy.

—¿Quién es Lacy? ¿Esa mujer con la que hablabas en el aparcamiento?

Asentí.

—Es vidente.

Kristen soltó una carcajada.

—¿Que es qué?

—Asesora vidente.

—¿Una especie de adivina?

—Más bien médium investigadora, me parece.

—No me extraña que Nadia te quitara la tarjeta. A mí también me preocuparía que se me acercara alguien así. ¿Qué te dijo?

—Que James sigue vivo.

Se quedó pasmada. El reloj del salón hizo tictac, luego otra vez. Kristen inspiró con dificultad.

—Qué miedito. No la creerás, ¿no? —Le di vueltas al anillo de compromiso. Me había preguntado «y si» en numerosas ocasiones—. ¿Aimee...? —me dijo, entornando los ojos.

—No. No la creo.

Soltó un suspiro de alivio.

—Bien. Por un segundo, me has preocupado. —Se miró el reloj—. Me tengo que marchar. Tengo clase dentro de treinta minutos. Ah, casi se me

olvidaba. —Se metió la mano en el monedero—. Esto es para ti.

Otra tarjeta de visita. GRACE PETERSON. DOCTORA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA. ASESORA EN PROCESOS DE DUELO.

—Me alegra que por fin hayas salido de tu escondite, pero tengo la sensación de que aún te guardas algo dentro. Por si te apetece hablar con una terapeuta. Alguien que te asesore de verdad. —Le dio la vuelta a la tarjeta y me señaló lo que había escrito a mano en el dorso—. Te he pedido cita. Hoy a las once. Puedes cambiarla por otro día u otra hora. Cancelarla si quieres. Lo dejo en tus manos.

—Gracias —dije, sin tener claro si iría. Tiré la tarjeta a la encimera, al lado de la de Lacy.

—Te llamo cuando salga del trabajo.

Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Cuando terminé de limpiar, ducharme y vestirme con unos vaqueros, un suéter fino y zapato plano, ya eran casi las once. Todo estaba como los chorros del oro, incluida yo, pero no llegaba a tiempo a la cita que me había pedido Kristen. Me pregunté si me habría demorado intencionadamente.

Desde la encimera, además de la tarjeta de Grace Peterson, me llamaba la de Lacy, doblada por la mitad. Mientras la miraba sin parar, empecé a ponerme cada vez más furiosa. Sentí de pronto mucha rabia. Me fastidiaba que hubiera venido a buscarme al funeral de James para decirme que estaba vivo. Era una crueldad. Pensé en el cheque de Thomas y me pregunté si sabría lo del dinero. Puede que solo quisiera aprovecharse de mí.

Pero había una palabra en la tarjeta que veía más grande y más resaltada cuanto más la miraba. DESAPARECIDOS. Impresa justo encima del eslogan LE AYUDO A ENCONTRAR LAS RESPUESTAS QUE BUSCA.

Más le valía aclarar mis dudas, como por qué había tenido el descaro de abordarme. Agarré la tarjeta y las llaves, lamentando de inmediato plantearme siquiera ir a verla.

La dirección de la tarjeta correspondía a una casa de un distrito residencial en la frontera entre Los Gatos y Campbell. Me acerqué a la acera de su bungalow de una sola planta. En el césped había clavado un cartel.

Consulta de videncia de Lacy
Tarot y quiromancia
Sin cita previa

El cartel daba una imagen muy distinta a la de Lacy, la médium investigadora. No parecía mejor que una adivina de feria.

¡Qué boba había sido! Nadia me había advertido que no fuese tan ingenua.

Por la ventanilla del copiloto la vi mirarme desde su cocina. Me recorrió un escalofrío, volví la cara y miré de frente, por el parabrisas.

«Baja del coche, Aimee.»

Me noté sus ojos encima mientras me convencía de que debía bajar del coche. ¿O era ella quién me hablaba desde mi interior?

Deshaciéndome de esa sensación, bajé y cerré la puerta.

—Hola, Aimee. —Lacy estaba en la acera. Di un respingo y la miré fijamente. No la había visto salir—. ¿Quiere entrar? —me preguntó con una sonrisa sincera.

—Yo...

Movía la boca, pero no salía ninguna palabra. Lacy me observó impaciente hasta que mascullé una excusa y busqué a tientas la manilla de la puerta, a mi espalda. Tenía la extraña sensación de que de verdad sabía algo de James, algo que no sabía ni yo, y eso me asustaba.

Me instalé al volante y metí la llave en el contacto.

Tocó con los nudillos en la ventanilla del copiloto. Di un bote en el asiento.

—¿Adónde va? —me preguntó.

—Lo siento. Venir aquí ha sido un error.

Arranqué el motor y ella se apartó de un salto. Pisé el acelerador con más fuerza de la que pretendía. El coche dio un acelerón y salí disparada.

Volví a casa por el camino largo, por callejuelas en lugar de autopistas, regañándome todo el rato por haber sido tan estúpida. «¡Por Dios, qué tonta soy!» Cuando llegué a casa, Lacy estaba sentada en mi porche.

Titubeé junto a la valla de madera que bordeaba mi jardín y ella se levantó.

—No se preocupe, no me voy a quedar —dijo, acercándose despacio a mí—. Me he encontrado esto en la calle —añadió, alargándome mi cartera.

Miré como ausente la cartera verde oliva de Gucci que James me había regalado hacía dos años por mi cumpleaños. Parecía fuera de lugar en sus manos.

Sonrió. La sonrisa le suavizó el rostro y la hizo parecer más joven de los cuarenta y muchos años que yo le había echado.

—Sigue todo dentro —me dijo cuando cogí la cartera—. Solo he mirado el carné de conducir para ver la dirección. Bonita foto.

Me metí la cartera en el bolso.

—¿No ha podido adivinarlo usted sola?

La acritud de mi comentario la sorprendió.

—No, lo siento. No funciona así. Aunque le puedo decir que, en realidad, no ha venido hasta mi casa para averiguar si soy una estafadora profesional. Ha venido en busca de respuestas sobre James. Tuvo dudas cuando desapareció. Las sigue teniendo. —Sentí un escalofrío y miré a otro lado—. Está furiosa conmigo.

—Creo que debería irse —le dije, porque me incomodaba.

Dudó un momento, abrió y cerró la boca como si no supiera bien si decir algo más. No lo hizo. Se limitó a hacer un gesto con la cabeza y se fue a su coche. La vi marcharse y me sorprendí preguntándome si volvería a verla.

Capítulo 5

Me rugió el estómago. Oí a James reír en medio del estrépito de un motor lejano. En la suave brisa que azotaba mi ropa, su voz me susurró al oído: «Vamos a Joe's».

En Joe's pasábamos los domingos por la mañana. Parecía que hacía una eternidad que James se había ido. Echaba de menos su risa y el timbre grave y sedoso de su voz. Nunca volvería a oírlo decir «te quiero» y me resistía a hacer nada que contribuyera a su desaparición permanente, como guardar sus cosas en cajas, cancelar sus suscripciones a revistas o sentarme sola en nuestra mesa de Joe's. Pero, por primera vez en medio año, sentí la necesidad de ir allí, de disfrutar de un cuenco de sopa de tomate casera y una ensalada de cítricos. La comida de la cafetería era maravillosa, pero Joe jamás había sabido hacer un café decente. James solía decirme en broma que tendríamos que llevarnos las bebidas de casa, preparadas por mí, y pagarle a Joe un tanto por taza, como en esos sitios donde llevas tu propio vino. El café amargo de Joe's no tenía nada que ver con el elixir que yo preparaba.

En lugar de volver a una casa vacía donde la comida se estaba estropeando, caminé cuatro manzanas hasta Joe's y, con el eco de mis zapatos en la acera, imaginé que James iba a mi lado. Habíamos hecho ese trayecto muchas veces y me costaba creer que no fuéramos juntos esa vez, de la mano. Cerré los puños, con las palmas frías y vacías.

Llegué a Joe's, pasé la puerta de la calle y fui directa a la de cristal. «¡Ay!» Me llevé las manos a la cara enseguida, llorosa. Me ardía la nariz. Empecé a dar pisotones en círculos, maldiciendo mientras me frotaba la piel delicada.

Me pellizqué el puente y sacudí el pomo. Estaba cerrado. ¿Un viernes?

Pegué la frente al cristal y miré adentro. La cafetería estaba a oscuras y no había nadie. Ni nada en los expositores: ni magdalenas, ni carnes, ni

ensaladas, ni bebidas embotelladas. En la esquina del ventanal derecho había un cartel.

SE ALQUILA

Me quedé mirándolo un buen rato. Joe's Coffee House había cerrado. Desaparecido para siempre.

Pensé en las mañanas que James y yo habíamos ido a desayunar allí. El aroma familiar a café tostado, a bollitos recién horneados y a *frittatas* había sido lo que me había llevado hasta allí esa mañana. Era nuestro sitio. Era mi sitio.

Me aparté bruscamente del ventanal.

—Este podría ser mi sitio —le dije a mi reflejo.

En ese momento, supe exactamente lo que quería hacer, lo que tenía que hacer. Abrir mi propio restaurante, allí mismo, en el antiguo local de Joe's. Era lo que James habría querido. Lo haría por él.

La emoción me recorría el cuerpo entero como un chute de cafeína. Antes de arrepentirme, tecleé el nombre y el número de la inmobiliaria en mi móvil y guardé el contacto.

Bullía de ilusión. Miré alrededor, fijándome en los escaparates de las dos manzanas más próximas. A lo mejor Nadia estaba en la obra de la galería de arte. Aún estaba de reformas. Me fui de Joe's y la llamé.

—Ve tú. Dime qué te parece —me animó.

—La galería aún no está abierta al público. No puedo entrar.

—Claro que puedes. Wendy está colgando cuadros para la gran inauguración.

—No sé...

Confiaba en que Nadia estuviera allí y poder contarle mi idea sobre Joe's. Volvió a rugirme el estómago.

Chascó la lengua.

—Dile que te he mandado yo. No le importará que eches un vistazo.

—De acuerdo. Voy a asomarme.

Me detuve en la esquina. Un coche pasó a toda velocidad y me aparté sobresaltada de la calzada.

—Tengo que prepararme para una videoconferencia. Me paso por tu casa

esta noche después del trabajo. Quiero que me cuentes qué te parecen la paleta de colores y el diseño.

—De acuerdo.

—Hasta esta noche —dijo, y colgó.

Estuve a punto de pasar de largo. Nadia había transformado la fachada entera. Se había reformado todo. Ventanales más grandes, inmensas puertas dobles de cristal, luces en el techo escondidas debajo de un toldo enmarcado en madera. Tiestos de madreselva que trepaba hasta el cielo a ambos lados del escaparate. El rótulo grabado en el cristal con un tipo de letra elegante.

GALERÍA WENDY V. YEE

DONDE EL FOTÓGRAFO LOCAL SE CONVIERTE EN INTERNACIONAL

Fotografías, no pinturas.

Nadia había estado trabajando en un tipo de galería distinto al que yo esperaba y había creado un espacio precioso para que Wendy expusiera el talento fotográfico de sus artistas.

Apoyada en el ancho alféizar del ventanal había una foto arrebatadora de un cielo naranja lavanda que besaba unas aguas verde mar. La imagen era mágica y se titulaba *Amanecer en Belice*, sin más. Me sentí atrapada por la fotografía, sentada en la arena viendo cómo la luz de la mañana jugaba con la marea. Con una brisa salobre y húmeda acariciándome la piel. Me dieron ganas de ir allí.

Según el nombre que aparecía debajo del título, el fotógrafo era Ian Collins y, a juzgar por lo cautivadora que era la luz de *Amanecer en Belice*, debía de ser un artista extraordinario.

La doble puerta de cristal de la galería estaba abierta de par en par. Dentro, el suelo antiguo se había reemplazado por una tarima clara de láminas anchas. El color más claro haría que uno mantuviera los ojos centrados en el arte y no en el suelo. Las paredes encaladas, aún desnudas de obras de arte, estaban divididas en tres zonas de exposición separadas por particiones de ladrillo. Se veía la pared del fondo, pero las particiones dividían el espacio, dándole a la galería un ambiente más íntimo, pese a lo diáfano de la distribución. A James le habría encantado lo que había hecho Nadia.

Mis zapatos resonaron por la sala. Oí voces procedentes de detrás de

una de las particiones, luego un martillo, seguido de un golpe seco y un gruñido, y después una retahíla de improperios.

—Ya está bien, Ian. Déjame que llame al contratista y que lo haga él.

—Suelta el teléfono. Nos lo va a cobrar. Yo te salgo gratis.

—A este paso, te lo vas a gastar en primeros auxilios. No hace falta que te destroces los pulgares, lo puede hacer Bruce.

—Esta es la última escarpia. —Más martillazos—. *Voilà, fini!* —anunció el hombre del martillo con un francés horrible. Se me escapó una risita y me tapé la boca con la mano.

—Gracias, Ian, pero no dejes tu otro trabajo para dedicarte a esto.

—No tengo otro trabajo.

Ian rodeó la partición. Se detuvo en seco al verme y me miró a los ojos. Me sentí atraída por la intensidad de su mirada ambarina. El pelo rubio le caía por la frente y sentí el impulso inesperado de pasarle los dedos por las ondas.

Me ruboricé. ¿De dónde había salido semejante pensamiento?

Su mandíbula recta se contrajo y se dibujó en sus labios una sonrisa.

—¡Hola!

Me lo quedé mirando como una boba. La sonrisa se hizo mayor. Guau.

—¿Ian? —lo llamaron. Tras unos pasitos ligeros apareció una mujer—. ¡Ay! No sabía que tuviéramos visita. ¿En qué puedo ayudarte?

Me volví de pronto hacia ella. Era esbelta y menuda, e iba vestida de negro. Una melena brillante de color ébano le caía por los hombros. En los labios, un amago de sonrisa.

Le tendí la mano enseguida.

—Soy Aimee Tierney. La amiga de Nadia.

Me estrechó la mano.

—Wendy Yee. Te presento a Ian Collins —dijo, ladeando la cabeza hacia él—, uno de los fotógrafos con los que trabajo.

—He visto la fotografía del escaparate. Es preciosa.

—Gracias —dijo él y me agarró la mano—. Encantado de conocerte, Aimee.

—Siento molestar —le dije a Wendy—. Solo quería ver el diseño de Nadia.

—No hay problema. Puedes venir cuando quieras. La inauguración es la semana que viene, por si te interesa.

—Tienes que venir —terció Ian.

—No sé nada de fotografía —dije, mirando a uno y a otro

alternativamente.

—Solo hay que saber disfrutarla —repuso él, sonriendo—. Nadia estará aquí.

—Espera, que te doy una invitación.

Wendy se acercó al mostrador del rincón más apartado de la galería.

Me negué a mirar a Ian, pero noté que él me miraba a mí.

Volvió Wendy y me dio un sobre abierto con una cartulina blanca dentro.

—El jueves que viene, a las ocho.

—Gracias.

Me guardé la invitación en el bolso de bandolera.

—Me muero de hambre —dijo Ian, frotándose el estómago—. Vamos a comer, Wendy.

—Ve tú. Yo tengo que terminar esto —espetó, y lo despachó con la mano.

—Te traigo algo.

—Gracias.

Wendy le quitó el martillo y desapareció detrás de la partición.

Ian me miró.

—¿Almorzamos? —Di un paso atrás sin querer—. Si dos mujeres me rechazan en menos de sesenta segundos, voy a tener que pensar que he perdido mi encanto —dijo con una sonrisa pícaro. Cruzó los brazos y se olfateó la axila—. O que se me ha olvidado echarme desodorante.

Solté una carcajada.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no.

—No soy tan mala compañía. Vamos a comer algo.

Mi estómago decidió ir por libre y recordarme por qué había ido al centro. Soltó un rugido sonoro y prolongado.

Ian enarcó una ceja y me señaló la puerta.

—Hay una pizzería en la esquina. Podemos comer fuera.

Rugido.

—Pues que sea una pizza. —Lo seguí afuera—. ¿Viajas mucho? —pregunté señalado la fotografía del escaparate.

—Cada cuatro o seis meses hago excursiones cortas. Cada equis años hago un viaje largo. Tengo prevista una expedición fotográfica en breve —dijo mientras caminábamos.

—Debe de ser estupendo ir a sitios exóticos.

—Tiene sus incentivos. —Me miró—. ¿Tú has viajado mucho?

Negué con la cabeza.

—Por carretera. Sin salir del país.

—Si pudieras ir a cualquier sitio, ¿adónde irías?

Solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—A la playa de tu foto.

—Es un sitio precioso. Te lo recomiendo.

—Ojalá. Demasiado caro.

Frunció los ojos.

—Sí, el dinero siempre es un problema.

Paramos en una esquina y esperamos a que cambiara el semáforo.

—No había visto tu trabajo antes. ¿Expones en algún sitio más? —le pregunté cuando cruzamos la calle.

—¿Aparte de en internet? Solo en la galería que tiene Wendy en Laguna Beach. Le gusta promocionar a los artistas locales.

—¿Vives en el sur de California?

—Antes sí. Me crie en Idaho, luego me mudé al sur de California. Solo llevo unos años en Los Gatos. He tardado todo ese tiempo en convencer a Wendy para que abriera una galería aquí. Últimamente he pasado mucho tiempo en carretera.

—¿Siempre en busca de la siguiente gran instantánea? —Al ver que asentía, le pregunté—: ¿También disparas a seres humanos?

—Juro que jamás he matado a nadie. Palabra de explorador —dijo, levantando dos dedos juntos a modo de juramento.

Me puse como un tomate.

—Ah, no, no, me... me refería a disparos fotográficos. ¿Haces fotos de personas, tipo retrato?

Se le oscureció el semblante.

—Lo mío son los paisajes.

Nos apartamos para dejar pasar a una mujer con una sillita de bebé.

—¿Y tú a qué te dedicas? —me preguntó.

—Soy pinche de cocina o gerente de un negocio de restauración, dependiendo del día. —En las últimas dos semanas, no había sido casi ninguna de las dos cosas—. ¿Has estado alguna vez en The Old Irish Goat?

Negó con la cabeza.

—He oído hablar de él.

—Mis padres eran los dueños del restaurante.

—¿Eran?

—Sí —dije, algo abatida—, lo han vendido. A partir de la semana que

viene, The Goat tendrá nuevos dueños.

—O sea, que estás buscando trabajo —dedujo.

—Eso parece.

Cuando llegamos al restaurante, me sostuvo la puerta. La encargada nos sentó en la terraza lateral que daba a la calle. Nos dio las cartas y nos tomó nota de las bebidas, agua para Ian y té helado para mí.

En cuanto se fue, Ian apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos cruzadas.

—Bueno, ¿qué te ha pasado?

Lo miré extrañada.

Me señaló a la cara.

—En la nariz. ¿Qué te ha pasado?

Me tapé enseguida mientras, con la mano libre, buscaba en el bolso un espejo.

Ian rio.

—No es para tanto —dijo, tocándome la muñeca—. Solo la tienes un poco roja e hinchada.

—Muchas gracias.

Rio de nuevo, luego su expresión se suavizó.

—¿Te duele?

—Un poco. Intento no pensarlo.

Pero que Ian me mirara fijamente no ayudaba. Me estaban dando ganas de meterme debajo de la mesa y no salir.

—A ver, déjame ver. —Me apartó y palpó con cuidado el tejido y el cartílago. Siseé de dolor—. ¿Duele ahí? —Asentí con la cabeza—. ¿Te ha sangrado la nariz?

—No.

Pestañeeé deprisa. El contacto con su piel me relajaba. Me inquietaba, pero en el buen sentido.

—Puede que tengas la nariz despigmentada e irritada unos días.

—Fotógrafo y médico. Eres un hombre de múltiples talentos.

—Ojalá, pero no he tenido esa suerte. Solo soy un fotógrafo que sabe de golpes y de magulladuras por experiencia propia.

—¿Lo que sea por conseguir la mejor foto?

—Algo así. —Se recostó en el asiento—. Volverás a estar preciosa para la inauguración de la galería.

—¿Ahora no estoy guapa?

No pude resistir la tentación de provocarlo. Sonrió y me recorrió un escalofrío.

Llegaron las bebidas y pedimos una *pizza* personalizada para cada uno.

—¿Conoces Joe's Coffee House? —le pregunté.

—¿El café de la esquina? Lo han cerrado, ¿no?

—No lo sabía. Me he estampado contra la puerta cerrada.

Ian hizo una pausa, con el vaso a medio camino de la boca. Torció los labios como si intentara contener la risa.

—Si tan desesperada estabas por tomar un café, podría haberte preparado uno.

Le sonreí.

—Nadie hace un café mejor que el mío.

—¿Ni siquiera Joe?

—Sobre todo Joe —contesté, recordando su amargo café con regusto a quemado.

—Eso suena a desafío. Un día de estos... tú y yo —dijo, señalándonos—, veremos cuál de los dos hace el mejor café.

—¿Preparas cafés especiales? —Se dibujó en mi rostro una sonrisa—. Acepto el reto —dije, estrechándole la mano para sellar el trato.

—Deberías abrir una cafetería en el antiguo local de Joe, sobre todo si cocinas tan bien como aseguras que haces el café —me dijo con una sonrisa torcida que me removiό algo por dentro—. Lo que sirven en esas cadenas es una mierda, con perdón.

—Lo que no te perdono es tu francés —repliqué, imitando el *Voilà, fini!* que le había oído antes.

—Te propongo algo —dijo acercándose—, yo dejo de hablar francés si tú montas tu cafetería.

Doblé la servilleta que tenía en el regazo y agaché la cabeza para disimular una sonrisa. Eso era exactamente lo que había estado planeando hacía una hora.

Llegó nuestra *pizza* e Ian pidió una para llevársela a Wendy. La comida se me pasó volando y, cuando la camarera trajo la cuenta, saqué la cartera.

Ian se sacó la suya del bolsillo de atrás del pantalón.

—Esto lo pago yo.

—No tienes por qué invitarme.

Entornó los ojos. Parecía divertido.

—Eres una clienta en potencia, porque vendrás el jueves, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Vas a querer una de mis fotos. Te hará falta el dinero la semana que viene.

Lo miré directamente.

—¿Tan seguro estás de que voy a comprar una?

—De ilusión también se vive.

Dejó en la mesa una tarjeta de crédito y yo cerré la cremallera de mi cartera. Los dientes metálicos se engancharon en algo. Tiré del papel que había atascado el cierre y noté que palidecía. Era una tarjeta de visita de Casa del Sol, un complejo turístico de Oaxaca, México. Sin nombre ni cargo, solo la dirección del establecimiento, el teléfono y la página web. Me la habría metido ahí Lacy.

—¿Te encuentras bien?

Miré a Ian.

—Sí, perfectamente.

—¿He dicho algo que te haya ofendido? Si quieres pagar tú...

Negué con la cabeza.

—No, no, no pasa nada.

Ian bajó la vista y me vio manipular la cartera. Se apagó su mirada y noté que se distanciaba. Me habría gustado explicarle que mi cambio de humor no era culpa suya, pero entonces habría tenido que contarle lo que me preocupaba. Decirle que una vidente me había metido una tarjeta de visita misteriosa en la cartera le iba a parecer muy raro. «Por cierto, cree que mi difunto marido no está muerto.»

Pagó la cuenta, volvimos a la galería y nos detuvimos a la puerta, que estaba cerrada. Le tendí la mano.

—Gracias por la comida.

Me miró con recelo, pero sonrió y me la estrechó.

—De nada.

—Encantada de conocerte —dije y di media vuelta, pero lo oí llamarme.

—¿Hasta el jueves?

Sonrió, de nuevo cariñoso. Le devolví la sonrisa y asentí.

—Hasta el jueves.

Capítulo 6

Nadia llamó para cancelar nuestra velada. Tenía en marcha un nuevo proyecto y el cliente le había pedido que cenaran juntos para comentar los planos antes de marcharse de la ciudad.

—Wendy me ha dicho que te ha invitado a la inauguración del jueves.
¿Vas?

—Probablemente.

Pensé en Ian. Quería ver más fotos tuyas.

—Puedes venir conmigo. Nos hacemos de acompañantes.

—Mientras no me des un beso de buenas noches.

Soltó un bufido.

—Hecho. Bueno, ¿qué te pareció Ian?

—Me encantó... —El diseño del espacio. O eso era lo que tenía pensado decir hasta que caí en la cuenta de lo que me había preguntado.

Rio.

—Es guapísimo, ¿verdad?

—Tu diseño es guapísimo.

—¿Te gusta?

—Me gusta el trabajo que has hecho en la galería.

—Aimee... —dijo, alargando mi nombre.

—Vale. Me gusta. Parece muy majo.

—Pídele salir.

—¿Qué! —Nunca le había pedido salir a nadie. Nunca había salido con chicos, James no contaba. Él y yo siempre habíamos sido pareja—. No puedo. Es demasiado pronto.

—James murió hace casi cinco meses. Tienes toda la vida por delante.

—No estoy preparada.

Suspiró.

—De acuerdo. Bien. No te presiono. Pero algún día estarás preparada. El alma humana es asombrosamente resistente y el cuerpo humano es asombrosamente libidinoso. —Rio y yo puse los ojos en blanco—. Vamos de compras la semana que viene y te buscamos algo sexi.

—Claro —dije, más para callarla que porque estuviera de acuerdo.

—Tengo que arreglarme. Luego hablamos.

Se despidió y colgó.

Varias horas después me sorprendí mirando la tarjeta que Lacy me había metido en la cartera. Me senté al ordenador del cuarto que habíamos usado como estudio de James. Sus materiales de pintura aún estaban esparcidos por todo el cuarto. Un lienzo inacabado esperaba en el caballete. Encendí el monitor y abrí la página web del complejo turístico. Casa del Sol. Los tejados a dos aguas cubrían los soportales tipo hacienda que se alzaban sobre Playa Zicatela. El hotel se hallaba en la localidad de Puerto Escondido, en la Costa Esmeralda de Oaxaca, México.

Jugueteé con la esquina de la tarjeta de visita. No tenía sentido. James no había estado ni siquiera cerca de Puerto Escondido, que, según la aplicación de mapas de mi móvil, se encontraba a casi dos mil kilómetros de donde en teoría había ido él. James había volado a Cancún y tenía previsto cenar en Playa del Carmen después de pasar el día pescando a orillas de Cozumel. Thomas había ido a Cancún a recuperar su cadáver. O eso me había dicho.

«Llama a Thomas, Aimee.»

Sentí más que oír esas palabras en mi interior.

«¿James?»

«No te vuelvas», me dije. No iba a estar allí.

En cuanto a Thomas, hacía más de un mes de su última visita. Se había pasado por casa para ver cómo estaba y había terminado quedándose a cenar.

Lo llamé.

—Hola, Aimee —respondió con voz ronca.

Oí un frufú al otro lado de la línea telefónica, luego un zumbido grave y constante de fondo, como si hubiera salido o se hubiera asomado a una ventana.

—¿Dónde estás?

Más frufú. Se aclaró la garganta.

—Al otro lado del charco.

¿En Europa? Sería de madrugada. Debía de estar cansado.

—Perdona, ¿te he despertado? Te llamo luego.

—No, no pasa nada. —Gruñó. Lo imaginé frotándose la frente—. ¿Qué pasa?

—¿Tú...?

No terminé la frase. Preguntarle a Thomas si había recogido el cadáver de James en Cancún y no en algún otro sitio como Oaxaca no parecía lógico ni meditado. Tampoco «¿Seguro que repatriaste el cadáver correcto y no te trajiste el de un desconocido?», que habría sido mi siguiente pregunta.

No tenía otra prueba de que James no había muerto que una tarjeta de visita y la palabra de una vidente.

—¿Sigues ahí? —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí. Perdona que te moleste. Es que... —Cerré los ojos e inspiré hondo.

—Yo también lo echo de menos —confesó al cabo de un momento.

—Lo sé, gracias. Te dejo en paz. Buenas noches, Thomas.

—Cuídate, Aimee.

Puse el teléfono en el escritorio, al lado del cheque de Thomas. Lo miré fijamente, pensando en el cartel de alquiler del local del centro.

«Hazlo, Aimee.»

Agarré el teléfono y llamé a papá. Era tarde. Me saltó el buzón de voz.

«Hola, papá. Eh... —Cogí el cheque—. Te llamaba para decirte que... Bueno, que ya sé lo que quiero hacer. Que no tenéis que preocuparos por mí. Me va a ir bien. No... ¡ya me va bien! Solo eso. Te quiero. Y a mamá también. Adiós.»

Le di la vuelta al cheque y se me revolvió el estómago. Era graduada de una escuela de cocina y podía organizar una comida de cinco platos para cientos de comensales, pero me abrumaba la idea de preparar café y hornear unas magdalenas para un cliente de mi establecimiento. Y, al mismo tiempo, me liberaba.

«Aimee's Café.»

James me había propuesto el nombre. Hasta me había esbozado un logo la noche anterior a su viaje. Si él se proponía dar rienda suelta a su pasión y abrir una galería, quería que yo hiciese lo mismo. Que dejara The Goat y montara mi propio restaurante. Que cocinara lo que quisiera, no lo que exigiera el tipo de negocio. ¿Acaso quería preparar comida típica de *pub* irlandés el resto de mi vida?

Le di vueltas al anillo de compromiso de platino. El diamante brillaba con la luz del monitor. Aun con James a mi lado, la idea me intimidaba. Pero

había llegado el momento de dar un paso adelante. Nadia diría que estaba entrando en la siguiente fase del duelo. Hacia delante y hacia arriba.

Endosé el cheque, luego llamé a la inmobiliaria y les dejé un mensaje. Al colgar, volví a la realidad. Mi cumpleaños era a la semana siguiente. Cumpliría veintisiete y ya estaría camino de convertirme en la orgullosa y cándida propietaria de un negocio sin plan de negocio, sin empleados y sin producto.

Brenda Wakely se reunió conmigo delante de Joe's Coffee House el lunes a las diez de la mañana. Era alta y delgada y llevaba una blusa de seda blanca por dentro de una falda de color azul eléctrico y tacones a juego. El pelo corto, blanco con mechones platino, se le enroscaba por detrás de las orejas.

Carraspeó y se presentó mientras abría la puerta cerrada con llave. La alarma inició una advertencia de cuenta atrás.

—Eche un vistazo mientras desactivo esto —dijo, y enfiló a toda prisa el pasillo, más allá de los baños, en dirección a la trastienda.

Joe no había retirado nada desde el cierre. La sala estaba atestada de mesas de formica. Las sillas de plástico se encontraban apiladas contra la pared del fondo. El suelo de linóleo tenía manchas y estaba levantado por las zonas de mayor trasiego. El aire olía a rancio. Un leve hedor a granos de café quemados y grasa de beicon me llenó los pulmones y me trajo recuerdos.

Puse los ojos en la mesa del rincón. ¿Cuántos domingos por la mañana nos habríamos sentado James y yo junto a aquel ventanal, viendo pasar a la gente mientras nos bebíamos aquel café amargo y comíamos tortillas francesas bañadas en salsa de Tabasco?

Girando lentamente, eché un vistazo al comedor. Aunque el mundo que rodeaba a Joe's había cambiado, el local seguía siendo el mismo. Decoraban la pared del fondo fotografías en blanco y negro de hacía cincuenta años. Las cartas de plástico apiladas junto a la caja registradora listaban los mismos platos que llevaba ofreciendo desde que yo había empezado a comer allí hacía veinte años.

—¿Qué le parece? —me preguntó Brenda.

—Me encantaba Joe's. Echo de menos este sitio.

—A mí también, pero todos esos locales de moda le hacían demasiado la competencia. Aunque me encanta pedir desde el coche, así que no me quejo.

Pasé detrás del mostrador.

—Habría que actualizar los electrodomésticos —me dijo, señalando los fogones industriales llenos de grasa a través del ventanuco de la cocina—. Lo cierto es que habría que vaciar el local entero y hacerle un buen lavado a presión. —Apartó las manos de la superficie pringosa de la barra—. ¿Qué negocio me dijo que quería montar aquí?

—Una cafetería. —Pulsé las teclas de la antigua caja registradora. El dos se atascaba—. Bueno, más bien un café *boutique* con restaurante *gourmet*.

Esbozó una sonrisa burlona.

—Otra cafetería. Un negocio arriesgado, si me lo permite. El propietario quiere que el inquilino firme un contrato de arrendamiento a largo plazo, de entre quince y veinte años —dijo, dando unos golpecitos en la carpeta de piel que llevaba.

Eso era mucho tiempo. Inspeccioné los armarios.

—¿Quién es el dueño del edificio?

—Joseph Russo.

—¿Joe es el dueño?

Debería haberlo supuesto. Igual podía llamarlo, llegar a un acuerdo con él.

—¿Lo conoce personalmente?

—Mis padres eran los propietarios de The Old Irish Goat. Hace mucho que conocen a Joe, por la Cámara de Comercio y otras asociaciones. ¿Ha solicitado ya alguien este alquiler?

—Tengo otras dos personas interesadas. El inmueble va a volar. Joe quiere tomar la decisión antes del jueves.

Tres días para decidir. Me pareció poco, pero lo podía perder. ¿Entonces, qué? Yo quería mi cafetería en el centro. La ubicación en la esquina era ideal, pero, sobre todo, allí sentía una conexión con James.

Le di vueltas al anillo.

—¿Cuánto es el alquiler mensual?

Brenda me recitó de carrerilla una cifra, por encima de lo que esperaba. Razón de más para llamar a Joe.

Debía planificarlo bien y no tomar decisiones precipitadas, pero no quería perder aquel local.

—Me interesa —le dije sonriente.

—Estupendo.

Abrió la carpeta y me entregó varios impresos. Hablamos un poco más de las condiciones y, mientras rellenaba la solicitud de alquiler y el informe

crediticio, ella se fue al lado opuesto del restaurante y se sentó a teclear enérgicamente en el móvil.

Cuando terminé, me dio las gracias.

—Pasaré su informe crediticio y, si lo aprueban, comprobaré sus referencias. —Me estrechó la mano—. Espero que todo le salga bien.

Una vez fuera, Brenda cerró con llave y se despidió. Yo volví a casa mareada. En los días siguientes, investigué, planifiqué, solicité la licencia de apertura y puse en orden mis finanzas. Por primera vez en cinco meses, me ilusionaba algo.

Nadia me despertó a última hora del jueves por la mañana. Salí a abrir arrastrándome. Me había quedado hasta tarde trazando planes de negocio y de márquetin.

—¡Madre mía, no pensarás ir de compras así! —me dijo con cara de asco al verme el pantalón de pijama y la camisa arrugada, y entró dándome un empujón.

—Buenos días a ti también. —Bostecé y cerré la puerta—. ¿Qué hora es?

—Hora de que te vistas. Tenemos menos de dos horas antes de mi comida de negocios para encontrarte algo que ponerte para la fiesta de inauguración de esta noche.

—Ya me pongo algo de lo que tengo —repuse, y volví al dormitorio.

Me siguió.

—¿Como qué?

Me encogí de hombros.

Abrió de par en par las puertas del armario y se quedó quieta. Resopló y miró el lado de James. Su ropa seguía ahí, intacta. Cerró el armario.

—Vístete. Te hace falta algo nuevo. Vamos a Santana Row.

—Me tengo que duchar.

—No hay tiempo. Perfúmate. Y péinate —añadió, haciendo revolotear los dedos alrededor de mi cabeza.

Veinticinco minutos después, vestida con vaqueros, una camiseta, deportivas y mis rizos alborotados recogidos en una coleta alta, me encontraba al lado de Nadia mientras ella repasaba un perchero lleno de prendas. Iba apartando bruscamente las perchas, inspeccionando con rapidez todos los vestidos de mi talla. Se colgó tres de los brazos y me arrastró a los

probadores.

—Sigo sin entender qué tiene de especial esta noche —dije, quitándome las deportivas con los pies.

—¿Hola? Ian estará allí.

—No me interesa.

—Sí, sí, claro.

—Nadia... —le advertí.

Me quité los vaqueros y la camiseta. Un sujetador normalito y unas braguitas aburridas me miraron desde el espejo de cuerpo entero.

—Pues olvídate de Ian. Hazlo por ti. Ya es hora de que le des un empujón a tu vida social. Tienes que empezar a salir con hombres.

—Yo no salgo con hombres —dije con frialdad, y descolgué el primer vestido de la percha.

—Lo que tú digas, pero date prisa, que nos queda poco tiempo.

Me subí la cremallera del vestido de mezcla de seda sin mangas color cobalto, con cuerpo entallado y falda recta hasta la rodilla, y me volví hacia el espejo. ¿Le parecería a Ian demasiado pretenciosa? El vestido era precioso, pero muy vistoso para una exposición de arte. Excesivo para Ian.

A James le habría encantado ese vestido.

Me desabroché la cremallera y, cuando el vestido cayó al suelo, le lancé una mirada asesina.

¿Por qué me preocupaba siquiera lo que pudiera pensar cualquiera de los dos?

El siguiente era un vestido negro de línea trapezoide con falda abierta, cuerpo entallado y mangas ajustadas hasta los codos. Mis zapatos de tacón de charol negro irían de maravilla con aquel vestido. Aquel vestido sería perfecto para esa noche.

Me sonó el móvil. Me aparté enseguida de mi reflejo y saqué la distracción del bolso de bandolera.

—¿Diga?

—¿Aimee? Soy Brenda Wakely. Perdona el retraso.

—No pasa nada —dije, logrando sonar desenfadada, pese a que el corazón me iba a mil.

—He estudiado su solicitud. Tiene fondos suficientes en sus cuentas bancarias, pero hay algunos problemas con su tarjeta de crédito. Los últimos pagos de su hipoteca se han demorado y, por desgracia, su calificación crediticia se ha resentido.

Me encogí.

—Deje que se lo explique...

—Confiaba en que su solicitud saliera adelante, sobre todo porque es usted amiga de Joe, pero no puedo recomendarle a él su solicitud y ahora son tres los solicitantes cualificados.

Me derrumbé en la silla del probador.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Podría conseguir un avalista, alguien con mejor calificación crediticia?

Pensé en mis padres, a pesar de que quería hacer aquello yo sola. Luego me acordé de su cuestionable historial crediticio. Habían tenido problemas para pagar a algunos proveedores.

—No estoy segura. Necesitaría más tiempo.

—Me temo que no dispongo de mucho. Seguramente se le conceda el alquiler a otro solicitante esta tarde o, a lo sumo, mañana por la mañana. Suerte con la búsqueda de local. Que tenga un buen fin de semana.

Colgó. Solté un largo suspiro y miré al techo.

Nadia me aporreó la puerta y di un respingo.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya estás?

—Dame un segundo.

Me quité el vestido y me puse la camiseta.

—¿Ya has elegido uno? —Le pasé el trapezoide por encima de la puerta—. ¡Genial! —ronroneó—. Me encanta.

Mientras salía de los probadores me pareció oírla decir que a Ian también le iba a gustar.

Capítulo 7

Nadia me recogió a las ocho para la inauguración de la galería. Iba imponente con un vestido de tubo de un color terroso que recordaba a la lavanda seca. El pelo cobrizo, con la raya en medio, le caía por los hombros. Un perfilador difuminado le enmarcaba los ojos esmeralda y un brillo claro le resaltaba los labios gruesos.

Me hizo un gesto a modo de giro con el dedo índice y yo di unas vueltas y la falda del vestido se me despegó de las piernas. Me había recogido los rizos en un moño alto y me había dejado unos mechones sueltos a ambos lados de la cara. No me había arreglado tanto desde el funeral de James.

Nadia sonrió.

—Igual me equivoco, pero ¿a que te sientes fenomenal? Estás impresionante.

—Estoy nerviosa —dije, enroscándome en el dedo uno de los rizos sueltos.

Me dio un manotazo y me retocó el peinado.

—Solo te pido una cosa...

—¿Qué?

—Diviértete.

Suspiré.

—Lo intentaré.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—No estaría de más que sonrieras un poco. —Se apartó, me miró de la cabeza a los zapatos de salón—. Estás preciosa. —Esbocé una sonrisa de medio lado—. ¡Mucho mejor! —exclamó.

Aparcamos a dos manzanas de la galería. Hacía fresco esa noche y me re Coloqué el chal que llevaba por los hombros. Manaba luz de las ventanas y por la puerta escapaban notas de *jazz* suave. *Amanecer en Belice* seguía

ocupando el puesto de honor en el escaparate. La etiqueta del precio, 2.750 \$, era nueva.

Me quedé pasmada.

Nadia me miró raro.

—¿Qué?

Toqué el cristal del escaparate por encima de la etiqueta.

—Debe de ser buenísimo.

—Lo es. Ya verás sus otras obras. ¿Vienes? —dijo, sosteniéndome la puerta.

La galería estaba abarrotada de invitados. Los camareros zigzagueaban con cuidado entre los admiradores de Ian, manteniendo en equilibrio las bandejas repletas de copas de champán y de canapés.

Detecté inmediatamente a Ian, que estaba en un rincón de la estancia principal. Se metió despacio las manos en los bolsillos de los pantalones oscuros e inclinó la cabeza hacia la mujer que tenía al lado. Un mechón de pelo lustroso le cayó sobre la frente. Vi cómo levantaba la mano despacio para apartárselo de la cara al tiempo que asentía a lo que aquella mujer le estuviera contando. Me dio un vuelco el corazón y mi reacción me sorprendió.

—No te olvides de sonreír —me dijo Nadia, dándome un codazo en las costillas.

Forcé una sonrisa.

Wendy cruzó la sala.

—Nadia, te estaba buscando.

—Hola, Wendy. —Ladeó la cabeza para recibir los besos al aire de Wendy, luego me tocó el hombro—. ¿Te acuerdas de mi amiga Aimee?

Wendy me estrechó la mano.

—Me alegro de que al final hayas venido. Diviértete, por favor, tómate una copa de champán —dijo, y me señaló a un camarero que pasaba por delante, luego se volvió hacia Nadia—. A un buen amigo mío le encanta lo que has hecho con mi galería. Es agente inmobiliario, especializado en locales comerciales, y quiere conocerte.

—¿Te importa? —me preguntó Nadia.

—En absoluto. Adelante.

—Para disfrutar más de la exposición, empieza por aquí —me dijo Wendy, dirigiéndome a la izquierda—. He organizado las fotos de Ian de forma que salga el sol en las primeras y se ponga en las últimas. Su obra es impresionante. Búscame si quieres comprar algo.

Agarró de la cintura a Nadia y desaparecieron las dos detrás del primer juego de particiones.

Me quité el chal, me colgué la prenda en el brazo y deambulé por la galería. Todas las imágenes eran de amaneceres o atardeceres en lugares exóticos y lejanos. Ian había jugado con la luz, y los colores reflejados en la ladera de una montaña, en la superficie de un lago o entre los altísimos abetos de un bosque tenían un no sé qué mágico, surrealista.

Me detuve delante de una imagen, un sol intenso en una fuerte pendiente sobre unas dunas de arena de Oriente Medio. La fotografía estaba hecha en Dubái, según la etiqueta de la pared. En la cresta de una duna, había tres camellos inmóviles, cuyas sombras parecían dedos largos que se extendían por las arenas de vivo naranja y dorado.

—¿Qué te parece?

Asomé a mis labios una sonrisa.

—Tienes un talento extraordinario para captar la luz del sol —dije, levantando la vista a Ian.

Nuestros ojos se encontraron.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Arrugó la frente.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Me pasé el chal al otro brazo.

—Adelante.

Retiró el chal y me dejó a la vista la mano izquierda, luego ladeó el anular para que las luces del techo hicieran brillar mi anillo de compromiso.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casada?

—Porque... —titubeé, me humedecí los labios— no lo estoy.

Dejó el chal como estaba.

—¿Prometida? —Negué con la cabeza—. Siento que no saliera bien —dijo entonces sin alterarse.

Me zafé de su mano y me volví hacia la fotografía para que no me viese los ojos llenos de lágrimas. No buscaba su compasión, pero noté que me estudiaba mientras yo admiraba su trabajo.

—¿Cuándo hiciste esta fotografía?

Rio.

—Hace dos años.

Lo miré de reojo.

—¿De qué te ríes? —Agachó la cabeza y disimuló la sonrisa—. Apuesto a que tienes una historia para cada foto.

Se frotó la mandíbula.

—Sí, así es.

Esperé una explicación. Se limitó a mirarme con una sonrisa disimulada. Crucé los brazos.

—Un día de estos me contarás esa historia.

—Eso espero —dijo, entornando los ojos.

Eché un vistazo a la galería abarrotada. El nivel de ruido había subido, el bullicio era mayor con tanto champán gratis. Vi a Wendy tecleando a toda prisa en la pantalla de una tableta lo que supuse que sería un pedido.

—¿Hay algo que te apetezca llevarte a casa? —me dijo Ian al oído.

«A ti.»

La idea irrumpió en mi cabeza y me trajo una imagen de Ian besándome. Me puse colorada y él enarcó una ceja. Parpadeé deprisa y me aclaré la garganta.

—Ya sabes cuál me gusta.

—*Amanecer en Belice* —dijo, esbozando una sonrisa.

—Perdona, pero no llevo tanto suelto.

—¡Feliz cumpleaños, Aimee! —anunció Nadia a mi lado.

Me volví hacia ella.

Ian se apartó para dejarle hueco. Nadia me ofreció champán. Yo le acepté la copa con una protesta. Le dio otra a Ian.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —me preguntó él.

—Mañana, en realidad. Esperaba que se te olvidara —le dije a Nadia con una mirada asesina.

Cogió otra copa de la bandeja de un camarero que pasaba por su lado.

—Un brindis por la cumpleañera.

—¡Para!

—Déjame que me divierta —se quejó.

—¡Felicidades! —dijo Ian, brindando conmigo.

—Gracias.

Bebió sin dejar de mirarme por encima de la copa. Con una sonrisita disimulada, Nadia tarareó a su copa, observándonos a Ian y a mí alternativamente.

Se acercó Wendy.

—Siento interrumpir, pero vengo a robaros al protagonista de la noche.

Ian dejó la copa en una mesa alta que había cerca.

—No te vayas sin despedirte —me dijo, y Wendy se lo llevó.

Nadia los siguió con la mirada.

—Madre mía, qué bien está. Lástima que solo tenga ojos para ti. Pegados a ti. Me he sentido como la tercera rueda de mi bicicleta.

—Tu bici solo tiene dos ruedas.

—¿Ves lo que te digo?

Señaló con la barbilla al fondo de la sala. Me volví y lo vi rodeado por un grupito de admiradores, mirándome a mí. Esbozó una sonrisa y atendió al hombre que tenía al lado.

Al final de la velada, Nadia me encontró admirando *Amanecer en Belice*.

—Precioso —murmuró—. Oye, don Agente Inmobiliario y yo vamos a comer algo. Vente.

—¿Y convertirme en la tercera rueda de tu bicicleta? Ni hablar.

Rio.

—No vamos de eso.

—Sí, sí, claro. Me voy a casa andando.

—No seas boba. Yo te acerco.

—Te acompaño yo —sonó la voz de Ian por encima de mí.

Nadia sonrió.

—Mejor aún.

—¿Te importa? —me preguntó él.

—Si no te va mal...

Negó con la cabeza y se ahuecó el cuello de la camisa.

—Necesito aire fresco.

—Arreglado, pues. Me largo. —Nadia me abrazó y le dio la mano a Ian—. Una exposición estupenda.

—Dame un minuto —dijo Ian cuando se fue Nadia—. Voy a decirle a Wendy que me marcho.

Mientras esperaba, eché un último vistazo detenido a mi obra favorita. Alguien había vuelto la foto hacia el interior de la galería. En lugar de la etiqueta del precio había un cartelito que rezaba **VENDIDO** en letras negras y gruesas.

Volvió Ian.

—Pareces desilusionada. ¿Por qué estás tan triste?

Señalé la fotografía.

—Me alegro de que la hayas vendido, pero mentiría si te dijera que no me deprime un poco.

Escudriñó el cartelito.

—Mmm, interesante —murmuró mientras me instaba a salir empujándome suavemente de la parte baja de la espalda—. ¿Hacia dónde vamos?

—A ocho manzanas en esa dirección —dije, señalando a nuestra izquierda, y me eché el chal por los hombros.

—¿Algún plan para tu gran día de mañana? —preguntó mientras andábamos.

Negué con la cabeza.

—Quedarme en casa. Cenar con mis amigas, quizá.

—Yo pasé mi vigésimo noveno cumpleaños escondiéndome de los cocodrilos en los Everglades de Florida.

Reí.

—No es eso lo que yo entiendo por pasarlo bien.

—Pero hice unas fotos alucinantes. Déjame pensar... —Se rascó la barbilla—. El trigésimo lo pasé a lomos de una mula en los Andes peruanos.

—A ver si lo adivino... ¿estuviste toda la noche sentado en un cubo de hielo?

—No, pero casi. —Rio—. Me dolió el trasero una semana.

Cruzamos la calle y recorrimos otra manzana.

—¿Otro cumpleaños del que quieras hablarme? ¿O terminan a los treinta?

—De momento, eso es todo.

Me llevó hasta un portal escasamente iluminado.

—¿Qué haces?

—Celebrar tu cumpleaños. —Me sostuvo la puerta y me siguió adentro. Estábamos en La Petite Maison, un restaurante francés—. Dos para tomar café y postre —le dijo a la encargada, levantando dos dedos.

La encargada nos condujo a una mesa pequeña junto al ventanal cubierto por visillos con cenefa. Ian me acercó la silla, luego le susurró algo a la encargada antes de que nos diera las cartas y se fuera.

Miré las mesas con manteles blancos y los farolillos de cristal que colgaban con delicadeza del techo.

—No sé por qué, no te imagino comiendo aquí a menudo.

—No he venido nunca. —Se volvió en la silla y echó un vistazo alrededor. Cuando me miró de nuevo, lo hizo con una sonrisa pícaro—. No era mi primera opción, pero está abierto. —Se miró el reloj—. Son casi las once.

Al poco llegó el camarero con nuestros cafés.

—Huele bien —dije, entornando los ojos mientras inhalaba el cálido aroma a tostado.

Ian dio un sorbo y se encogió de hombros.

—No está mal.

—¿No satisface tus expectativas? No, espera... —añadí, levantando la mano para callarlo—. Tú lo puedes hacer mejor. —Meneé la cabeza—. No sé, Ian. Todo de boquilla.

Se le iluminaron los ojos.

—La apuesta sigue en pie —me recordó.

—En realidad... —dije, pasando la mano por el mantel—. Ha habido algunos progresos por mi parte.

Me miró sorprendido.

—La idea de la cafetería ha ido... cuajando —dije tras una pausa de efecto.

—¡Genial! —Sonrió—. ¿Vas a alquilar el local de Joe?

—Puede.

Me mordisqueé el labio. Desde que me había llamado Brenda, había estado dando vueltas a la idea de pedirle a Thomas que me avalara o, si Thomas no quería, a Nadia y a Kristen. Si Joe me había rechazado, otros arrendatarios también lo harían.

—Te deseo muchísima suerte, Aimee. Avísame cuando estés preparada para averiguar cuál de los dos es el auténtico maestro cafetero.

«¿En serio cree que puede hacer mejor café que yo?», pensé, recordando la conversación que habíamos tenido en la pizzería hacía unos días.

—Desde luego —accedí.

Regresó nuestra camarera con un *cupcake* de terciopelo rojo. Llevaba una sola vela encendida en el centro.

—¿Y esto? —pregunté.

—Por tu cumpleaños. Pide un deseo.

Sonreí y cerré los ojos e imaginé mi cafetería con el logo pintado en el rótulo de encima de la puerta. Luego abrí los ojos y, justo antes de soplar la vela, me vinieron a la cabeza James y las palabras de la vidente: «Está vivo».

Espurreé y tosí.

Ian sacó la vela del *cupcake*.

—Oye, ya se te notan los años.

Un rato después, me acompañó a casa y, al llegar al porche, le di las gracias por la invitación.

La luz del porche le daba un aire misterioso y resaltaba su rostro anguloso. Una barba de un día le oscurecía la mandíbula.

—Lo he pasado bien esta noche. Y... —me sonrió de pronto— creo que te voy a echar de menos.

Agachó la cabeza, como si la confesión lo hubiera pillado con la guardia baja.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Me voy de expedición fotográfica dentro de unos días.

—¿Cuánto vas a estar fuera? —pregunté en voz baja, agitando las llaves.

—Diez días.

Torcí el gesto.

—Eso es muchísimo tiempo.

—Una eternidad —bromeó. Se acercó a mí—. Espero verte a la vuelta.

—Estaría bien. Me he divertido hoy.

—Y yo. —Me acarició la mejilla—. A lo mejor, cuando vuelva, Joe's Coffee House está a punto de convertirse en Aimee's.

Noté que se me encendía la mejilla donde me había tocado.

—A lo mejor.

Me miró los labios, deteniéndose en ellos un instante. Se me escapó un jadeo. Rio en voz baja.

—Buenas noches, Aimee.

—Buenas noches, Ian.

Lo vi cruzar la calle corriendo. Cuando giró en dirección al centro, me toqué la boca. Ian había querido besarme.

Capítulo 8

James y yo habíamos sido uña y carne, como siameses, desde ese primer sábado por la mañana. Después de que le congeláramos el labio y él nos ayudara a recoger el estropicio que Robbie y Frankie habían hecho de mi puesto de limonada, James pasó el resto del día conmigo y casi todos los sábados posteriores. Éramos de esos amigos íntimos que tan pronto se cuentan sus sueños como se disparan balines de gomaespuma el uno al otro.

—Nos casaremos en cuanto terminemos la universidad y tendremos tres hijos —anunció un día mientras jugábamos con Kristen y Nick a dispararnos en el parque natural que había detrás de la casa de James.

Luego me dijo que quería ser un artista famoso mientras yo me quedaba en casa horneando postres. Y más postres y más postres y más postres hasta que se me ensancharan tanto las caderas que no pudiera pasar por la puerta.

—¿Cómo dices? —le respondí espantada, y lo atacué. Cayó al suelo y rio, agarrándose la tripa—. Tú te pondrás tan gordo como yo —repuse—. Si nos casamos, tendrás que comerte todo lo que cocine.

Entonces me alcé sobre él, apunté y disparé. Le di en toda la frente. Después salí corriendo, me escondí detrás de un árbol talado y me eché a reír. Por más que lo intentaba, no me lo imaginaba gordo.

Mis tardes favoritas eran las de los sábados lluviosos. James venía a casa después de sus partidos de fútbol y se desplomaba, agotado, en el sofá. Hojeaba los cómics mientras yo leía libros, cada uno con la cabeza apoyada en un extremo. No nos movíamos hasta que las delicias que preparaba mamá nos llevaban a la cocina entre rugidos de estómago.

Cuando James cumplió doce años, ya hacía casi un año que lo conocía y aún no me había invitado a su casa. No le dejaban llevar a chicas hasta que estuviera en el instituto. Una norma estúpida de la que él se quejaba a menudo pero que respetaba. Había visto lo colorado que le habían puesto el trasero a

su hermano mayor. Thomas había invitado a casa a una compañera de clase para estudiar un examen. Su padre, Edgar Donato, había llegado pronto y no había dudado en zurrarle con el cinturón después de despachar a su amiga. Las chicas y las aficiones eran distracciones. Los estudios y los deportes eran el germen de las aptitudes que precisaban para dejar huella en el mundo. Les tenían la vida completamente planificada.

Había elegido el regalo perfecto para James, algo que sabía que quería pero que no se le ocurriría pedirles a sus padres, y lo envolví con esmero. El papel crujió mientras llamaba con los nudillos a la puerta de su casa. Ese día era su fiesta. Solo habían invitado a chicos, pero yo quería darle mi regalo. Estaba deseando que lo viera.

Abrió la puerta un chico al que yo no conocía. Era más alto que James y mayor que Thomas, pero tenía la misma tez. Pelo y ojos oscuros, piel aceitunada, indicio de la misma herencia italiana. Debía de ser Phil, su primo. James me había dicho que iba a verlos a menudo, normalmente cuando el padre de Phil, tío de James y hermano de la señora Donato, viajaba por trabajo. El tío Grant siempre estaba volando a otros países.

James nunca era feliz cuando Phil estaba en la ciudad. Pasaba esos días en mi casa y muchas veces volvía a la suya bastante después de que encendieran las farolas. Pero Phil me sonrió, parecía amable.

—Eres la amiga de James, Aimee, ¿verdad? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Está en casa?

—¡James! ¡Tienes visita! —gritó al interior de la vivienda, luego volvió—. Siento que no puedas sumarte a la fiesta. El padre de James tiene esa estúpida norma de «nada de chicas». Él tenía muchas ganas de invitarte.

Lo miré extrañada.

—¿El señor Donato?

Río.

—No, boba. James. Yo soy Phil, por cierto.

—¡Hola!

Me balanceé sobre los talones, impaciente por ver a James.

Se oyeron pasos fuertes en el pasillo y James asomó entre Phil y la puerta.

—¡Hola, Aimee! —me saludó antes de que Phil le hiciera una llave de cabeza y le diese un coscorrón.

—Felicidades, pequeño retrasado —le dijo con voz de teleñeco. Sonaba

como la rana Gustavo y me dio la risa.

James se zafó de Phil y le dio un empujón.

—¡Tú sí que eres retrasado, retrasado!

Phil se mostró dolido por un momento. Me pregunté por qué le había molestado el comentario si él acaba de decir lo mismo, pero entonces James me vio el regalo en las manos.

Sonreí y le alargué el paquete envuelto.

—Es para ti.

—Guay. Dile a mamá que ahora vuelvo —le dijo a Phil, y saltó del porche.

Me dispuse a seguirlo, pero antes me volví hacia Phil.

—Encantada de conocerte.

—Y yo a ti.

Phil gruñó y cerró la puerta.

—¡Date prisa! —me gritó James—. Solo faltan treinta y cinco minutos para que empiece la fiesta.

Corrió por el jardín trasero y saltó la cancela de media altura que separaba su casa del parque natural.

—Tu primo parece majo —le dije mientras me ayudaba a saltar.

—No lo es —comentó, y se adentró en el bosque antes de que pudiera preguntarle si Phil se había portado mal con él alguna vez.

¿Lo acosaba? A lo mejor por eso James pegaba tan bien.

—¡Espérame! —resoplé, persiguiéndolo.

El contenido de la caja del regalo traqueteó, resonando por el bosquecillo de robles.

Aminoró la marcha y trotó a mi lado.

—Trae, que lo llevo yo —dijo, e hizo ademán de quitármelo.

La aparté bruscamente.

—¡No! Es tu regalo.

—¿Qué me has comprado? —Saltó por encima de un tronco pequeño—. ¿Un balón de fútbol?

—Ya tienes uno.

Trotó marcha atrás.

—¿Una camiseta de Steve Young?

—¡Qué va!

Lo adelanté, rozándolo al pasar.

—¡Déjame verlo!

—No. Espérate.

Teníamos un sitio, un pequeño círculo hecho con troncos donde solíamos quedar con Kristen y Nick para maquinar nuestras próximas aventuras.

Se plantó delante de mí de un salto y me arrebató el regalo de las manos.

—¡Devuélvemelo! —Levantó la caja por encima de su cabeza—. No lo puedes abrir aún.

—¿Y qué pasa si lo abro? Es mi regalo.

Despegó con la uña un trocito de celo.

—Genial. Adelante.

Crucé los brazos y fingí que me daba igual.

—¿En serio? —me dijo con escepticismo.

Me había estado tomando el pelo.

Pero tampoco yo podía esperar más. Me moría de ganas de ver su reacción desde que había encontrado el artículo en la tienda de bellas artes. Me acerqué. Las hojas secas crujieron bajo mis pies.

—Sí, en serio.

Arrancó el papel y se quedó mirando la caja de madera que tenía en las manos.

—¿Qué es?

—Ábrela.

Se arrodilló, dejó la caja en el suelo y retiró los cierres de latón. La tapa se levantó con un chirrido. James abrió mucho los ojos y la boca. Acarició con los dedos los pelos de los pinceles y le dio vueltas en la palma de la mano a uno de los tubos de pintura, Siena tostado.

—¿Me has comprado una caja de pintor?

Me estiré las mangas del suéter. A lo mejor tendría que haberle comprado la gorra de los San Francisco 49ers que papá me había sugerido.

—Me dijiste que tus padres no querían comprarte pinturas, pero eso no significa que yo no pueda regalártelas. Además, ¿cómo esperas ser un pintor famoso si no tienes con qué pintar?

Sonrió.

—Es guay. Gracias.

Se me hinchó el pecho y asomó a mi rostro una sonrisa, sin nervios ya. No me había equivocado con el regalo.

Inspeccionó rápidamente la caja y luego volcó el contenido. Los pinceles, los tubos de pintura y las espátulas cayeron sobre un lecho de agujas de pino. Convirtió la caja en un caballete y apoyó en él la tabilla forrada de

lienzo que venía dentro.

—¿Qué haces? —pregunté al verlo echar un pegote azul en la paleta.

—Te voy a hacer un cuadro.

—¿Ahora?

No contestó, miraba con atención a un ruidoso arrendajo azul que protegía su nido de una ardilla colgada del tronco del árbol. Pintó la escena y sus pinceladas inexpertas me parecieron prometedoras. Mientras lo observaba, me embelesó su pintura tanto como a él. En ese instante, no importaba otra cosa que la obra de arte de James, hasta que una voz distante perturbó nuestro mundo. Levanté enseguida la cabeza en la dirección de donde venía.

—Tu madre te está llamando.

James se quedó inmóvil, con la punta del pincel flotando sobre el lienzo. Palideció. Nos habíamos olvidado de la hora.

Apartó el lienzo aún sin secar y recogimos corriendo las pinturas y los pinceles esparcidos por el suelo, metiéndolos en la caja de cualquier manera. Bajó la tapa y echó los cierres.

—Extiende los brazos. —Lo hice y me colocó despacio el lienzo en los antebrazos—. Ten cuidado, la pintura no está seca.

Recoloqué las palmas debajo para que la superficie fuera más plana.

—Es para ti —dijo, y me dio un beso largo en la mejilla.

Tomé un poco de aire, sorprendida de que el contacto de sus labios en mi piel fuese tan agradable como inesperado. Me hizo sentir un revoloteo en la tripa.

Sonrió.

—Vamos.

Volví con él hasta su casa. Fuimos lo más rápido que pudimos sin arriesgarnos a estropear su primera pintura. La señora Donato nos esperaba en la terraza de atrás. Escudriñó a James y reparó en algo que yo no había visto hasta entonces. Las salpicaduras de pintura de los antebrazos y de la camisa. Las rodillas sucias. Luego miró la caja de madera.

—¿Qué es eso que llevas en la mano?

James me miró un segundo. Intentó esconder la caja detrás de las piernas.

—Pinturas —reconoció.

—Pinturas —repitió su madre, apretando los labios—. Las pinturas ensucian y son infantiles. Son una distracción, una pérdida de tiempo. —Le dio un tirón de la camisa por el cuello, donde tenía una huella de pintura azul—.

Veo que ya has estado perdiendo el tiempo. Más vale que entiendas ahora, James, que no hay sitio en tu futuro para frivolidades. —Me miró a mí—. Deduzco que las pinturas se las has regalado tú...

Asentí con la cabeza, demasiado intimidada para no hacerlo.

—Es un detalle bonito, querida, pero no puede aceptar tu regalo. James, por favor, devuélveselo o me veré obligada a hacértelo tirar a la basura.

—Pero...

—¿Me vas a replicar?

Se miró los pies.

—No, señora.

Le cogí la caja a James. No quería que su madre la tirara a la basura.

La señora Donato se dirigió a la puerta.

—Ven adentro a limpiarte. Y a cambiarte de ropa. La llevas sucia. ¡Deprisa! —bramó al ver que James se quedaba clavado en el suelo, lanzándome una mirada de disculpa—. Tus invitados llegarán en cinco minutos.

James entró corriendo en casa. Su desilusión me partía el alma. De verdad quería la caja de pinturas.

—Vete a casa, Aimee. Ya verás a James mañana.

—Sí, señora Donato —respondí con tristeza. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me las limpié antes de que cayeran.

Caminé despacio hacia la cancela lateral, con la caja en la mano y sosteniendo en equilibrio lo que pensé que podría ser la única pintura de James. Su pasión apagada antes de que le diera tiempo de brillar. Traté de abrir el pestillo de la cancela, golpeándola con la caja en el intento. Se abrió la caja y cayó al suelo su contenido.

Me arrodillé y empecé a recoger los pinceles y las pinturas. Un par de mocasines se detuvieron junto a mis manos. Phil se arrodilló también. Metió una espátula en el estuche.

—Siento lo de mi madre.

Levanté la cabeza.

—¿Tu madre?

Agachó la cabeza.

—Quiero decir Claire. Es como si fuera mi madre, no tengo otra cosa.

—¿No tienes padre?

—Sí, pero no lo veo mucho. Trabaja demasiado. En cualquier caso, por si no te has dado cuenta, Claire quiere que James y Thomas trabajen en la

empresa de mi padre cuando sean mayores. Que James pinte cuadros no forma parte del plan.

Contemplé las pinturas y los pinceles esparcidos por el suelo, el dinero que había malgastado. Tendría que haberle comprado la gorra.

—¿Y qué hago ahora con esto?

Phil estudió la escena del pájaro y la ardilla que James había pintado.

—Es muy bueno. Igual podrías guardar estas cosas en tu casa y que pinte allí. Claire y Edgar no tienen por qué enterarse. —Se echó la cremallera a la boca y tiró la llave imaginaria—. Si tú no se lo dices, yo tampoco.

Me gustó la idea.

Nos dimos la mano y terminamos de recoger. Phil me dio la caja.

—Así, en horizontal —dijo, y puso la pintura encima—. Así no se cae.

Me levanté despacio.

—Gracias.

—Ahora entiendo por qué le gustas a James. Eres un encanto.

Bajé la cabeza, ruborizada.

Me abrió la cancela.

—A lo mejor nos vemos mañana —dijo.

Me caía bien Phil. No me parecía el matón del que hablaba James.

—A lo mejor —le contesté.

Pero no lo vi al día siguiente, ni ningún otro día en varios años. James y yo siempre quedábamos en mi casa, más aún desde que yo le guardaba las pinturas en mi cuarto. A medida que fueron mejorando sus aptitudes y fue adquiriendo más útiles de pintura, mis padres le hicieron un hueco en el solárium de al lado de la cocina. Durante años, mientras yo ayudaba a mamá a idear nuevas recetas para el restaurante, James pintaba, y su talento y nuestra amistad florecieron.

Capítulo 9

Al día siguiente me puse unos vaqueros ajustados, una blusa fina de tirantes y tacones para la celebración de mi cumpleaños. Kristen y Nadia me iban a llevar a cenar a un chino. Cuando llegaron a casa, Nadia me saludó con un abrazo.

—Tendría que haberme ido con vosotros anoche.

—¿Don Agente Inmobiliario no ha pasado la inspección?

—Un desastre —contestó con cara de fastidio—. Me tiró los tejos.

Reí.

—¿Y eso no es bueno?

—¿Besa fatal? —preguntó Kristen a la vez que entraba en el salón y se plantaba junto a la mesa del comedor.

Nadia puso los ojos en blanco.

—No y no —nos dijo—. Besa bien, demasiado bien. Está casado.

—¡Vaya! —exclamó Kristen, levantando la cabeza.

—¿No llevaba alianza? —dije yo, dándole vueltas a mi anillo de compromiso.

—No —respondió ceñuda.

Kristen estudió el papel que tenía en la mano.

—¿Y cómo lo has sabido?

—He desayunado con Wendy esta mañana. ¡Madre mía! —gruñó—. Como no paraba de hablar de él, me lo ha dicho. —Se dejó caer en uno de los silloncitos de piel y cruzó los tobillos sobre la otomana—. Me pidió que le presentara una oferta por el local comercial que tiene en San José, cerca del estadio.

—¿Antes o después de tirarte los tejos? —preguntó Kristen, soltó el papel que tenía en la mano y cogió otro lleno de anotaciones a lápiz.

—Antes. Creo que voy a pasar de él. De la oferta, digo —añadió con

desdén.

—Seguramente tampoco será de fiar. ¿Cómo se llama? —pregunté por curiosidad.

—Mark Everson. Alto, rubio y guapísimo. —Dio una palmada con ambas manos en los brazos del silloncito—. Sé que suena a puñetero cliché, pero es cierto. Es mayor que yo, treinta y tantos. A Wendy le ha sorprendido cuando se lo he contado. Piensa que a lo mejor tiene problemas con su mujer.

Solté un bufido.

—¿Tú crees?

—Perdonadme que cambie de tema, pero ¿vas a abrir un restaurante? —dijo Kristen, agitando el papel que tenía en la mano.

Me había dejado en la mesa de la cocina los documentos fruto de mi investigación, los impresos del negocio y los presupuestos de los proveedores con los que había trabajado en The Goat.

—Eso tengo pensado —contesté, acercándome a ella.

Al menos eso esperaba, suponiendo que encontrase un avalista para el alquiler. Pero quería tener las cifras claras antes de abordar a Thomas. Solo tendría una oportunidad de lanzarle mi idea.

—¡Ay, Dios mío! —chilló Kristen—. ¿Lo dices en serio? Me encanta lo que he visto en tus anotaciones. Tus ideas son fabulosas.

Nadia se levantó y cruzó la estancia. Extendió los papeles y cogió una lista de opciones para la carta. Había estado jugando con combinaciones de recetas, fusionando diversos gustos para crear sabores exóticos. Mi selección de cafés parecía la carta de vinos de un restaurante. Tenía que recortar las opciones, preparar, quizá, varias cartas de temporada.

—¿En serio lo vas a hacer? —dijo, agitando el papel—. ¿De cero?

—Sí, en serio.

Me miró fijamente.

—Bueno, desde luego es mejor que el estofado de cordero con patatas rojas.

Cogí los listados y junté los papeles, cuadrándolos con unos golpes en la mesa.

—Si mis padres me hubieran vendido a mí The Goat, no habría tenido mucho margen para inventarme platos nuevos. La nueva cocina de fusión no pegaría mucho en un *pub* irlandés.

—Así me gusta —dijo Kristen, dándome una palmadita en el hombro—. Me alegro de que des este paso. Estás pasando página.

Nadia miró alrededor y posó la vista en las fotos enmarcadas de James y yo que plagaban la repisa de la chimenea.

—Dinos cómo te podemos ayudar. Podemos llevarnos las cosas de James si te cuesta mucho hacerlo sola. Hay oenegés muy buenas a las que donar su ropa. Podemos buscar una buena causa. Yo te puedo ayudar también con el diseño del restaurante y recomendarte un buen contratista.

Apreté fuerte el papel, arrugando los bordes.

—Gracias por el ofrecimiento, pero primero tengo que buscar un local. Se le iluminó la cara.

—También te puedo ayudar con eso, sin cobrarte.

Había pensado pedirle ayuda con el diseño del restaurante, incluso que me avalará en el alquiler si Thomas no quería, pero no esperaba que fuera a hacerlo gratuitamente. Su ofrecimiento era inmenso.

—Me encantaría que me ayudara, pero no os preocupéis por las cosas de James. Ya me ocupo yo.

Más adelante, cuando esa tarjeta de visita que Lacy me había metido en la cartera dejara de atormentarme a todas horas.

—¡Genial! —espetó Kristen ilusionada—. Pues parece que esta noche vamos a celebrar algo más que tu cumpleaños. ¿Quién quiere empezar la fiesta ya?

Después de la cena, fuimos al Blue Sky Lounge, en el centro de San José. La música electrónica retumbaba, haciendo vibrar el aire. La gente bailaba en la pista, abrazados a sus parejas. Nadia nos condujo a un grupo de silloncitos que rodeaban una mesa baja y pidió una jarra de sangría y una ronda de chupitos de champán con fruta de la pasión. Mientras ella daba buena cuenta de la sangría, se aseguró de que nos iban trayendo chupitos a Kristen y a mí.

Al terminar la primera jarra, Kristen me agarró de las muñecas.

—¡Ven, cumpleañera! Baila conmigo.

Me arrastró a la pista de baile. Los cuerpos acalorados se pegaban a los nuestros. Kristen me dio un caderazo y yo reí.

—¡Se te ve contenta! —me gritó al oído.

—Estoy contenta —le grité yo.

Estaba reconstruyendo mi vida y me estaba reconstruyendo yo, y eso me sentaba bien.

Varias canciones después, empecé a abanicarme la cara con la mano. Me

corría el sudor por el canalillo.

—¡Agua! —grité por encima de la música.

Volvimos a nuestro sitio justo cuando llegaba la camarera con otra jarra de sangría y una ronda más de chupitos, que Kristen y yo nos bebimos de prisa. Me moría de sueño. Me froté la cara para despejarme.

—¿Qué te pareció la exposición de Ian anoche?

—Sus fotos son increíbles —contesté, mirándola con recelo.

—Ian es increíble. —Una sonrisa tontorróna me ahuecó las mejillas—.

Lo sabía —dijo Nadia, chascando los dedos hacia donde estaba yo.

Mi sonrisa se tornó pensativa.

—Se va de expedición fotográfica.

—¿Quedarás con él cuando vuelva? —preguntó Kristen.

Me encogí de hombros.

—Puede.

Fruncí el ceño y apreté los labios. Ian me había comentado que me echaría de menos, pero no me había pedido el teléfono. Me derrumbé en el asiento.

—No sé cómo ponerme en contacto con él.

Nadia me rellenó la copa.

—Wendy tiene su número. Se lo pido.

De pronto aliviada, me erguí en el asiento.

—Ian es divertido. Lo pasé bien con él —añadí, sonriendo como una boba por la mezcla de emoción y alcohol, y Nadia rio.

—Ya lo veo —respondió, guiñándome un ojo.

Bajé la vista a la bebida y observé cómo se mecían los hielos en el vaso. Flotaban como islas diminutas y me hicieron pensar en el cadáver de James, suspendido en el agua. El cadáver que Thomas había repatriado y no me había dejado ver. Ese cheque sustancioso que me había dado oportunamente en el funeral. Luego estaban las pinturas desaparecidas. Seguí mirando los hielos medio derretidos, con el ceño de pronto fruncido. Había algo raro en todo aquello.

Levanté la cabeza de golpe. Kristen y Nadia estaban hablando de uno de los casos de Nick. Era abogado, especializado en litigios mercantiles, y a Kristen la tranquilizaba que ese caso se hubiera resuelto. Nick podía descansar por fin. Podían planificar las vacaciones que habían pospuesto durante ocho meses. Bostecé y me puse a mirar a la gente que bailaba en la pista. O que lo intentaba. Se me nubló la vista y la pista se ladeó hacia la

izquierda o a lo mejor fui yo la que se inclinó.

Las parejas se contoneaban a un ritmo frenético. En medio de la ola turbulenta de caderas y extremidades que se bamboleaban, vi a una mujer rubia cuyos ojos lavanda se clavaban en los míos. Lacy.

Parpadeé y desapareció. Me deslicé hacia el borde de mi asiento y pude vislumbrar un pelo rubio y una falda verde. Se iba. Me levanté como pude y volqué la copa de Kristen. Cayeron al suelo el líquido rojo y los hielos. Ella hizo un aspaviento y se apartó de un salto. Murmuré una disculpa y rodeé los sillones.

—¿Adónde vas? —me gritó Nadia.

—¡Al baño! —contesté.

Debía dar alcance a Lacy antes de que se me escapara.

Crucé la pista de baile a empujones, pisando a la gente y topándome con cuerpos sudados. Me siguió una retahíla de maldiciones. No conseguí localizarla, hasta que vi la puerta del baño de señoras abierta. Había entrado allí.

La puerta se cerró de golpe a mi espalda. Por los altavoces sonaba la música remezclada. Dos mujeres, maquilladísimas, con el pelo alborotado y tatuajes en la piel, se retocaban delante de los espejos de los lavabos. Otra mujer se lavaba las manos. Me lanzó una mirada asesina por el espejo y se fue.

Me quedé plantada en el espacio que había entre los lavabos y los cubículos. El baño estaba prácticamente vacío y eso me extrañó, porque siempre había cola para entrar. Lacy no estaba allí. Se me había escapado. Escudriñé los servicios y me metí en uno de los cubículos. Cuando terminé, fui a lavarme las manos y vi a Lacy reflejada en el espejo. Se me puso la carne de gallina.

Me miraba fijamente a los ojos. Yo no podía mirar a otro lado ni darme la vuelta. Movié los labios y yo oí el susurro de sus palabras en mi interior. «James está vivo.»

Sacudí con fuerza la cabeza.

«Sigue vivo.»

—Demuéstralo.

«No está muerto. Si lo estuviera, lo sabrías. Lo notarías. ¿No sientes aún su presencia?»

Sí. Su voz en mi interior. Sus caricias en la brisa. Su risa en las hojas secas esparcidas por el suelo. Pero eso no demostraba nada.

En el espejo, Lacy permanecía inmóvil, inmutable. Me mareé y me agarré a la encimera para no caerme. Tenía las manos húmedas y me sudaba el labio superior. Eché un vistazo a la puerta, deseando que entrara alguien. Alguien que me dijera que estaba alucinando, que Lacy no estaba realmente allí, que no me tenía en trance, como clavada al suelo.

Las mujeres que se estaban retocando al otro lado del baño guardaron el maquillaje y se fueron sin mirarme siquiera. Se cerró la puerta y se hizo el silencio en la estancia, como si se hubieran llevado consigo todo el ruido. Por un instante, Lacy y yo parecíamos separadas del resto del mundo, flotando en el vacío. Sin sonido alguno. De pronto volvió el ruido, irrumpió de nuevo en el baño. Los conductos de ventilación zumbaban, sonaba la música, corría el agua del grifo que tenía delante. Tuve además la sensación de que algo se me había metido dentro cuando aquellas mujeres se habían ido, que se me había colado a la fuerza en forma de pensamiento.

«No es James el desaparecido, sino tú.»

—Me han mandado a buscarte —me dijo Lacy.

Eché la cabeza hacia atrás. Los focos del techo me atravesaron las pupilas y parpadeé varias veces. Me pasó por la cabeza una sucesión rápida de imágenes, como una colección de diapositivas. James bajo el agua, las balas pasándole cerca. James procurando mantenerse a flote en el mar revuelto. James tirado en una playa, con la cara destrozada y magullada, y una mujer alzándose sobre él, con el pelo negro envolviéndole la cara y los ojos de color café llenos de preocupación. Abrió la boca, le preguntó su nombre. Él no lo sabía.

«James —quise gritarle—. Te llamas James.»

Me mareé y me caí al suelo, y me di un golpe fuerte en la cabeza. Vi estrellitas, que luego se esfumaron.

Lo último que se me pasó por la mente antes de perder el conocimiento fue que había bebido demasiada sangría.

—¡Aimee, despierta! —Me escocía la mejilla y me ardía la cabeza—.
¡Hola! Despieeerta...

Bofetón.

Noté como alfilerazos en el pómulo.

—¿Qué le ha pasado? —dijo una voz que yo no conocía.

—¿Se encuentra bien? —oí decir a otra.

—Que ha bebido más de la cuenta. —Esa era Nadia. Sonreí—. Me parece que está volviendo en sí —dijo.

—Es su cumpleaños —terció Kristen.

A nuestro alrededor, murmullos de complicidad, pasos que se alejaban, el taconeo de zapatos en las baldosas de porcelana. Oí que se cerraban puertas, que se tiraba de la cadena. Volví a la realidad.

Ay, mierda. Estaba en el baño de señoras. Desmayada en el suelo. Puaj.

Parpadeé y, deslumbrada por los focos del techo, vi cuatro pares de ojos mirándome.

—¿Qué ha pasado? —gruñí.

—Confiábamos en que nos lo contaras tú —dijo Nadia.

Meneé la cabeza, mis recuerdos eran vagos.

—No nos habrán puesto glutamato en la comida... —sugirió Kristen.

Habíamos cenado en un chino. Yo era alérgica al glutamato monosódico. Me daba mareos, pero nunca me había desmayado.

—En la carta ponía «sin GMS añadido» —me informó Nadia.

—He bebido demasiado. —Me estallaba la cabeza. Del alcohol o del golpe que me había dado, no lo sabía—. Ayudadme a levantarme —dije, subiendo los brazos.

Me pusieron de pie entre las dos, susurrándome que me moviera despacio y con tranquilidad. Las dos desconocidas que andaban por ahí se apartaron. Me apoyé en la encimera del lavabo y miré alrededor. El baño estaba abarrotado y había cola fuera. Como debía de haber estado antes. Lacy se había ido. ¿Había estado allí de verdad?

Me dolía muchísimo la cabeza. Me apreté el chichón y puse cara de dolor.

Nadia me miró preocupada.

—¿Crees que has sufrido una conmoción cerebral?

—Se me pasará —espeté, apretando los dientes. No quería pasar mi cumpleaños en un hospital. Quería meterme en la cama—. ¿Me podéis llevar a casa?

—Me quedo contigo esta noche, por si acaso —respondió, y me dio el bolso.

Salimos del baño y cruzamos la sala. Sentí un escalofrío que me erizó el vello de la nuca. Miré por encima del hombro. No vi a nadie, pero tuve la sensación de que Lacy me vigilaba de cerca.

Capítulo 10

Como había prometido, Nadia se quedó conmigo toda la noche, tumbada a mi lado en la cama. Me estuvo despertando cada hora hasta que le pegué con una almohada a las cinco de la madrugada y me fui a dormir otras cuatro horas del tirón al sofá. A la mañana siguiente éramos como zombis, ella por falta de sueño y yo por la resaca. Se fue a primera hora de la tarde, después de hacerme prometer que la llamaría si seguía doliéndome la cabeza. Me llevaría a rastras a la clínica. Accedí a relajarme durante el fin de semana, entreteniéndome con películas antiguas y planes de negocio. Me distrajeron del extraño incidente del baño.

Mi yo cuerdo sabía que lo de Lacy había sido una alucinación provocada por mi profundo deseo de que James siguiera con vida. Aun así, aquellas imágenes de él al borde de la muerte, casi ahogándose, me atormentaban. Tenía demasiada sangre en la cara y arena metida en los cortes profundos de la mejilla. Yo no paraba de decirme que eran un delirio. Tenían que ser un delirio. Me dolía pensar que fueran otra cosa.

Repasé los apuntes que tenía en la mesa de la cocina y admiré el logo de mi cafetería. El contorno de una taza de café caliente cuya espiral de humo era un corazón con las palabras Aimee's Café en su interior. La última obra de arte de James. Imaginé la paleta de colores del local. Calabaza, caoba y berenjena. El *Amanecer en Belice* de Ian quedaría perfecto en una de sus paredes. Me pregunté quién habría comprado la fotografía y luego me pregunté por Ian. ¿Dónde estaría? ¿Se acordaría de mí? ¿Haría otra foto como esa que a mí me encantaba?

Estudié de nuevo el boceto y taché con el lápiz la palabra «café» para que pusiera solamente «Aimee's». Ian lo había llamado así.

Lo dije en voz alta para ver qué tal sonaba: Aimee's.

—Vamos a comer algo en Aimee's —espeté contenta—. En Aimee's

sirven el mejor café.

Sonreí. Me gustaba cómo sonaba. Sencillo y fácil de recordar.

Llamaron al timbre y di un respingo en la silla. Camino de la puerta, miré de refilón por la ventana. Había un taxi aparcado a la puerta e Ian esperaba en el porche. Al verme por la ventana, me saludó con la mano.

Me subió el calor del pecho al cuello hasta que se me encendieron las mejillas. Maldije y, con una mueca, me llevé las manos a la cabeza, pensando en cómo debía de llevar el pelo, tan limpio y aseado como el pijama hecho un higo que no me había quitado desde que había llegado a casa la noche anterior apestando a alcohol.

Miré con anhelo hacia mi habitación. No me daba tiempo a cambiarme, ni podía esconderme porque Ian ya me había visto. Menos mal que me había lavado los dientes, claro que lo había hecho solo para quitarme el sabor a vómito de la boca.

Abrí la puerta una rendija, asomé la cabeza y fruncí los ojos ante el resplandor del sol que se ponía sobre los tejados del otro lado de la calle.

—¿Lo pasaste bien anoche?

Gruñí.

—¿Qué haces aquí?

Se revolvió nervioso, se masajeó la nuca y señaló al taxi.

—Voy camino del aeropuerto. Último vuelo a Nueva Zelanda y se me olvidó... —dijo, rascándose la frente. Enarqué una ceja—. Se me olvidó... —Resopló y sacó el móvil del bolsillo de atrás, esbozando una sonrisa tontorróna—. ¿Me das tu número?

Se me aceleró el pulso. Lo primero que pensé fue que le iba a ahorrar una llamada a Nadia y la vergüenza a mí misma: ya no tendría que sonsacarle a Wendy el teléfono de Ian. Abrí un poco más la puerta y alargué la mano para coger su móvil. Ya tenía abierto un nuevo contacto en la agenda y se quedó mirando como añadía mi nombre y mi número. Antes de achantarme, introduje también mi correo electrónico y mi domicilio.

Su sonrisa de medio lado se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja cuando le devolví el teléfono. Dio un toque con el dedo en la pantalla y se llevó el terminal al oído. Sonó el mío en la mesa del comedor, donde lo había dejado.

—No lo cojas —me susurró, llevándose un dedo a los labios, y tomó aire—. Hola, Aimee, soy Ian. Lo pasé muy bien contigo en la inauguración y mucho mejor aún después. Me marchó a Nueva Zelanda esta noche, pero

volveré pronto. ¿Te puedo llamar cuando vuelva?

Entonces me miró inquisitivo. Hizo un movimiento con la cabeza, como invitándome a contestar y yo me sorprendí asintiendo con la cabeza.

Se le iluminaron los ojos.

—Genial. Nos vemos entonces. —Colgó—. Ahora ya tienes mi número.

Reí.

Guardó el móvil y me dio un beso rápido en la mejilla. Hice un pequeño aspaviento, sobresaltada.

—Nos vemos dentro de diez días.

Bajó las escaleras del porche en dirección al taxi y se despidió con la mano antes de instalarse en el asiento de atrás.

Le devolví el saludo cuando el taxi se marchaba a toda prisa y asomó a mis labios una leve sonrisa mientras volvía dentro de casa, sin aliento. El torbellino que era Ian había hecho que me diera vueltas la cabeza, y no de la resaca. Me senté en la silla donde estaba antes y sonreí aún más mientras repasaba la documentación.

El lunes por la mañana los dolores de cabeza habían desaparecido y había relegado a Lacy a un segundo plano. Tenía la semana entera llena de reuniones con proveedores. Había concertado citas para echar un vistazo a posibles locales, pese a que aún tenía el corazón puesto en el de Joe. Y todavía debía llamar a Thomas. Con suerte, pedirle que me avalara tampoco sería demasiado.

Cuando estaba recogiendo la documentación y las llaves, llamaron al timbre otra vez. Por la mirilla vi a un hombre mayor de pelo blanco y gran corpulencia. Vestía camisa de manga corta y pantalones de pinzas. Mientras contemplaba el jardín, se metió las manos en los bolsillos.

Abrí la puerta y sonrió, dejando al descubierto una fila de dientes manchados por el tabaco. Lo reconocí enseguida.

—¿Qué hace aquí, Joe?

—¡Cuánto tiempo, Aimee! —Me tendió la mano grande y, cuando yo fui a estrechársela, me la envolvió, cariñoso, con la otra—. ¿Cómo estás?

—Estoy... bien.

Asintió con la cabeza.

—Me han dicho que vas a abrir un restaurante.

—En realidad, es un café *boutique* y restaurante *gourmet*. Pero aún no he

encontrado un local que alquilar.

El hecho de que su agente inmobiliario no me hubiera recomendado quedó flotando, incómodo, entre los dos.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, perdone.

Me aparté y abrí la puerta del todo.

Joe cruzó el umbral anadeando y su figura contundente llenó la pequeña estancia. Cerré la puerta y lo vi echar un vistazo alrededor, deteniendo la mirada en todos los rincones. Antes de mirarme a mí, contempló los cuadros de James colgados de las paredes, las fotografías enmarcadas del aparador y la foto del compromiso que había en la repisa de la chimenea.

—Tus padres me han contado lo que ocurrió. Lo siento. —Inspiré hondo y agradecí sus condolencias con un gesto—. James era un buen chico. Le tenía aprecio.

—Gracias.

Cogió una fotografía nuestra hecha el día en que se me había declarado, hacía casi un año. Yo enseñaba el anillo de compromiso. Joe frunció el ceño y se me hizo un nudo en la garganta. Me pregunté si habría reparado en los cortes de la mejilla y en los cardenales de la barbilla que disimulaba con montones de maquillaje en la foto.

Le dio la vuelta al marco y ajustó el pie para que la foto no volcara. Volvió a meterse las manos en los bolsillos y me miró.

—Mi mujer murió hace cinco años.

—Lo recuerdo.

Joe se había tomado unos días de descanso. El servicio de su local se había resentido y luego no había podido recuperar el éxito que había tenido en otro tiempo. Perdió muchos clientes, que encontraron restaurantes y cafeterías con servicio rápido para quienes compraban desde el coche. Habían preferido la comodidad a la nostalgia.

—Me llevó mucho tiempo recuperar una mínima normalidad. —Se encogió de hombros—. Aún la echo de menos.

Me solidaricé con él. Sabía perfectamente cómo se sentía: vacío e incompleto. La pérdida me había dejado un boquete en el pecho.

Carraspeé y procuré contener las lágrimas.

—¿Le apetece un café?

Suspiró.

—Sí, por favor.

—Póngase cómodo mientras lo preparo —le dije, señalando el sofá.

Me retiré rápidamente a la cocina y, agarrándome al borde de la encimera, inspiré hondo varias veces hasta que disminuyó el picor de ojos y de garganta que me había producido el dolor de la soledad. Molí una mezcla de granos, muestras que había recibido de proveedores a los que estaba considerando comprar sus productos. Configuré la cafetera a mi gusto.

Cuando volví al salón, Joe estaba hojeando un ejemplar antiguo de una de las revistas de James, *Runner's World*. Al verme, tiró la revista a la mesa.

—El médico me ha dicho que tengo que hacer ejercicio.

Le di la taza. Despedía un vapor aromático, a avellana tostada.

—Caminar va bien —coincidí.

—He venido andando desde el centro. —Dio un sorbo al café. Abrió mucho los ojos—. ¡Qué rico! —Volvió a beber—. Riquísimo, de verdad.

—Gracias. Es una mezcla propia —confesé tímidamente.

—Acuérdate de incluirla en la carta de tu local —dijo, levantando la taza a modo de brindis—. Lo pediré cada vez que vaya.

Sonreí. Después de pasar años comiendo en Joe's Coffee House, quizá ahora él fuese cliente mío.

—Me acordaré.

Se terminó el café y dejó la taza en la mesita; luego, frotándose los muslos, se puso cómodo en el sofá.

—Cerré mi establecimiento porque no podía con la competencia. Esas condenadas cadenas, con esa mierda que sirven... —carraspeó, tapándose la boca con un puño—, perdón, me robaron la clientela. ¿Por qué estás tan segura de que a ti no te va a pasar lo mismo?

—No estoy segura —dije con sinceridad—, pero no tengo intención de competir con ellas.

Meneó la cabeza.

—Quebrarás en unos meses.

—Espero que no. Me propongo ofrecer algo distinto, una especie de experiencia para los muy cafeteros.

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Una experiencia para los muy cafeteros?

—Para las personas que saben apreciar los cafés especiales. El mío será artesano y preparado lentamente, como el que acabo de hacerle —dije, señalando su taza vacía.

Rio.

—Estaba muy bueno.

—Gracias. —Sonreí—. Aún tengo que preparar la carta completa, confirmar proveedores y lo que es más importante —agaché la cabeza, me miré las manos juntas en el regazo—, encontrar un local.

—Conozco a tus padres, Aimee. Los conozco desde hace mucho. Son buenas personas y muy buenos empresarios. Me sorprendió que vendieran. Pensé que tú heredarías su restaurante o se lo comprarías.

Y yo, pero no le iba a hablar de los problemas económicos de mis padres.

—Montar mi propio restaurante es mejor para mí. Necesito hacerlo.

Era lo que James quería que hiciese. Pero, además, tenía que demostrarme a mí misma que podía hacerlo yo sola.

—Sé que has solicitado el alquiler de mi local.

—Sí, pero...

Levantó una mano para callarme.

—Mi agente no ha podido recomendarte por tus problemas de solvencia. Sí, estoy al tanto de eso. También entiendo lo que has pasado este año. Entiendo que las cosas se desmoronan, que las facturas no se pagan y que la vida se detiene. Yo también lo he sufrido. Escucha —me dijo, inclinándose hacia delante—, ahora te toca recomponerte.

—Eso es lo que he estado haciendo, señor.

—Yo no pude, y he perdido algo más que a mi mujer. —Se aclaró la garganta—. Voy a aceptar tu solicitud. Mi local es tuyo.

Me quedé de piedra.

—¿Y mis problemas de solvencia?

—Nada, olvídate de eso —dijo, dando un manotazo al aire—. Has metido un poco la pata. Yo quiero a alguien en quien poder confiar. Te conozco y conozco a tus padres. Pretendía alquilarlo por quince años, pero te daré cinco. Si el negocio fracasa, no tendrás que seguir pagando el alquiler el resto del tiempo. Si, pasados esos cinco años, quieres renovar el contrato, podemos renegociar las condiciones, pero prometo no cobrarte nunca un alquiler mayor, aunque suban los precios del mercado. —Se frotó un lado de la nariz—. Es costumbre conceder al nuevo inquilino entre uno y tres meses de alquiler gratuito durante las obras. Te daré todo el tiempo que necesites, sin cargos, hasta el día de la apertura, aunque tardes un año en remodelarlo.

Parpadeé maravillada mientras intentaba procesar lo que me ofrecía.

—¿Por qué hace esto por mí?

Sonrió.

—Digamos que hay gente que cuida de ti —contestó con un brillo en los ojos.

Me erguí.

—¿Se lo han pedido mis padres?

—Esto no tiene nada que ver con tus padres, es algo entre tú y yo. Necesito un inquilino y tú un local. Bueno, ¿qué te parece? ¿Hay trato?

Qué locura. La propuesta me parecía surrealista. Me lo quedé mirando mientras sonreía, con la mano tendida, esperando.

Me dieron ganas de arrojarme a sus brazos, pero me contuve. En cambio, sonreí y le di la mano.

—Por supuesto que hay trato.

Joe se levantó y yo lo seguí a la puerta. Me sentía la persona más afortunada del mundo y se lo dije.

—Estupendo, vas a necesitar toda la suerte que puedas conseguir. Mi local se cae a pedazos. Va a hacer falta mucho trabajo.

Capítulo 11

—¡Madre mía, aquí hay muchísimo que hacer! —exclamó Nadia, pasando el dedo por la barra y enseñándonos después la yema cubierta por una capa de polvo grasiento—. Es asqueroso —dijo con una mueca.

—Es encantador. Una especie de salto en el tiempo, como viajar a los 60 —dijo Kristen y me hizo una seña con los pulgares hacia arriba.

Papá miró los techos altos. Faltaban algunas placas por las que se veían los cables. Otras estaban rajadas o manchadas de humedades.

—Tiene potencial.

—¿Ves? ¡Eso mismo! —coincidí.

Nadia se retiró a la cocina.

—¿Has pensado en alquilarlo?

—Ya he firmado el contrato.

Se detuvo a medio camino.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—La semana pasada.

Joe y yo habíamos dedicado varios días a retocar las condiciones y el viernes por fin habíamos llegado a un acuerdo. Yo pasaría a buscar las llaves al martes siguiente. Era ya sábado, el primer día que había podido conseguir que Nadia, Kristen y papá vinieran conmigo. Mamá estaba en The Goat, supervisando la recogida de los muebles que papá y ella iban a donar. Papá se reuniría con ella luego. Miré el reloj. Con suerte, Nadia y Kristen no se quedarían mucho rato después de que él se fuera.

—Este sitio es un tugurio —dijo papá, haciéndose eco de las palabras de Nadia—, pero tiene el tamaño perfecto para tu proyecto. Solo hace falta ponerle un poco de cariño.

—Y un mazo. —Nadia volvió al comedor—. ¿Inspeccionaste el inmueble antes de firmar los papeles?

—Eché un vistazo.

—¿Echaste un vistazo? —Nadia dijo una palabrota—. No me malinterpretes, me alegro mucho por ti. Tu restaurante será genial, pero, con este tipo de negocio, el riesgo de fracaso es muy elevado. —Miró a mi padre como disculpándose y él le hizo un gesto como quitándole importancia, luego Nadia se volvió hacia mí—. No se pueden tomar decisiones precipitadas —añadió, y señaló las manchas de humedad de los paneles de madera—. ¿Has preguntado a qué se debió la fuga?

—No. —Resoplé nerviosa—. Joe ya me dijo que necesitaba mucha obra.

—¡No me digas! Este sitio lo que hay que hacer es destriparlo para saber qué se esconderá detrás de esas paredes. —Sus ojos saltaban de un punto a otro, descubriendo detalles que los míos, inexpertos, no habían detectado—. Tendrías que haberme llamado. Te habría hecho un informe para que tuvieras idea de dónde te estabas metiendo. Las remodelaciones son muy costosas y, antes de que te des cuenta, se te ha ido de presupuesto o, peor aún, te has quedado sin dinero. ¿Has mirado otros locales para comparar?

—¿Por qué? Aquí no tengo que pagar alquiler.

Nadia se quedó pasmada.

—¿Qué!

Papá dio un silbido.

—Vaya, chica —masculló Kristen, que había estado jugando con la caja registradora y la había hecho sonar.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Nadia, recelosa.

—Todo el que tarde en remodelarlo. No pago nada hasta el día de la apertura. —La dejé boquiabierta—. Es un trato muy interesante. Me gusta este sitio.

Estaba lleno de recuerdos. Papá sonrió. Sabía que el local era especial para mí. Por los ventanales vi lo mismo que James y yo veíamos siempre que veníamos a comer: mamás empujando las sillitas de sus bebés, coches pasar, algún que otro ciclista esquivando el tráfico... En ese momento llovía a mares, la primera tormenta de la temporada. Volví a mirar el reloj.

Nadia encendió su tableta y se sentó en la silla más próxima. Hizo unas anotaciones con el teclado virtual.

—¿Sabes lo que quieres hacer con este local?

Kristen me miró expectante y se sentó al lado de Nadia. Papá se acercó.

Sonreí.

—Tengo montones de ideas, como postres increíbles para acompañar

mis cafés personalizados.

—¿Cómo lo vas a llamar? —preguntó Kristen.

—Aimee's —anuncié y saqué de mi carpeta el boceto del logo. Lo puse en la mesa. Los tres se inclinaron a mirarlo.

—Cafés bien hechos y comida exquisita. Sabes que me encanta —dijo Kristen, y me dio una palmadita en el hombro.

Nadia siguió tomando notas.

—Así, a bote pronto, te puedo decir que la reforma no será barata. Con la obra, los permisos, el seguro, el mobiliario, los sueldos de los empleados y tus gastos...

—Tranquila. No te preocupes —intervine, y empecé a masajearle los hombros a Nadia—. Gastaré con prudencia.

—Bien. Pues empieza por mí. Como te prometí, no te voy a cobrar y te conseguiré los mejores precios que pueda obtener con mis contactos para todo lo demás.

—Tienes que dejarme que te pague algo.

Rio.

—No te he dicho que te vaya a salir gratis, nena —dijo, y se dibujó en su rostro una enorme sonrisa.

—Casi me da miedo preguntar —mascullé.

Se retorció en el asiento y me tendió la mano.

—Quiero café gratis y tus bollitos de limón de por vida.

Reí a carcajadas y le estreché la mano.

—Hecho. Bueno, ¿cuánto tiempo nos llevará la transformación?

Frunció los labios y tarareó.

—Considérate afortunada si consigues abrir dentro de ocho meses.

Silbé.

—Eso es mucho tiempo. —Estaba impaciente por innovar.

Inconscientemente, volví a mirar el reloj.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —me preguntó Kristen, dándome un codazo y señalándome el reloj con la cabeza.

—No, espero a alguien.

—¿A quién?

Me puse colorada.

—A Ian.

Había vuelto a casa el día anterior y me había llamado esa mañana. Le había propuesto que nos viéramos allí, en territorio neutral. Después de

pensármelo mucho durante dos semanas, aún no estaba segura de qué quería de Ian. Era evidente que él quería de mí algo más que una amistad.

Kristen me miró sonriente, ajena a mi tormento interior.

—Ian viene para aquí —les dijo a papá y a Nadia. Papá me miró extrañado.

Nadia se levantó y me sonrió con picardía.

—Supongo que es hora de que nos vayamos.

Estaba midiendo el espacio disponible para el mostrador cuando llegó Ian, poco después de que se fueran los otros. Se sacudió el agua de la chaqueta y del pelo.

—¡Madre mía, la que está cayendo! —dijo con un resoplido, y sonrió—. Hola, Aims.

Se me aceleró el pulso al verlo. Tenía buen aspecto. Muy buen aspecto. A lo rudo, como un perrillo mojado.

—Estás empapado. Dame eso —dije, pidiéndolo la chaqueta.

—Gracias. —Se la quitó—. He venido corriendo desde casa.

—¿Dónde vives? —le pregunté mientras la colgaba del respaldo de una silla.

—A siete manzanas hacia allí —dijo, señalando en la dirección opuesta a la que yo tomaba para volver a la mía—. Somos vecinos.

Reí.

—Si para ti vivir a un kilómetro es ser vecinos... ¿Qué tal el viaje?

—¡Genial! He hecho algunas fotos increíbles. —Me dejó en la mesa una bolsa de papel, evitando ponerla encima de los papeles de mi proyecto que había estado enseñándole a Nadia para no mojarlos. Me dio un codazo suave en el hombro—. Yo tenía razón, por cierto.

—¿En qué?

—Te he echado de menos. —Lo miré sorprendida y él rio, echando un vistazo alrededor—. Así que has alquilado el antiguo local de Joe...

—Eh, sí... lo he alquilado —tartamudeé, aún atascada en la confesión de «Te he echado de menos».

—Estoy impaciente por ver qué cómo lo dejas —dijo, dando unos golpecitos con los nudillos en el mostrador de formica—. ¿Ya has investigado las cafeteras exprés?

Desde que Ian había salido del país, apenas me había dado tiempo a

terminar mi plan de negocio. Crucé los brazos y apoyé una cadera en el canto del mostrador.

—Aún no. ¿Por qué?

Imitó mi postura.

—Sería un honor para mí recomendarte una o dos marcas —dijo, con una mano en el pecho.

Torcí la boca.

—¿Eres experto? —pregunté con genuino interés a pesar de su tono jocoso.

Aparte de la fotografía y de que viajaba a menudo, no sabía nada de él.

—Después de graduarme en la universidad, pasé varios meses en Provenza. Salí con una barista y ella me enseñó... —Se interrumpió, sonrojándose. Yo enarqué una ceja. Él esbozó una sonrisa de medio lado—. Me enseñó mucho.

—Apuesto a que sí —dije, mirándolo con los ojos entornados.

—Eh, no te pongas celosa —canturreó, irguiéndose, y se me puso la cara más colorada que a él—. Ven, te he traído una cosa.

Sacó una botella de la bolsa de papel.

—¿Qué es? —pregunté.

—Sidra.

—Me has traído un zumo.

Rio.

—Zumo de mayores. Sidra natural. He sobrevivido con esto todo el viaje.

Se palpó los bolsillos de la pechera y de los vaqueros como si buscara algo. Vio su chaqueta y hurgó en los bolsillos laterales. Sacó dos vasos de chupito.

—Nunca he tomado un chupito de sidra.

Puso los ojos en blanco.

—Esto se bebe a sorbitos. He cogido esos vasos porque eran los únicos que me cabían en los bolsillos. —Destapó la botella con un abridor que se sacó del otro bolsillo y sirvió la sidra—. Se suele beber a temperatura ambiente, pero hace tanto frío que igual está un poco fresca. Pero está buena —dijo, y me dio un vaso.

La olfateé. Me vinieron a la cabeza pasteles y tartas de manzana.

—*Kia ora* —dijo, levantando el vaso entre los dos.

—¿*Kia*, qué?

—Es un saludo maorí. Los maoríes son los indígenas de Nueva Zelanda. Traducido libremente significa algo así como «buena salud». Me gusta pensar que es como nuestro «chinchín».

—Chinchín —repetí y di un sorbo a la sidra. Tenía un sabor afrutado y seco, delicioso.

Ian se sentó en la silla donde tenía colgada la chaqueta y yo me senté enfrente. Estiró las piernas por debajo de la mesa y se recostó en el asiento, dándome golpecitos en el tobillo con los zapatos. Aquel leve contacto me subió por la pierna directo a las entrañas. Me miraba fijamente y yo me revolví en el asiento.

—¿Tu madre no te enseñó que no se debe mirar fijamente?

Se apagó su mirada un instante, luego volvió a iluminarse.

—Si no lo hiciera, no sabría por qué me fascinas aún más que antes.

Frunció los ojos y se arrugó su piel bronceada. Aunque pretendía sonar desenfadado, sabía que lo que había dicho era muy fuerte. Me humedecí los labios y apoyé los antebrazos en la mesa, sujetando con los dedos el vasito.

—¿Has perdido alguna vez a un ser querido? —le pregunté muy seria.

Se ensombreció su semblante.

—Sí.

A pesar de mi reticencia a hablarle a nadie de mis encuentros con Lacy, me había planteado cuánto podía contarle a Ian sobre James. Había enterrado a mi prometido y aún lloraba su pérdida. Lo echaba de menos una barbaridad y esa añoranza no hacía más que alimentar la sombra de duda que Lacy había plantado en mí. Hasta que esa sombra desapareciera, no era justo dejar que Ian diera por sentado que yo quería algo más que su amistad.

—Cuando nos conocimos —empecé, pensando bien lo que iba a decir porque, aunque no buscaba su compasión, necesitaba que entendiera mi estado de ánimo—, me preguntaste si estaba prometida. Lo estuve, durante casi un año. Mi prometido murió en mayo. En realidad, desapareció después de caer por la borda mientras pescaba en México. Al final encontraron su cadáver y lo enterré el día de nuestra boda. Eso fue en julio. —Me bebí el resto de la sidra de un trago y me limpié la boca con el dorso de la mano—. Creo que me voy a tomar unos cuantos chupitos de sidra —comenté en tono socarrón.

Ian se quedó de piedra, helado. Al poco, sacudió la cabeza como si quisiera librarse de la conmoción.

—Mierda, Aimee. Lo siento —dijo, y me cogió ambas manos, acariciándome los nudillos con el pulgar.

—No llegué a ver el cadáver. No tuve ocasión de despedirme.

Masculló algo sin sentido. Me apretó más las manos. De no haber tenido la mesa entre los dos, seguro que me habría arrimado a su pecho y me habría estrechado entre sus brazos protectores.

Estudié nuestros dedos entrelazados. Tenía las manos calientes, fuertes; las caricias de su pulgar eran relajantes. Me ardía en el pecho un profundo anhelo de compañía, cuyo calor se propagó a mis extremidades. Lo miré y vi algo alentador en sus ojos. Mi mundo disparatado y dislocado encajó de pronto en su sitio con un sonoro clic.

—Sé que vas a ser un buen amigo, Ian.

Hizo un sonido gutural.

—Amigo, ¿no?

La decepción le nubló el semblante.

—Lo siento. Es que... —Me zafé de sus manos y dejé las mías en el regazo—. Nunca he estado con nadie más. Siempre hemos sido James y yo.

—¿James? Ah —dijo, redondeando la boca—, tu prometido. —Apoyó el codo en la mesa y se frotó la mejilla, rascándose la barba de varios días que le oscurecía la mandíbula—. ¿Te pone nerviosa estar con otra persona? —me preguntó en voz baja.

—No, nerviosa no. —Enarcó una ceja—. Bueno, a lo mejor un poco. No estoy preparada para una relación seria. Aún no.

Tenía que pensar en mi negocio. Y en James. Su cuerpo llevaba bajo tierra menos de un año, si es que había un cuerpo bajo tierra, y ese era el quid de la cuestión. La incertidumbre me impedía renunciar a lo que habíamos tenido juntos.

—Mis padres piensan que dependía demasiado de James —reconocí, a modo de ocurrencia tardía.

Ian soltó un bufido.

—Lo que quieres hacer con este lugar —dijo, señalando con el brazo a su alrededor— no es propio de una mujer dependiente, sino de una decidida a hacer algo con su vida.

Sonrió. Me rellenó el vaso de chupito y levantó el suyo.

—Te propongo un trato. Yo brindo por que seamos amigos si tú me prometes que me avisarás cuando quieras algo más conmigo.

Lo miré extrañada, luego solté una carcajada por la forma en que lo había expresado: «cuando», no «si».

—Eres el colmo —le dije.

—No, solo soy optimista.

—De acuerdo —accedí, levantando el vaso—. Trato hecho.

Capítulo 12

El verano antes de empezar el instituto, hacía seis años que conocía a James y ya no quería ser su amiga. Estaba deseando ser algo más.

No había sido un cambio repentino de opinión, sino más bien una transformación lenta a lo largo del último año de colegio, como una mariposa que, tras salir del capullo, va despegando las alas despacio y echa a volar. Empecé a notar cosas de él en las que no había reparado antes, como su aroma. No olía a sudor de vestuario como los chicos de mi clase. Su colonia combinaba muy bien con su propio olor y hacía que se me removieran las entrañas cuando lo tenía cerca. «¡Qué subidón!» Me dejaba aturdida y confusa y, en más de una ocasión, tuve que contenerme para no pegarle la nariz al pecho. Se habría reído y me habría apartado de un empujón.

Pero, a pesar de mi potencial vergüenza, lo conocía mejor que nadie. Su empeño constante en mejorar sus pinturas, lo mucho que lo frustraba el que su padres lo obligaran a emprender una trayectoria profesional que no quería y lo mucho que lo deprimía no poder enseñarle a nadie su trabajo aparte de a mi familia, por si la suya se enteraba y le prohibían volver a verme, me tenían angustiada. Me estaba enamorando de mi mejor amigo y lo echaba muchísimo de menos.

Habían empezado los entrenamientos de fútbol y tenía un montón de actividades más que lo mantenían ocupado. Ese verano no lo había visto mucho, pero una tarde de agosto me hizo una visita sorpresa. Yo estaba haciendo galletas para el cumpleaños de Kristen y acababa de sacar la bandeja del horno. Cuando me erguí y me di la vuelta, me lo encontré apoyado en el marco de la puerta de la cocina, observándome.

Llevaba pantalones de color pizarra y una camisa blanca de vestir con el cuello desabrochado, una vestimenta adecuada para ir a la iglesia los domingos, no para un jueves caluroso y seco. Y menos aún para jugar al

fútbol.

A sus dieciséis años, James no era flaco y desgarbado como casi todos los chicos de su edad. De tanto jugar al fútbol, estaba en plena forma. Su mata de pelo moreno, tostada por el sol, estaba algo revuelta. Se había estado pasando las manos por la cabeza. Algo lo inquietaba.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendida de encontrármelo en casa. Aunque no era de extrañar porque papá, harto de tener que salir a abrirle la puerta cada vez que venía, y antes del verano era muy a menudo, le había dado una llave—. ¿No tenías entrenamiento?

Se encogió de hombros.

—Me he tomado la tarde libre.

Lo miré intrigada.

—¿Y a tus padres les parece bien?

Resopló, ladeó la cabeza y arrugó la frente, mirándome con los ojos como platos. Sus padres no tenían ni idea de que estaba allí.

—Papá trabaja hasta tarde y mamá está en una función benéfica —me explicó.

—¿Así que estás haciendo novillos? —dije, dejando la bandeja de las galletas en la encimera de granito.

Me dedicó una sonrisa inmensa, de oreja a oreja, que me encogió el corazón. Me sonrojé. Agaché la cabeza para ocultar el rubor y me puse a trasladar las galletas al estante de enfriado.

—¿Has venido a pintar? —le pregunté cuando lo oí acercarse.

—Y a verte.

No puede evitar que se me dibujara una amplia sonrisa en la cara.

Se apoyó en la encimera y me robó una galleta. Lo agarré de la muñeca cuando la tenía a dos centímetros de la boca. Enarcó una ceja. Yo entorné los ojos.

—Son para Kristen. Es su cumpleaños. —Se metió la galleta en la boca—. ¡James! —protesté.

Le miré los labios y mis pensamientos cambiaron de rumbo. ¿A cuántas chicas habrían besado esos labios? ¿Habría querido alguna vez besarme a mí?

Me puse como un tomate. Él rio con picardía, yo lancé una mirada furibunda, le solté la muñeca y seguí a lo mío.

—No cojas más —le advertí. Si lo dejaba, se iba a comer la bandeja entera y no porque el entrenamiento le hubiera abierto el apetito precisamente—. No me da tiempo a hacer otra bandeja.

—¿Solo una? —me dijo, haciendo un puchero.

—Vale —contesté, no se la pude negar. Le metí una galleta en la boca. Protestó—. ¿Por qué vas así vestido? —le dije, señalándole la ropa.

—¿Qué tiene de malo cómo voy vestido? —preguntó desconcertado.

—¡Nada! —jadeé—. Estás muy bien... Tu ropa está muy bien, quiero decir, solo eso —farfullé. Tenía que ir tan bien vestido por algo—. ¿Adónde vas?

—De dónde vengo, querrás decir. —Bajó la cabeza y se miró la ropa como si hubiera olvidado lo que llevaba puesto. Torció el gesto—. Es la última gran idea de mamá para prepararnos para una vida de juntas de accionistas y cenas de gala —se quejó.

Me froté las manos para limpiarme las migas.

—¿Qué os tiene haciendo ahora a Thomas y a ti?

Sonrió de medio lado.

—Estás muy mona con ese delantal —dijo, estirándome el extremo arrugado—. ¿De dónde lo has sacado?

—Estás eludiendo la pregunta.

Y distrayéndome. Le aparté la mano.

—Y tú —dijo, y me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

Inspiré hondo. Nos miramos las manos cogidas y acto seguido a la cara. Vi la sorpresa en sus ojos pardos antes de que una sonrisa perversa se perfilara en su boca. Levantó nuestras manos y con el otro brazo me agarró de la cintura y me arrimó a su pecho.

El súbito contacto me hizo soltar un aspaviento. Nunca había estado tan cerca de él de esa manera.

—¿Qué haces?

—Enseñándote.

—¿Enseñándome el qué? —grazné, subiendo de pronto la voz.

James rio.

—Enseñándote lo que he estado haciendo. Sígueme. Lleva la cuenta conmigo —me susurró al oído. Me estrechó contra su cuerpo, echándome hacia atrás. Tropecé y me agarró más fuerte. Apoyó la barbilla en mi cabeza.

Se me agarrotó el cuerpo entero.

Noté que él sonreía a mi pelo.

—Estás muy tensa. Soy solo yo.

Solo James. Abrazándome. El calor de su piel me atravesaba la camiseta. Hice una mueca. Esa observación no le vino nada bien a mi

imaginación cándida y desbordada, aunque sentí que el corazón le iba tan rápido como a mí.

Comenzamos a movernos y él empezó a contar, susurrándomelo al oído. Tras unos cuantos tropezones y varios pisotones, consiguió que nos moviéramos suavemente por la cocina. Bailábamos, y no uno de esos bailes de brincos que hacíamos en el colegio, sino de los elegantes, de los de adultos.

—Estás yendo a clases de baile.

Murmuró un sí. Noté cómo me vibraban los dedos de los pies.

—Estamos bailando un vals.

Me aparté un poco y lo miré mientras intentaba centrarse en los pasos.

—¿Qué tiene que ver el vals con las juntas de accionistas y las cenas de gala?

Me miró contrariado.

—Negociaciones. Por lo visto, mamá quiere que Thomas y yo estemos preparados para cerrar un trato en cualquier sitio.

Imaginé a James trajeado bailando con una hermosa mujer con blusa de seda y falda de tubo.

—¿Bailas en el trabajo?

No tenía ni idea de que eso fuera lo que hacía la gente cuando iba a trabajar.

Soltó una carcajada.

—No, loca. Mi chica loca —me susurró al pelo y me besó la cabeza, produciéndome chispas de emoción por todo el cuerpo. Me había llamado su chica.

—Papá asiste a muchas fiestas después del trabajo y ha cerrado algunos tratos importantes en ellas.

El trabajo de sus padres en Donato Enterprises era muy distinto del de los míos en el restaurante. Imaginé su vida glamurosa. Mujeres de largo y hombres con esmoquin sorbiendo champán en copas de cristal tallado mientras sonaba de fondo una orquesta de veinte músicos.

Mientras James me llevaba dando vueltas alrededor de la isla de la cocina, volví a la realidad, al olor a galletas con pepitas de chocolate recién horneadas y a la proximidad de su cuerpo, mayor que nunca.

—Se te da muy bien esto.

Como se le daba bien todo lo que hacía, desde la ejecución de jugadas de precisión en el campo de fútbol hasta las técnicas de pintura aprendidas por su cuenta. Sus acrílicos eran impresionantes.

—Tú haces que parezca que se me da bien —me piropeó, y añadió—: y aprendes rápido.

Su aliento me alborotó el pelo. Bailábamos a un suspiro del otro y eso hizo que se me colara en la cabeza una idea, suavemente, al ritmo de un-dos-tres.

—¿Bailas así de pegado con las chicas de tu clase? —le susurré.

James guardó silencio un buen rato. Yo agaché la cabeza y me sentí estúpida y avergonzada por haberle hecho esa pregunta, pero me ponía mala pensar que abrazara así a otras.

¿Desde cuándo me preocupaba con quién y dónde pasaba su tiempo?

Desde que me había confesado que yo era su mejor amiga en el mundo entero. Desde que me había abrazado mientras lloraba porque Roxanne Livingston me había robado la ropa interior en la clase de gimnasia y la había lanzado al techo como si fuera un tirachinas, donde se había enganchado en el detector de incendios y se había quedado allí colgada para que la viera todo el colegio. James deseó darle una paliza a Roxanne y yo lo deseé más tiempo del que me atrevía a confesar.

—No —contestó por fin—. Así no. Contigo es distinto. —Levanté de golpe la cabeza. Se puso serio—. He querido bailar contigo desde que empecé las clases.

¿En serio?

James bajó el tempo y empezamos a mecernos de lado a lado y luego dejamos de movernos del todo.

—Hay algo más que hace tiempo que quiero hacer.

—¿El qué?

—Besarte. —Y lo hizo.

Se me pusieron los ojos como platos. Le apreté el brazo. Nuestros labios se tocaron, una vez, dos, y otra más. Me recorrió el borde de la boca con la lengua y yo jadeé. La introdujo dentro. Luego la sacó antes de que me diera tiempo a digerir el hecho de que James me había besado. ¡Mi James!

Lo miré espantada.

Él me sonrió tímidamente.

—Hola.

Parpadeé.

—Eh... hola.

Ladeó la cabeza y empezó a mirarme con recelo.

—¿Estás bien?

—Mmm... sí. Creo que sí.

—¿Crees que sí?

Rio nervioso.

Me pasé la lengua por los labios. Me ardían. Me ardía todo. Sensaciones nuevas, espléndidas y espectaculares. Sentí que la mariposa volaba por primera vez.

—¿Por qué me has besado? —espeté.

—¿No lo sabes? —me preguntó, y yo negué con la cabeza.

Me había mencionado que yo era su mejor amiga, pero ya está. Solo amiga.

—Eres mi mejor amiga, Aimee —dijo, como haciéndose eco de mis pensamientos. Decepcionada, me encorvé y él me levantó la barbilla con un dedo—. En realidad, eres más que eso para mí. —Bajó la voz, cortado—. Ya te lo he dicho antes, me conoces mejor que nadie. He llegado a apreciarte mucho.

—Ah —susurré, redondeando mucho los labios.

Se dibujó en su rostro una enorme sonrisa más luminosa que el sol de agosto. Me dio un abrazo fuerte, levantándome por los aires.

—¡Dios, cómo me alegro de que volvamos a estar en el mismo colegio! Podremos vernos más.

—Como no nos vemos ya lo suficiente... —bromeé.

—Este verano casi no nos hemos visto. —Me bajó al suelo, pero no me soltó—. Oye, podrás volver a pasarme notitas entre clases. —Me puse colorada—. Me gustan tus notitas. Las he echado de menos.

Sonreí tímidamente.

—Entonces procuraré escribirte más.

James me soltó y se metió otra galleta en la boca.

—¡Eh! Deja de comerte las galletas de Kristen.

—Pues deja de hacerlas tan ricas. —Me agarró la cara, envolviéndome las mejillas con las manos. Inspiré hondo, me había pillado desprevenida. Me miró fijamente, como admirado—. Madre mía, tus ojos son preciosos de cerca. Tan azules. Como el Caribe. ¿Te puedo besar otra vez?

—Sí, por favor —susurré.

Todo aquello era muy nuevo para mí y ansiaba más. La mariposa de mi estómago aleteó, preparada para alzar el vuelo otra vez. James sonrió, y yo le devolví la sonrisa, y de pronto estábamos los dos riendo y besándonos.

—¿Seguro que no pasa nada porque estés aquí? —le pregunté al rato,

pensando en lo mucho que se disgustarían sus padres cuando se enteraran de que James se había saltado el entrenamiento de fútbol.

—No te preocupes por mí. No se van a enterar. Llegaré a casa antes que ellos.

Me dio un beso en la nariz para calmarme.

Sonó el teléfono de casa y me aparté de James sobresaltada. Rio.

—Es el teléfono, Aimee. No es que hayan venido tus padres y nos hayan pillado.

—Ja, ja —dije, fastidiada, con las mejillas más encendidas que la resistencia de un horno.

Cogí el teléfono mientras veía a James remangarse y vaciarse los bolsillos: la cartera, un recibo, dinero suelto y las llaves del BMW 323ci que sus padres le habían regalado por su decimosexto cumpleaños. Luego se metió en el solárium, en cuyo rincón habíamos montado su taller de pintura.

Escuché a Thomas al otro lado de la línea, preguntando por James. Mientras Thomas hablaba, se me esfumó la sonrisa y, cuando terminó, colgué y noté que James me había estado observando.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Tienes que irte. Tu madre va camino de casa. Phil está con ella.

Maldijo. No se llevaba bien con su primo. Una vez lo había pillado husmeando en su escritorio. Yo sabía que James guardaba todas las fruslerías y las tarjetas que yo le había dado en el último cajón. Guardaba también las notitas y las cartas que le había escrito. ¿Las habría leído Phil? James no estaba seguro, pero sí me había comentado que le había desaparecido una foto nuestra en la que nos estábamos comiendo un polo y él me pasaba el brazo con desenfado por los hombros. Yo tenía doce años entonces y llevaba mi primer biquini, había convencido a mamá para que me lo comprara a condición de que papá nunca me lo viera puesto. Ver a su pequeña con tan poca ropa habría sido demasiado para él. Así que, cuando la madre de Kristen me dio la foto para mi álbum de recortes, yo se la regalé a James. No quería que papá la viera, algo que ya no me preocupaba tanto como pensar que la tuviera Phil.

James echó un vistazo por la cocina, frotándose los antebrazos, pensando.

—Debería irme.

—James, tu padre...

Me miró de repente.

—¿Qué pasa con él?

—Está en casa. Y está preguntando por ti. —Se puso blanco—. ¿James?

—Tengo que irme corriendo. Luego te llamo.

Agarró las llaves de la encimera y salió disparado hacia la puerta.

—¡James! ¡La cartera!

Se cerró de golpe la puerta de la calle. Agarré la cartera, donde llevaba el carné de conducir. Lo iba a necesitar si quería ir a algún lado que estuviera a más de las dos manzanas que separaban nuestras casas.

Salí corriendo a tiempo para pillarlo volviendo la esquina en su BMW. Corrí a su casa con la esperanza de darle alcance antes de que entrara. Lo pillé en la pasarela que llevaba al porche.

—¡James! —dije, resoplando.

Se volvió, sorprendido al ver que me detenía en seco en la acera, junto a su coche. Yo me doblé, con las manos apoyadas en las rodillas, y tomé aire. Luego levanté la cabeza y alargué el brazo.

—Tu cartera.

Extrañado, se llevó ambas manos a los bolsillos traseros del pantalón y descubrió que los llevaba vacíos. Se acercó y cogió la cartera.

—Gracias —dijo, siguiendo con la mirada un coche a mi espalda.

Miré por encima del hombro y vi a la señora Donato entrando en el recinto. Phil iba sentado en el asiento del copiloto, con los ojos clavados en mí.

—Vete a casa, Aimee —me ordenó James.

Ya me iba cuando me di la vuelta otra vez y vi a Edgar Donato plantado en el porche, con la boca cerrada, apretando mucho los labios. Tenía la puerta abierta, esperando a James.

James miró por encima del hombro.

—Vete a casa —me dijo otra vez, irritado—. Por favor —añadió al ver que no me movía.

Yo lo miraba a él, luego a Edgar, después a él otra vez.

Su expresión se suavizó. Me cogió la cara, me pasó el pulgar por la mejilla.

—No pasa nada. Vete a casa. Te llamo esta noche.

—Vale.

Lo vi entrar en su casa, muy derecho, muy digno. Edgar me lanzó una mirada asesina y siguió a James dentro, quitándose el cinturón de piel.

Hice un aspaviento al recordar lo que James me había contado de los ronchones de Thomas. «¡Ay, James!»

—Hola, Aimee. —Me sobresalté y miré angustiada a Phil, que estaba a un paso de mí. Sonrió—. ¡Cuánto tiempo!

Mi angustia, que yo atribuía más al aprieto en que se había metido James que a la súbita aparición de Phil a mi lado, disminuyó con su sonrisa. Había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto, hacía cinco años. Me parecía curiosísimo que no hubiéramos coincidido desde entonces, teniendo en cuenta lo a menudo que visitaba a su tía.

Phil seguía siendo más delgado y más alto que James o Thomas, y los pantalones y la camisa a medida que llevaba sumaban años a sus diecinueve. Le daban un aire refinado y afectado. Era mucho mayor que yo y su mundo no tenía nada que ver con el mío. No comprendía la vida que llevaban los Donato, de ropas y coches caros, de cenas de gala y actos sociales. Un estilo de vida que la gente como yo solo veía en la tele. Intimidaba. Phil intimidaba.

Miré a la casa, retorciéndome los dedos.

—No le pasará nada a James, ¿verdad?

Phil se encogió de hombros.

—Edgar parecía enfadado. ¿Qué ha hecho?

—Se ha saltado el entrenamiento de fútbol.

En cuanto dije las palabras me dio un vuelco el corazón. Aquello no era asunto de Phil.

Río.

—Así que el niño bonito no es tan bonito después de todo. ¿Te acompaño a casa? —preguntó, señalando hacia mi domicilio.

—Eh... vale —acepté sin pensarlo.

Caminamos despacio, nada que ver con la carrera que había hecho hacía un rato. Aún jadeaba y me corría el sudor por el cuello. Me estiré la blusa y me abaniqué el pecho. Por el rabillo del ojo, vi que Phil observaba todos mis movimientos. Dejé de toquetearme la ropa, de pronto avergonzada de los pechitos que por fin me habían salido ese año.

—Has crecido desde la última vez que te vi —comentó Phil.

Se me encendieron las mejillas, ya coloradas y sudadas de la carrera. Bajé la cabeza y me quedé pasmada: aún llevaba el delantal con volantes que me había puesto para hacer las galletas. Me lo quité enseguida.

—Estás muy mona. Te favorece.

Hice un gurrño con el delantal y crucé los brazos para esconderlo y taparme de paso el pecho.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —pregunté, desviando la conversación de

la inspección descarada que Phil me estaba haciendo, y apreté el paso para llegar antes a mi casa.

—No mucho. Unos días.

—¿Tu padre está de viaje otra vez?

Sonrió de medio lado. Se estaba burlando de mí. No necesitaba niñera mientras su padre estaba de viaje, no como cuando yo lo había conocido. Era universitario. ¡Por favor, qué pregunta más tonta!

Phil se puso serio, casi preocupado. ¿Estaría pensando en James? A mí también me preocupaba. No podía dejar de pensar en el señor Donato quitándose el cinturón, con las mejillas coloradas de rabia, unas mejillas que le rebosaban por encima del cuello de la camisa demasiado apretado. Había engordado mucho en los últimos dos años.

—No le pasará nada a James, ¿verdad? —volví a preguntarle porque necesitaba que me tranquilizara—. El señor Donato parecía muy furioso.

—No le pasará nada. Edgar está estresado, eso es todo.

¿Y lo iba a pagar con James? Lo miré aterrada.

Se rascó la barbilla.

—Verás, Aimee, mi padre está enfermo. Edgar tiene que ocuparse de Donato Enterprises hasta que yo sea lo bastante mayor como para ponerme al mando. Aún me quedan dos años de universidad.

Me sorprendieron dos cosas de su explicación. Que no fuera James quien lo preocupara y que su padre se estuviera muriendo. Madre mía, ¿cómo podía haber sido yo tan egoísta? El beso de James y su inminente castigo me tenían alterada.

—Siento lo de tu padre, pero es un detalle que te ceda la empresa. Así no tendrás que buscar trabajo ni nada cuando te gradúes.

—Esa es la idea. Papá me dijo hace mucho, cuando era un crío, que quería que yo me ocupara de la empresa algún día.

Se detuvo. Habíamos llegado a mi casa.

—Gracias por acompañarme —le dije.

—De nada. —Me despedí con la mano mientras caminaba de espaldas hacia el porche—. Y gracias a ti —añadió— por lo de mi padre. Te lo agradezco mucho. ¡Oye! —me gritó cuando llegué a la puerta—. ¿Aún pinta James en tu casa?

Me quedé pasmada, con la mano en el pomo de la puerta. ¿Cómo sabía que James pintaba? Él había sido quien me había propuesto que yo le guardara las pinturas, pero yo nunca se lo había contado. Dudaba que lo hubiera hecho

James. Aparte de mis padres, Kristen y Nick eran los únicos que conocían el taller de James en nuestro solárium, y ninguno de los dos se habría arriesgado a contárselo a Thomas o a Phil por si se enteraban los padres de James.

Entonces me acordé de mis notitas, que James guardaba en su escritorio. En más de una ocasión, le había escrito a James preguntándole si tenía pensado venir a pintar después de clase y le había entregado la notita con disimulo en los pasillos del colegio. Phil debía de haberlas leído.

Se me cayó el alma a los pies y la expresión de mi rostro debió de desvelarle la respuesta porque Phil esbozó una enorme sonrisa de «conozco vuestro secreto». Pensé que me iba a desmayar.

—No te preocupes —dijo, meneando la cabeza—. El secreto de James está a salvo conmigo. Pero me encantaría ver su trabajo —añadió, acercándose a mí.

Tragué saliva. Giré el pomo y se abrió la puerta con un chasquido.

—No puedo invitar a desconocidos cuando mis padres no están en casa.

—Pero yo no soy un desconocido. De hecho, si lo tuyo con James no funciona —dijo, deteniéndose en las escaleras del porche—, me encantaría salir contigo.

Retrocedí. ¿Lo decía en serio? Phil era mucho mayor que yo.

—Perdona, pero no puedo dejar entrar a nadie. Adiós, Phil.

Me colé en casa. Quería poner la puerta de por medio cuanto antes.

—Medítalo, Aimee. He pensado mucho en ti estos años. Sería divertido.

Se despidió tirándome un beso con dos dedos, luego desapareció de mi vista. La puerta de la calle se había cerrado.

Eché el cerrojo, me apoyé en la puerta y me escurrí por ella hasta el suelo, tapándome la cara con las manos. Uf. Phil me había pedido que saliera con él. Sabía lo de las pinturas de James y era culpa mía. No debería haberlo mencionado en mis notitas. Claro que James tampoco tenía que haberlas conservado. Pero James era así, y no podía reprochárselo. Era un sentimental. Un artista de mucho talento y gran corazón.

Pasarían otros dos años hasta que volviera a ver a Phil, y después solo ocasionalmente, como en las cenas que organizaban Claire y Edgar los domingos, a las que Phil iba de vez en cuando. Por suerte, no me volvió a preguntar por las pinturas de James.

En cuanto a James, nuestro beso de ese día fue el principio. Con él cruzamos el puente de la amistad hacia una relación más profunda que fue haciéndose más íntima con el paso del tiempo. James nunca me confesó que su

padre lo había castigado pegándole con el cinturón, pero siseaba y se escabullía cuando le rozaba sin querer la zona lumbar. Me decía que tenía un tirón muscular del entrenamiento de fútbol, así que no le pregunté si esa era la verdadera causa de su dolor. No quería que se sintiera más incómodo de lo que ya se sentía. Se le notaba que se avergonzaba de haber desobedecido a su padre. Se propuso no volver a perderse ningún entrenamiento en lo que le quedara de instituto.

Capítulo 13

JULIO

Un año después del funeral de James, Aimee's estaba listo para su apertura al público. Nunca pensé que llegaría tan lejos ni conseguiría tanto. Nunca pensé que mi vida sería la de propietaria soltera e independiente de un negocio. Claro que tampoco había imaginado una vida sin James.

Pero lo había logrado y me sentía asombrosamente feliz y satisfecha, a pesar del caos que había sido la obra y de mis dudas. Dudas sobre mis aptitudes y dudas en torno a la muerte de James. Esos pensamientos me los guardaba para mí. Bien escondidos. Salvo la tarjeta de un complejo turístico en México, no disponía de pruebas convincentes de que James siguiera vivo. Tenía que encontrar un modo de empezar a investigar sin que mis padres, Thomas y mis amigas creyeran que estaba perdiendo el juicio, que me tragaba las patrañas de una vidente aun habiendo sido testigo del entierro de James. A veces pensaba que me estaba volviendo loca y que por eso tenía alucinaciones en baños públicos.

Los últimos nueve meses habían pasado volando con tanta actividad. Mis padres venían a menudo a ver cómo iba Aimee's. Ian también se acercaba con frecuencia, cuando hacía un descanso en la edición de sus fotos. Prestaba especial atención a la obra porque decía que no quería que los obreros se aprovecharan de mí, que usaran materiales más baratos o me hiciesen alguna chapuza. Yo le contestaba que para eso tenía a Nadia, que a ella nadie le tomaba el pelo, pero sabía que lo hacía para poder estar conmigo, así que lo dejaba inspeccionar. Me gustaba tenerlo cerca.

Cuando llegó julio, ya había contratado y formado a los empleados, y el producto estaba colocado en las estanterías. El hedor fuerte a pintura y a yeso se disipó y lo reemplazaron los aromas intensos a frutos secos de los cafés y

los dulces. Todo estaba en su sitio.

Era sábado por la tarde a última hora, la víspera de la preinauguración de Aimee's en la que la familia y los amigos probarían la carta y mi personal pondría en práctica lo aprendido en su formación. Hasta entonces no había habido problemas importantes que pudieran retrasar la gran inauguración de la semana siguiente. Hasta entonces. Gina, la encargada y barista principal, se despidió. Una amiga la había invitado a compartir piso en Londres. Se iba a la mañana siguiente.

A menos de veinticuatro horas de la preinauguración estaba sin baristas experimentados. A Ryan y a Jilly los había formado Gina.

Me paseé nerviosa junto al mostrador. Aimee's era un establecimiento en el que se servían cafés personalizados. Podía pasar sin un barista jefe para la preinauguración, pero antes de la apertura oficial necesitaba a alguien que supiera mezclar granos, siropes y especias. Necesitaba a alguien que conociera las máquinas y sus rarezas. ¿Y si algo iba mal?

Sonó la campanilla que colgaba sobre la puerta y entró Ian. ¡Ian!

Salvada por la campana. Literalmente.

Me acerqué corriendo.

—Necesito tu ayuda.

Me agarró de los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—Gina se acaba de despedir —le expliqué—. Y mañana es la preinauguración —añadí, como si él no lo supiera.

Me sonrió satisfecho.

—Necesitas mi ayuda. Para que prepare café, supongo.

—No te pongas tan chulo. —Cruzó los brazos y yo resoplé—. Sí, Ian. Necesito tu ayuda. Ahora es cuando puedes demostrar tu excelencia al otro lado del mostrador.

—Mujer de poca fe...

Se acercó a la cafetera exprés como si el local fuera suyo y puso los ojos en blanco. Repasó las filas de latas de café en grano, los siropes y las tazas.

Ian había pasado mucho tiempo en mi casa desde que nos habíamos conocido. Veíamos películas o hablábamos. Yo experimentaba con nuevas recetas —guisos, tartas, panes— y él las probaba. En una ocasión, lo vi hojear mi archivador de bebidas. Le dije en broma que no hacía falta que fingiera interés. Al día siguiente apareció con varias recetas de café propias, que añadí a mi selección después de burlarme de su paladar de aficionado. Cuando las

preparé, me parecieron condenadamente buenas.

—¿Has olvidado nuestro trato? —me dijo desafiante junto a la cafetera.

Yo hice una mueca al recordar lo que habíamos hablado el día en que nos conocimos. A juzgar por las recetas que había añadido a mi archivador, era muy posible que preparara mejores cafés que yo.

Había llegado el momento de tragarme el orgullo.

—No, no lo he olvidado —dije, entornando los ojos. Le iba a hacer perder—. Muy bien, perfecto, pero quiero que prepares este café especial.

Inclinándome sobre el mostrador, cogí mi archivador y pasé las fichas hasta el Pangí Hazelnut Latte, que llevaba el nombre de una región de la India donde se producía la avellana. Era la receta más difícil y requería una mezcla exclusiva de café y especias importados. A Gina le había costado bastante replicarla. Si las especias no estaban perfectamente compensadas, no se lograba el mismo sabor exquisito.

Ian leyó las instrucciones. Se frotó las manos.

—Mira y aprende, cariño.

Solté un bufido y me apoyé en el mostrador. Se movió por su espacio, seleccionando y moliendo café, preparando el expreso. Un líquido denso y oscuro fue cayendo a la taza previamente calentada. Inhalé aquel aroma embriagador y se disipó mi angustia.

Ian calentó y espumó la leche y la vertió en el expreso meneando la jarra. Sonrió y me dio la taza. Había dibujado un corazón con la espuma. Exactamente igual que el corazón humeante que aparecía sobre la taza de café del logo de Aimee's.

—Sabes preparar cafés artísticos —mascullé—. Me ha enamorado.

Le brillaron los ojos.

—Pruébalo.

Me acerqué la taza a la nariz. Avellana, canela y algo más.

—Has cambiado la receta.

—Bebe antes de juzgar.

Lo hice y me derretí por dentro.

—Jengibre y... —Me miró expectante—. Cardamomo. —Asintió con la cabeza—. Está rico... —Di otro sorbo—. Riquísimo... ¡Madre mía, está de morirse! —Bebí más—. Contratado.

—Estupendo. ¿Cuándo empiezo?

Lo miré, intentando averiguar si lo decía en serio.

Dobló el paño y rodeó el mostrador.

—Necesitas un encargado que sepa lo que hace y yo necesito un empleo.

—¿Y tus fotografías?

—No voy a dejar de viajar ni de exponer mi trabajo. No es por dinero. Me gusta estar ocupado entre viajes. ¿Por qué crees que ando haciendo el tonto por aquí todo el día?

—¿Porque te aburres? —pregunté, desinflada—. Pensaba que era porque te gustaba estar conmigo.

—No te lo tomes así —me dijo, acariciándome la mejilla con un dedo—. Me gusta estar contigo. Mucho. —Me acaloré. Él sonrió—. No tengo pensado hacer ningún viaje largo por un tiempo. De momento, solo pequeñas excursiones, unos días aquí o allá. Formaré al personal para que me sustituyan cuando no esté. ¿Qué dices? —preguntó, tendiéndome la mano.

¿Que qué decía? Que su ofrecimiento me salvaba la vida y que así lo vería todos los días. Claro que ya lo estaba viendo todos los días desde que nos conocíamos. Le estreché la mano.

—Hecho. Espera, que voy a por los impresos de contratación. Vuelvo enseguida.

Mientras Ian rellenaba los impresos, terminé de colgar los cuadros de James, que era lo que estaba haciendo antes de que me llamara Gina. De las ocho cajas grandes de lienzos que tenía en el garaje, solo me habían quedado doce pinturas que poder colgar, sin contar con las que tenía en las paredes de casa. El capataz del almacén de Thomas no había sido capaz de encontrar las obras de James. La policía tampoco había podido hacer mucho. Yo había puesto una denuncia meses después de descubrir que habían desaparecido y no estaba del todo convencida de que me las hubieran robado. No había indicios de que hubieran forzado la puerta y la policía tampoco encontró huellas, no había desaparecido nada más del garaje.

Ian cruzó la sala y me agarró la escalera.

—No había visto estas. Son increíbles.

Bajé en cuanto colgué la pintura.

—Estaban en el garaje. Tenía más, pero no las encuentro.

—¿Han desaparecido sin más? —preguntó, haciendo un gesto con los dedos, como de algo que se esfumaba, acompañado de un «¡Paf!».

—Más o menos. Las he buscado. Incluso he puesto una denuncia.

Ian me escudriñó.

—Lo siento. Tenía mucho talento.

—Sí, lo tenía. Esa de allí espera impaciente tus obras maestras —le dije,

señalando la pared de al lado.

—¿Vas a estar en casa esta noche? —preguntó—. Te llevo algunas —añadió al verme asentir—. Así puedes elegir las que te gusten y colgarlas a primera hora de la mañana.

—Solo si me prometes que no vas a decir nada en francés.

Ian llegó poco antes de las ocho, cuando acababa de glasear un bizcocho de limón con arándanos. Se quedó plantado en el porche, vestido con vaqueros y una camisa negra. Me dedicó una sonrisa de medio lado. Abrí más la puerta y metió dentro un enorme portalienzos plano.

—Tengo más en el coche. ¿Dónde puedo dejar este? —Señalé la mesa del comedor y él dejó la bolsa encima con cuidado y abrió la cremallera—. Aquí llevo tres. Dos las puedes exponer. Si las vendes, te daré un porcentaje. La otra foto es tuya.

—¿Mía? —dije, y me coloqué detrás de él.

Sacó el lienzo más grande y se volvió hacia mí. *Amanecer en Belice*. Hice un aspaviento y me volví hacia Ian enseguida.

—Para ti —me dijo, ofreciéndomela.

—¿Ian...? —conseguí decir—. Pensaba que la habías vendido.

Negó con la cabeza.

—La retiré del mercado para ti. Es un regalo.

La había estado guardando casi un año, esperando el momento perfecto para dármela.

Se me revolvió el estómago. Le di vueltas al anillo de James antes de acariciar la moldura, que tenía el aspecto de las tablas desgastadas de un muelle. Pensé en el precio de venta.

—No puedo aceptarla.

Miró las paredes forradas de cuadros de James.

—Si no tienes sitio aquí, cuélgala en la cafetería.

—Ah, no, no es por eso. Es demasiado cara.

Pero mis dedos ansiaban quitársela de las manos.

—Sabes que la quieres —dijo, meciendo el marco.

—Sí, la quiero. —Y para Ian era muy importante que yo la tuviera. No podía negarle esa satisfacción—. Muchas gracias.

—De nada —respondió, y apoyó la foto en una silla.

—Estaba pensando en esta foto cuando elegí la paleta de colores de mi local —reconocí. Pareció sorprenderle, y le acaricié el brazo—. Me encanta tu trabajo.

Se le empañaron los ojos. Apretó la mandíbula.

—Gracias.

Sentí de pronto un extraño deseo y aparté la mirada de él.

—¿Te apetece una cerveza? —le pregunté con voz de pito.

Ian inspiró hondo, se llevó las manos a la cadera.

—Sí.

Saqué dos botellines de la nevera, los abrí y le pasé uno. Vi cómo le subía y le bajaba la nuez con cada trago y, sin quererlo, tragué saliva.

—¿A qué huele? —Olisqueó. Miró a la encimera—. ¿Eso es un bizcocho?

—Un bizcocho de limón y arándanos.

—¿Necesitas que alguien lo pruebe? —me dijo con una sonrisa pícara.

—¿Bizcocho con cerveza? —pregunté con cara de asco.

—Claro. ¿Por qué no? —repuso al tiempo que hurgaba en los cajones de la cocina. Encontró el cortabizcochos—. ¡Bingo! —Saqué dos platos del armario mientras él lo cortaba. El relleno empezó a rezumar del centro—. ¿Qué lleva?

—Arándanos. Frescos, no de lata. —Gimió y puso una rebanada en el plato que tenía más cerca—. El glaseado de crema de queso está hecho con crema inglesa de limón, zumo y ralladura. Pruébalo.

Sin pensarlo, pasé un dedo por el glaseado y se lo llevé a la boca. Le brillaron los ojos dos segundos, luego envolvió con los labios la yema de mi dedo. Noté cómo me lamía el glaseado con la lengua y sentí una corriente eléctrica directa a las entrañas. Abrí mucho los ojos. ¡Madre mía! Aquello había estado demasiado bien.

Saqué el dedo de su boca herméticamente cerrada y resonó por toda la cocina como si hubiera descorchado una botella. Ian rio, una carcajada grave y sexi. Me ardían las mejillas, pero no tanto como me ardía todo por dentro en esos momentos.

Me observó y estudió mi reacción. Despacio, le dio un mordisco al bizcocho empapado de arándano. De nuevo, el movimiento de su garganta me embobó y se me secó la mía.

—Todo un éxito —murmuró, lamiéndose el glaseado de los labios.

Lo tenía demasiado cerca. Junté las rodillas para no caerme encima de él. A menudo me preguntaba cómo sería estar en sus brazos, que su lengua paseara por la mía como lo había hecho con el glaseado de mi dedo. Sabía que sería distinto a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Que sería distinto a

James. Puede que incluso mejor.

Pero Ian era un amigo y yo le había dejado claro desde el principio que no era más que eso para mí, a pesar de lo mucho que me atraía.

Parpadeé y miré a otro lado.

—Bueno, ¿qué más me has traído?

Dejó el plato y sacó otras dos fotografías enmarcadas y las apoyó en el respaldo del sofá. *Mañana brumosa*, una foto de una alameda que me dijo que había hecho en Sierra Nevada, California, y *Arenas al anochecer*.

—La foto de Dubái —dije con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Me prometiste una historia. ¿Qué fue lo que pasó con esta foto?

—Que odio los camellos —dijo con una mueca.

—¿Y ya está?

Cruzó los brazos.

—Ellos también me odian a mí. Bueno, al menos ese. —Señaló al último camello de la fila. Cogió la cerveza y se dejó caer en el sofá, luego dio una palmadita en el cojín, a su lado. Me senté, con las piernas dobladas por debajo. Él estiró los brazos por el respaldo del sofá—. No me entusiasma montar en animales.

—Ah, sí, las mulas de Perú.

—Pues eso. —Bebió cerveza—. Fue un trayecto largo en busca de la duna perfecta para la foto. En todas las dunas que pasamos antes de la de la foto, esa mala bestia me tiró. Cuanto más pronunciada era la pendiente, mejor para él porque me hacía rodar y luego tenía que volver a subir. Al final del día era un saco de arena ambulante. Tenía arena en el pelo, en la ropa y... —sonrió con la boca pegada a la botella—. Bueno, ya te haces una idea. Mi equipo fotográfico tampoco salió muy bien parado.

—¡Ay, Dios mío!

—Ya te digo. Me salió caro el viaje. No pienso repetirlo en breve.

—¿Y con los álamos, qué pasó?

Dejó la botella medio llena en la mesita de centro y se volvió hacia mí.

—Otra historia para otro día.

De pronto me miró los labios y la piel se me tersó. Se hizo el silencio, salvo por el zumbido del aire acondicionado, algún coche que pasaba y nuestras respiraciones. Volví a sentir entre los dos esa electricidad que había sentido antes en la cocina. Era como un imán que nos atraía el uno al otro. Se inclinó despacio, casi con cautela. Cerré los ojos y abrí la boca.

—No —le susurré cuando acercó sus labios a los míos. —Se detuvo, pero no se apartó—. Me gustas mucho, Ian —reconocí sin pensarlo.

Soltó una carcajada. Casi pude palpar su sonrisa en la sutil perturbación del aire que nos separaba.

—Eso está bien —susurró.

—También me atraes mucho —añadí, humedeciéndome los labios—. Pero...

—¿Pero? —preguntó al verme vacilar.

Noté que se me agarrotaba la espalda. Tragué saliva. Como no decía nada, se apartó. Frunció el ceño y se frotó despacio el labio inferior.

Dejé mi cerveza junto a la suya y, acercándome a la chimenea, me puse debajo del retrato de compromiso. Necesitaba distancia para decirle lo que le quería decir.

—Quiero que sepas que... —Me ruboricé. Tragué saliva—. Te deseo. Noto que hay química entre nosotros. —Dejó de frotarse el labio. Se le iluminaron los ojos. Yo negué con la cabeza cuando quiso tocarme—. No, no. Escúchame. No puedo dejarme llevar. En realidad, no voy a hacerlo. No mientras...

Titubeé e inspiré hondo para reunir valor. Ian había llegado a ser tan buen amigo como Nadia y Kristen, con la posibilidad de ser mucho más. Confiaba en él y me costaba muy poco hablar con él de casi cualquier cosa. De todo menos de mis dudas sobre la muerte de James.

Ian sabía que James y yo habíamos estado saliendo mucho tiempo y lo duro que se me había hecho encontrarme sola de pronto. Todos nuestros sueños y nuestros planes se habían hecho pedazos en un instante, como el parabrisas de un coche en un accidente de tráfico. De forma imparable y estrepitosa. Mientras yo me recomponía, Ian había reído a mi lado con algunas de las cosas que le había contado de mis años con James. En otras ocasiones, me había ofrecido su pecho ancho y fuerte para que llorara en él. Si alguien merecía saber qué me atormentaba de verdad, era Ian.

—Si te enteraras de que alguien a quien has perdido sigue vivo, pero no supieras dónde está, ¿qué harías?

Frunció el gesto. Inspiró hondo e hizo una pausa antes de contestar.

—Lo buscaría por todos los rincones del planeta.

Apreté los labios y asentí despacio. A lo mejor eso era lo que necesitaba oír, y empezaría por Puerto Escondido, México.

Ian ladeó la cabeza y me miró.

—¿Qué ocurre?

—Tengo motivos para creer que James sigue vivo —espeté.

Ian enarcó mucho las cejas. Sacudió un poco la cabeza.

—¿Qué?

—Que creo que James sigue vivo —susurré.

—¿Cómo? ¿Por qué? —balbució—. ¿No lo enterraste?

—Sí, pero no llegué a ver el cadáver.

—Eso no significa... —Se interrumpió y se frotó la cara con ambas manos. Inclinandose hacia delante, apoyó los codos en las rodillas—. ¿Por qué crees que...? —Trazó círculos con la mano en el aire, incapaz de decir las palabras.

—¿Que por qué creo que está vivo? —dije, dándole vueltas al anillo de compromiso—. Es una historia un tanto descabellada.

—Piensas que no te voy a creer. Por eso no me lo has contado. —Asentí—. ¿Se lo has dicho a alguien? —Negué, dándole vueltas más rápidas al anillo. Nos miramos durante unos momentos tensos hasta que suspiró con fuerza y alargó el brazo hacia mí—. Ven aquí. Cuéntamelo todo.

Lo agarré de los dedos y dejé que me sentara en el sillón. No me soltó la mano, apoyó nuestros dedos entrelazados en su muslo mientras nos mirábamos. Estiró el otro brazo por el respaldo del sofá. Antes de arrepentirme, le conté lo de la vidente en el funeral de James, que había ido a su casa en coche y se me había caído la cartera en la calle al salir precipitadamente de allí y que, cuando me la devolvió, me había metido dentro una tarjeta de visita de Casa del Sol.

—¿Piensas que James está viviendo en ese hotel?

—La verdad es que no sé qué pensar —le dije, levantando un hombro.

Pero le expliqué que cuando pensaba en las advertencias de Lacy, en las extrañas visiones que había tenido en los baños de la discoteca, en que los cuadros de James habían desaparecido y en que, además, yo no había visto el cadáver que supuestamente Thomas había repatriado desde México, me surgían interrogantes. Aunque quería que Ian comprendiera por qué no podía ser más que un amigo para mí hasta que disipara mis dudas, una parte de mí necesitaba que me dijera que mis dudas eran justificadas.

Estuvo callado unos segundos y yo me revolví inquieta en el asiento.

—Crees que estoy loca por creer a esa vidente.

—¿La crees? Mira, Aimee —empezó antes de que pudiera responderle, acercándose más en el sofá hasta que nuestras rodillas estuvieron pegadas—.

No me parece descabellado creer lo que un desconocido te dice sobre personas en las que confías, sobre todo cuando eres vulnerable y aún estás afectada por la pérdida. Es algo muy humano. Verás, te voy a contar una cosa. —Se sentó más adentro y me arrimó aún más a él—. Durante mis viajes, veo cosas rarísimas, cosas que aun ahora me cuesta creer. Pasan cosas que no podemos explicar. Aún no entiendo cómo me encontró la vidente que mi padre contrató para que me buscase.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

Jugó con el pelo que me caía por el hombro.

—Mi madre no estaba muy bien de aquí arriba —dijo, señalándose la sien con el dedo índice—. Solía desaparecer temporadas largas. Papá tampoco estaba mucho en casa. Pero una vez, a mis nueve años, cuando aún vivíamos en Idaho, fui yo el que desapareció. Llevaba desaparecido cinco días cuando papá me encontró. La investigación policial no progresaba, así que contrató a una vidente para que ayudara. Ella me dijo que la magia le había dicho dónde me escondía. Nunca olvidaré su aspecto, aquel pelo rubio tan largo y tan claro que era casi blanco. Tenía los ojos de un color rarísimo. Pensé que era un ángel.

—Un ángel —repetí.

Rubia y etérea como Lacy. Se me erizó el vello de la nuca.

—Oye —dijo, meneando la cabeza y mirándome de reojo—. Esto no se lo he contado nunca a nadie —añadió con una sonrisa de medio lado.

Me alegré de que me lo contara. Me hizo sentir mejor sobre lo mío, menos loca.

Me acarició la mejilla con el dorso de la mano y miró el retrato de compromiso.

—James y tú estuvisteis juntos mucho tiempo. Entiendo lo difícil que debe de ser para ti olvidarte de él. Solo prométeme que no estás usando a la vidente como excusa para no volver a enamorarte. —Me miró fijamente—. Porque yo ya me he enamorado de ti.

Capítulo 14

Cuando llegué a mi local a las cinco de la mañana del día siguiente, Ian estaba esperándome en la puerta. Colgó él mismo sus fotografías y yo admiré su trabajo, satisfecha de haber acertado: *Amanecer en Belice* encajaba perfectamente con la decoración.

Bajó de la escalera.

—¿Por qué sonríes?

—Sabía que tu foto quedaría genial aquí.

Tiró el martillo a la caja de herramientas.

—Mis fotos siempre quedan genial —replicó y yo le pegué de broma en el hombro.

Cuando llegó el personal, les informé de lo de Gina y les presenté a Ian como sustituto. Aparte de mi chef, Mandy, con quien había trabajado en The Goat, y mis baristas, Ryan y Jilly, tenía cuatro camareras y un camarero. Solo dos trabajaban en la preinauguración, Emily y Faith. Unos dos minutos antes de abrir, los reuní a todos. Ese día era de prueba. Para evaluar el flujo de trabajo, probar la carta y solucionar posibles problemas. Solo habíamos convocado a familiares y amigos y la casa invitaba a todo.

Estaba orgullosa del diseño y de la decoración de mi establecimiento, satisfecha con la carta que Mandy y yo habíamos creado y entusiasmada con la amplísima selección de cafés. Entonces vi a mis padres fuera, delante de los ventanales, y se me cerró la garganta de los nervios.

—Mírame —me dijo Ian al oído. Lo miré y me acarició cariñoso la mejilla—. Todo va a salir bien. Lo vas a hacer genial.

Asentí deprisa con la cabeza.

Se miró el reloj y sonrió.

—Ya es la hora.

—Muy bien —dije, apretando los labios.

Se dispuso a abrir las puertas y yo me quedé paralizada.

—¡Espera!

Me miró sorprendido y yo me limpié las palmas de las manos en los muslos. James tendría que haber estado allí. Habría querido verlo. En el fondo, no parecía justo que fuera Ian quien estuviera a mi lado, pero yo no lo quería en ningún otro sitio más que allí. A mi lado. Me aferré a su mano.

—Tranquila —dijo, apretándome los dedos—. No me voy a separar de ti.

Eso era precisamente lo que necesitaba oír. Inspiré hondo, abrí las puertas y di la bienvenida a mi familia y a mis amigos. Una ráfaga de aire me azotó la cara y me trajo la voz de James.

«Lo has conseguido, Aimee.»

La preinauguración no pudo ir mejor. Ian era un genio detrás del mostrador de café, preparándolos tan rápido como se los pedían. Ryan y Jilly casi no podían seguirle el ritmo, pero estaban aprendiendo. Sirvió unas muestras personalizadas para que Emily y Faith las distribuyeran, lo que encarecía aún más mi carta ya de por sí cara. Los buñuelos de calabacín y el panini de pollo Thai con verduras de Mandy estaban sensacionales.

Vi a Emily sirviendo a mis padres y se me aceleró el corazón.

—Relájate —me susurró Ian por detrás.

Suspiré. Olía a sándalo y a jabón, con un toque de canela.

—Se han pasado la vida en el mundo de la restauración.

—Y tú también. —Me masajé los hombros—. Deja de estrujarte el delantal.

Solté la tela que agarraba con los puños.

—¿Y si no les gusta la comida? ¿Y si Emily les tira el agua encima? ¿Y si...?

—Son tus padres. Ve a hablar con ellos.

Volví a suspirar.

—Tienes razón. —Sin pensarlo, me puse de puntillas y le di un pico. Me pareció lo más natural, pero nos sorprendió a los dos. Nos miramos un instante, perplejos. Ian se recuperó primero. Me tocó el labio inferior con el pulgar y luego bajó la mano—. Lo siento —le dije, dándole vueltas al anillo.

—No lo sientas. —Miré a mis padres. Ian me empujó hacia ellos—. Ve.

Agarré una silla de una mesa libre y eché un ojo a Ian por encima del

hombro. Él me dedicó una sonrisa con la que me dio un vuelco el corazón, luego se volvió hacia la cafetera expés. Me senté entre mamá y papá.

—Bueno... —dije inspirando hondo—. ¿Qué os parece?

Papá tenía los ojos empañados y los míos se llenaron de lágrimas enseguida.

—¡Qué orgulloso estoy de ti!

—Estos buñuelos están deliciosos —dijo mamá después de dar un bocado a uno—. Díselo a Mandy.

—¿Sí? ¿Os gusta? —Me recosté en la silla—. Menos mal. Estaba muy nerviosa.

—Gracias por contratar a Mandy —me dijo mamá, cortándose otro pedazo de buñuelo—. Me quedé preocupada cuando tuvimos que despedir a todo el mundo. Muchos de ellos llevaban años con nosotros. Eran como familia. Tu local es precioso —añadió, acariciándome el brazo.

—Ha costado mucho trabajo —contesté, cubriéndole la mano con la mía.

—Lo has llevado todo de maravilla. —Se le ablandó la mirada—. Al ver cómo te hundías después de lo del año pasado, tu padre y yo... —Se interrumpió, se frotó los ojos y miró a papá.

—Sabíamos que lo conseguirías, cariño —acabó él la frase.

Mamá bebió un sorbo de agua.

—¿Qué hace Ian detrás del mostrador?

—Gina se despidió ayer.

—¡Qué bien te ha venido! —ronroneó mirando a Ian.

Papá me dio una palmada en la espalda.

—Gajes de tener un negocio propio. Ve acostumbrándote. Gina no será la última empleada que se despida sin previo aviso.

Ian debió de notar que lo mirábamos. Levantó la cabeza y saludó.

No tardó en llegar Nadia con Mark, el agente inmobiliario al que había conocido en la exposición. El casado. Enarqué una ceja al verlos juntos.

—Negocios —me confesó.

—¿En domingo?

—Quiere abrir un restaurante y le voy a enseñar el trabajo que he hecho aquí.

—Lo que tú digas —espeté, y levanté las manos como disculpándome.

—No estamos saliendo —insistió—. Se acaba de separar de su mujer.

Miré a Mark, que hablaba con Nick pero no dejaba de mirar a Nadia con cara de adoración. Era evidente que estaba interesado en ella y así se lo dije.

Quería que también ella fuera un poco feliz.

Nadia lo miró y esbozó una sonrisa cuando le estrechó la mano a Nick.

—Igual tampoco es tan mala idea que salgas con Mark —la animé—. Cuando se haya divorciado, claro.

Kristen se entretuvo haciendo fotos.

—Luego te las mando por correo electrónico. Úsalas para tu página o imprímelas y cuélgalas en el tablón de anuncios. Porque tienes tablón de anuncios, ¿verdad? —dijo, mirando alrededor.

—Supongo que tendré hacerme con uno —contesté, garabateando una nota rápida en la libretita que llevaba en el delantal. Mi lista de cosas que hacer para la semana siguiente cada vez era más larga.

Un par de horas después, cuando deambulaba por el comedor, deteniéndome en cada mesa para preguntar qué tal la comida y el servicio, vi a Thomas sentado solo en una mesita del rincón, la misma donde James y yo solíamos sentarnos en Joe's Coffee House. Me senté enfrente de él. Estaba ojeroso, mirando los cuadros de James.

—Tenía mucho talento. Le habría encantado verte compartir su arte.

—Ojalá tuviera más.

Aquellos cuadros no eran sus mejores obras.

—Ojalá te los hubiera encontrado.

Me vino a la cabeza una pregunta y, mientras le daba forma, me asombró que no se me hubiera ocurrido hacérsela antes.

—Thomas —empecé con cautela—, no habrá cogido los cuadros tu madre, ¿verdad?

A lo mejor había querido tener un recuerdo suyo o, peor aún, había pedido que los destruyeran. Podía haberlos robado Phil. ¿Y Thomas? ¿Se los habría llevado él y le daba vergüenza reconocer que había cogido las cajas de mi garaje? Yo estaba desolada, casi aullaba de dolor cuando le pedí por primera vez que los buscara.

—Lo dudo. A ella nunca le ha interesado su obra artística.

Solté la respiración que había estado conteniendo. Aunque me aliviaba pensar que seguramente no estaban en su poder, seguía sintiéndome decepcionada. Por lo menos habría sabido adónde habían ido a parar.

—¿Te importaría preguntarle?

Negó con la cabeza, apuró el café. Solo, sin crema. Luego sonrió con tristeza.

—Has avanzado mucho en un año.

Eché un vistazo al local, reparando en el ruido. El estrépito metálico de los cacharros en la cocina. Mandy gritando las comandas. Ian moliendo el café. El silbido y el vapor de la cafetera exprés. Me miré las manos y vi moverse mis dedos, como quitándose de las uñas una pintura imaginaria.

—Aún siento su presencia, aquí dentro —dije, apretándome el pecho—. Y eso hace que me cueste creer que está muerto. Aún me siento así, incluso después de un año. ¿Tú crees...? —empecé vacilante, mirándolo tímidamente. Inspiré hondo y solté la pregunta antes de perder el valor—. ¿Tú crees que el cadáver que enterramos podría ser de otra persona?

Thomas se sobresaltó. Entornó los ojos un segundo hasta que la tensión remitió, como el mar antes de un tsunami.

—No —contestó casi demasiado sereno—. Es el de James.

Mi pregunta lo había inquietado y eso no me tranquilizaba nada.

—Perdona, olvida que te lo he preguntado.

Meneó la cabeza.

—A mí me pasa igual, Aimee. —Apreté los labios con fuerza y cabeceé—. Gracias por el café —dijo, apartando la taza—. Estaba rico. —Se levantó, se estiró las arrugas del pantalón—. Me alegro de que Joe reconsiderara tu solicitud. Yo sabía que harías un gran trabajo con este local.

Lo miré extrañada mientras me ponía de pie. ¿Cómo se había enterado de que me había dado una segunda oportunidad? Yo no le había contado que había rechazado mi solicitud inicial. Se lo había pensado mejor antes de que a mí me diera tiempo siquiera de pedirle a Thomas que me avalara.

Miró por encima de mi hombro y se puso muy serio. Le seguí la mirada, pero no vi nada fuera de lo corriente, solo personas haciendo cola para pedir y la puerta cerrándose a la espalda de alguien que acababa de salir. Cuando me volví a mirarlo otra vez, estaba colorado.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —espetó—. Me ha parecido ver a alguien que conozco.

Colocó la silla en su sitio y, después de despedirse con prisas, se marchó.

Recogí su mesa. Emily me interceptó cuando iba camino de la cocina.

—La mujer de la mesa 8 me ha pedido que te dé esto —dijo, y me entregó una postal y se fue corriendo a servir a otra mesa.

La mesa 8 estaba vacía. Su ocupante se había ido. Miré la postal y mi mundo se tambaleó. Era una tarjeta promocional de una galería de arte en México, «El estudio del pintor». Por delante había un gráfico de un pincel, con

la punta untada del azul Caribe que James solía usar para su firma, y debajo una imagen de uno de sus cuadros desaparecidos. «¿Pero qué...?»

Se oyó un gran estruendo en la cocina. Todo el mundo levantó la cabeza y miró en esa dirección. Las manos me temblaban muchísimo cuando me agaché al suelo para ayudar a Mandy con los platos rotos. Se me cayeron más trozos al suelo de los que puede tirar a la basura.

Mandy me despachó nerviosa y yo me excusé y fui al baño. Me derrumbé contra la puerta cerrada con pestillo, respirando con dificultad, presa de la conmoción. Con dedos temblorosos, me saqué despacio la postal del bolsillo y la miré fijamente. Empezó a brotarme el sudor en la línea del pelo. ¿Cómo podía ser?

—¡Aimee! —llamó Emily a la puerta—. ¿Estás ahí?

Di un respingo.

—Sí. Dame un segundo.

—Mandy te necesita en la cocina.

—Dile que enseguida voy —le grité.

Volví a guardarme la postal en el delantal y escondí la enormidad de lo que aquello significaba al fondo de mi pensamiento. Por el momento. Debía centrarme en pasar el día.

En el televisor de plasma de 75 pulgadas de la biblioteca de los Donato, el lanzador de los New York Mets cargó el brazo sobre el montículo del AT&T Park de San Francisco. Era la segunda parte de la novena entrada contra los Giants y las bases estaban llenas. Los Mets llevaban tres carreras de ventaja. El lanzador tiró hacia home la pelota, que cortó el aire a ciento cincuenta kilómetros por hora y conectó de lleno con el bate de Barry Bonds. ¡Crac! La pelota voló sobre el campo y cayó en el guante de cuero de un aficionado sentado en la segunda fila de las gradas. ¡*Home run!*

James y Thomas se levantaron de golpe de sus asientos. Gritaron y vocearon, y chocaron ambas manos en el aire.

—¡Fin del partido! —dijo Thomas dando una palmada—. Toca cobrar.

Edgar Donato maldijo. Se ladeó en el silloncito de piel y se sacó la cartera del bolsillo. Extrajo de ella dos billetes de cien dólares.

—¿Te he dicho ya, Aimee, lo mucho que me decepciona que ninguno de mis dos hijos se haya mantenido fiel a los Mets?

—Sí, me lo ha dicho, señor. Más de una vez.

Nos sonreímos. Cuando los Donato se habían mudado de Nueva York a Los Gatos, tanto Thomas como James enseguida se habían hecho seguidores de los San Francisco 49ers y de los Giants.

Edgar le dio un billete a cada uno de sus hijos y Thomas y James chocaron puños. James se agachó, me cogió la cara con ambas manos y me dio un sonoro beso en la boca.

—Este fin de semana te invito a cenar, nena.

—Parece que tenemos plan —sonreí, aún pegada a su boca.

James se irguió y se metió el dinero en el bolsillo de delante.

—Tendrás que venir a Palo Alto. Esta semana tengo exámenes y no podré volver aquí.

Edgar se encendió un puro y el cigarro se iluminó de un naranja intenso mientras él cebaba la llama con inhalaciones cortas.

—Dime una cosa, Aimee —dijo, exhalando una gran bocanada de humo—, ¿has pensado ya qué vas a hacer después del instituto?

—Sí, señor, ya lo he pensado. —Me revolví en mi extremo del sofá para mirarlo a él, que estaba sentado en el silloncito, a mi lado—. Ya sabe que estaré en la Universidad de De Anza los próximos dos años para poder seguir ayudando a mis padres con The Goat, pero después tengo pensado pedir plaza en la Escuela de Cocina de San Francisco y terminar mi grado allí.

—Bien pensado —contestó Edgar, asintiendo, con los puños apoyados en las rodillas. El humo del puro formó una espiral ascendente que creó una cortina entre los dos—. Así podrás ocuparte del local cuando tus padres se jubilen.

James puso los ojos en blanco. Era algo que obsesionaba a Edgar. Los padres tenían la responsabilidad de dejar un legado a su progenie y la progenie tenía la responsabilidad de estar preparada para ocuparse de ese legado.

—Supongo que esa es la idea —coincidí.

—Yo creo que debería abrir su propio restaurante cuando se gradúe.

James cogió mi vaso vacío y se dirigió al bar. A mi espalda, oí el chasquido y el burbujeo cuando me abrió otra lata de Coca-Cola y me la sirvió.

—No sé —dije, encogiéndome de brazos—. A lo mejor monto mi propio establecimiento un día, pero primero me necesitan mis padres.

Thomas siguió a James al bar y se sirvió otro *whisky*.

—Si abres un restaurante, comeré allí todos los días.

Reí y miré a Thomas por encima del hombro.

—Engordarás.

Thomas le enseñó la botella de *whisky* a Edgar, que asintió.

—A mí me gusta la comida de tus padres en The Goat —dijo Edgar.

—¿Ha comido allí? —pregunté atónita.

—Varias veces.

Mis padres nunca me habían comentado que los de James hubieran estado allí. Tenía la sensación de que el *pub* estaba por debajo de los gustos de los Donato.

Entró Claire en la sala.

—Marie tendrá la cena lista en un momento —anunció.

—Bien —dijo Thomas, mirándose el reloj—. Aún tengo que llegar a casa y preparar una propuesta para la cuenta de Chahaya Teak. Vuelo a Indonesia el martes.

Thomas se había graduado hacía poco en la Universidad de Stanford. A los veintidós años, ya llevaba varias de las cuentas más importantes de Donato Enterprises.

Se oyeron pasos por el pasillo.

—¡Phil, cariño! No esperaba verte —exclamó Claire, contentísima—. ¿Te quedas a cenar con nosotros?

Todos nos volvimos a mirar a Phil, que acababa de entrar. Abrazó a Claire y le susurró algo al oído. Exploró la estancia con la mirada y se detuvo en el señor Donato.

—Tengo que hablar un momento contigo, Edgar —dijo, zafándose del abrazo de Claire.

Edgar se levantó y se estiró las arrugas del pantalón.

—Después de la cena.

—Has echado abajo el contrato de Costas —lo acusó Phil, ignorando la petición de su tío—. ¿Por qué?

El señor Donato se puso colorado. Miró furioso a Phil.

—Hoy es domingo. Ya te he dicho que lo hablamos luego.

—¡No! Lo hablamos ahora —estalló Phil.

Yo di un repulso en mi asiento. James se agarrotó, se puso muy tieso. Thomas frunció los ojos.

Phil avanzó y se detuvo detrás del sofá, alzándose por encima de mí.

—Has ignorado mis llamadas toda la semana.

Su voz me reventaba los oídos. Me levanté de un salto y me acerqué al

bar. James y yo nos miramos con recelo.

—El de Costas era un contrato lucrativo. Donato habría obtenido grandes beneficios.

—¿A costa de qué? —replicó Edgar, igualando su tono—. Hacen muebles con nogales brasileños. Todos nuestros estudios e indagaciones prueban que su madera no proviene de bosques sostenibles. Se obtiene de forma ilegal.

—Eso son chorradas. Habla con ellos. Te pongo con su presidente.

—No pierdas el tiempo. Donato solo se asocia con fabricantes de muebles respetuosos con el medio ambiente. Costas no lo es. Fin de la discusión.

Edgar apagó con brusquedad el puro en el cenicero y cogió el vaso de *whisky* que Thomas le había rellenado. Luego se dirigió a la puerta y dejó a Phil plantado en medio del salón.

—¡No me dejes con la palabra en la boca! —bramó Phil antes de que su tío saliera por la puerta—. ¡No he terminado!

Miré a James, que estaba de pie, rígido, a mi lado. Me dio la sensación de que aquella discusión era por algo más que una cuenta cancelada.

—No tenías derecho a quitar el tapón sin consultármelo primero —le dijo Phil a Edgar, amenazándolo con el dedo.

—¡Como presidente ejecutivo, tengo todo el derecho!

—Me has hecho quedar como un imbécil.

Edgar rio.

—Eso ya lo haces tú solo. ¿Quieres que los empleados te tomen en serio? ¿Quieres que te considere para el puesto de presidente? Pues deja de hacer las cosas sin pensar. Deja de firmar contratos arriesgados. Entonces hablaremos. No te voy a permitir que hundas la empresa con tus cagadas porque, si no,...

—¿Si no, qué? —replicó Phil con desdén—. ¿Pondrás la empresa en manos de tu querido Tommy? Él no tiene carácter para ser presidente. Nuestros clientes se lo comerán con patatas. Donato necesita un líder con agallas para firmar esos contratos arriesgados si queremos que esta empresa suba de nivel. Y tampoco nos vale Jimbo —dijo, señalando a James—. Prefiere pasar el tiempo pintando floripondios y follándose a su zorra.

Me quedé de piedra, muerta de vergüenza. James aplastó la lata de refresco que llevaba en la mano. Nunca lo había visto tan enfadado.

Phil miró alrededor, furioso, agitado, y reparó en nuestra cara de

sorpresa. Posó los ojos en James, que estaba rabioso.

—¿Aún no lo saben? —le dijo con cara de incredulidad—. ¿Se lo has estado ocultando todos estos años? —Soltó una risa grave y ronca—. Asombroso. Se te da mejor guardar secretos de lo que yo pensaba. Bravo, Jimbo —añadió, aplaudiendo exageradamente.

—Phil, no... —empecé yo.

—Lo que significa —dijo, volviéndose hacia mí— que ella aún no sabe lo nuestro —espetó, señalando a James, a Thomas y clavándose después el dedo en su propio esternón.

—Cierra. La puta. Boca —le advirtió James.

—James, ¿de qué habla? —preguntó Claire, pálida—. ¿Qué quiere decir con que estás pintando?

—Pues que tu hijo no quiere tener absolutamente nada que ver con Donato Enterprises —respondió Phil por James—. Quiere pintar cuadritos y lo ha estado haciendo desde el día en que lo obligaste a devolverle a Aimee su regalo. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Se le da muy bien, la verdad. Lo de pintar, quiero decir. No tengo ni idea de qué tal se le da follarse a su novia.

Sentí que se me bajaba la sangre a los pies y me quedaba clavada en el sitio. ¿Por qué estaba siendo tan cruel y tan duro? ¿Y cómo demonios sabía que James tenía talento? ¿Había visto sus pinturas? Hice memoria, preguntándome si habría estado en casa de mis padres. No recordaba que me hubieran dicho que se había pasado por allí.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que me habían conmocionado sus atroces palabras, vi lo que había detrás de ellas. Estaba furioso y dolido y lo estaba pagando con nosotros.

Me miró ladeando burlón la cabeza.

—A lo mejor podrías iluminarnos sobre tu vida sexual...

—¡Phil! —exclamó Claire, perpleja.

James se abalanzó sobre él, pero Thomas lo agarró por la cintura y lo contuvo.

—No merece la pena. Nunca la ha merecido.

—¡Sal de mi puta casa! —le exigió Edgar.

Phil se volvió hacia él.

—¡Donato tendría que haber sido mía! —le gritó, escupiendo saliva—. Era mi patrimonio. ¡Mío!

Salió airado y cerró las puertas de la biblioteca con tanta fuerza que volvieron a abrirse.

—¡Phil! —Claire lo siguió.

James estaba furioso. Se quitó de encima a Thomas de un empujón. Me sentí fatal por él. Sus pinturas rivalizaban con las grandes obras de arte que decoraban las paredes de la casa de sus padres, y que se desvelara de forma tan cruda un talento que él tenía en tanta estima lo hirió profundamente. James jamás perdonaría a Phil.

Edgar se acercó nervioso a la ventana y, metiéndose las manos en los bolsillos, miró al fondo del jardín.

—¿Así que eres un artista?

James frunció los labios y se tensó su rostro.

—Sus pinturas son dignas de una galería, señor Donato —observé yo al ver que James no decía nada. Se volvió bruscamente hacia mí, con los ojos encendidos—. Es cierto, James —susurré con vehemencia.

—¿A eso quieres dedicar tu vida? —le preguntó Edgar a su hijo, derrotado.

—No sé qué coño quiero —espetó, y salió airado.

—A lo mejor deberíamos haberlo dejado pintar —murmuró Edgar a su reflejo en el cristal. Encogió un hombro y me miró a mí—. A Claire nunca le ha entusiasmado la idea. No quería que los niños tuvieran aficiones que pudiesen generarles aspiraciones profesionales que los apartaran de Donato. Y yo accedí a apoyarla, tanto si los chicos querían trabajar allí como si no. Su bisabuelo fundó la compañía. Desde entonces, todos los varones de la familia han trabajado en ella. Sus hijos también lo harían. —Se volvió de nuevo hacia la ventana—. Otro remordimiento con el que tengo que vivir.

Thomas se me acercó, me acarició el brazo.

—¿Estás bien? —Lo miré, luego al pasillo que había al otro lado del umbral de la puerta de la biblioteca, después de nuevo a él—. Phil es un capullo —dijo, y me explicó que su primo se había visto sometido a mucha presión para estar a la altura—. Los dos somos candidatos al cargo de presidente que mi padre dejó vacante después de que falleciera tío Grant, ya sabes, el padre de Phil. Como has visto, Phil no ha tomado decisiones comerciales muy inteligentes últimamente.

Asentí, pese a que no estaba prestando mucha atención a lo que me decía.

—Debería ir a ver cómo está James.

Me excusé y fui a buscarlo. Lo encontré en su coche, con el motor en marcha. Me senté en el asiento del copiloto. James metió la marcha en cuanto cerré la puerta. Salió disparado, quemando rueda. Me puse como pude el

cinturón de seguridad.

Condujo por vías secundarias, cuesta arriba hacia Skyline Boulevard, donde estaba nuestro prado, aquel sitio especial al que íbamos para poder estar solos.

La violencia con la que cambiaba de marcha emanaba rabia. Iba tomando las curvas cerradas a una velocidad cada vez mayor. Me así con fuerza a la manilla de la puerta.

—No tiene sentido que nos vayamos a retozar a un prado si nos estrellamos antes de llegar.

James redujo la marcha. Esbozó una sonrisa de medio lado y acto seguido empezó a despotricar.

—¿Cómo coño se ha enterado? —dijo, dando un puñetazo en el volante.

—¿Quién, Phil? Me parece que ha sido por nuestras notitas.

—¿Nuestras qué?

—Las notitas que nos pasábamos en clase. ¿No te acuerdas de que una vez te lo encontraste revolviendo en tu escritorio? Creo que las leyó, como tú sospechabas.

Volví a contarle lo de aquella vez que Phil me había acompañado a casa hacía varios años.

Me miró de reojo.

—Eso no me lo habías contado —me acusó.

Se detuvo en el cruce de Skyline y miró por el retrovisor. Otro coche paró detrás del nuestro, con las luces largas encendidas.

—Claro que te lo conté. Me soltaste que Phil era un imbécil y que no te apetecía hablar de él. Nunca has querido hablar de él. Además, estabas más interesado en meterme mano. ¿No te acuerdas? Fue justo después de nuestro primer beso.

Sonrió y me dedicó una mirada apasionada.

—De eso me acuerdo.

Me ruboricé.

—El caso es que, para empezar, aunque yo no le confirmé que pintabas, Phil prometió guardar el secreto.

—Está claro que no sabe tener la boca cerrada. —Giró hacia Skyline Boulevard—. La próxima vez que lo vea le voy a dar una paliza.

El coche que iba detrás hizo lo mismo y sus luces largas iluminaron el interior del vehículo de James como un faro en el mar. James maldijo, mirando de pronto por el retrovisor.

—Ese imbécil de los cojones ya se podía arreglar los faros.

Miré por mi espejo. El coche nos iba siguiendo, a apenas otro vehículo de distancia.

—Lo que no entiendo es cómo sabe Phil que eres bueno de verdad.

—¿Habrá visto mis pinturas?

Negué con la cabeza.

—Nunca ha entrado en mi casa. Al menos estando yo allí. Mis padres tampoco me lo han comentado. Claro que tampoco me han dicho nunca que tu padre había comido en The Goat. Me he enterado hoy.

James suspiró.

—Bueno, el caso es que ahora mis padres ya lo saben.

Alargué la mano y le masajé el muslo.

—Ya no tienes quince años. No te pueden impedir que pintes.

—Lo sé. Es que... —Se frotó el antebrazo—. No quería que se enteraran así.

Eso era nuevo.

—¿Tenías pensado contárselo?

Se encogió de hombros.

—Me había imaginado invitándolos a una exposición y sorprendiéndolos cuando vieran que era yo quien exponía. Incluso que compraran algún cuadro y lo colgaran en la biblioteca. Hasta les habría regalado uno, joder.

Ay, James. Me dio pena. Quería algo más que reconocimiento por su trabajo. Quería que sus padres aceptaran que el arte era más que un entretenimiento pasajero.

—Una estupidez.

—Pues a mí me parece una idea genial.

—Ya es tarde para eso —protestó.

Pasó de largo del desvío de nuestro prado.

—Te has pasado el desvío —dije, mirando por encima del hombro.

—Lo sé —contestó, mirando alternativamente al frente y por el retrovisor.

Condujo unos cientos de metros más y paró de pronto en el arcén, dejando que el coche que nos seguía nos adelantara.

—¡Ese es el coche de Phil! —exclamé espantada.

Esperó a que el vehículo desapareciera a la vuelta e hizo un cambio de sentido no permitido para enfilar de nuevo el camino hacia nuestro prado.

Tomó una carretera secundaria y apagó las luces.

—Por si acaso.

—Madre mía, sí que está furioso por algo si ha decidido seguirnos.

—No sé quién era, pero no voy a arriesgarme. No quiero que nadie sepa que estamos aquí.

—¿Qué ha querido decir antes con eso de vosotros tres? —le pregunté, refiriéndome a lo que había mencionado sobre Thomas, Phil y él. En la oscuridad, noté que James se ponía tenso a mi lado—. Da igual, no hace falta que me lo cuentes.

Apagó el motor.

—No es nada importante. No te preocupes.

Intentaba quitarle importancia, pero lo noté muy rabioso, y algo más que yo no era capaz de discernir. Era evidente que estaba preocupado, aunque me dijera a mí que no lo estuviera. Me dijo que ya me lo contaría cuando él quisiera.

Abrió la puerta y se iluminó el interior. Parpadeé para acostumbrarme. Sonrió.

—Venga. A mis padres les entristecerá que no cenemos con ellos, pero yo tengo que volver a Stanford esta noche y estudiar. Vamos a divertirnos un rato —dijo con una sonrisa pícaro.

Agarró unas mantas, su altavoz Jawbone y su iPod. Yo bajé del coche y salté una valla baja detrás de él. Anduvimos por el bosque hasta llegar a un claro donde se veía el cielo estrellado. Nuestro sitio favorito era una cresta con vistas a los montes de Santa Cruz. No había ni una sola nube en el cielo aquella noche fresca de primavera.

James puso música en el iPod: «The Way You Move», de OutKast.

—Curiosa elección —dije, sorprendida—. Estás peleón esta noche, ¿no? Hizo girar los hombros, despacio, sensual. Se me agitó el estómago.

—Ven aquí, nena —dijo, me estrechó en sus brazos y se inclinó para besarme.

Pero antes de que sus labios tocaran los míos, se le tensó el cuerpo entero. Levantó la cabeza y clavó los ojos en algo por encima de mi hombro.

Se me puso la carne de gallina.

—¿Qué?

Entornó los ojos, luego negó con la cabeza y volvió a mirarme.

—Me ha parecido oír algo.

—¿Un animal? —pregunté, asomándome por encima de mi hombro, pero solo vi sombras, congeladas de forma espeluznante bajo la luz de la luna.

—Puede —contestó James. Me besó la nariz—. Estás preciosa.

Sonreí, me zafé de sus brazos y me quité el suéter. Lo dejé caer al suelo. James soltó una risita, hasta que el sonido de la cremallera de mi falda rompió el silencio nocturno. Su semblante se tornó serio y recorrió con la mirada la falda que yo había dejado resbalar hasta mis pies. Me quité los zapatos bajos y salí del cerco de la falda.

Una suave brisa perfumada de pino húmedo y leña quemada me acarició el cuerpo, erizándome la piel. Apreté los puños.

—Hace frío aquí.

—Qué bonita eres.

James salvó la distancia que nos separaba y ancló con fuerza su boca a la mía. Sus manos me rodearon la cintura, sus dedos se colaron por debajo del elástico de mis braguitas. Me las bajó despacio, se hincó de rodillas y me besó el muslo. Yo inspiré hondo, temblando por el aire y por sus besos, ambos húmedos.

Tiró mis braguitas al montón de ropa y me instó a que bajara al suelo. Me desabrochó el sujetador y me besó la piel de pronto al descubierto, luego me tumbó en la manta y me tapó con la otra para que no tuviese frío. Se desnudó deprisa, se metió debajo y me arrimó a su cuerpo.

—Te quiero —me susurró en la boca, y me besó.

—Yo también te quiero.

Se subió encima de mí y oí que abría un paquetito. Se revolvió, se recolocó y me penetró, y enseguida lo noté moviéndose dentro. Enrosqué los brazos a su cuello y las piernas a su cintura, y seguí el ritmo que me marcaba.

—No me sueltes —me susurró al oído empujando con fuerza, con frenesí.

—Nunca.

Capítulo 15

Hacía catorce meses ya del viaje de James a México y un año de su entierro. En algunos aspectos, yo había seguido adelante con mi vida. En otros, no mucho. Su ropa seguía colgada de nuestro armario. Sus útiles de pintura se empolvaban en el estudio.

Estaba sentada a mi escritorio, echando un vistazo a las fotos de la inauguración de esa mañana que Kristen me había mandado por correo electrónico. Las escudriñé todas, confiando en encontrarme en alguna de ellas a la mujer a la que pensaba que jamás volvería a ver. Había fotografías de familiares y de amigos, de vecinos, de empleados. Instantáneas de los baristas y de Mandy en la cocina. De Ian delante de la cafetera exprés. Ian con mis padres. Ian con Nadia. Ian al lado de sus fotografías enmarcadas y colgadas de la pared. Seguí viendo fotos. Ian, otra vez. Condenada Kristen, la de fotos que le había hecho. Y condenado Ian, por ser tan atractivo.

Pasé a la siguiente y exhalé de pronto. Allí estaba, sentada a la mesa 8, en el rincón, donde confluían las paredes de las que colgaban los cuadros de James y las fotos de Ian. Lacy. Tenía en la mano la postal que le había dado a Emily, mi camarera, y miraba directamente a la cámara de Kristen, con aquellos ojos sobrecogedores de color azul lavanda, brillantes y muy abiertos. No esperaba que Kristen fuera a hacerle una foto.

¿Por qué se había ido tan deprisa después de entregar la postal? ¿Y por qué no me la había dado a mí? ¿La habrían asustado Kristen y su cámara? ¿La habría asustado otra cosa u otra persona? ¿Thomas? Él había visto a alguien salir del local, alguien a quien creía conocer. Le había cambiado la actitud por completo. Lo había notado molesto. A lo mejor había sido a Lacy a quien había visto.

Me saqué la fotografía de la galería de arte del bolsillo de atrás del pantalón. «El estudio del pintor» estaba en Puerto Escondido, México. La

tarjeta era pequeña, de ocho por trece, y la miniatura de la pintura acrílica aún más pequeña. Estudié el cuadro, dándome golpecitos con los nudillos en los dientes. Lo había visto hacía años en el solárium de mis padres, sobre el caballete de James. «Imposible.» La postal era una réplica exacta del acrílico de James titulado *Robles marchitos*, una pintura de los árboles del parque natural de detrás de la casa de sus padres.

Le di la vuelta a la postal. La galería estaba en la misma población que Casa del Sol, el hotel de la tarjeta que me había encontrado en la cartera hacía casi un año. Abrí de golpe el cajón de en medio de mi mesa y busqué entre los papelotes hasta que di con la tarjeta de visita que Lacy me había hecho llegar.

En una ventana nueva del navegador abrí la página web de Casa del Sol. No había cambiado desde la última vez que la había mirado. No encontré nada inusual en aquel complejo turístico. Entonces busqué «El estudio del pintor». Nada. No había enlaces a ninguna página o sitio web. Probé suerte con otros motores de búsqueda. Ninguno de ellos logró encontrar la galería de arte «El estudio del pintor» en Puerto Escondido, México, así que hice una búsqueda de la dirección. Me apareció una imagen de la fachada de un establecimiento y pinché en el enlace. En la fotografía, que estaba en la página de una inmobiliaria, el edificio parecía viejo, con la pintura agrietada y el estuco picado. No había rótulos. El anuncio era de hacía por lo menos dos años e indicaba que el local se había vendido. Quienquiera que hubiese comprado el inmueble, había abierto recientemente el estudio, en algún momento de los últimos veinticuatro meses.

¿Por qué querría Lacy que fuera a Puerto Escondido? James había volado a Cancún. Se había registrado en un hotel de Playa del Carmen y había estado pescando cerca de las costas de Cozumel. Thomas me dijo que había recuperado el cadáver de James en el estado mexicano de Quintana Roo. No en Oaxaca.

Si no había sido así, ¿por qué iba a mentirme James sobre sus planes de viaje? A lo mejor era Thomas quien mentía, lo que significaba que Lacy era la única que me había estado diciendo la verdad todo el tiempo.

James seguía con vida.

El corazón me aporreaba el pecho. Llamé a Kristen.

—¿Puedo pasarme por tu casa?

Kristen y Nick Garner vivían en Saratoga, a diez minutos en coche de mi

casa. Kristen me abrió la puerta vestida con pantalones cortos de deporte y una camiseta de Hello Kitty. Con una coleta alta que le bailaba de un lado a otro, me hizo pasar.

—Nick está en la cocina. ¿Te importa que nos acompañe?

Negué con la cabeza.

—Él conoce a Thomas mejor que ninguna de nosotras.

—Lo suponía. Aimee... —dijo, y se detuvo en el pasillo para mirarme—. No lo tengo claro. Todo eso que me has contado por teléfono parece...

—Un disparate, lo sé. —Me re Coloqué la correa del bolso. Me temblaban los dedos—. Pero tengo que averiguar qué está pasando.

Me agarró el brazo con suavidad.

—¿Por eso no has salido con nadie desde que James... desapareció?

—No me lo quito de la cabeza.

Dio una pequeña cabezada de asentimiento.

—A ver qué dice Nick.

Nick estaba de pie junto a la encimera gruesa de madera maciza, sirviéndose una cerveza tostada en un vaso helado. Iba vestido con camiseta y pantalón corto de deporte y tenía el pelo mojado. Jugaba al fútbol en la liga de adultos del polideportivo municipal. Parecía que acabase de llegar de un partido.

Me ofreció una cerveza y la rechacé.

—Enhorabuena por la inauguración de hoy —dijo.

—Gracias. ¿Qué has pedido?

—La tortilla mediterránea. Mi nueva favorita —dijo, dándose una palmadita en el estómago.

Sonreí. La tortilla, rebosante de queso de cabra, aceitunas aliñadas y eneldo e hinojo, había tenido mucho éxito.

—Espero volver a verte por allí.

—Sin la menor duda. —Dio un trago a la cerveza, luego se frotó las manos—. Bueno, ¿qué tenemos?

Saqué del bolso la postal de la galería y la tarjeta de visita y las coloqué en la encimera.

—Lacy me metió la tarjeta del hotel en la cartera. —Nick me miró extrañado—. Es largo de contar —dije—. Esta mañana le ha pedido a Emily, una de mis camareras, que me diese esto —añadí, señalando la postal de la galería.

Nick levantó la cabeza de pronto.

—¿Ha estado en tu establecimiento?

—Eso parece.

—Aimee dice que le he hecho una foto —explicó Kristen.

Nick se irguió y se acercó un poco a su mujer.

—¿Te ha dicho algo?

Negó con la cabeza.

—Había mucha gente. Yo no la conocía, así que no sé quién era.

—Mira la foto.

Desbloqueé el móvil y busqué la imagen de Lacy en el carrete.

—La recuerdo —dijo Kristen—. Creo que la he espantado cuando le he hecho la foto, porque se ha marchado corriendo justo después.

—Se llama Lacy Saunders y yo creo que se ha ido al ver a Thomas. Es vidente investigadora especializada en misterios sin resolver y en personas desaparecidas —les expliqué, sobre todo por Nick.

Él miro con atención la foto.

—Kristen me ha contado que conociste a esa mujer en el funeral de James.

—Yo no lo diría así —reconocí.

—Lacy la persiguió por el aparcamiento de la iglesia —aclaró Kristen—. Le dijo a Aimee que James seguía vivo. A Nadia le pareció una estafadora, y creo que estoy de acuerdo con ella.

—Y yo también, hasta que descubrí que casi todas las pinturas de James habían desaparecido y luego me llegó esto —dije, dando unos golpecitos en la postal—. Me temo que Lacy me ha estado diciendo la verdad.

Nick se frotó el hombro derecho.

—No saques conclusiones precipitadas, al menos de momento —me aconsejó—. ¿Qué te dijo la policía cuando denunciaste el robo?

Le había contado a Kristen que había denunciado la desaparición de las pinturas en cuanto lo había descubierto. Debería habérselo comentado a Nick también.

—Que no podían hacer gran cosa. Que las únicas huellas que había en el garaje eran mías y de James. Que no habían forzado la entrada, con lo que ni siquiera había constancia de que realmente las hubieran robado. Que lo mejor que podía hacer era presentar la denuncia porque, si aparece algo en subastas o en el mercado negro, la descripción podría venirles bien.

—Ahora mismo podrían estar en cualquier parte —conjeturó Kristen.

—¿En México? —sugerí.

Nick se encogió de hombros.

—En Europa, en Asia. En el pueblo de al lado. En el salón de tu vecino. Si esto es de James —dijo, dando un golpecito con un dedo en la postal—, es posible que el propietario de la galería haya adquirido el lienzo de alguna fuente poco fiable. Quiero saber más de la mujer que te lo ha dado. No me hace gracia que ninguna de las dos os relacionéis con ella. Es sospechosa.

—No sé mucho más, salvo que vive en Campbell. En su césped hay un poste con un cartel donde anuncia sus servicios de asesoramiento como vidente. También anuncia que... —Me interrumpí y los miré a los dos.

—¿Anuncia qué? —quiso saber Nick.

—Que lee las manos y echa las cartas.

—¿Has ido a su casa? —preguntó, chascando la lengua, de pronto muy serio.

—No he entrado —me defendí enseguida—. Me dio miedo.

—Procura no acercarte mucho a ella —propuso.

—Salvo por esa vez, siempre ha sido ella la que me ha abordado, no al revés. Para contarme disparates sobre James o lo que yo creía que eran disparates.

Nick dio otro trago a la cerveza.

—Tiene pinta de ser una chiflada.

—¿Y por qué está siendo tan misteriosa? —preguntó Kristen.

Yo me preguntaba lo mismo.

—Me lo podía haber contado todo sin más.

—Podría no haberlo hecho por múltiples razones —dijo Nick—. Por ejemplo, que alguien la haya contratado para que te haga llegar la información o para atraerte. Sea lo que sea, esa persona quiere mantener en secreto su identidad, pero esa es la explicación menos probable.

—¿Y la más? —dije.

—Que esa mujer sea una estafadora. Te tira el anzuelo —dijo Nick, agitando la postal—, se gana tu confianza e insinúa que dispone de más información. Entonces te empieza a cobrar. ¿Se pone en contacto contigo a menudo?

Negué con la cabeza.

—Nunca me ha pedido dinero.

—Aún no está en condiciones de hacerlo. Si la ignoras, terminará desapareciendo.

—¿Y si continúa molestando a Aimee?

—Pues pides una orden de alejamiento.

Me mordí el labio.

—¿Y sí... —insistí, dando pataditas suaves con el zapato en el armarito — está diciendo la verdad?

Me miró muy serio.

—Yo te entiendo, Aimee, de verdad. La muerte de James ha sido muy dura para todos nosotros, en especial para Thomas. Adoraba a su hermano y era muy protector con él. Crecer con esos padres no debió de ser fácil.

—Lo sé —contesté, pensando en todos los sacrificios que tanto James como Thomas habían hecho a lo largo de los años.

—Thomas heredó una compañía desastrosa que no sé si quería y sacarla adelante le está robando la vida —prosiguió Nick—. La verdad, me ha sorprendido verlo en tu inauguración esta mañana. Apenas tiene tiempo para comer. Es un hombre bueno y honrado que no se quedaría quieto si hubiera la más mínima duda sobre la muerte de James, sino que sería el primero en volar a México a averiguar qué ocurre. —Exhaló, su gesto se suavizó y apoyó los antebrazos en la encimera—. Me cuesta mucho creer que James no esté muerto. ¿Por qué iba a abandonar a su familia? ¿Por qué te iba a abandonar a ti? Lo siento, Aimee. James está muerto.

Se me saltaban las lágrimas y parpadeé para evitarlo. Nick me hizo las mismas preguntas que yo me hacía constantemente. Aunque mi opinión de Thomas no era tan buena como la suya. Ya no. En cuanto a Lacy, seguía siendo un misterio. Recogí las tarjetas y me las guardé en el bolso.

—Si te sirve de algo —me dijo, cubriéndome la mano con la suya—, tengo un investigador privado que me ha hecho algún trabajo en casos civiles. Se llama Ray Miles y es un poco... —Se interrumpió—. Bueno, no hay forma de decirlo más que a las claras. Es turbio... pero condenadamente bueno. Tampoco es barato. Te paso sus datos en un mensaje. Llámalo. Puede investigar los antecedentes de Lacy, echarle un vistazo a la galería, quizá averiguar el nombre del autor de la pintura y dónde se compró.

Nick tecleó en su teléfono y unos segundos después sonó el mío.

Charlamos un poco más y luego me fui. Tenía que madrugar para prepararme para la apertura oficial de Aimee's.

A última hora de la mañana del día siguiente, me escapé al despacho de mi local y llamé a Ray. Hablamos brevemente de mi situación, de que quería pruebas de que Lacy era quien decía y lo que decía ser, saber si James había viajado de verdad a Cancún y de dónde había sacado aquella pintura la galería

de Puerto Escondido. Ray me hizo un presupuesto y Nick tenía razón: su investigador privado era carísimo y los fondos que quedaban en mis arcas iban disminuyendo rápidamente y aún debía hacer los últimos pagos al contratista y a los obreros. Como mi problema no iba de un día ni de dos, sino que era más bien curiosidad, Ray accedió a ocuparse de mi caso cuando yo tuviese el dinero. Además, estaba trabajando en otros y no podría ayudarme hasta dentro de ocho o diez semanas. Lo suficiente para que yo reuniese sus honorarios.

No volví a ver a Lacy. Fue como si nunca hubiera aparecido. Había entrado y salido de mi vida antes de que yo pudiese entender por qué se habían cruzado nuestros caminos. Durante el primer mes de existencia de Aimee's, Thomas pasó por el local a tomar café varias veces a la semana, hasta que sus visitas fueron disminuyendo y dejó de venir regularmente. Cuando lo veía, lo encontraba cada vez más consumido, con la cara enjuta y el cuerpo flaco. Donato Enterprises le estaba pasando factura. Edgar Donato había engordado y Thomas se estaba quedado esquelético.

A mediados de octubre, justo después de mi vigésimo octavo cumpleaños, tenía dinero de sobra para contratar a Ray. Por lo menos, sus hallazgos me ayudarían a cerrar aquel capítulo de mi vida. Podría seguir adelante de verdad, en cuerpo, mente y alma. Ray me confirmó que me enviaría un informe en un par de semanas y que entonces yo podría decidir cómo proceder.

Cuando hubimos decidido los pormenores, me senté en el sofá de chenilla, en el salón. Para sorpresa mía, fue Ian quien irrumpió en mi pensamiento. Su apoyo incondicional durante el último año y su amistad cada vez mayor. Aquella sonrisa que me revolvió algo muy dentro y el calor de su piel cuando lo tenía cerca. Con la ayuda de Ray, podría por fin ofrecerle a Ian lo que quería. ¿Buscaba yo lo mismo de él?

«¡Sí!»

Pero ¿y si Ray encontraba a James?

Me volví a mirar el retrato de compromiso, a James y a mí abrazados bajo un cielo pintado, el sol poniente un telón de intensos naranjas y rojos, y empecé a temblar. Me temblaban los dedos y las rodillas. No de ilusión, sino de miedo. Que James estuviera vivo significaba que había estado pasando algo gordo a mi alrededor que yo había sido demasiado ingenua para ver.

Capítulo 16

NOVIEMBRE

Ray por fin se puso en contacto conmigo un martes de la segunda semana de noviembre. Su correo electrónico me llegó de madrugada, mucho después de que yo me hubiera ido a la cama. Lo leí antes de irme a Aimee's y volví a leerlo diecisiete veces más después.

Fue ese correo electrónico la razón por la que hice caso omiso de las atenciones de Alan Cassidy, tampoco era que me interesara salir con él.

—Aquí tienes, Alan, lo de siempre: un latte vainilla con triple de café, leche desnatada y sin crema con dos chorritos de avellana. ¿Alguna otra cosa? —pregunté, sonando más irritada e impaciente de lo que pretendía.

Él sonrió de todos modos.

—Me maravillas, Aimee. —Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta de su traje a medida y sacó dos entradas, que agitó en el aire—. Para el partido de los Sharks de esta noche. ¿Vienes conmigo?

Miré de reojo las entradas. No era la primera vez que me lo pedía y, conociéndolo, seguro que eran asientos de tribuna. Negué con la cabeza.

—Lo siento, Alan. Gracias por preguntar, de todas formas.

Su cara de ilusión se esfumó y las entradas desaparecieron igual de rápido, se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Un día de estos encontraré algún sitio donde llevarte al que no te puedas resistir —dijo, se despidió levantando el vaso de café para llevar a modo de saludo y salió despacio por la puerta.

Ian gruñó a mi espalda y me pareció oírlo mascullar.

—¡Vaya por Dios!

Cuando fui a por otra jarra de café, mezcla de la casa, sorprendí a Ian y a Emily pasándose dinero. Ian dobló un billete de cinco y se lo metió en el

bolsillo de atrás del pantalón, luego me sonrió.

—¿Qué estáis haciendo? —espeté.

Ian abrió mucho los ojos y se disculpó.

—Me acabas de costar cinco pavos —me dijo Emily, dándome un puñetazo cariñoso en el brazo. Luego pasó por delante de mí a toda prisa, agarró un barreño de plástico y empezó a recoger las mesas desocupadas de los desayunos.

Miré a Ian con recelo. Me dio la espalda y, con el trapo húmedo que llevaba colgado de la presilla del cinturón, se puso a limpiar la cafetera exprés. Empezó a silbar. Yo fruncí los labios. Su silbido tenía cierto aire de victoria.

—¿Ian...? —lo exhorté.

—Alan te lo pide por lo menos una vez a la semana —dijo, señalando con la barbilla a la puerta—. Emily está convencida de que cualquier día de estos cederás.

—¿Cómo que cederé? —pregunté, cruzando los brazos.

—Que saldrás con ese pobre idiota.

Rio como si la idea le pareciera absurda.

—Alan no es idiota. Es muy majo. Es...

—¿Difícil de complacer? —terminó la frase Ian.

Fruncí el ceño y él me miró fijamente, con picardía.

—¡Cállate! —protesté.

¿Y qué si Alan pedía cafés de chica? Eso no era asunto mío. Abrí un paquete de café en grano y el aroma me levantó el ánimo. Inhalé hondo, cerré del todo los ojos. Mis músculos, contraídos de estar cinco horas de pie, se relajaron.

—¿Ya te estás rajando? —Abrí de golpe los ojos y los clavé en la cara de complacencia de Ian. La barba de dos días que le salpicaba la mandíbula no ayudaba a disimular lo satisfecho que estaba de sí mismo, ni impedía que yo siguiera encontrando tan irresistible su sonrisa. Llevaba la camisa remangada, los antebrazos al descubierto, salvo por la pelusilla dorada que los cubría, del mismo color que las ondas rebeldes de su cabeza. Levantó un hombro—. Ahora da igual. Ya he ganado la apuesta.

Eché los granos en el filtro.

—¿No me crees capaz de salir con él?

—En absoluto —dijo, mirando mi anillo de compromiso—. No vas a salir con nadie. Ni conmigo ni con ningún otro.

Giré el anillo con el pulgar y escondí el diamante en la palma.

—Claro que sí. —«Con el tiempo.»

Ian cruzó los brazos.

—Demuéstralo. Sal conmigo.

Se me cortó la respiración. En todos los meses que hacía que lo conocía, esa era la primera vez que me lo pedía directamente.

—Ian, sabes que no puedo. —Aún no. Además, todavía estaba alucinando con el correo de Ray.

—Querrás decir que no quieres —replicó, y se volvió hacia la cafetera.

—Tiene razón, ¿sabes? —oí a Nadia a mi espalda.

Se apoyó en la vitrina, repleta de hojaldres y ensaladas, y saludó con los dedos. Kristen estaba a su lado. Las dos iban vestidas de deporte y tenían las mejillas coloradísimas después de su carrera matinal.

Me froté las manos para deshacerme de los granos de café que tenía pegados.

—¿Así que piensas que debería salir con alguien?

—Te aprecia mucho —dijo, ladeando la cabeza hacia Ian, que estaba atendiendo a otro cliente.

Eso ya lo sabía. Ian me había confesado sus sentimientos en más de una ocasión. Era yo el impedimento.

—Es mi amigo, además de mi empleado.

—Si tú lo dices.

Hice una mueca. Incluso yo sabía que la excusa era mala.

—Vete. Hoy no hay café para ti —le dije, me volví hacia el fregadero y abrí el grifo. Había que lavar las tazas sucias.

—Enseguida te pongo lo de siempre, Nadia.

—Gracias, Ian —contestó ella, y se apartó del mostrador.

—Traidor —le dije solo con los labios, y él rio.

Nadia agarró un periódico del estante de lectura gratuita. Exploró las columnas de la portada mientras recorría el comedor.

Kristen se coló enseguida detrás del mostrador y se apoyó en el fregadero.

—Nadia solo se preocupa por ti. Como lo hacemos todos. —Me observó mientras lavaba una taza sucísima, manchada de café rancio. En el borde había una huella de lápiz de labios de un rosa inusualmente intenso. Froté la mancha un poco más fuerte con la parte áspera del estropajo—. ¿Qué pasa? Te noto agitada —me preguntó al ver que no decía nada.

Resoplé.

—He recibido un correo electrónico de Ray esta mañana.

—¿El investigador privado? ¿Qué te ha dicho?

Sacudí la taza para quitarle el agua sobrante, se me escapó de la mano y se hizo añicos en la pila. Maldije y Ian se acercó enseguida.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —bramé. Se frotó la frente y me miró un momento—. Estoy bien, gracias —lo tranquilicé en un tono más suave. Esperó un poco antes de seguir preparando café—. Lo siento —le susurré a Kristen, y limpié el fregadero. Me ayudó a recoger los pedazos de loza—. Ray me ha confirmado que James, en efecto, voló a Cancún —dije en voz baja para que no me oyera Ian—. Se registró en su hotel de Playa del Carmen. Los artículos de la prensa local sobre la desaparición de un hombre estadounidense que había caído por la borda, lo poco que le apetecía hacer esa excursión en barco, su certificado de defunción... todo es auténtico. Ray ha hablado con el turoperador y todo coincide con lo que Thomas me había contado.

Se me escapó un rizo de la pinza de pelo y me lo aparté de la cara. Me temblaron los labios.

—Llevas casi dos años poniendo en duda la muerte de James —me dijo, frotándome la espalda—. Me alegro de que Ray te haya sido de ayuda, que te permita pasar página.

—Tampoco ha encontrado nada de Lacy. No hay registros. Ha desaparecido también. Se ha mudado. La casa es propiedad de un tal Douglas Chin. La tenía alquilada. Aparte de la tarjeta de visita, la postal y la foto de Lacy, no pude darle nada más para que investigara.

»Qué imbécil soy. Estoy tan triste... No, me siento... Me siento decepcionada, de mí misma. Me había hecho ilusiones, pensando que su desaparición y su funeral no eran más que teatro.

—¿Y la pintura de la postal? —preguntó Kristen.

—El artista es el dueño de «El estudio del pintor». Asegura que la obra es suya y que cualquier parecido con el estilo de otro es mera coincidencia. Salvo que vaya yo misma a esa galería, tengo que creerme lo que me diga Ray porque no puedo permitirme mandarlo a México.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

«Lo que debería haber hecho hace meses.»

—Pasar página.

—Bueno, yo creo que lo estás haciendo de maravilla. Has abierto un

restaurante que es un éxito —me animó—. Y, cuando estés preparada para salir, conozco a un tío estupendo que está muy interesado —dijo, ladeando la cabeza en dirección a Ian.

Sonreí satisfecha.

—Ja, ja.

Ian terminó de coronar el moca de Kristen con nata montada y le dio la taza.

—Dile a Nadia que enseguida le llevo su café —dije, señalando con el brazo al comedor—. Casi lo tengo listo.

Kristen rio.

—¿Al final se lo vas a servir?

Agarré una taza del estante que tenía encima de la cabeza.

—Si no lo hago, va a venir a servírselo ella misma. Ignorarla es inútil.

Era tarde cuando llegué a casa esa noche. Había pasado horas fregando el suelo del restaurante, las encimeras y los armaritos, confiando en poder deshacerme así de mi abatimiento. No funcionó. Seguía deprimida.

En algún momento del día me habían traído un paquete. Lo habían dejado en el felpudo. Me lo metí debajo del brazo, entré en casa y solté el bolso y las llaves donde siempre. Luego fui a la cocina y lo examiné. No llevaba remitente, solo mi domicilio y un franqueo internacional. ¡De México! En el texto que cruzaba por encima de los sellos podía leerse: «Oaxaca, MX».

Se me vino el corazón a la boca. Abrí enseguida el paquete, rasgando el papel. En su interior, envuelta en papel de burbuja, había una pintura. *Claro en el prado*, una versión más pequeña del acrílico que tenía colgado en casa, detrás de la mesa del comedor. El lienzo que tenía en las manos era el original. Yo había convencido a James para que pintase nuestro prado a mayor escala porque me encantaban los colores, la forma en que la hierba alta reflejaba la luz de primera hora de la mañana. En la esquina inferior derecha, en el mismo azul Caribe que James había creado a imagen y semejanza de mis ojos, el color que usaba siempre para su firma, estaban sus iniciales: JCD.

Empezaron a temblarme las manos. Le di la vuelta al lienzo. Había una nota pegada detrás, escrita a mano en un trocito de papel con el logo del hotel impreso: Casa del Sol.

Querida Aimee:

Aquí tienes la prueba. El peligro ha pasado por fin y James está a salvo. Me han pedido que te localice. Es hora de que él sepa la verdad. Ven a Oaxaca.

Lacy

¿James estaba vivo? ¡Ay, Dios mío, James estaba vivo!

Empecé a temblar descontroladamente, tanto que casi se me cayó la pintura de las manos. El sudor me salpicaba el labio inferior y la frente. La bilis se revolvía en mi vientre.

¿Qué coño estaba pasando?

No hay pruebas contundentes de que James siga con vida.

Eso decía el correo de Ray.

No pierda el tiempo ni malgaste el dinero. No hay razón para que yo siga investigando. Le aconsejo que abandone la búsqueda.

Los datos que Ray había obtenido coincidían con la documentación y los registros de James. Su muerte había ocurrido exactamente como Thomas me había comunicado.

Entonces, ¿qué demonios hacía la pintura de James en México?

Me limpié las lágrimas que de pronto me caían a raudales por la cara y cogí el teléfono. Llamé a la única persona que me iba a entender.

—¿Diga? —contestó con voz de sueño.

—Kristen. James está vivo.

Después de reservar una habitación de hotel en Puerto Escondido, me pasé el resto de la noche mirando al techo o paseándome nerviosa por mi cuarto. No podía dormir. James andaba por ahí.

Nadia me despertó a las cuatro de la madrugada, aporreando la puerta. Recorrí la casa dando traspiés, medio grogui de haber dormido solo dos horas.

—¡Ya era hora! —me soltó cuando le abrí la puerta. Entró dejándome

atrás—. Apuesto a que no esperabas verme a horas tan intempestivas.

Se detuvo en medio del salón, entre los silloncitos. Me miró furiosa, vestida con un deslumbrante chándal Juicy y una bufanda de lana enroscada en el cuello.

Cerré la puerta.

—Te lo ha contado Kristen.

—Me ha llamado hace un par de horas. No conseguía conciliar el sueño, pensando en que pudieras hacer alguna tontería —dijo, mirando el bolso de viaje que tenía preparado junto a la puerta de la calle—, como volar a México tú sola.

—No me lo puedes impedir —repliqué, muy digna.

—¿A Oaxaca, México? No es el sitio más seguro al que viajar.

—Eso es como decir que todo el estado de California es inseguro.

Meneé la cabeza y entré en la cocina. Más me valía preparar café. Ya no iba a poder dormir antes del vuelo.

Nadia me siguió.

—Kristen está muy preocupada. No quiere que vayas.

—Y te ha mandado a ti para que me hagas cambiar de opinión...

—Sabe que a ella no le vas a hacer caso.

—A ti tampoco te lo estoy haciendo. —Eché un poco de café en grano y puse la cafetera—. Mi vuelo sale esta tarde. Me da igual lo que me digáis cualquiera de las dos, me voy.

Me dirigí al dormitorio.

—Estupendo.

Me detuve.

—¿Qué?

Se acercó y clavó en mí sus ojos sin maquillar.

—He dicho que estupendo. Quiero que vayas.

—¿Por qué?

Se irguió.

—Has estado atascada en el barro desde que murió James.

—No he estado atascada...

—¡Mírate! —estalló. Me estremecí como si me hubiera pegado. No era fácil enfurecer a Nadia y era evidente que estaba disgustada conmigo—. James está por todas partes: su ropa sigue en tu armario, sus pinturas en todas las putas paredes... Tienes que pasar página.

—Lo he intentado...

—No lo suficiente.

—El restaurante...

—Vale, has abierto un restaurante —dijo con desdén—. Bien por ti. Un gran avance por tu parte. Pero aquí dentro —añadió, clavándome el dedo en el esternón— estás atascada. Tu duelo es de manual. Has pasado por todas las fases menos por una. La gente se muere, Aimee. No puedes hacer nada, más que recomponerte y seguir adelante. ¿Por qué no puedes aceptar que James está muerto?

—¡No está muerto! —objeté con vehemencia.

Se hincó los puños en las caderas y cerró los ojos. Le vi las pestañas húmedas.

—Mira, entiendo por qué haces esto. Cuando mi padre abandonó a mi madre, lo pasé fatal hasta que conseguí aceptar que se había ido. Nos había abandonado. Así que me olvidé de él. Por completo. Lo saqué de mi vida —dijo, como cortando con la mano el aire que nos separaba—. Pero ¿sabes cuál fue el problema? —Negué despacio con la cabeza, vacilante, sin saber adónde quería llegar—. Que luego no me costaba nada quitarme de en medio a cualquier tío que intentara acercarse a mí. No me fiaba de ellos. Pensaba que también me dejarían. A lo mejor no ese día, ni en un mes, pero terminarían haciéndolo. Se cansarían de mí y se buscarían otra, con lo que lo hacía yo antes de que pudieran hacerlo ellos. —Inspiró entrecortadamente—. ¿Y sabes qué es lo que no mola nada de eso?

—¿Qué?

Cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho.

—Que me siento sola. Eso. Lo reconozco. Me siento muy sola. Y sé que tú también. Y no dejarás de sentirte así hasta que consigas olvidarte de James.

Miré fijamente al suelo, parpadeando rápido. Me sentía sola, pero mi situación no era como la suya.

—En innumerables ocasiones he estado a punto de empaquetar la ropa de James, sus útiles de pintura... Están llenos de polvo, del tiempo que hace que no los toco —dije, señalando al cuarto que James usaba de estudio y que ahora era mi despacho—. Cada vez que intento deshacerme de sus cosas, algo me lo impide, ya sea la corazonada de que sigue vivo o la esperanza de que cualquier día se plante en mi puerta, no lo sé. Pero esa sensación está ahí y no puedo ignorarla.

»Así que, no, lo nuestro no es lo mismo. Tú sabías que tu padre no iba a volver. James, en cambio, es muy posible que ande por ahí, en algún lugar. Y

tengo que averiguar dónde. Tengo que saberlo con certeza.

—Por eso quiero que vayas a México —dijo, amenazándome con un dedo—. Quiero que veas que esa zorra de la vidente te ha manipulado. A lo mejor entonces, cuando entiendas que te ha tomado el pelo, que te ha mentido sobre James, podrás completar tu duelo. Y pasar página de una puta vez.

Me quedé inmóvil. Era muy posible que Nadia tuviera razón, que Lacy me estuviera manipulando.

—¿Y si lo encuentro?

—¿En serio? —Enarcó una ceja, atónita. Yo crucé los brazos. Ella se puso seria—. Suponiendo que estuviera vivo, ¿te has preguntado alguna vez por qué no ha vuelto contigo? —Asentí con la cabeza. «A todas horas.»—. ¿Qué te propones?

Mirando por encima de su hombro, posé los ojos en *Claro en el prado*, la pintura que James había hecho de «nuestro rincón». La escena entera se había reproducido con distintos tonos de verde, capturando nuestro prado en una mañana despejada, cuando el invierno había dado paso a la primavera. Era suave, cálido y tentador. Prístino, como yo quería recordarlo. No mancillado, como lo dejamos.

El día en que James se me declaró, yo descolgué el cuadro. Se puso furioso e insistió en que lo dejara donde estaba. Seguimos fingiendo que no había pasado nada en nuestro prado, que Phil no había estado a punto de destrozar nuestros sueños. Por James, el cuadro seguía colgado de la pared. Me preguntaba si Lacy lo sabía de algún modo cuando me había enviado el original más pequeño.

—Me propongo decirle a James lo mucho que lo quiero. Que lo echo de menos y que quiero que vuelva a casa.

—¿Y si no quiere volver? —Agaché la cabeza. Ella inspiró con dificultad—. ¿No estarás pensando en quedarte allí? ¿Y tu local? Con lo mucho que te has esforzado por llegar adonde estás, ¿vas a renunciar a todo sin más?

—¡No! Yo... —No sabía qué hacer. Adoraba mi restaurante y la nueva vida que me había construido, y no podía abandonarla, pero tampoco podía abandonar a James. Aún no. Debía encontrarlo y averiguar por qué se había marchado—. Tengo que ir a México.

Nadia me estudió un buen rato. Resopló, puso los brazos en jarras y meneó la cabeza, luego me envolvió en un abrazo. Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sé que tienes que irte, pero no te vayas sola. Espera aquí. —Cruzó el salón y, abriendo la puerta de la calle, le hizo una seña a alguien que estaba fuera. Entró Ian, cargado con un bolso de viaje y la bolsa de la cámara. Los dejó en el suelo, junto a mi equipaje, y me miró con cautela. Nadia cerró la puerta y se puso a su lado—. Ha hecho las maletas y está dispuesto a marcharse, pero necesita la información de tu vuelo y de tu hotel. —La miré ceñuda y ella levantó las manos a la defensiva—. Ha sido idea suya, no mía. Se ha ofrecido a viajar contigo.

Gruñí. Aquel arreglo era absurdo.

—Tranquila —dijo Ian, levantando ambas manos—. Lo he arreglado todo en el restaurante. Trish va a ocupar mi puesto, ya está allí ahora. Mandy echará una mano también.

Trish era mi encargada suplente, pero nunca la había dejado al mando. Ian iba a ser mi reemplazo cuando yo no pudiera estar en el local. ¿Cómo iba a dejar el establecimiento en manos de Ian si él venía conmigo?

—Kristen y yo ayudaremos a abrir y a cerrar, y con cualquier otra cosa que surja —ofreció Nadia. Rio, nerviosa—. Con suerte no habrá demasiados fuegos que apagar.

Me mordisqueé el labio inferior. Miré a uno y al otro alternativamente mientras ellos me miraban a mí con fijeza. Ian se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se acercó.

—Vamos a buscarlo —me susurró al oído.

Me extrañó el abatimiento de su voz. El anhelo de estar conmigo que había vislumbrado alguna vez en su rostro había desaparecido. Ansiaba volver a verlo. Una sensación de soledad me recorrió el pecho y los brazos.

«Ir a buscar a James es un error.»

Pitó la cafetera y di un respingo. Lo que fuera que estaba pensando se esfumó.

—Bueno, pues... espero que te hayas traído el pasaporte.

—Nunca salgo de casa sin él —dijo, sacándose el pasaporte del bolsillo de atrás del pantalón más rápido de lo que un mago se saca cartas de la manga.

SEGUNDA PARTE

COSTA ESMERALDA

PUERTO ESCONDIDO, MÉXICO

Capítulo 17

Después de un vuelo de diecinueve horas con dos escalas, me registré en Casa del Sol, un complejo turístico exquisito con vistas a Playa Zicatela, en Puerto Escondido, y esperé en el vestíbulo a que llegara el vuelo de Ian. Era jueves por la tarde a última hora, dos días antes del Campeonato Internacional de Surf, algo que yo no sabía cuando había hecho la reserva precipitadamente. El campeonato era uno de los actos que tenían lugar durante las Fiestas de Noviembre, todo un mes de festejos en el que se celebraban la cultura y las tradiciones de la zona.

El vestíbulo abierto rebosaba de turistas y surfistas, que tenían las tablas apoyadas en las paredes o en el suelo junto con el resto de su equipaje. Rodaban las maletas por las baldosas de adobe y las carcajadas resonaban en el aire cargado de sal. A lo lejos, más allá de las entradas abovedadas, rugían las olas. El aroma a mar se colaba en el vestíbulo y chocaba con el desagradable hedor corporal de los huéspedes cansados del viaje y embadurnados de protector solar. Todo eso quedó en un segundo plano en cuanto me planté a cierta distancia de la multitud.

Tenía los nervios alterados. Me había sentido inquieta desde que me había subido al avión en San José y empecé a sentir náuseas y sudores fríos en cuanto el taxi entró en el aparcamiento del hotel. Aunque quería encontrar a James, temía hacerlo. Su muerte y su funeral habían sido un montaje. Thomas me había mentido durante meses y James había estado escondiéndose. Habían dejado que yo y todos los demás creyéramos que había muerto.

Después de tanto tiempo, y de tantas mentiras, ¿querría yo volver con él?
No lo sabía.

Mareada, me apoyé en una columna y seguí esperando a Ian, que había cogido otro vuelo porque el mío estaba completo. Según el último mensaje que me había enviado, iba en un taxi camino del hotel.

Se me acercó una mujer de ojos color café y pómulos prominentes, cuyo pelo castaño muy oscuro le caía en ondas brillantes por los hombros delgados, rozando los bordes de la chapita de directora prendida de la solapa que indicaba que su nombre era Imelda Rodríguez, y me dio un vaso de agua.

—Hola, señorita. Bienvenida a Casa del Sol. ¿Se encuentra bien? —preguntó preocupada.

Acepté amable el agua y bebí con avidez.

—Sí, ahora ya estoy mejor. Gracias.

—La humedad es como un espíritu maligno por esta zona. Te sigue de cerca. Hay que hidratarse bien —dijo, sonriendo, y me miró de arriba abajo—. ¿Ha venido al campeonato?

—¿Cómo? —pregunté perpleja—. Ah, no. No hago surf. Nunca lo he practicado. Vivo cerca del mar, pero hace tiempo que no voy a la playa. Desde...

Desde la muerte de James. Enterré la cara en el vaso y lo apuré, resistiendo la tentación de enseñarle una foto. Me rondaba la cabeza todo el tiempo la advertencia de peligro de Lacy.

Imelda cogió el vaso vacío.

—¿Qué la trae a Puerto Escondido, entonces?

—El arte.

—Ah, qué bien —dijo en un inglés limpio y claro con sabor hispano—. Oaxaca tiene mucho que ofrecer. El nuestro es un pueblo ideal para la pesca y el surf, pero tenemos unas cuantas galerías de arte.

—¿Podría indicarme dónde está esta?

Hurgué en el bolso en busca de la postal de Lacy y se la enseñé a Imelda.

—Esa es buena. Y está muy cerca. Puede ir andando desde aquí. —Señaló la calle que había al otro lado de la arcada del vestíbulo principal, más allá del recinto del hotel—. Déjeme que se lo indique. Un momento. —Levantó un dedo y yo la seguí al expositor de folletos que había junto al mostrador de recepción. Abrió un plano de Puerto Escondido y marcó un punto entre Playa Marinero y Playa Zicatela—. Estamos aquí y la galería está aquí. Se encuentra en el Adoquín, una calle que gusta mucho a los turistas. —Dio otro golpecito en el plano, en un lugar diferente—. Este es nuestro ayuntamiento. Hoy habrá música allí, por si le interesa, y baile y un desfile en unos días, si tiene previsto quedarse hasta entonces. Las fiestas son divertidas.

Cogí el plano y memoricé la ruta y las calles adyacentes antes de plegarlo.

—Esta es la tarjeta promocional del estudio —añadió, cogiendo del expositor una postal satinada, mayor que la que Lacy me había enviado—. El trabajo de Carlos es excepcional.

No había foto de J. Carlos Domínguez, el propietario de «El estudio del pintor», aunque sí varias de las pinturas acrílicas de la galería. No eran los lienzos desaparecidos de James, pero el estilo era muy similar.

—¿Expone Carlos la obra de otros artistas en su galería? —pregunté.

—Un escultor local la usa también, pero casi todo son obras de Carlos, acrílicos y óleos. Varios de nuestros artistas se han hecho bastante famosos dentro de la comunidad oaxaqueña. ¿Busca a alguien en particular?

—A un viejo amigo.

Flaqueó la sonrisa de Imelda.

Se oyó vocear en el vestíbulo y eso la distrajo. Los huéspedes recién llegados manifestaban su descontento con los alojamientos. Habían reservado un bungalow, no una *suite junior*.

Imelda se volvió hacia mí.

—Que tenga buena suerte en la búsqueda de su amigo y disfrute de su estancia. Discúlpeme, por favor.

Se fue antes de pudiera darle las gracias.

Me entró un mensaje de texto. Ian había llegado. Salí a recibirlo a la puerta del vestíbulo. Llevaba la ropa arrugada e iba sin afeitado. El vuelo completo, incluidas las escalas y las demoras, le había llevado veintidós horas. Parecía que un camión lo hubiera arrastrado por el suelo varias manzanas. Me hizo una seña cuando me vio y en su rostro cansado se dibujó una enorme sonrisa.

Sonreí y lo saludé también.

Pagó al taxista y se colgó la bolsa de la cámara pasándose la bandolera por la cabeza y cruzándose la por el pecho a la vez que cogía el bolso de viaje.

—¿Qué tal tu vuelo? —me preguntó cuando llegó adonde yo estaba.

—Largo —contesté, quejumbrosa.

—A mí me lo vas a decir —protestó—. Voy a registrarme —dijo, señalando el mostrador de recepción—. Vigíleme las bolsas —añadió, y las dejó a mis pies.

Varios minutos después volvió con la tarjeta de la habitación en la mano.

—Necesito una cerveza.

—Lo que necesitas es una ducha —repuse, arrugando la nariz—. El café de la terraza da al mar. Ve a asearte. Te espero allí.

Tiró de la pechera de la camisa para abanicarse el pecho.

—Buena idea.

Veinte minutos más tarde, estaba sentada a una mesa con vistas a la playa que había debajo. Unas olas enormes rompían en la arena blanca que se extendía a ambos lados del complejo turístico. La brisa agitaba las palmeras que punteaban el perímetro del café. Mi té helado llegó a la vez que Ian.

—¿En serio? —dijo, torciendo el gesto al ver mi bebida—. Dos cervezas —le dijo en español al camarero, levantando dos dedos.

—Sí, señor.

El camarero dejó los posavazos en la mesa y volvió a la barra con la comanda.

Ian se había puesto unos pantalones cortos de lino, una camisa arrugada y chanclas. El pelo se le enroscaba alrededor de las orejas, todavía húmedo de la ducha. Se sentó enfrente de mí, dejó la bolsa de la cámara en la silla que había entre los dos e inhaló fuerte.

—¡Dios, me encanta México!

Inhalé yo también, pero solo pude oler a Ian. La excitación, intensa y pura, me produjo un sofoco. Miré a otro lado, sobresaltada, y clavé los ojos en el recinto de la piscina.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estupendamente —contesté y me levanté el pelo de la nuca, un gesto que no contribuyó a aplacar mi sofoco precisamente.

Volvió el camarero con nuestras cervezas. Aparté la mía y, cuando Ian levantó su botella, yo alcé mi vaso de té.

—No pienso brindar con té —me dijo, ceñudo.

—No quiero que me huela el aliento a alcohol cuando vea a James.

—Si lo ves.

Le dio un buen trago a su botella y me escudriñó.

Mi expresión se tornó recelosa cuando reconocí lo evidente. Ian me deseaba tanto como yo deseaba encontrar a James. Y debía encontrarlo o, como mínimo, encontrar explicación a las dudas que tenía sobre su muerte. Era la única forma que se me ocurría de pasar página.

Le enseñé a Ian la nueva postal. Enarcó una ceja.

—¿Este es el estudio?

Asentí con la cabeza.

—¿No te parecen de James esas pinturas?

—¿En serio crees que James ha estado en México todo este tiempo,

pintando? —Analizó la postal y se encogió de hombros—. El estilo se asemeja, pero es difícil saberlo porque las fotos son demasiado pequeñas.

Miré atentamente la postal.

—Yo sí lo sé.

Le dio otro trago a la cerveza.

—A mí todas las pinturas me parecen iguales.

—¿Todas tus fotos son iguales que las de todos los demás fotógrafos?

Dejó de nuevo la botella en la mesa e hizo una mueca.

—*Touché.*

Volví a acercarle la postal.

—James me dijo una vez que todos los pintores tienen algo característico en su estilo. Van Gogh pintaba con manchurroneos de color. Monet deshacía los colores para generar la sensación de que había luz dentro de la pintura. Las luces pintadas por Kinkade son tan auténticas que sus obras parecen tener luz propia. James también tenía su peculiaridad.

Ian se inclinó sobre la mesa.

—¿Y qué estoy buscando, entonces?

—Los acrílicos eran su material preferido. Se secan antes que el óleo. En los proyectos grandes, mezclaba una gran cantidad de pintura para asegurarse de que el color era uniforme. Uno de los colores que solía mezclar era un verde azulado. Lo llamaba *Les bleus de mon bébé...*

—¿El azul de mi niña? —dijo Ian con un bufido.

Hice un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Era el color de mis ojos. —Ian puso los suyos en blanco. Lo ignoré—. James lo usaba para firmar todas sus obras. Como este artista —añadí, dando un golpecito sobre un manchurrón de azul Caribe de una de las imágenes.

Ian se acercó para verlo mejor y nuestras frentes casi se tocaron mientras inspeccionábamos la postal que había quedado entre los dos. Se apartó y suspiró.

—¿Seguro que no te estás empeñando en ver algo? Yo no lo distingo.

—Mira, te enseño uno de los cuadros de James —le dije, y rebusqué entre las fotos que llevaba en el móvil hasta llegar a una de la pintura del Valle de Napa en la que la firma de James resaltaba sobre los campos de color mostaza. Le di el móvil.

Palideció y me miró enseguida.

—¿Dónde has hecho la foto? ¿En tu local?

Me ruboricé.

—Esa pintura no la has visto. La tengo en mi dormitorio.

—Esto no es una pintura.

Me enseñó rápidamente la pantalla. Vislumbré un pelo rubio.

—Ay, perdona. —Debía de haberse pasado la foto sin querer—. Déjame que te la busque.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó, enseñándome la pantalla otra vez.

Era la foto que Kristen le había hecho a Lacy en la preinauguración de mi establecimiento.

—Es la vidente asesora que me habló de James. Se llama Lacy.

—Querrás decir Laney. ¿Cuándo estuvo en tu restaurante?

—En la preinauguración. Kristen le hizo esa foto.

Ian se tapó la boca con la mano. Miró fijamente la foto, frunciendo los ojos.

—No puedo creer que no la viera.

—No estuvo mucho rato —dije, y lo miré con recelo—. Pero se llama Lacy Saunders.

Negó con la cabeza.

—Laney. Elaine Saunders. Es la vidente a la que contrató mi padre. Llevo años intentando localizarla.

Hice un aspaviento.

—Ella es tu ángel. ¿Y por qué se ha cambiado el nombre?

—Sencillo: porque no quiere que la encuentren. —Me devolvió el teléfono—. ¿Me mandas la foto?

Asentí y toqué unos iconos en la pantalla.

—Al menos ya sabemos una cosa de ella.

—¿El qué? —preguntó. Sonó su móvil cuando le entró el mensaje.

—Lacy ha estado aquí. Su nota estaba escrita en papel con el membrete de este hotel. Alguien de aquí ha tenido que verla. A lo mejor el hotel tiene su dirección.

—Puede —dijo, distante, y levantó la cara al horizonte, absorto en sus pensamientos.

La botella de cerveza sin tocar sudaba al lado del té helado que apenas había tocado. ¡Qué demonios! Agarré la botella.

—¡Brindemos!

Me devolvió su atención.

—¿Por quién?

—Por nosotros y por que los dos encontremos lo que buscamos.

Ian me miró con detenimiento y por su semblante deduje que él no quería que yo encontrara lo que buscaba porque entonces él perdería la oportunidad de tener algo más conmigo. Tragué saliva, incómoda. Se terminó la cerveza, se levantó y dejó unos billetes mexicanos en la mesa.

—Muy bien, vamos a buscar a tu pintor.

Capítulo 18

El Adoquín, la zona peatonal de la avenida Alfonso Pérez Gasga, corría paralela a Playa Principal. Salpicaban la calle un montón de vistosos escaparates y en lo alto ondeaban los banderines de las fiestas. Se entrecruzaban en el paseo empedrado. En las esquinas había artistas callejeros que aporreaban tambores de acero. Íbamos avanzando entre los turistas y yo apretando el paso cada vez más.

—¿Qué prisa tienes? —me preguntó Ian, e hizo una fotografía a un edificio de color turquesa rayado por las sombras alargadas que arrojaba en él el sol poniente.

—Se hace tarde.

Hice un gesto brusco con la cabeza para que me siguiera y continué andando. El campeonato del fin de semana había atraído a aficionados al surf de todo el planeta. Acentos sudafricanos mezclados con australianos. Turistas congregados en la calle. Comían, reían, bailaban. Y se interponían en mi camino.

Ian me agarró del brazo y me hizo retroceder. Nos desvió de una aglomeración y se detuvo un instante para tomar unas instantáneas de dos ancianos que fumaban puros a la entrada de un estanco. Tenían unas barrigas grandes que les asomaban por el bajo de las camisetas manchadas de sudor. Carecían de atractivo y posiblemente olieran fatal.

¿Qué le fascinaba tanto de ellos y por qué se molestó en hacerles una foto? Esas fotografías jamás las mostraría en una de sus exposiciones.

Ian me soltó el brazo y aminoró la marcha.

—Respira un poco. Mira alrededor, hay mucho que ver.

—No he venido aquí a hacer turismo —protesté.

Se cubrió la cara con la cámara y pulsó un botón. Un destello de luz me cegó. Vi estrellitas.

—Mierda —dijo, y cambió los ajustes de la cámara—. No pretendía hacer eso. Ha sido un error propio de un principiante. —Comprobó la imagen y rio, luego volvió la cámara para que yo la viera—. Bonita cara de ciervo deslumbrado. Te sienta bien.

—Deja de hacer fotos —espeté.

El estudio estaba a dos manzanas, según el plano que Imelda me había enseñado, y quería llegar allí cuanto antes.

—¿Por qué? La luz de última hora de la tarde es perfecta. —Resoplé nerviosa y él se colgó la cámara del cuello—. Relájate, Aims. Estás más tensa que un rollo de película. —Me masajeó el hombro—. Es muy probable que el estudio ya esté cerrado —dijo, señalando al sol que se ponía—. Creo que voy a cambiar mis planes de viaje. Mi próxima exposición tiene que ser sobre Puerto Escondido, México. Tengo que hacer fotos en el campeonato de surf de este fin de semana. Además, quiero hacer algunas de monumentos y elementos culturales destacados de la zona.

—Pero tú nunca expones imágenes de personas.

—Igual esta vez no me queda otro remedio —dijo, como si lo inquietara. Tenía previsto invertir sus ahorros en viajar a la selva tropical de Costa Rica. En cambio, había sacrificado su viaje para venir conmigo a México.

«Porque le importo.»

Le di unas cuantas vueltas a esa idea.

Me froté la cara y suspiré en mis manos.

—Lo siento.

—No lo sientas. Pero prométeme que vas a disfrutar del viaje, aunque no encuentres a James. Necesito saber que he invertido bien mi dinero.

Asentí, abatida. Ian tenía razón. Que las pinturas de James estuvieran allí no significaba que él también.

Siguiendo su consejo, inspiré hondo, inhalando el humo de los puros y el aroma a pescado a la parrilla de los puestos de tacos que había al otro lado de la calle. Tomé nota mental de añadirle cierto aire mexicano al menú de primavera de Aimee's y dejé que mi cuerpo se moviera al ritmo de los tambores. Se dibujó en mi rostro una pequeña sonrisa.

—Eso está mejor. —Me sonrió él también e inmortalizó el instante con un clic de su cámara. Esa vez no saltó el *flash*—. Vamos a centrarnos. El objetivo de hoy es encontrar el estudio. Ya abordarás a Carlos mañana, cuando hayas descansado como es debido. Así no estarás tan...

—¿Tensa?

—Sí —dijo, agachando la cabeza y mirando la cámara que llevaba en las manos para ocultar una sonrisa traviesa.

Fruncí el ceño.

—No crees que lo vaya a encontrar, ¿verdad?

Levantó la vista.

—Yo no he dicho eso.

—Todo esto te parece una broma inmensa.

—Eh, un momento —dijo a la defensiva—. No saques conclu...

—Tú no quieres que lo encuentre.

Suspiró hondo y miró calle abajo antes de volverse hacia mí.

—Yo ya no sé lo que quiero. Yo...

Apretó los labios.

—¿Tú, qué?

Se hundió los dedos en el pelo. Seguí mirándolo furiosa y encogió un hombro.

—Yo solo quiero verte feliz. Quiero que disfrutes del momento y que sonrías espontáneamente. Se te ilumina la cara entera. Es precioso.

Me quedé atónita. Sus palabras me dejaron sin aliento.

—Ya estás poniendo otra vez cara de ciervo deslumbrado —masculló, y empezó a caminar en dirección al estudio.

Lo seguí con la mirada, perpleja. A los pocos pasos, se detuvo y se volvió.

—¿Vienes?

—Eh... sí.

Ian fue haciendo fotos según avanzábamos. Caminé a su ritmo, deteniéndome cuando él se detenía, y me esforcé por fijarme en lo que me rodeaba. Preparó la cámara y apuntó a un edificio antiguo. No entendía qué podía interesarle de un adobe agrietado, así que se lo pregunté. En respuesta, me hizo una foto a mí.

—¡Para! —le chillé, e intenté agarrar la correa de la cámara.

Él se apartó retorciéndose, riendo.

—No he parado desde el día en que empecé. ¿Qué te hace pensar que voy a hacerlo ahora?

Cruzó la calle con la vista puesta en algún objeto y yo crucé con él.

—¿Cómo empezaste?

Una vez me había dicho que le había interesado la fotografía desde que tenía uso de razón.

—Mi padre era fotógrafo deportivo. Le cogí la cámara sin permiso. Hice fotos de bichos del jardín. —Me miró tímidamente—. Hice muchas. Esto era antes de que todo el mundo tuviera cámaras digitales, así que, cuando reveló el carrete, la mitad era de bichos. Yo esperaba el peor de los castigos. En cambio, me regaló su cámara.

—¿Te regaló su cámara? —Me imaginé una de esas cámaras carísimas que había visto usar a los fotógrafos deportivos, con esos teleobjetivos inmensos que necesitan un soporte para que la cámara no se venza—. ¿Cuántos años tenías?

—Ocho. Y sí, me regaló su cámara. Así tenía una excusa para comprarse una nueva a la que ya le había echado el ojo —me explicó. Luego se detuvo—. Hemos llegado —dijo, señalando el rótulo pintado en el edificio que teníamos al lado.

Estudí mi reflejo en el escaparate de «El estudio del pintor». El interior estaba a oscuras. Como Ian había sospechado, la galería estaba cerrada. Empezaron a temblarme las piernas y, sin pensarlo, me agarré a él.

Sus ojos se encontraron con los míos en el cristal y me apretó la mano.

—No pasa nada, Aims. No me voy a separar de ti. —Estiró el cuello para asomarse a la vuelta de la esquina—. Creo que la entrada es por el patio.

Tiró de mí y descorrió el pestillo de una puerta de hierro forjado. Chirriaron las bisagras desgastadas. Llenaban el pequeño patio tiestos de plantas y flores tropicales. La buganvilla trepaba por las paredes; la enredadera, salpicada de delicadas flores de color magenta, buscaba el sol. De una fuente de cerámica vidriada caía un chorro de agua que ahogaba el ruido de la calle.

Otros dos establecimientos compartían el patio: un taller exclusivo de alfarería y cerámica y una agencia inmobiliaria que tenía la puerta abierta.

—¿Qué dice aquí? —pregunté, dando unos golpecitos en el cartel que había pegado del otro lado de la puerta de cristal del estudio.

—«Hoy estoy inspirado. He ido a pescar, a pintar o a correr. Vuelvo pronto, pero probablemente más tarde.» Me cae bien este tío —gruñó Ian.

Pegué la nariz al cristal como un crío al escaparate de una tienda de golosinas, curvando las manos alrededor de los ojos para evitar el resplandor. El estudio no era ni la mitad de grande que la galería de Wendy, pero las obras allí expuestas eran arrebatadoras.

—Las pinturas son preciosas —suspiré contra la puerta, empañando el cristal.

Forraban las dos paredes lienzos de distintos tipos: óleos, acrílicos, acuarelas... Marinas, puestas de sol y lo que supuse que serían lugares de interés locales. Entre ellos había algunos retratos. Desde donde estaba, no veía lo que había en la pared de mi lado y el ventanal que daba a la avenida principal ocupaba toda la fachada. Dominaban el resto de la galería unas esculturas dispuestas sobre pedestales de madera manchados.

Al fondo, en un rincón, había una mesita de madera repleta de tubos de pintura, pinceles y láminas. Encima había un caballete pequeño. Me recordó a la mesa de manualidades que yo tenía de niña en mi cuarto. Detrás de un escritorio atestado de cosas, las torres de periódicos y de libros trepaban por la pared del fondo.

—Me pregunto si Carlos volverá hoy —dije sin apartarme de la puerta, empañando de nuevo el cristal. Limpié la superficie con el antebrazo.

Ian echó un vistazo por el patio.

—Espera, que voy a preguntar —dijo, y se metió en la inmobiliaria.

Yo seguí mirando dentro de la galería y estudié las pinturas. Aunque los materiales eran variados, el estilo era similar. Eran obra del mismo artista. Desde donde yo estaba, no podía leer la firma del autor en los lienzos.

Me aparté de la puerta y me froté el cuello sudado, de los nervios y de la humedad. Por el ventanal de la inmobiliaria vi a Ian charlar con la agente de turno, pero la fuente del patio acallaba sus voces. Quería saber cuándo volvería Carlos y el nombre del autor de aquellas pinturas. Sobre todo quería ver de cerca el tono del pigmento azul de la firma de la obra que figuraba en el panfleto de la galería.

Volví al escaparate de la fachada y estudié las piezas expuestas en él. Había una escultura de una gaviota lanzándose en picado hacia una ola, una acuarela enmarcada que el artista había firmado en el mismo tono de gris que el sol saliente pintado en la lámina de papel texturizado y un acrílico con la firma en azul. Miré detenidamente las pinceladas. Pese a lo mucho que deseaba que fuera obra de James, no estaba segura. Había similitudes, pero también diferencias importantes. Al contrario que las pinturas que tenía en casa, en las que la técnica era comedida y discreta, las pinceladas de aquel lienzo eran desiguales y despreocupadas. «Liberadas» era la palabra que me venía a la cabeza, pero el resultado final era una creación tan extraordinaria como las que colgaban de las paredes de mi casa. Luego estaba la firma, tan desigual como el estilo. O el pigmento azul tenía demasiado verde o el cristal alteraba el color. Necesitaba entrar para verlo mejor.

Ian volvió la esquina y me empezó a contar mientras cruzábamos la puerta de hierro forjado.

—La de la inmobiliaria me ha dicho que Carlos suele cerrar pronto. Se está preparando para una maratón. Celine, la agente, lo ha visto salir vestido con unos pantaloncitos de esos cortísimos que se usan para correr. —Levantó las manos, estiró los dedos y exprimió el aire como si estuviera amasando bollos de pan. Lo miré espantada. Se aclaró la garganta—. Lo ha hecho ella, no yo. Solo lo estoy reproduciendo. —Puse los ojos en blanco—. Celine no cree que vuelva hoy, así que probaremos suerte mañana. Temprano. ¿De acuerdo? Según el cartel de la puerta, abre «hacia las diez» —dijo, dibujando unas comillas en el aire.

Hice un mohín y asentí distraída. Lo entristeció mi falta de entusiasmo.

—Venga, Aims, tendrías que estar contenta —protestó, tirándome de la manga derecha—. Estás un paso más cerca de resolver «el caso de mi prometido desaparecido». —Lo miré exasperada—. Lo que sí he averiguado es que esta es la galería —añadió, señalando el ventanal con el pulgar—. El estudio de Carlos es el apartamento de encima. Allí arriba da clases de arte. —Noté que Ian me observaba, pero no podía apartar la vista de la pintura acrílica del escaparate, como si esperara que, mirándola lo suficiente, el color fuese a cambiar. ¿Era por la luz o yo me estaba empeñando en ver algo que no había?—. ¿Qué pasa? —me preguntó inquieto.

—Los azules no coinciden —contesté, dando un golpecito en la esquina inferior del cristal—. Esperaba que...

No terminé la frase. ¿Qué esperaba? ¿Encontrarme a James pintando como un poseso, agradecido de que lo hubiera encontrado, y llevármelo enseguida a casa?

Menuda quimera.

Me desplomé en el banco de madera que había debajo del escaparate.

Ian se sentó despacio a mi lado y me pasó el brazo por los hombros.

—Pronto tendrás respuestas. —Se miró el reloj—. Vamos a por algo de comer y unas cervezas —propuso, señalando hacia el mercado que había a media manzana de allí—. Nos lo llevamos a la playa y vemos la puesta de sol.

Me sorprendí sonriendo.

—¿Más fotos?

Me devolvió la sonrisa.

—Por supuesto.

—Ve tú a por la comida, yo te espero aquí.

No estaba preparada para irme. Me recosté en el cristal y me cubrí los ojos con las gafas de sol que llevaba en la cabeza.

—Vuelvo enseguida —contestó, dándome una palmadita en el muslo. Se levantó y se fue, pero, cuando estaba cruzando la calle, retrocedió corriendo—. ¡No hagas ninguna tontería! —me gritó.

Lo despaché con un manotazo al aire y, al abrigo de las gafas de sol, observé a los transeúntes. Me entró un mensaje en el móvil, uno más para la lista de mensajes de texto y de voz que había dejado sin contestar en las últimas veinticuatro horas. Saqué el teléfono del bolso de bandolera. Otro de Kristen.

¡Llámame!

Repasé la lista de notificaciones pendientes. Casi todos los mensajes del buzón de voz eran de ella. Tenía que escucharlos. Debería haberle hecho caso y no haber venido. ¿Me había embarcado en la decepción definitiva?

Eché un vistazo a sus mensajes de texto y miré los más recientes.

No me puedo creer que te hayas ido a México.

¿Has llegado bien?

¿Dónde te alojas?

¿Qué tal está Puerto Escondido?

¿Has averiguado algo ya?

¿Lo has encontrado?

Tenía un mensaje de mamá en el buzón de voz. «¿A México, por qué, Aimee? James está muerto. Persigues fantasmas. Nos tienes preocupados. Por favor, vuelve a casa.»

Llamé a Kristen. Lo cogió al segundo tono.

—¡Madre de Dios! ¡No me puedo creer que al final te hayas ido, joder! ¿En qué demonios estabas pensando? Mierda, tus clientes me están mirando

raro. Espera, que me voy a tu despacho.

Oí el frufú de su ropa mientras entraba en el despacho y cerraba la puerta.

—Hola a ti también —le dije cuando reanudó la conversación.

Inspiró hondo.

—Me cabrea que no le hayas hecho caso a Nadia. Te fías demasiado de Lacy. Por Dios, si apenas la conoces. ¿Y si es una asesina? Tú podrías ser su próxima víctima. ¿Por qué has ido?

—Sabes que tenía que hacerlo. Además, a Nadia le parecía bien.

—¿Qué? —Maldijo—. Se supone que tenía que convencerte para que no te fueras...

—¿No te lo ha dicho?

—¡No! Ha omitido ese pequeño detalle cuando me ha comentado que teníamos que echar una mano en Aimee's. —Hizo una pausa y yo la imaginé pellizcándose el puente de la nariz como hacía siempre mientras pensaba—. Madre mía, ¿estás bien?

—Estupendamente.

—¿Dónde estás ahora?

—Sentada en un banco delante de «El estudio del pintor».

—¿Y...?

—Y nada. La galería está cerrada. Tenemos que volver mañana por la mañana. Ian ha ido a por algo para cenar y lo estoy esperando. ¿Qué tal Aimee's?

—¡Abarrotado! Mucho trabajo, eso es bueno, ¿no?

—Es genial —dije, añorando mi rutina.

—¿Me llamarás mañana? No, espera, te llamo yo. Seguimos en contacto, ¿vale? Me tienes preocupada.

Nos despedimos y guardé el teléfono. Observé a la gente que pasaba por allí tranquilamente y se detenía en el escaparate de la galería para mirar dentro. Otros avanzaban deprisa, con la cabeza gacha, ignorando la energía festiva que los rodeaba.

«Relájate. Mira alrededor. Hay mucho que ver, mucho que absorber.»

Ian tenía razón. Iba tan obsesionada con la meta que no estaba disfrutando de la carrera. ¿Cuánto tiempo había malgastado buscando a James?

La postal y la pintura no probaban que estuviera vivo, por eso me había empeñado en buscar una explicación en sitios en los que probablemente no iba a encontrarla. Como en el pigmento azul de la firma y en las pinturas cuyo

estilo se asemejaba al de James. Todo era un poco raro.

Como el tipo que venía corriendo hacia mí. Según se acercaba, al trote después y finalmente a paso ligero, le encontré cierto parecido con James. Se miró el reloj deportivo. El sudor le empapaba la camiseta de tirantes y el tejido se le pegaba al pecho. Llevaba un iPod sujeto a la parte superior del brazo y el cable de los auriculares de botón colgando por la espalda.

Al verlo venir, me puse de pie, con las piernas temblando.

—Hola —me dijo, sonriendo al pasar. Lo miré fijamente, boquiabierta. Se detuvo y, de un tirón, se quitó el auricular de la oreja derecha—. ¿Está usted bien? —preguntó en español. No contesté. Me limité a mirarlo. Él me recorrió de arriba abajo con los ojos—. ¿Americana? —preguntó en inglés con un fuerte acento—. ¿Se encuentra bien? Parece que hubiera visto un fantasma.

«Persigues fantasmas.»

Me retumbaba el corazón en los oídos. La sangre de la cara se me bajó a los pies. Me mareé, me tambaleé un poco.

Se acercó más, se inclinó un poco para mirarme a los ojos a través de los cristales de las gafas de sol deportivas que llevaba.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Sus palabras sonaban afectuosas, exóticas. Le resbalaban de la lengua.

¡Qué locura! Había estado allí mismo. Todo ese tiempo. En todo momento. Durante diecinueve putos meses.

Un torbellino de dudas se me levantó dentro, pero solo pude decir su nombre.

—James.

Se irguió, del todo, un metro noventa y ocho exactamente. Una sonrisa enorme que me era muy familiar se dibujó en su rostro.

—Ya veo. El fantasma soy yo. Me llamo Carlos —dijo, y me tendió la mano, brillante de sudor.

Capítulo 19

Me derrumbé en el banco.

—¿Por qué te fuiste? —lloré—. ¡Joder, James, te he enterrado!

Me debatía entre abofetearlo y abrazarlo.

Se quedó a al menos un metro de mí, mirando alrededor, como buscando a alguien. Perplejo, se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Ppppor qué me mira así? —preguntó, escudriñándome como si no me hubiera visto nunca.

«Tócame.»

Hipé.

«Abrazame.»

Volví a hipar; se me estaba cerrando la garganta. Tomé aire, una y otra vez. Respiraciones cortas, entrecortadas que me agotaban los pulmones. No podía exhalar.

«¡Ay, Dios mío, no puedo respirar!»

Me aporreé el pecho.

Se acuclilló. Sus labios se movían, pero yo no distinguía las palabras. Me agarré con fuerza a sus hombros.

«¡Tócame, James!»

Lo hizo, agarrándome de las muñecas. Volvió a mover los labios.

«¿Qué?»

—Cálmese —me dijo. Me centré en sus labios, aquellos labios tan bonitos—. Por favor, señorita, cálmese.

Noté una mano en la nuca que me obligaba a meter la cabeza entre las rodillas. Empecé a ver estrellitas. Mis pulmones de pronto volvieron a funcionar. Inhalé la brisa marina. Y su aroma. Madre mía, su aroma. Mi James.

Retiró despacio la mano de mi nuca. Se levantó las gafas de sol y se me cortó la respiración. Los ojos de James se clavaron en los míos.

—Eso es. Céntrese. —Sonrió. Con la sonrisa de James.

—James —susurré. Me llené de alegría—. Te he encontrado.

Negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Céntrese en mí. Escuche mi voz. Inspire —dijo, e inspiró, separando las aletas de la nariz, y yo lo imité—. Bien. Ahora espire, despacio —añadió, masajeándome con el pulgar la cara interna de la muñeca derecha, directamente sobre la vena cubital. Aquella suave caricia me derritió el brazo—. Cierre los ojos y escuche mi respiración —me ordenó, y yo los cerré.

El mundo se quedó a oscuras y los sonidos de la calle se desvanecieron. Solo estábamos los dos, como había sido siempre. La mano fuerte que me agarraba la mía tenía el mismo tacto que la de James. Su respiración sonaba como la de James, con ese ritmo constante y relajado, como cuando despertaba a mi lado por las mañanas.

Pero no sonaba como James cuando me pidió que abriera los ojos. Su voz era suave y grave, pero el tono irritaba mis nervios ya alterados. Bajo el fuerte acento, el sonido era más profundo, más áspero. Con más años. Llevaba el pelo castaño oscuro recogido con una goma. Una cicatriz rosada que le empezaba en la ceja izquierda le cruzaba la mejilla. Estaba más flaco, pero sus gestos parecían iguales, como la forma en que ladeaba la cabeza para buscarme la cara.

Tragué saliva.

—¿James?

Sonrió.

—No, lo siento.

Me tembló el labio.

—Soy yo, James, Aimee. ¿No me reconoces?

—Ojalá. No es alguien de quien me olvidaría fácilmente. —Rio.

Ceñuda, me levanté las gafas de sol.

—Maldita sea, James, mírame. —Lo hizo. Vi en sus ojos un segundo de confusión que luego se esfumó, no porque me reconociera, sino por preocupación—. ¿James? —lloriqueé.

—Me llamo Carlos. Creo que me confunde con otro hombre.

Miré espantada al hombre que tenía arrodillado delante y él me miró también, inexpresivo. No sentía nada por mí. No me conocía.

Se me escapó una lágrima y Carlos me la limpió enseguida, paseando suavemente el pulgar por el hueco de mi mejilla. La caricia me repugnó. Aquel hombre era un desconocido.

—Esta es mi galería —dijo, señalando con la cabeza el estudio que tenía a la espalda—. ¿Necesita un vaso de agua o algo? ¿Un teléfono?

Lo que necesitaba era largarme de allí. Tenía que recomponerme, pensar en qué iba a hacer a continuación.

«Vete a casa.»

Se me cayó el alma al suelo.

—¿Ha venido con alguien?

—No —respondí sin pensarlo. Luego asentí—. Con mi amigo, Ian —dije, señalando al mercado—. Está comprando.

Se levantó y me tendió la mano.

—¿Quiere que la acompañe al mercado?

—No, gracias —contesté, y me levanté sin su ayuda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, recorriéndome con la mirada.

No le respondí porque no sabía qué responderle. Derrotada, perdida y confundida, me alejé de James. O de Carlos. O de quienquiera que fuese.

Ian me encontró en los puestos de alimentación. Me miró como si le extrañara verme y sin saber muy bien qué hacía allí. Yo llevaba una fresa en cada mano y les daba vueltas con los dedos. Sus ojos saltaron de mis manos a mi cara. La preocupación le nubló la mirada.

—¿Qué pasa, Aimee? —Hice un puchero. Él se pasó la cesta de la comida a la otra mano—. ¿Qué ha ocurrido?

Me tembló el labio inferior y bajé las manos, derrotada. La fruta se desplomó al suelo y yo me derrumbé.

Ian soltó la cesta y me estrechó en sus brazos. Sollocé en su pecho. No quería que me soltara.

En Playa Marinero, tumbados en una manta de lana que Ian le había comprado a un vendedor callejero, vimos ponerse el sol. La esfera de fuego fue ocultándose en el horizonte sobre el telón de tonos anaranjados y rosados que pintaba el cielo. Las olas besaban suavemente la orilla.

Ian devoró sus tacos de pescado, mascullando a cada mordisco el hambre que tenía. Entre tacos, cogió la cámara e hizo fotos de la intensa escena que tenía lugar delante de nosotros. Yo picoteé mi ensalada, apartando los frijoles y el aguacate porque hacía rato que había perdido el apetito.

—Estos tacos son increíbles. Hay que meter algo así en el menú de

Aimee's. Creo que es por la salsa. El chipotle les da potencia —dijo, con la boca llena de tortilla y pescado. Frunció el ceño al ver que yo volvía a tapar mi recipiente de comida para llevar—. ¿No vas a comer nada?

—Luego, a lo mejor.

Apoyé la barbilla en las rodillas dobladas y estiré los pies en la arena. Los granos, calientes en la superficie, estaban más frescos unos centímetros más abajo. Me hacían cosquillas cuando se me colaban entre los dedos de los pies. Intenté sentir las caricias de James en el roce de la arena u oír su voz en la brisa. Por primera vez desde que lo había enterrado, no noté nada. Jamás me había sentido tan sola.

—Las olas no están mal aquí —dijo Ian, señalando el mar con la barbilla—. ¿Qué crees tú: treinta centímetros, medio metro? Más allá, en Zicatela, junto a nuestro hotel, donde será el campeonato mañana, he leído que las olas pueden alcanzar entre nueve y doce metros. —Se metió un tercio del taco en la boca y masculló—. Muy fuerte.

—Ajá.

Cerré los ojos y disfruté de los últimos rayos de calor del día porque tenía el corazón helado.

Noté que me ponía el brazo delante, haciéndome sombra en la cara.

—En aquella playa de allá, Playa Principal, ¿ves todas esas barcas de pesca? Pues me ha dicho una mujer en el mercado que allí se puede comprar el pescado recién cogido, ver cómo te lo limpian los hombres y seguirlos al restaurante donde te hacen la cena. Eso sí que es fresco. Tenemos que ir antes de volver a casa.

«A casa. Sin James.»

Se comió el último taco en silencio, mientras yo reproducía mentalmente los acontecimientos del día. Cuando terminó, lo oí limpiarse las manos y dejar a un lado el recipiente. Luego noté que me miraba.

—¿Estás segura de que era James? —me preguntó por enésima vez.

—Sí. —«No.» Me encogí de hombros—. No lo sé —murmuré entre mis rodillas—. Carlos se le parece. Bueno... más o menos. Tiene una cicatriz en la cara —dije, cruzándome con el dedo la mejilla desde la sien.

Ian apuntó con la cámara a la franja radiante visible donde confluían el océano negro y el cielo casi oscuro. Apretó el disparador.

—Si fuera James, te habría reconocido. Habría reaccionado de algún modo.

—Eso habría sido lo lógico —dije desanimada—. A lo mejor tiene

amnesia.

—En ese caso, habría sentido más curiosidad. Se habría preguntado si tú eras alguien de su pasado.

—Se ha comportado como si no hubiera perdido la memoria en absoluto.

Como una persona completamente distinta.

Ian se quedó inmóvil, atravesándome con la mirada.

Me aparté.

—¿Qué?

—Nada —dijo, meneando la cabeza.

Se volvió de nuevo hacia el horizonte y se pegó la cámara a la cara, pero no hizo fotografías. Parecía absorto en sus pensamientos, a miles de kilómetros de las playas de Puerto Escondido.

Capítulo 20

Aún faltaban dos horas para que abriera «El estudio del pintor», pero yo me había pasado los últimos veinte minutos estudiando a Carlos como podría haber estudiado sus pinturas. Estaba al otro lado de la calle, observándolo por el ventanal de la fachada de la galería. Recolocaba cuadros en la pared. De cuando en cuando, se detenía a inspeccionar los cambios, cruzando las manos en la nuca o frotándose distraído los antebrazos. Como James.

Luego se retiró a la trastienda y yo me apoyé en una farola y esperé a que abriera la galería. Los turistas se dirigían en masa a la playa, cargados con toallas y oliendo a protector solar. Yo fingí que leía una novela de bolsillo.

Pasaron otros veinte minutos sin que Carlos volviera a aparecer. Yo había llegado a la última de las 285 páginas que había «leído» a la velocidad de la luz. También se había agotado mi paciencia. Me guardé el libro y crucé a la galería.

El cartel de Cerrado que Ian me había traducido el día anterior aún seguía en el cristal de la puerta, pero entré de todos modos. Sonó la campanilla que había sobre la puerta y contuve la respiración, esperando a Carlos. No apareció, así que me di un paseo por la sala. ¿Encontraría las obras robadas de James?

Me detuve delante de un acrílico de la pared de enfrente y estudié las iniciales del artista: JCD. La puesta de sol de la pintura me recordaba a *Bahía de la media luna* de James, pero la firma no era exactamente como la suya. Las iniciales estaban demasiado inclinadas.

Acabé de recorrer la sala y terminé en el escritorio del fondo. En la torre de libros apilados junto a la pared había cosas de muy diversos géneros y épocas, desde Stephen King a Shakespeare, novelas con títulos en español y manuales de arte en inglés. En tres torres distintas había ejemplares de *Runner's World*, *Outside* y *Sport Fishing*.

Esparcidos por la mesa había impresos de pedido, varios ejemplares del periódico local y una colección de tazas de café sucias. En un folleto estaban todos los talleres que impartía Carlos, desde los de técnicas para principiantes hasta los de pintura avanzada.

—Aún no está abierto —oí una voz a mi espalda.

Al volverme bruscamente, vi a Carlos.

Él se quedó paralizado en el umbral de la puerta de la trastienda. Despacio, fue esbozando una sonrisa.

—Hola, señorita —me dijo en español—. Me preguntaba si volvería a verla. Aííee, ¿verdad? —añadió ya en mi idioma.

Asentí y me guardé con disimulo el folleto en el bolsillo de atrás.

El olor a aguarrás y a óleo impregnaba el aire, procedente del paño sucio que Carlos tenía en la mano y con el que se estaba quitando la pintura seca de los dedos. Llevaba unos vaqueros holgados caídos, una camiseta estampada del campeonato de surf del año anterior e iba descalzo.

«Descalzo, bronceado y sexi.»

Sentí un sofoco que me fue del pecho al cuello y se propagó más rápido que un incendio forestal.

Me había pasado los últimos cuarenta y cinco minutos espiándolo, pero no me había preparado para tenerlo delante de mí, desde las ondas de su pelo hasta la curva de sus cejas y el puente de su nariz. Se había roto el tabique alguna vez y no lo tenía del todo recto.

—¿Aún piensa que soy su James? —preguntó con desenfado.

Me sorprendió.

—Lo siento. Se le parece muchísimo.

—Pues debe de ser muy guapo —dijo con ojos chispeantes.

—Lo era, digo, lo es.

Me miró con recelo.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Mejor, gracias. Tiene mucho talento —comenté, señalando a la galería—. ¿Dónde ha estudiado?

—Casi todo lo he aprendido por mi cuenta. Hace un tiempo hice unos cursos en una escuela que hay al norte de aquí.

—¿Cuánto lleva abierta su galería?

—Un par de años —contestó, frotándose con fuerza la mancha de pintura de la mano derecha, que se le resistía. «¡Mírame! ¡Acuérdate de mí!»—. ¿Cuánto tiempo va a estar en Puerto Escondido? —me preguntó él.

—Varios días.

—¿Qué la ha traído por aquí?

—He venido en busca de un amigo. Perdimos el contacto.

Se colgó el paño de la presilla del pantalón.

—¿Y lo ha encontrado?

Esa misma pregunta me había estado haciendo yo toda la noche. Apenas había dormido.

—No, aún no.

Me sonrió.

—Espero que lo encuentre.

«Espero que me recuerde.»

—Yo también.

Por encima del hombro de Carlos vislumbré una pintura que se parecía a una que James no había terminado. Una mujer muy feliz al borde del mar. La escena de Carlos era luminosa y colorida comparada con la de la pintura que yo tenía en casa. El acrílico de James estaba hecho en tonos grises y marrones, y la mujer parecía inundada de desesperación.

—¿Puedo enseñarle algo?

Hurgué en el bolso de bandolera en busca de mi teléfono. Quería enseñarle una foto de una pintura de James y comparar su estilo con el de Carlos. Repasé las que tenía en el carrete y aterricé en la de nuestro retrato de compromiso. Titubeé y mantuve la imagen en pantalla un momento.

—¿Qué es? —dijo Carlos, asomándose por encima de mi hombro.

«¿Qué demonios?» Le enseñé la pantalla.

—James. ¿Ve lo mucho que se parecen?

Sorprendido, me cogió la mano para acercarse el móvil. Estudió la imagen de la pantalla y yo lo estudié a él, a la espera de una reacción. Un ceño fruncido, una ceja enarcada, una leve dilatación de las pupilas. Cualquier cosa que me indicara que lo había pillado ocultando algo.

No reveló nada.

«Ay, James, ¿qué te ha pasado?»

Levantó la vista del móvil y me sonrió con tristeza.

—James era importante para usted. —Asentí, con un nudo en la garganta—. Es cierto que nos parecemos, ¿verdad? Aunque tenemos la nariz distinta. Y yo tengo la frente más ancha. —Frunció los ojos—. O a lo mejor es por las entradas.

Miré la foto y luego a Carlos y después la foto otra vez. Tenía razón. Su

nariz era más fina, a pesar de la posible fractura. Salvo por la nariz, las entradas y las cicatrices, Carlos y James eran idénticos.

—Tengo que terminar de enmarcar —dijo, señalando bruscamente con la cabeza hacia la trastienda—. Tengo pedidos pendientes. Así que, salvo que le apetezca ver algunas otras obras mías,... —Se interrumpió y frunció el ceño—. ¿Volveré a verla?

Más le valía. Quería verlo trabajar, como solía ver a James, con lo que necesitaba una excusa para volver a pasarme por allí.

«¡Sus talleres!» La idea me vino de pronto a la cabeza y saqué el folleto que me había guardado en el bolsillo.

—Me encantaría asistir a una de sus clases de arte.

—¿En serio? —dijo él, esbozando una sonrisa.

—Parecen interesantes.

—¿Ha pintado alguna vez?

Me mordí el labio inferior.

—¿Pintarse las uñas cuenta?

Rio.

—No, no cuenta. Además, mis talleres son entre semana. Mañana es sábado y usted misma me ha dicho que solo va a estar aquí unos días.

Se me descolgaron los hombros y empecé a pensar. Necesitaba una excusa para volver a verlo, algo creíble y que no resultara absurdo. Algo que no me hiciera parecer una chiflada que acosaba al doble de su prometido muerto.

Carlos tiró del paño que se había colgado de la presilla del cinturón y enroscó los bordes con los dedos.

—Le propongo una cosa: venga mañana a las diez. Le daré el taller de Fundamentos si me promete que luego almorzará conmigo. ¿Le parece bien?

Sonreí.

—Me parece fenomenal.

Me inundó una intensa sensación de bienestar. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, sabría si Carlos era James.

Exploré la multitud apiñada en el café-terraza del hotel. Ian me había dicho que nos veríamos allí, pero no lo encontraba. Me entró un mensaje de texto.

A tu espalda.

Me volví y lo vi saludarme desde una mesa para dos al borde de la terraza.

—Has pasado por delante de mí —me dijo cuando me senté enfrente.

Me puse cómoda y eché un vistazo alrededor. La playa, abajo, estaba atestada, sobre todo cerca de la orilla, donde los amantes del sol contemplaban el espectáculo de los valientes que surcaban con sus tablas la *Mexican Pipeline*, como se conocían las olas grandes y perfectas que se formaban en aquellas costas.

—No tenía ni idea de que íbamos a llegar en medio de semejante caos.

—Yo tampoco. ¿No es genial?

—¿Cómo demonios puedes hacer nada aquí? —dije, señalando con la cabeza el portátil que tenía en la mesa.

—Tengo una capacidad de abstracción asombrosa. Mira... —Pulsó unas cuantas teclas y giró el portátil para que yo viera la pantalla. En ella había una imagen de una ola enorme enroscándose por encima de un surfista que escapaba por los pelos del túnel de agua a punto de cerrarse. Ian había editado la foto para que resaltaran los colores. La luz del sol brillaba en los turquesas vivos del agua—. La he titulado *Mexican Pipeline*, por razones obvias.

—Es increíble. ¿Cuándo la has hecho?

—Esta mañana, antes de que el sol pegara tan fuerte. Tendrías que haber visto el agua, Aims. Esas olas son una locura. De cuatro o seis metros de altura, calculo yo. Y los túneles son profundos, con lo que a veces es difícilísimo surfearlos —me contó, gesticulando mucho, con los ojos muy abiertos. Me hizo una demostración del movimiento de las olas y de cómo rompían en la orilla. Giró de nuevo el portátil y sus dedos volaron por el teclado—. He estado retocando fotos, viendo cuáles voy a usar en la próxima exposición.

Le robé una patata frita fría de su plato. Me miró por encima de la pantalla.

—¿Qué has estado haciendo tú? No me lo digas —me instó, y levantó una mano para callarme—. Has encontrado a Carlos y has conseguido que confiese que es James.

—Ja, ja. No tiene gracia, pero, sí, he estado con él —contesté, y le robé otra patata frita.

Me acercó el plato.

—Habérmelo dicho. Quería acompañarte.

Cuando yo me había despertado esa mañana, él ya se había ido a la playa. Había desayunado y, al ver que no volvía, me había impacientado y había ido andando sola al estudio.

—No he corrido ningún peligro.

Me miró ceñudo.

—¿Cómo estás tan segura? Anoche reconociste que no tenías claro que Carlos fuera James. Podría ser un asesino en serie.

Puse los ojos en blanco.

—Si fuera por Kristen y por ti, mañana por la mañana estaría muerta ya.

—Como sigas corriendo al encuentro de desconocidos...

—Ian...

—No me voy a disculpar por ser prudente —dijo, levantando las manos—. Prométeme que tendrás cuidado. Al menos, avísame cuando te vayas... Por si acaso.

—De acuerdo —dije, masticando una patata revenida.

—Gracias. —Suspiró aliviado—. Bueno, cuéntame qué ha pasado.

—Lo he estado espionando cuarenta y cinco minutos desde la acera de enfrente, hasta que he decidido entrar y hablar con él.

—¿Y...?

—Y nada. No lo tengo claro. Carlos es más delgado y está más moreno. Incluso su pelo es más claro que el de James.

—Eso tiene una explicación sencilla: el sol y la edad.

—Cierto. Su acento me resulta familiar y algunos de sus gestos son idénticos. Su cara es distinta, la nariz es más fina; los pómulos, más enjutos. —Casi como si llevara una máscara—. En cualquier caso —dije, encogiéndome de hombros—, aún me quedan unos días, así que voy a pasar más tiempo con él, para conocerlo mejor. Me he apuntado a un taller de pintura.

Ian soltó un bufido.

—¿Qué pasa?

—Tú. Pintando. —Rio, toqueteando el teclado.

—Cállate —protesté y me comí otra patata—. Si Carlos es James, tiene que haber otra razón para que no me reconozca, ¿no crees? Tendrá amnesia. ¿Qué otra cosa puede ser? Me da la sensación de que...

—¿Tienes hambre? —me preguntó de pronto y le hizo una seña a la camarera, que se detuvo al pasar por nuestra mesa.

—Una hamburguesa, por favor —dijo señalándome—. Con muchas patatas.

Sonreí a Ian.

—¿Y de beber? —preguntó agobiada, anotando la comanda en la libreta.

—Tomará una cerveza —respondió Ian.

—Tomaré un mai tai.

Ian silbó y dio un golpe con la mano en la mesa.

—Que sean dos.

—¿Algo más para usted? —le preguntó la camarera a él, asomándose a su portátil, luego señaló con la punta del lápiz la pantalla—. ¿Esa es Lucy?

Ian se quedó pasmado y me miró, después miró a nuestra camarera, Angelina, según la chapa que llevaba en la pechera.

—¿La conoce? —dijo Ian, irguiéndose en el asiento.

—Me recuerda a la amiga de Imelda Rodríguez. La señora Rodríguez es la directora del hotel —aclaró al ver que Ian la miraba extrañado—. Lucy se alojó aquí hace varias semanas y la mujer de la fotografía se le parece. Viene mucho por aquí. —Se oyó un grito desde la barra. Angelina miró por encima del hombro—. Enseguida les traigo las bebidas.

—¿De qué estabais hablando? —pregunté después de que ella se fuera.

Ian me enseñó la pantalla del portátil. En ella estaba abierta la foto que yo le había mandado. Había editado la imagen, resaltando a Lucy, a Laney o a como se llamara. Por lo visto, no solo había estado retocando las fotos de surfistas. Me miró con fijeza.

—Sigue fiándote de lo que te digan tus entrañas.

Me rugió el estómago, como haciéndose eco de las palabras de Ian.

Capítulo 21

Después de comer bajé a la playa mientras Ian buscaba a Imelda. Quería información de Lacy e insistió en reunirse con ella a solas. No quiso explicarme por qué necesitaba localizar a Lacy, a la que él llamaba Laney, solo me dijo que ella podía ayudarlo a encontrar algo que había perdido. Me había prometido que, si averiguaba su paradero, me facilitaría sus datos. Quería preguntarle de dónde había sacado el *Claro en el prado* de James y quién le había pedido que viniera a mí.

Cuando me acercaba, una pareja joven dejó las tumbonas. Estaban de luna de miel. El diamante del anillo de la mujer resplandecía a la luz del sol. Sonrió al pasar por delante de mí, agarrada a la cintura del hombre. Los vi alejarse, consciente de que había estado dándole vueltas a mi anillo de compromiso. Con el jabón y con el tiempo, el metal precioso había perdido su brillo.

Solté la bolsa de la playa y otra toalla en la tumbona libre para cuando viniera Ian más tarde, luego re Coloqué la sombrilla para que me diera el sol en las piernas, pero no en la cara. Noviembre era un mes frío en California y el sol vespertino de México resultaba agradable y tentador.

Había una multitud presenciando el campeonato de surf, un poco más allá. Cada poco se oían avisos por megafonía y de fondo sonaban los Red Hot Chili Peppers. Ninguna de las dos cosas conseguía acallar el violento romper de las olas en la orilla. Retumbaban como truenos.

Se me puso delante un camarero, tapándome el Pacífico. Pedí una jarra de agua con hielo y dos vasos y otro mai tai. Acomodándome en la tumbona, leí un poco para pasar el rato. La reunión de Ian terminaría pronto y yo no volvería a ver a Carlos hasta la mañana siguiente.

Regresó el camarero con el agua y el cóctel, y colocó las bebidas en la mesita de madera que había entre las dos tumbonas. Mientras firmaba la cuenta

para que cargaran las consumiciones a mi habitación, me pitó el móvil notificándome que tenía un mensaje de texto nuevo.

—Gracias, señorita —dijo en español cuando le devolví la cuenta y, avanzando con dificultad por la arena abrasadora, se dirigió a otro huésped del hotel que tomaba el sol cerca.

Le di un sorbo al mai tai y miré el móvil. Otro mensaje de Kristen.

¡Acuérdate de llamarme o me planto en México! Me pillo el billete en 3, 2...

La llamé. Respondió al primer tono.

—Gracias a Dios que aún estás viva.

—Vivita y coleando. ¿Mi local sigue en pie?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a...? —Resopló—. Todo va estupendamente. Yo estoy de maravilla. Nadia también. Así que todo bien, incluido Alan.

Don Cafés de chica. Me froté la frente.

—¿Qué pasa con él?

—Ha venido esta mañana a tomar lo de siempre y se ha llevado una desilusión al ver que no estabas. Le gustas mucho.

—Estupendo —dije sin ganas—. Lástima que él a mí no.

—¿Podría ser porque a ti te gusta Ian? Y... ¡madre mía! —Hizo un aspaviento—. Si viaja contigo. ¡Imagina!

—Kristen... —le advertí.

—Él besa el suelo que pisas y tú no paras de fingir que no te das cuenta...

—Me doy cuenta —espeté a la defensiva.

—Ah, ¿sí? Pues haz algo al respecto.

—No puedo. James...

Kristen soltó un gruñido exagerado.

—Mira, Aimee, rarezas aparte, estoy convencida de que Lacy miente. Vuelve a casa. Que te mandara la pintura de James desde México no significa que él esté ahí.

—Pero está. Lo he encontrado.

—¿Qué! —graznó.

—Bueno, creo que lo he encontrado. Es Carlos, el dueño de la galería, pero está algo distinto.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Por eso necesito más tiempo. Unos días más.

Kristen enmudeció. Vi cómo los surfistas perseguían una ola esquiva y terminaban subiéndose de nuevo a las tablas para volver a intentarlo.

—¿Cuándo vuelves a casa? —preguntó.

—Mi vuelo sale el lunes por la mañana.

Me pregunté si James vendría en el avión conmigo. ¿Podríamos retomar nuestra vida por dónde la habíamos dejado? Lo dudaba. En el fondo, sabía que lo mío con James ya nunca volvería a ser lo mismo y eso me entristecía casi tanto como su muerte.

—¡Cuídate! —me dijo Kristen.

Suspiré.

—Lo haré.

—Ah, casi se me olvidaba —exclamó antes de colgar—: Thomas ha venido esta mañana. Ha preguntado por ti. Le he dicho que estabas en Puerto Escondido.

Me tensé. Me incorporé bruscamente y levanté los pies de la tumbona, dándome mentalmente un golpe en la frente. Tendría que haberles pedido que no le contaran nada.

—¿Le has dicho por qué?

—Solo que necesitabas unas vacaciones. Ha reaccionado de forma extraña, ha empezado a hacerme un montón de preguntas. Quería saber por qué habías ido a ese sitio precisamente y si lo tenías previsto o había sido una decisión de última hora.

—¿Crees que era solo por curiosidad?

—Puede ser, pero ya conoces a Thomas. Últimamente está muy raro.

Se acercó Ian y sonrió al verme hablando por teléfono. Le hice una seña para que se sentara y él apartó mi toalla y se tendió en la tumbona contigua.

—Acaba de llegar Ian. Tengo que colgar —le dije a Kristen y, cuando me lo pidió, le prometí que la llamaría antes de coger el vuelo de vuelta.

El sol se hundía más en el horizonte, el calor era sofocante. Miré a Ian con los ojos entornados.

—¿Ha habido suerte con Imelda?

Negó con la cabeza y se sirvió agua en el otro vaso. Por fuera de la jarra se había formado condensación y goteaba a la arena.

Quería preguntarle por Lacy y por lo que había perdido. Quería apoyarlo como él me había estado apoyando a mí, y quería su confianza. Yo guardaría

sus secretos más íntimos y personales en lo más hondo de mi corazón.

¡Deseaba a aquel hombre!

El aire me silbaba en los pulmones. ¿Por qué me sentía así de repente? ¿Qué demonios me pasaba? Era a James a quien quería. Había ido hasta allí por él.

—Imelda no tenía tiempo para verme —me estaba diciendo Ian—, así que he quedado con ella mañana por la mañana a última hora. —Se bebió medio vaso de agua de dos tragos largos—. Pero me ha preguntado por ti.

—¿Por mí? —pregunté sorprendida

—Quería saber qué te ha parecido la galería de Carlos.

—¿Cómo sabe que tú estás conmigo? —Me hice un moño como pude—.

Nos habrá visto juntos...

Ian se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a ella. Se ha ofrecido a invitarte a comer mañana.

—Mañana como con Carlos.

Me lanzó una mirada asesina.

—Pues tómate una copa con ella después.

—Qué propuesta tan rara... —Me limpié el sudor de la frente con una esquina de la toalla—. Si ayer apenas hablé con ella...

—Es la directora del hotel. A lo mejor solo pretende ser buena anfitriona.

Me lo quedé mirando.

—No creerás eso, ¿verdad?

—Ni por un instante —contestó sin vacilar.

Nos miramos el uno al otro. Tuve la impresión de que Ian quería decirme algo, pero no lo hizo. Al poco, yo re Coloqué la sombrilla y él encendió el portátil. Para investigar, me dijo. Continué leyendo.

Unos treinta minutos después empezó a quejarse del sol y limpiarse el sudor del cuello.

—Como el mar es demasiado peligroso, me voy a la piscina —protestó, y se levantó para doblar su toalla—. Mira, hasta los profesionales necesitan que los remolquen a la orilla —dijo, señalando las olas.

Me cubrí los ojos con la mano y vi las motos de agua con remolque de rescate, amontonadas más allá de donde rompían las olas, mar adentro. Se dirigían a los surfistas que esperaban a que los llevaran a la orilla.

Ian cerró el portátil y lo metió en la bolsa. Se echó la toalla al hombro.

—¿Vienes a la piscina?

—En un ratito.

Cuando se fue, me puse protector solar en las piernas. Llegó el camarero con otra jarra de agua y le pedí otro mai tai. Me acomodé en la tumbona y cerré los ojos, dejándome el libro abierto en el muslo.

—Aimee.

Abrí los ojos de golpe, luego los entorné para protegerme del sol intenso y contemplé la silueta plantada a los pies de mi tumbona. Un tejido áspero me rozó las piernas.

—Tiene la piel quemada.

Carlos.

Se inclinó, tapándome el sol, y recolocó la toalla de la otra tumbona, que me había echado por encima.

Me incorporé y puse las piernas a la sombra. Carlos se volvió y les gritó en español a tres hombres que estaban en la orilla. Les hizo una seña para que siguieran sin él. Ellos se despidieron con la mano y siguieron caminando por la playa hacia el pueblo.

—Pedro prepara unos mai tais estupendos —dijo, señalando la mesita—. ¿Qué tal está el suyo?

La bebida que había pedido estaba en la mesa, en medio de un charco de agua. Fruncí el ceño. ¿Cuánto rato había estado dormida? Lo suficiente para freírme. Me ardían las espinillas.

—Pedro es el barman del hotel —aclaró, malinterpretando mi silencio—. ¿Puedo? —dijo, señalando el borde de mi tumbona.

—Claro.

Me recoliqué cuando se sentó, manteniendo el equilibrio para no deslizarme hacia el hoyo que se hacía en el centro y compensar así su peso. Sonrió y se inclinó para recoger mi libro del suelo. Se me había caído mientras dormía. Le sacudió la arena, señaló la página y lo dejó en la mesita.

La multitud se había dispersado, el campeonato había terminado por ese día. Carlos aún llevaba la camiseta del campeonato del año anterior, pero se había cambiado los vaqueros por unos pantalones cortos de surf. Le brillaba la frente del sol.

—¿Ha participado en el campeonato? —le pregunté.

—Un poquito. Los concursantes de este año son buenos.

—¿Practica el surf?

—En los dos últimos años, no. Me hice un buen destrozo —dijo, señalándose la cara cerca de la cicatriz que le bordeaba el ojo izquierdo—.

Tuvieron que reconstruirme los pómulos y la nariz. La sanidad en esta zona sigue anclada en el siglo pasado. Me costó recuperarme —añadió con una sonrisa de medio lado.

Me quedé boquiabierta. ¡Madre de Dios! Tuvo que darse un buen golpe en la cabeza para perder la memoria así. Bloqueo total. El accidente y la cirugía facial explicaban por qué sus rasgos faciales eran algo distintos a los de James, pero no la pérdida de memoria. ¿No habría intentado averiguar quién era? ¿Por qué no había vuelto a casa? Parecía completamente ajeno a su identidad previa al accidente.

Estaba a punto de preguntarle cuando se acercó Ian. Había cambiado el portátil por la cámara. Carlos se levantó al ver que Ian se detenía junto a mi tumbona. El muslo de Ian me rozó el brazo y yo tuve que contenerme para no apoyarme en él.

—Siento interrumpir —dijo.

—No pasa nada. Yo me tengo que ir —contestó Carlos, señalando hacia donde se habían ido sus amigos.

—Soy Ian, por cierto —se presentó Ian, tendiéndole la mano a Carlos.

—Sí, Ian, el amigo —respondió Carlos en español, estrechándole la mano—. Carlos.

—Encantado de conocerte. —Ian me miró de reojo antes de decirle—: He visto los folletos de tu galería. Tus pinturas son buenas.

—Gracias —contestó de nuevo en español.

—¿Es todo tuyo?

—Solo las pinturas —respondió Carlos, metiéndose las manos en los bolsillos—. Las esculturas son de mi amigo Joaquín.

Ian cruzó los brazos.

—Me llama la atención que firmes tus obras como JCD. ¿De dónde sale la J?

—Ian...

Carlos esbozó una sonrisa de medio lado.

—Una pregunta comprensible. Mi nombre completo es Jaime Carlos Domínguez.

Tomé una bocanada grande de aire. «James Charles Donato.» El pulso me empezó a retumbar con fuerza en los oídos. Las iniciales eran demasiada coincidencia para que no significaran nada.

Carlos me sonrió.

—¿Mañana a las diez?

Asentí, pasmada. Risueño, corrió detrás de sus amigos.

—¿Estás bien? —me preguntó Ian, luego frunció el ceño—. Vámonos a la sombra. Te veo pálida.

Lo miré sin comprender.

—Estoy bien.

Me levanté para ponerme el pareo y me tambaleé.

—Siéntate —me dijo Ian, empujándome del hombro—. Bebe un poco de agua. —Me llenó el vaso, preocupado—. Despacio —me dijo, al verme tragar de prisa el líquido que el sol había calentado.

Mientras esperaba a que se me pasara el mareo, dobló mis toallas y lo guardó todo en la bolsa de la playa. Cuando nos dirigíamos al hotel, me agarró por la cintura.

—Casi es la hora del almuerzo y tienes que alimentarte. Vamos a arreglarnos y a comer. Yo invito.

Si me hubiera ofrecido llevarme a la luna, habría aceptado igual. Entre lo de Carlos y el sol, tenía la cabeza a punto de estallar. Me apoyé en él y él me sostuvo hasta que llegamos al hotel.

Capítulo 22

Cuando Ian llegó a mi habitación, yo ya me había puesto un vestido fresco de color azul que sabía que le gustaba.

Me temblaban las manos cuando me abroché los diminutos botones del corpiño. Me dejé los dos primeros sueltos, luego decidí desabrocharme uno más. Me miré en el espejo por última vez y me maravilló lo serena que parecía a pesar de lo rápido que me iba el corazón. Aunque el sol vespertino me había dejado atontada, no pude evitar pensar que la cena de esa noche parecía una cita. La primera cita de mi vida. James y yo ya estábamos muy a gusto el uno con el otro cuando me llevó al cine como novios. Hacía años que nos conocíamos y habíamos ido juntos muchas veces.

Ian llamó con los nudillos y, sobresaltada, me volví enseguida hacia la puerta. Agarré el pomo y abrí de golpe. La puerta se estampó en la pared.

—¡Hala!

La retuvo con la mano para evitar que, al rebotar, me golpeará en el trasero. Llevaba una camiseta negra ajustada con cuello de pico, pantalones de pinzas y chanclas. Y olía fenomenal. A recién duchado y a playa.

Sonrió, de medio lado. Estaba demasiado sexi para que nuestra cena fuese solo una velada informal entre amigos.

La correa de la cámara que le cruzaba el pecho me llamó la atención. La llevaba retorcida. Se la enderecé con dedos temblorosos.

—Relájate —me dijo, llevándose mi mano al pecho.

—No puedo.

La habitación empezó a darme vueltas. Le miré el pecho y me recosté en él.

—Mírame —me dijo con voz ronca. Nos miramos—. Olvidémonos de Aimee's y de la siguiente exposición. Olvidémonos de Laney-Lacy y de por qué estamos aquí. Esta noche es solo para nosotros, para nadie más. ¿Podemos

hacer eso?

Asentí, incapaz de quitarle los ojos de encima. Había algo en su voz, en la suave cadencia de sus palabras que me hizo pensar en algo más que en que me besara, y me pregunté cómo sería tenerlo encima de mí, desnudo, en cuál sería el tacto de la piel que se escondía debajo de aquella camiseta. Enrosqué los dedos en el algodón de la prenda.

Madre mía, debía de haberme dado una insolación para que estuviera pensando en esas cosas.

Ian entrelazó sus dedos con los míos y me sacó al pasillo.

—Te veo sofocada. Vamos a meter algo de comida en ese cuerpo.

Había reservado una mesa en la terraza de la segunda planta del restaurante del hotel. Daba a la piscina. Pedimos y, cuando se fue la camarera, nos quedamos callados. Lo vi toquetear los cubiertos, apretando los tenedores contra la servilleta y comprobando el filo del cuchillo. Estaba tan nervioso como yo y eso me pareció asombroso. Sabía que yo le importaba muchísimo y, aun así, me seguía a la otra punta del mundo mientras yo perseguía a otro hombre.

«Lo buscaría por todos los rincones del planeta.»

Las palabras de Ian me resonaron en la cabeza. O era muy estúpido o estaba muy enamorado. De mí.

Miré a otro lado.

—¿En qué piensas? —me preguntó en voz baja.

Me ruboricé. Carraspeé.

—Pienso en ti. En nosotros. En por qué estás aquí —reconocí sin más—. ¿Por qué has venido conmigo?

Me observó durante lo que me pareció una eternidad.

—Perdí a una persona muy querida para mí por no ir detrás de ella. Estaba rabioso y dolido, y la dejé marchar. Pero, en cuanto la rabia remitió, me di cuenta de que no era culpa suya que yo estuviera dolido. Ella no podía evitar ser como era. Para entonces ya era demasiado tarde. Hacía tiempo que se había ido y yo no tenía ni idea de adónde.

Se volvió a mirar el mar y la brisa le alborotó el pelo. No se me ocurrió sentir celos de aquella mujer que le había robado el corazón. Su dolor parecía hondo y antiguo. En cambio, estaba deseando pasarle los dedos por las ondas de la cabeza, para tranquilizarlo.

—¿Quién era?

—Mi madre —contestó, inclinándose hacia delante—. Gracias a ella,

aprendí a no dejar escapar a las personas que quiero en mi vida. A mis amigos, a los que me importan —continuó, acariciándome los dedos con el pulgar—. Tú me importas, Aimee. Más de lo que imaginas.

Sus palabras me impactaron mucho. Empezó a acariciarme también el brazo. Se me electrizó la piel.

—Me alegro de que hayas venido. Y me alegro de que me hayas invitado a cenar. Esto es precioso.

Me enroscó un rizo suelto detrás de la oreja.

—Apuesto lo que quieras a que la comida no es comparable a la tuya, pero me alegro de estar aquí contigo.

—Aún no nos han traído la cena y ya la estás criticando.

Río.

—Como mucho fuera cuando viajo, pero estos últimos meses tú me has dado una comida para llevarme a casa todas las tardes. Cuesta probar algo nuevo cuando ya tienes lo mejor. —Se oscureció su semblante, un reflejo triste bajo el suave resplandor de la vela—. Sería una pena que no volvieras a Aimee's. Tienes demasiado talento como para desaprovecharlo. Hay que exhibirlo.

—¿Como tus fotos?

Asintió.

—Tus recetas tienen magia. Creo que has logrado lo que te proponías. Has creado una experiencia culinaria única y tus clientes repiten porque tu comida y tus cafés les hacen sentir bien. Es como *Amanecer en Belice* y las ganas que te dan de ir allí cuando lo ves. Los artistas de verdad provocan emociones con su obra. Tú, Aims, eres una artista.

Me ruboricé y agaché la cabeza. El piropo de Ian me dio muchas ganas de bailar y cantar, pero su inquietud me preocupaba.

—No voy a abandonar mi proyecto.

—¿Y Carlos? —me preguntó—. Es muy probable que sea James. ¿Y si no se quiere marchar de México? ¿Te quedarás con él?

No disimuló su temor. Estaba ahí, en su expresión, en la tensión de sus hombros. Tenía miedo de perderme.

—Espero no verme en esa tesitura.

Pero sabía que, al final, tendría que tomar una decisión.

Llegó la camarera con nuestra comida y, cuando terminamos, Ian pagó la cuenta, inspeccionó su cámara e hizo algunos ajustes. Observé la ondulación de la luz de la luna en el mar, con los clics y los pitidos de la cámara de fondo.

Se dibujó en mis labios una leve sonrisa. Siempre asociaría esos sonidos con él. Esa noche habíamos acordado no hablar de mi restaurante ni de su fotografía, pero, aun así, hablamos de trabajo, y no me molestó. Me encantaba la pasión que ponía en el suyo. Me encantaba...

Ian me hizo una foto. La luz del *flash* dispersó mis pensamientos.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, parpadeando.

—Estás preciosa. —Estudió la imagen digital—. Estabas contemplando el mar y me gustaba tu expresión. Era serena.

—Ah —dije, doblando la servilleta que tenía en el regazo.

—No te había visto nunca esa cara y quería capturarla.

Me enseñó la imagen. La vi de refilón antes de que apartara la cámara y me sentí como si mirara a una extraña.

—¿Cómo van tus fotos?

No había hecho muchas de paisajes, más bien de la cultura y las actividades de la zona. Fotos de personas.

—No tan mal como creía.

—Eso es porque eres buenísimo.

Encogió un hombro.

—No siempre me ha gustado mi trabajo.

En su rostro vi una mezcla de emociones. La inquietud le acentuó las patas de gallo. Le acaricié los dedos con el pulgar.

—Yo creo que a tu trabajo le gustas tú. Encuentras belleza donde otros no la ven o, mejor dicho, prefieren ignorarla. Tienes un don.

Volvió a tapar el objetivo.

—Algunas personas de aquí han accedido a que les hiciera fotos y a que las exponga después. ¿Te importa si expongo las que te he hecho a ti?

Me aparté.

—¿A mí?

—No las vendería. No puedo venderte —dijo, casi como si cayera de pronto en la cuenta. Dejó la cámara en la mesa—. Le pediré a Wendy que te mande un impreso de cesión de imagen cuando volvamos a casa. ¿Has terminado? —preguntó señalando el plato vacío. —Asentí—. Bien. Pues vamos a liarla por ahí —dijo con una picardía que me hizo reír.

Fuimos al salón a tomar una copa. Un mariachi tocaba en un pequeño escenario abierto al recinto de la piscina y cubierto por un toldo de lucecitas blancas.

Ian me agarró del brazo y me arrastró a la pista de baile mientras yo

chillaba.

—Es demasiado tarde para que me digas que no te gusta bailar —me gritó por encima del estruendo de trompetas.

—Yo no he dicho que no me guste bailar —le chillé yo al oído—. Me encanta. Es por la música, que es muy... muy...

—¿Vivaracha?

—¡Muy tipo polca!

Levantó los brazos y empezó a dar palmas por encima del hombro izquierdo, luego del derecho, con movimientos exagerados. Riendo como una boba, lo imité, di vueltas en círculo, con los brazos en alto. La falda del vestido se me levantó de los muslos. Me hizo una foto mientras bailaba.

—¡Para ya! —lo reprendí e intenté arrebatarle la cámara. Se apartó de mí. Me hiqué los puños en las caderas—. Teníamos un acuerdo. Guarda eso.

—No te muevas de aquí —me dijo, y se retiró a la barra donde charló con el barman, al que le entregó la cámara y algo de dinero. El barman guardó la cámara y se metió el dinero en el bolsillo.

Empezó a sonar una música más suave. Las trompas de latón emitieron notas seductoras. Las cuerdas de las guitarras pulsaron un ritmo que me instaba a mecer las caderas. Ian se acercó y nuestros ojos se encontraron desde extremos opuestos de la pista. Separé los labios. La intensidad y determinación de su mirada me dejó clavada al suelo. Salvó la distancia que nos separaba y me estrechó en sus brazos. Me recorrió un escalofrío y me invadió una especie de hambre. Me arrimé más.

Recorrió mi cuerpo con sus manos, muy despacio, y me cogió la cara. Paseó el pulgar por mis labios y me besó. Fue un beso apasionado, desesperado y tierno, todo a la vez.

Nos movimos por la pista, sincronizados. La música se volvió más fuerte, nuestros labios más descarados, nuestras lenguas se entrelazaron. Entonces recordé dónde estábamos y lo que hacía yo allí.

—¿Qué estamos haciendo? —le jadeé en la boca—. ¿Qué me estás haciendo?

Casi no podía controlar mis pensamientos.

—Besarte —me susurró él en los labios—. Quererte.

Me besó como ningún otro hombre lo había hecho y, hasta entonces, solo me había besado otro hombre que me importara, pero eso había sido hacía mucho tiempo y ya casi ni me acordaba de cómo sabían aquellos besos.

Estaba hecha un lío. Confundida con lo que Ian me estaba haciendo.

Confundida con lo que yo sentía por él. Y confundida con él. Tendría que estar apartándolo de mí. En cambio, me abrazaba a él.

Me acarició la espalda, con frenesí. Empezó a besarme por todas partes: la mandíbula, la barbilla, el cuello... Me pasó la lengua por el punto del pulso y me hizo hiperconsciente de cada centímetro de mi piel. Demasiado. Me aparté bruscamente.

—¿Por qué haces esto? —jadeé—. ¿Por qué ahora?

Sus labios se pasearon despacio por mi mejilla. Me mordisqueó la oreja.

—No podía competir con un muerto. Tú lo adorabas.

—Para no olvidarme de él —grité, desesperada. Estaba descontrolada.

Ian me hincó los dedos en el pelo y yo lo fulminé con la mirada.

—Está vivo, Aimee. Es de carne y hueso. Con eso sí que puedo competir.

—Esto no es un concurso, Ian. Yo no soy un trofeo.

Me miró con dureza.

—Tú jamás podrías ser un trofeo. Eres mucho más que eso para mí. Te mereces muchísimo más de lo que te quieres conceder.

Me encontraba bien. Estaba dispuesta a reventar solo con las sensaciones que su mirada me despertaba, por no hablar de la forma en que me acariciaba, del modo en que sus labios se enredaban con los míos. ¿Qué me estaba pasando?

«Apártate de él. Céntrate en el motivo de tu viaje.»

—Trabajas para mí —le dije, por decir algo.

—Pues me despido.

Ancló su boca con fuerza a la mía. Gimió. ¿O fui yo?

Le acaricié el pecho y noté que caía, que me olvidaba. De todo lo que me era conocido y me daba seguridad. «Madre mía, he venido aquí por James.» Lo aparté de un empujón, interrumpiendo nuestro beso.

Su mirada, oscura y tormentosa, se clavó en la mía. Me lo enseñó todo.

—Ian...

—Te quiero.

—... no.

—Quiéreme, Aimee.

Mi mundo se derrumbó.

—No puedo —dije, echándome a llorar, y hui del salón.

Encontré un rincón oscuro en el vestíbulo y me dejé caer en un sillón de mimbre. Me iba el corazón a mil y el pulso me retumbaba en los oídos. Ian no

había agrietado la coraza con la que yo me había protegido, la había dinamitado. La había hecho pedazos. Me había obligado a verlo.

Detecté movimiento en el vestíbulo. Ian se dirigía a los ascensores, desolado. Subía a su habitación y se había olvidado de la cámara.

Me levanté de un brinco y volví al bar, convencida de que el barman me la daría. Regresé a mi rincón del vestíbulo, incapaz de resistir la tentación de curiosear en las fotos que había hecho. Eran fenomenales, milésimas de segundo de vida capturadas en colores brillantes. Cada imagen tenía algo que contar, hasta las mías.

Me quedé mirando la fotografía que Ian me había hecho durante la cena y vi a alguien a quien no reconocía. De hecho, a alguien a quien hacía mucho tiempo que no veía. A mí. Relajada. Desprotegida. Enamorada.

Solté un suspiro. Se me tensó el estómago. Meneé la cabeza, no quería creerlo, pero la verdad me miraba desde aquella imagen. Cuando me había hecho la foto, yo estaba pensando en lo mucho que me gustaba la pasión que ponía en su trabajo. En lo mucho que me gustaba él.

«Ay, Ian.»

Apagué la cámara, fui corriendo a su habitación y llamé con fuerza a la puerta. Abrió de golpe y se me cortó la respiración. Me miraba furioso, con el torso descubierto, el pantalón del pijama descolgado por las caderas. Estaba perdida.

—¿Puedo pasar? —dije, enseñándole la cámara. Abrió un poco más la puerta y la dejó abierta después de que yo entrara. Me descolgué la cámara del cuello, pero no se la di. Aún no—. He mirado tus fotos —confesé.

Se oyeron unas carcajadas fuertes por el pasillo. Los trasnochadores que volvían a sus habitaciones. Ian dejó que se cerrara la puerta y cruzó los brazos, tensando los músculos del cuello. No estaba contento.

Tragué saliva.

—Lo siento, pero una vez he empezado no podía parar. Sé que no te gusta exponer retratos. Hay algo en ellos que te incomoda. Lo entiendo. Pero tu obra es asombrosa. Más que brillante. —Me humedecí los labios y me atreví a acercarme un poco más—. Me conmueve. —Hizo ademán de coger la cámara. Yo di otro paso adelante—. Tú me conmueves.

—Aims —gruñó—. No puedo seguir con esto. No puedo empezar y que luego me rechaces. Prefiero que sigamos siendo amigos si tú no me quieres de ese modo. Dame la cámara.

La dejé en una silla.

—No te voy a rechazar.

Nos miramos. Se le tensó la mandíbula. Fue la única advertencia que me dio. Estaba de pie junto a la puerta y de pronto lo tenía completamente pegado a mí, con los dedos enterrados en mi pelo, la boca anclada a la mía. La tormenta que había despertado en él hacía un momento se apoderó de su ser.

Le acaricié el pecho y enrosqué las manos en su cuello, en su cabeza. Las suyas me recorrieron los hombros y descendieron por mi espalda. Me desabrochó el vestido. La prenda cayó al suelo y él la siguió, y me bajó las braguitas. Luego se irguió delante de mí y yo no podía dejar de tocarlo. Su pecho terso, la marcada curva de su espalda. Estaba duro donde yo estaba blanda, era fuerte donde yo era débil. Era mi amigo y yo no podía evitar enamorarme de él.

Me cogió los pechos y yo hice un aspaviento, luego me empujó a la cama hasta que me tuvo sentada al borde. Se hincó de rodillas y, apoyando las manos en mis muslos, me separó las piernas. Estaba abierta a él, expuesta, y nuestras miradas se encontraron. Última oportunidad para parar. Última oportunidad para decirle que aquello no era lo que quería. Que no era él a quien quería.

Pero sí lo quería. Lo quería todo de él.

Asentí. Gimió, con un gruñido primitivo, y bajó la cabeza. Grité al contacto de su lengua, con las caricias de su boca. Le agarré con fuerza la cabeza, arrimándolo a mí, y sucumbí. De pronto desapareció.

Abrí los ojos de golpe y me lo encontré delante, bajándose los pantalones. No había duda de lo mucho que me deseaba.

Se subió a la cama, me arrastró hasta las almohadas, y se instaló encima de mí. Alargó la mano a la mesilla y abrió el cajón.

—¡Ian! —grité.

—Estoy aquí, nena —me susurró al oído. Lo oí romper un precinto. Se revolvió, se recolocó y me penetró hasta el fondo—. Te quiero —me dijo, y empezó a moverse. Me aferré a él, casi incapaz de digerir las sensaciones que se propagaban por mi cuerpo, por mi interior—. Ríndete a mí, Aimee. Te estoy esperando. —Empujó más fuerte y yo lo dejé que me tocara el alma—. Déjate llevar, nena.

Y lo hice, me deje llevar, estremecida, y él me estaba esperando.

Abrí los ojos despacio y exploré la habitación. La de Ian. Yo estaba

tumbada bocabajo, escuchando su respiración. El ritmo uniforme me resultaba reconfortante e imaginé despertar a su lado todas las mañanas. Se dibujó en mis labios una sonrisa.

Era temprano, solo una pizca de luz se colaba por el balcón entreabierto y yo estaba completamente despierta. Había dormido profundamente, mejor que en muchos meses. Ian me había hecho el amor hasta bien entrada la noche, le había hecho cosas a mi cuerpo que jamás había creído posibles y cosas a mi corazón que jamás había soñado. Al recordarlas, el cuerpo entero se me azoraba bajo las sábanas.

Entonces entró en la habitación la realidad, y la euforia del sexo de la noche anterior se evaporó como agua en una parrilla caliente. Había traicionado lo que sentía por James. Me había traicionado a mí misma.

Empezaron a rodarme las lágrimas por las mejillas y salí de la cama procurando no sacudir el colchón. No me atrevía a mirar a Ian. No me atrevía a ver lo guapo que imaginaba que estaría por las mañanas, con el pelo revuelto y sexi. Vulnerable.

Me vestí con sigilo, cogí mis sandalias y salí de la habitación. Pero antes de que se cerrara la puerta, lo miré de reojo. Él me miró desconcertado y a mí se me partió el corazón en dos. Una parte era de James, la otra se la dejé a Ian.

Capítulo 23

Llegué a «El estudio del pintor» quince minutos antes de la clase porque estaba cansada de deambular por la playa. Me había marchado del hotel antes de que Ian pudiera venir a buscarme. Le había hecho daño y no estaba preparada para enfrentarme a lo de la noche anterior.

Sin embargo, todo me recordaba lo que habíamos hecho. La falda del vestido me rozaba las zonas donde él me había tocado, aún sensibles. El aire salobre me sabía a su piel y la caricia de la brisa en mi cuello era como sus besos.

Ian me había hecho alcanzar cimas a las que yo no me había atrevido a subir con nadie más. Entonces me había dejado llevar como me pedía y lo había invitado a entrar en mi corazón.

Aunque yo supiera que lo habría dejado entrar mucho antes de viajar a México, ese no era su sitio. Se suponía que debía reservar mi corazón para James. Él era la razón por la que yo estaba allí.

Una mujer joven me saludó cuando entré en la galería. Levantó sus ojos de color café y soltó la novela de bolsillo que estaba leyendo.

—¡Hola! ¿Qué tal? —me dijo en español.

—Muy bien, gracias —le contesté yo en su idioma con una sonrisa de disculpa—. Perdón, pero no hablo español —seguí en el mío.

Abrió mucho los ojos.

—Usted es la bonita americana de la que Carlos me ha hablado.

—¿Yo? —dije, sorprendida, señalándome el pecho.

Soltó una risita.

—¡Sí! A lo mejor no debería haberle dicho nada, pero Carlos me ha mencionado más de una vez que venía usted esta mañana. —Rodeó el escritorio y me estrechó la mano—. Soy Pía. Trabajo aquí los sábados porque él nunca viene a la galería en fin de semana —me comentó, haciendo hincapié

en «nunca» con las manos—. Sí, debe de ser usted importante para él.

Interesante.

—¿Por qué lo cree?

Me pasé el bolso al otro brazo. Me temblaban los dedos. Estaba nerviosa e impaciente por ver a Carlos.

—Los sábados son para pintar y para correr —dijo, arrugando la nariz—. Corre. Mucho.

—¿Se está preparando para un maratón?

—¿Se lo ha contado? —me preguntó sorprendida, luego me miró de la cabeza a las sandalias—. Carlos no la entiende a usted: quiere que él le dé clases, pero no le gusta pintar. Yo creo que no la entiende porque no se la quita de la cabeza —dijo, dándose golpecitos con un dedo en la sien—. ¿Cómo es eso?

La miré con cara de circunstancias.

—¿No sé a qué se refiere?

Entornó los ojos.

—¿Por qué quiere pintar? Le gusta Carlos, ¿verdad?

—Es un pintor extraordinario. —Y me gustaba, sí. No, lo quería.

Tendría que haber dejado la cámara de Ian en el bar, así no habría ido a su habitación. «¡Madre mía!» Aún llevaba el anillo de compromiso de James.

—Carlos es un pintor extraordinario —repitió Pía—, pero no los sábados. Sí, le gusta usted. Me alegro mucho por él. Ha estado muy triste desde que perdió... —Se dio una palmada en la frente—. Uy, uy, uy, que estoy hablando más de la cuenta, como de costumbre, pero me cae usted bien, así que me voy a callar. Carlos está arriba. Vuelva a salir al patio —dijo, señalando la salida— y suba las escaleras que hay nada más cruzar la puerta de la izquierda.

—Gracias —dije—. Encantada de conocerla.

—¡Diviértase! —me gritó al tiempo que la puerta se cerraba a mi espalda.

Entré en el portal que me había indicado y subí la escalera estrecha, que desembocaba en una estancia bañada de luz natural. El techo estaba salpicado de claraboyas. Había, además, ventanales que daban a la calle de abajo y por los que el mar azul se veía como una línea fina encima de los tejados. Decoraban las paredes pinturas hechas con materiales diversos: pastel, óleo, acrílico, tinta y carboncillo. La sala estaba llena de filas de caballetes, alineados como pupitres y presididos por otro, el de Carlos.

Lo llamé. No contestó. ¿Dónde estaba?

No sabía bien qué esperar. No me gustaba pintar, pero quería pasar tiempo con él. Para observarlo y verlo trabajar. ¿Sería zurdo también? ¿Organizaría sus pinceles por tamaño y tipo de pelo? James lo hacía así.

Al fondo había tres puertas, la primera completamente abierta, donde se veía una especie de armario almacén repleto de tubos de pigmentos, pinceles, latas de aguarrás y lienzos en blanco. Probé a abrir la puerta del centro, pero estaba cerrada. Sintiéndome como Ricitos de Oro, en busca de «la puerta correcta» de la habitación en la que estaba Carlos, probé con la tercera. Se abrió. La estancia era aún más luminosa que la sala principal y entorné los ojos hasta acostumbrarme.

En el centro había un caballete, junto a una mesa cargada de tubos de pintura y paños sucios. En latas, tarros y tazas había pinceles y espátulas. Apoyados en la pared más próxima, un montón de lienzos, algunos terminados, otros con escenas abandonadas a medio hacer. El estilo me recordaba mucho al de James. Supe enseguida que los había pintado Carlos. Aquel era su estudio particular.

Me adentré más en la sala y me detuve en seco. Un súbito frío me heló las entrañas, que me ardieron como te arde el esófago cuando te tragas un montón de pastillitas de menta. Apoyadas en la pared del fondo, detrás de la mesa e imposibles de ver desde la puerta, estaban las pinturas robadas de James.

«¡Madre mía!»

¿Cómo habían llegado allí? ¿Cuándo habían llegado allí?

Nerviosa, eché un vistazo alrededor. Salvo por las pinturas más recientes de Carlos, todas las demás eran de James. Todo menos la mujer pintada en el lienzo del rincón más retirado de la sala, que me atraía con sus ojos de color azul Caribe.

¡Mis ojos!

Habría una decena de pinturas de esa mujer, ninguna de ellas visible, salvo que entrases hasta el fondo de la sala. Dudaba que Carlos invitara a nadie a su estudio. No quería que vieran esas obras.

Estudié detenidamente a la mujer en el primer lienzo. Los ojos almendrados y las cejas bien perfiladas me recordaban a mí, pero el azul de los iris no era del todo correcto. Pasé al siguiente. Estaba pintada desde un ángulo distinto, como si Carlos la viera desde arriba. El pelo y las sombras de los ojos seguían recordándome a mí.

Revisé los lienzos como si fueran carpetas de un archivo. El color de los ojos de la modelo se iba alejando del mío cuanto más al fondo del montón estaba el lienzo y más antigua era la pintura. En cada una la había hecho distinta, como si la hubiera visualizado pero no lograra el color perfecto en el lienzo. Eran réplicas defectuosas de mí. Igual que su firma no era del mismo azul exacto que la de James.

¿Por qué me había estado pintando Carlos si no me recordaba? ¿Por qué negaba que era James?

Empezó a sudarme todo el cuerpo. Se me pegaban a la nuca los mechones de pelo empapados. Con la cabeza hecha un lío, mirando a todas partes, reparé de pronto en el lienzo sujeto al caballete. Era otra versión de mí. Esa tenía los ojos idénticos, en forma y color, a los míos.

¡Porque Carlos me los había visto!

Y yo había creído que su confusión del otro día, cuando me había levantado las gafas de sol y le había suplicado que me recordara, había sido fruto de mi imaginación.

En la mesa vi un bote de plástico con una mezcla personalizada de pintura. Desenrosqué la tapa y se me escapó un sollozo. Carlos por fin lo había logrado: el azul Caribe de James.

«¡Ay, James! Te he encontrado.»

Observé algunas otras cosas por la sala. Tubos de pintura apretados por el centro como si fueran de pasta de dientes. Pinceles limpios ordenados por tamaño y tipo de pelo. Los útiles y los materiales colocados a la izquierda del caballete porque era zurdo. Exactamente igual que James.

Oí que corría agua en la habitación de al lado, la de la puerta cerrada. Se movió el picaporte, crujió la puerta y apareció Carlos. Titubeó, sorprendido.

—¿Te importaría explicarme esto? —le dije, señalando el caballete.

Apretó la mandíbula y miró el bote de pintura que yo tenía en la mano. Seguramente no dejaba entrar a sus alumnos en su estudio y mi presencia allí lo había pillado por sorpresa, pero la puerta abierta me había invitado a pasar y me había permitido ver la imagen que lo atormentaba de una vida que no recordaba o que había decidido olvidar.

Se me agarrotaron los dedos de la mano con la que sostenía el bote. ¿Y si James no había querido casarse conmigo? ¿Y si había preferido el arte a mí? ¿Y si las exigencias de su familia con la empresa lo habían obligado a renunciar a todo, también a mí? Había robado sus propias pinturas, fingido su muerte y se había mudado. Empezado de cero.

Sabía que, en el fondo, mis pensamientos no se sostenían. No tenían sentido, salvo uno: que James no me había querido.

Al caer en la cuenta, abrí mucho los ojos y diecinueve meses de lágrimas reprimidas empezaron a rodar por mis mejillas, lágrimas grandes, gruesas.

Carlos se frotó la cara con ambas manos. Recorrió con la mirada la estancia y posó los ojos en mí.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Maldije profusamente—. ¡Todo! Estoy confundida. —Me limpié como puede las lágrimas en los hombros—. Me alegro de haberte encontrado y me entristece que te fueras. ¡Joder! —Lo miré ceñuda—. ¿Qué demonios haces aquí, James?

Se agarrotó.

—No soy James.

—Entonces explícame esto —dije, señalando mi imagen en el caballete—. Y esto —dije, refiriéndome a los lienzos de James apoyados en la pared—. ¿Puedes decirme por qué ninguna de estas escenas es de sitios de México? ¿Sabías que son de California? ¿No te parece raro?

Me miró furioso.

—Para empezar, este es mi estudio. Es privado. En segundo lugar, estas pinturas no son asunto tuyo, maldita sea.

—¿Lo son si me estás pintando a mí! —estallé.

—¡Esa no eres tú! —me replicó indignado—. No te conocía hasta hace dos días. Es... —Maldijo, rodeó el caballete y señaló el lienzo—. Sueño con esa mujer casi todas las noches. Es el mismo condenado sueño una y otra vez... —Se le quebró la voz y miró a otro lado. Se sentía incómodo, quizá avergonzado. Puede que incluso furioso consigo mismo al recordar que nada de aquello era asunto mío—. No le he hablado a nadie de ella. Ni siquiera... —Calló y negó con la cabeza.

—¿Te has preguntado por qué sueñas con ella? —le dije.

—Constantemente.

—¿Has intentado encontrarla?

—No existe —dijo, y se le inflaron las aletas de la nariz.

—¡Claro que existe! ¡La tienes aquí! —exclamé, golpeándome el pecho.

Su mirada se endureció. Noté que, bajo su exterior duro, se estaban produciendo turbulencias, rabia por que yo hubiera entrado en su dominio particular, trenzada de incertidumbre. Me aferré a ese sentimiento y seguí su mirada hasta donde tenía clavados los ojos: la pintura del caballete. La mujer

lo dejaba perplejo.

—Mezclaste este color por primera vez en Stanford —dije, sosteniendo en alto el bote de pintura azul, una réplica exacta del de mis ojos—. Querías que hubiera algo en todos tus cuadros que te recordara a mí. Igual te parece una cursilada, pero nunca nos habíamos separado más de unos días. Nos costaba mucho estar lejos mientras tú estudiabas en la universidad. Usabas este color en la firma de tus obras, como has hecho con las pinturas de abajo. Este es el color que has estado intentando conseguir —dije, agitando el bote, y la mezcla pastosa chapoteó en el interior—. La única razón por la que has logrado este azul es que por fin, como Carlos, me has visto los ojos.

Me miró como si me viera por primera vez. Recorrió con la vista cada centímetro de mi cuerpo hasta llegar a mi rostro. No dijo nada. Dejé el bote de pintura en la mesa.

Carlos tragó saliva.

—¿Qué le pasó? —me preguntó.

Rasqué con la uña la mesa de madera e inspiré hondo.

—James fue a Cancún de viaje de negocios para llevar a pescar a un cliente. Hubo un accidente con el barco y él desapareció. Su hermano repatrió sus restos cuando por fin encontraron el cadáver. El funeral se celebró el día de nuestra boda, hace diecisiete meses.

Me volví hacia la ventana y me quedé mirando al mar, más allá de las azoteas.

—¿Por qué sigues intentando averiguar si está muerto? —me preguntó Carlos a mi espalda—. ¿Y por qué aquí, si murió en la otra punta del país?

—Tenía motivos para creer que no habías muerto y alguien... me dijo que... estabas aquí. —Me volví hacia él—. No sé exactamente qué te pasó en la cara para que estés diferente, ni a tu memoria para que me hayas olvidado, pero te he encontrado. He localizado las obras desaparecidas y he visto tus pinturas de mí. Eres James. Solo que no sé cómo ayudarte a reencontrarte con tu verdadero yo. ¿No recuerdas nada de nosotros? ¿Nada en absoluto? —Negó con la cabeza—. Entonces, ¿volverás a casa conmigo? A lo mejor un entorno familiar te ayude a recordar, a recobrar la memoria...

Guardó silencio, con los labios muy apretados. Pero yo sabía que su cabeza estaba haciendo horas extra. ¿Intentaba recordar? ¿Buscaba algo en mí que le resultara familiar?

—Di algo, por favor —le supliqué.

Cerró los ojos un momento, borrando la incertidumbre y las dudas que yo

había visto reflejadas en ellos.

—Lamento tu pérdida, pero yo no soy James. No puede ser. Tengo una vida aquí, amigos. Familia. Mi hermana Imelda...

Hice un aspaviento.

—¿Imelda Rodríguez?

—¿La conoces?

—Sé quién es —gruñí, sorprendida de que todo encajara.

¿Qué estaba pasando?

«Piensa, piensa, piensa.» Me froté las sienes.

Carlos cruzó los brazos sobre el pecho e inspiró hondo.

—Creo que deberías irte.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tienes que irte. Ya —me ordenó.

Me mantuve firme dos minutos. Él ni se inmutó, ni cambió de opinión, tozudo como lo había sido siempre. Al ver que no decía nada más, crucé la estancia y me detuve en la puerta.

—No sé lo que te habrá contado Imelda, pero no es tu hermana. Tú tienes un hermano y se llama Thomas. Y también tienes una prometida.

—Te equivocas.

—Esta vez tengo toda la razón.

Huí de él y corrí a la playa. Necesitaba aclararme las ideas. Hundida en la arena, volví la cara hacia el viento, con la esperanza de que la brisa se llevara mi dolor. El dolor del rechazo, de la traición y de todo lo que habíamos perdido.

Capítulo 24

Poco después, volví al hotel y pedí un mai tai y dos chupitos de tequila en el bar de la playa. Me los bebí de golpe y me derrumbé en una tumbona, cerca de la orilla, donde esperé a que me hicieran efecto. La había cagado con Carlos y había jodido a Ian de forma espectacular. Carlos no quería volver a verme y con toda seguridad Ian andaba buscándome, preocupadísimo. Dormir me apetecía mucho más que encarar el desastre que había montado.

Me volví bocabajo y acaricié la arena con los dedos, ahondando más para llegar a la parte fresca. La amasé con los nudillos como cuando hacía pan y mi mente imbuida de alcohol me trasladó a la cocina de Aimee's. Yo estaba al lado de Mandy, riendo, planificando el menú del día mientras preparábamos la masa de los productos de la mañana. El aire salobre de la playa me recordó la sal marina con la que solíamos espolvorear los hojaldres; la arena entre mis dedos era tan suave como la textura sedosa de la masa que se deslizaba bajo las palmas de mis manos. Como la masa que mamá me había enseñado a hacer. Y al pensar en mamá, mi mente se retrotrajo aún más. Volví a su cocina, donde el aroma a pastel de manzana recién hecho impregnaba el aire y yo estaba sentada en un taburete al lado de un chico al que conocí. Él me regaba la cabeza de cristalitos de azúcar. Polvos mágicos para la memoria. Me dijo que yo jamás lo olvidaría.

«Ojalá valiera también para él.»

Lloré, apretando fuerte los puños, haciendo que la arena desbordara entre mis dedos como si fuera masa. Al poco, mis sollozos remitieron, el atontamiento se apoderó de mí y mi cuerpo sucumbió al sueño.

Cuando desperté, grogui y desorientada, subí sin fuerzas los escalones del hotel con la intención de seguir durmiendo unas horas más en mi habitación. No podía pensar con claridad y, de momento, eludir mis problemas me parecía mejor plan.

Atajé por la piscina en dirección al vestíbulo principal.

—¡Aimee!

Me sobresalté. Ian cruzaba el recinto a toda prisa. Apreté el paso. Me adelantó corriendo y se interpuso en mi camino.

—Te has ido.

Le miré el pecho.

—Lo de anoche no debería haber ocurrido.

—¡Chorradas! —Se pasó ambas manos por el pelo y bajó la voz—. Mírame. Por favor.

Levanté la cara. El rechazo enmascaraba su rostro y lloré por dentro. Yo le había hecho eso. Estuve a punto de acariciarlo, pero no lo hice.

—Ha sido un error, Ian. Lo siento. Olvídate de que ha ocurrido.

—Ha sido la mejor noche... —Tragó saliva y miró por encima de mi hombro. Infló las aletas de la nariz antes de volver a mirarme. Las arrugas de su rostro se acentuaron—. Nunca lo olvidaré.

Yo tampoco. Pero tenía que terminar lo que había empezado. Necesitaba respuestas sobre lo de James.

—¿Has estado con él?

—No puedo hacer esto ahora, Ian —dije, señalándonos a los dos—. He venido aquí por James. Siempre ha sido por James.

—¿Cuándo será por Aimee? —Apreté los dientes. También era por mí—. Ven un momento, quiero enseñarte algo.

Me agarró de la mano y me llevó hasta una mesa bajo una sombrilla. Tenía el portátil abierto. Me ofreció una silla para que me sentara y se sentó en la de al lado. Apartó el portátil y giró la silla para mirarme.

—He encontrado las obras desaparecidas de James —espeté. Tomó una bocanada de aire, sorprendido—. Estaban en la planta de arriba, en el estudio particular de Carlos. —Rasqué con la uña la pintura desconchada del brazo de la silla—. Él no se acuerda de mí y se comporta como si no hubiera perdido la memoria. Me he ofrecido a ayudarlo y me ha pedido que me fuera. Además, me ha dicho que Imelda es su hermana. No entiendo qué le pasa.

Ian se frotó la barbilla.

—¿Qué te he contado yo de mi madre?

Me aparté.

—¿Qué tiene que ver ella con James? —Me miró fijamente. Yo me escurrí aún más en la silla—. No mucho. Solo que tenía problemas psiquiátricos.

—Tenía TID, trastorno de identidad disociativo, lo que antes se conocía como personalidad múltiple. Mamá tenía dos. Sarah, su identidad dominante, era mi madre. Luego estaba Jackie. —Se pasó las manos por los pantalones y se recolocó en el asiento—. Me daba un miedo terrible. En cierto sentido, era una especie de Jekyll y Hyde. Nunca sabía con cuál me encontraría al volver del colegio.

—¿Jackie te hizo daño alguna vez?

—Daño físico, no, pero me odiaba a mí y odiaba a mi padre. No se consideraba casada, así que se iba de casa a menudo, varios días, con algunas crisis. Yo tenía que aprender a apañármelas solo si papá estaba de viaje por trabajo.

—Tu madre debía de sentirse fatal abandonándote así.

—Así era, cuando le contaba lo que había hecho o le enseñaba sus fotos.

—¿No se acordaba? —pregunté extrañada.

—Sarah no tenía recuerdos de los momentos en que Jackie era la personalidad dominante y Jackie no sabía absolutamente nada de Sarah. Lapsus totales, ambas. En pocas palabras, eran dos personas distintas. Incluso hablaban de forma diferente.

Le agarré la mano.

—Eso tuvo que ser horrible para ti.

Me dedicó una sonrisa agrídulce.

—Mi madre es la razón por la que no hago retratos. Me pedía que le hiciera fotos cuando aparecía Jackie. Quería saber qué aspecto tenía su álter ego, cómo vestía y cómo se peinaba. Qué hacía.

»Mis fotos siempre pillaban a Jackie en sus peores momentos. Mamá las odiaba y yo odiaba a la persona que veía en ellas. Se ven muchos más detalles en una imagen ampliada y colgada en la pared que en una miniatura. Incluidas las mierdas que la gente intenta ocultar. Lo reflejan sus ojos.

—¿Qué le ocurrió?

—No lo sé. —Miró por encima de mi hombro, abstraído—. El día que Laney me encontró llevaba una semana solo. Mamá y yo habíamos estado de compras. Por entonces vivíamos en Idaho. Allí coges el coche y no ves nada más que campo en kilómetros. En una rotonda, en medio de la nada, Sarah se fue y apareció Jackie. Me miró por el retrovisor y pronunció tres palabras: «Baja del coche». No hizo falta que dijera más. Me bajé tan rápido que ni se me ocurrió pensar que no tenía forma de volver a casa. Solo quería alejarme de ella.

»Laney estaba en la cafetería donde se habían reunido mi padre y los policías que me buscaban para estudiar un mapa de la zona. Trataban de ver dónde les quedaba por mirar. Ella estaba allí con su familia y se ofreció a ayudar. Los policías se rieron cuando les dijo que era vidente, pero papá estaba dispuesto a aceptar toda la ayuda que pudiera conseguir. Ella los condujo directamente a mí. Me encontraron sucio y muerto de hambre porque había estado escondido en una cuneta. No quería que Jackie me encontrara. Mamá volvió a casa dos días después que yo.

»Papá buscó un especialista con la esperanza de acabar con Jackie. El médico le contó que mamá había sido víctima de abusos graves de niña y que pensaba que eran la causa de su TID. A nivel emocional, se había distanciado de su trauma. Jackie llegó a los pocos meses de que yo naciera. Con los años, su alternancia entre personalidades fue haciéndose cada vez más frecuente. El médico le dijo a papá que criar a un niño le generaba demasiado estrés. Mamá debía abandonarnos si quería recuperarse. No he vuelto a verla desde entonces.

—Por eso buscas a Lacy, o sea, a Laney —dije—. Quieres que ella te ayude a encontrar a tu madre.

Asintió con la cabeza.

—La echo de menos.

—Espero que la encuentres —dije, apretándole la mano.

—Algún día —dijo, retirándola y tamborileando con los dedos en la mesa—. El caso es que he estado pensando en lo que me dijiste el otro día de que Carlos no parece consciente de haber perdido la memoria. Me recordó a mi madre. No creo que él tenga amnesia —dijo, y se acercó el portátil.

—¿Crees que tiene... cómo lo has llamado... identidad disociativa...?

—No...

—Entonces, ¿qué demonios le pasa? —pregunté impaciente—. Tiene que ser amnesia. No se acuerda de mí.

—Ni de su verdadero nombre, ni de nada de su vida anterior. Amigos, familia, nada. Apuesto a que Carlos no sabe absolutamente nada de James, ¿a que no?

—Me parece que no.

Siguió tamborileando, esa vez en el portátil.

—Creo que sufre una fuga disociativa.

—¿Una qué? No...

—Escúchame —dijo, levantando una mano para callarme—. No puedo

demostrar que sea eso lo que le pasa, es solo una conjetura. Tendrías que preguntarle a un especialista, o quizá al propio Carlos, pero a mí me parece que es una fuga. La disociación se produce como consecuencia de un trauma grave. A James le pasó algo cuando vino a México. Fuera lo que fuese, su mente se cerró y lo borró todo. Más o menos como lo que le pasa a un ordenador cuando falla y se borra toda la información del disco duro —añadió, dando unos toquecitos a su portátil.

—¿Y cómo lo voy a ayudar?

—Dudo que puedas —dijo, y su mirada se ablandó.

Pensé en la propuesta que le había hecho a Carlos.

—El entorno familiar ayudaría, ¿no?

—Con la fuga, no hay garantías de recuperación. Los que la sufren suelen recobrar la memoria a las pocas horas de perderla. A veces tardan días y los recuerdos vuelven tan de repente como se habían ido —dijo, chascando los dedos.

—Pero él lleva así casi dos años.

—Hay casos en los que la disociación dura años. Incluso casos extremos en los que los síntomas perduran... bueno, por tiempo indefinido. Lo siento, Aimee.

Me acercó su portátil. Vi fundirse en negro la pantalla cuando el equipo entró en reposo.

—¿Puede que jamás recobre la memoria?

Suspiró.

—Creo que deberías prepararte para la posibilidad de que James se haya ido indefinidamente. —Negué rotundamente con la cabeza—. Con el TID, existen dos o más personalidades, pero se van alternando —me explicó—. No es el caso de la fuga. La identidad anterior se pierde y se crea una nueva. Salvo que alguien le diga a esa persona lo que pasa, la nueva identidad no tiene ni idea de que es un reemplazo. Eso explicaría por qué James, o sea, Carlos, no ha intentado recobrar la memoria. No sabe que es James y me da la impresión de que nadie se lo ha dicho. Aimee —dijo, poniéndome una mano suavemente en la rodilla—, es muy probable que James ya no exista. En cierto sentido, está muerto.

Me zafé de su mano. Estiró los dedos y se apoyó en la mesa. Tenía sentimientos encontrados, se lo notaba en cómo apretaba los puños y luego inspiraba hondo varias veces. Se debatía entre acariciarme y mantener la distancia. Yo necesitaba esa distancia para pensar con claridad.

Me froté la frente.

—¿Cómo puede haber desaparecido James si hay restos de él en Carlos? Le conté lo de la pintura de la firma y le hablé de las visiones que Carlos tenía. Llevaba meses intentando pintarme.

—No soy un especialista. No te puedo contestar.

Su teoría me sonaba demasiado surrealista y trágica. No estaba preparada para resignarme.

—¿Y si consigue recobrar la memoria?

—Ahí es donde se complican las cosas. Si la recobra, cosa que parece bastante improbable porque lleva mucho tiempo así, se sentirá tremendamente confundido, sobre todo por el lapso temporal.

—¿Qué lapso temporal?

—El que se producirá cuando vuelva James. Al hacerlo, Carlos desaparecerá, junto con todos sus recuerdos.

—¿No recordará nada de su vida en México? —pregunté espantada.

—Para él será como si te hubiera dejado ayer. No sé qué más decirte, pero esto es algo que deberías estudiar, investigar. Te he dejado unas páginas abiertas —dijo, despertando el portátil del reposo—. Y Aimee... —Levanté la vista del monitor. Ian miró con recelo hacia el vestíbulo del hotel—. Ándate con sumo cuidado. La fuga es un recurso de la mente para protegerse de algo que no es capaz de procesar o que le resulta muy doloroso. A James lo han dejado aquí, lejos de su familia y de sus amigos, por alguna razón. A alguien no le interesa que recobre la memoria, pero me parece que él ya está indagando.

—¿A qué te refieres?

—Mi reunión con Imelda se ha interrumpido de pronto. Carlos está con ella.

Ian se levantó de la silla y se despidió.

Yo me puse de pie como un resorte.

—¿Adónde vas?

—Al vestíbulo —dijo, señalando con el pulgar—. Puede que consiga pillar a Imelda cuando Carlos termine de hablar con ella.

—Voy contigo —le dije, y agarré el bolso.

Se plantó delante de mí.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

Me agarró de los brazos. Me sentí como si me atacara.

—Te acabo de soltar muchísima información. Tómate tiempo para procesarla.

—Quiero hablar un momento con Imelda.

—No seas impulsiva. Ahora mismo estás demasiado afectada.

—¡Chorradas! ¡Ella ha abusado de él!

Me miró espantado, sorprendido por mi arrebató. Me importaba una mierda. Ella le había robado a James casi dos años de su vida, de nuestra vida juntos.

Ian me apretó aún más fuerte.

—No tienes la certeza de que eso haya sido así.

—¡Ni tú de que no! —grité, forcejeando con él.

—No estás siendo razonable. Piensa, Aimee. Dudo que Imelda sea la única persona que haya jodido a James.

Apreté mucho los labios.

—Thomas.

Tenía que estar implicado y habría apostado mi restaurante a que había estado al tanto del paradero de James y de sus pinturas todo ese tiempo.

Ian me miró con franqueza. Estaba pensando lo mismo que yo.

Me dio un subidón de adrenalina. Me tembló el cuerpo entero. Necesitaba respuestas.

—Tengo que hablar con Imelda. Ahora.

—No te arriesgues a espantarla. Habla con ella cuando estés tranquila.

Me clavó los dedos en los hombros y un torbellino de emociones le afeó el rostro. Percibí su necesidad de estrecharme fuerte contra su pecho y sacarme inmediatamente de allí. Alejarme del hombre que me apartaba de él.

Consiguió mantener la distancia, con los codos pegados al cuerpo, pero lo notaba a kilómetros de mí. Ya se estaba resignando.

—Sé que te cuesta, pero deja que Carlos hable tranquilamente con ella —me dijo—. Hasta que has aparecido tú, probablemente nunca haya tenido motivo para sospechar que lo había engañado. Aprovecha este tiempo para comprender mejor a lo que te enfrentas. Lee artículos. Prepara una lista de preguntas que quieras hacerle a Imelda. Piensa en lo que vas a decirle a Thomas cuando vuelvas a verlo.

Yo daba vueltas en un círculo pequeño. Él me miraba con recelo.

—¿Quieres un poco de agua? Voy a buscarte un vaso.

—No. No quiero agua.

Miré a regañadientes su portátil. Mi mitad sensata comprendía que debía hacer lo que él me proponía: serenarme, leer y hacer preguntas después.

—Muy bien. Pues... —Se pasó enérgicamente los dedos por el cuero cabelludo. El pelo, aclarado por el sol, se le puso de punta—. Ven a buscarme cuando estés preparada. Te acompañaré al despacho de Imelda.

Lo vi entrar en el vestíbulo y tuve que refrenarme para no salir corriendo detrás de él. Sentí una súbita necesidad de ahogarme en la compasión que me ofrecía desinteresadamente, de protegerme de la locura de la situación de James. También me apetecía ir a buscar iracunda a Imelda y exigirle que me explicara qué demonios le había hecho a mi prometido.

Pero con eso no iba a conseguir nada, como habían demostrado mis actos de esa mañana. Atendiendo a la sugerencia de Ian, procuraría no ser impulsiva. Ya me había plantado en México sin investigar nada primero, y eso era precisamente lo que debía hacer en ese momento. Debía entenderlo todo antes de hablar con Imelda y plantarle cara a Thomas. Sobre todo quería estar preparada antes de abordar a Carlos o me despacharía otra vez.

Me senté en la silla, desperté el portátil de Ian y me quedé pasmada. Tenía más ventanas del navegador abiertas de las que yo podía contar, apiladas unas sobre otras como tortitas.

Por lo que me había contado, la pérdida de memoria de James no era el resultado de un traumatismo. Era psicológica, debida a algo tan insoportable que no había podido superar. Su mente lo había sacado de la situación borrándolo todo. Luego, como un disco duro vacío, había ido almacenando datos nuevos en forma de nueva identidad.

La de Carlos.

O, para ser exactos, la de Jaime Carlos Domínguez.

Alguien tenía que haberle creado esa vida. Sus iniciales no eran coincidencia. Pensé en Imelda y en lo que le podía haber contado a James mientras se había sentido perdido y confundido y su mente tan vacía había absorbido toda la información que le habían proporcionado. Pensé en Thomas. ¿Por qué habría hecho algo tan ruin como fingir la muerte de su hermano?

«¿Qué te pasó, James?»

Exploré los artículos, digiriendo la información tan rápido como mis ojos podían devorar las palabras. Hice clic en enlaces, abriendo más páginas mientras guardaba otras en mis favoritos. Le pediría a Ian que me enviase los enlaces por correo electrónico y luego me lo volvería a leer todo.

Leí también lo que Ian me había explicado sobre el estado de fuga, que James sufriría una amnesia absoluta durante el periodo de fuga y, cuando recobrarla la memoria, olvidaría todo lo que había vivido como Carlos.

Si la recobraba.

Leí que algunos pacientes que habían sufrido fugas de años trabajaban constantemente por recuperar su identidad original. Era conscientes de su trastorno. James no.

O al menos no lo había sido hasta que había aparecido yo.

Nadie le había revelado su verdadera identidad. Yo suponía que le habían dicho que era ciudadano mexicano, que tenía una vida en Puerto Escondido y que había sufrido lesiones graves.

Como un accidente haciendo surf.

¿Por qué lo habían engañado? ¿Y cómo había terminado a kilómetros de dónde debería haber estado? Los registros de su viaje confirmaban que había hecho noche en Playa del Carmen, justo al sur de Cancún.

Debieron de falsificarlos, de ese modo su familia y amigos creyeron que había muerto en viaje de negocios, lejos de donde aún vivía. Nadie lo encontraría.

Se abrió una ventanita que me advirtió de que a la batería le quedaba solo un diez por ciento de carga. Al rato, la pantalla se puso en negro. Cerré el portátil de golpe y me dirigí al vestíbulo del hotel. Ian debía de estar aún con Imelda. No lo vi. La recepcionista me ofreció un plano del complejo y me rodeó con un círculo el ala donde se encontraban los despachos de dirección.

Al final del pasillo del vestíbulo principal, lo encontré. Estaba al lado de Imelda, que lloraba. Lo vi mover los labios, pero no pude discernir lo que decía con el llanto desconsolado de Imelda. Carlos estaba a un lado, solo. Con la cabeza gacha y el brazo doblado, apoyado en la pared, parecía intentar no perder el equilibrio en un mundo que se le había puesto patas arriba.

Fui corriendo hasta él. Levantó de pronto la cabeza y me detuve, incapaz de enfrentarme a la rabia que emanaba de su rostro. Fue como un puñetazo en el estómago.

—¿James?

—No me llamo así —espetó con desdén.

Se irguió y pasó por delante de mí, dándome un empujón en el hombro.

Lo seguí.

—¡Perdona! Carlos, escúchame...

Unos dedos me agarraron del codo y me hicieron recular.

—Aimee, no...

Me volví bruscamente y forcejeé.

—¿Qué haces, Ian? ¡Suéltame!

—Ahora no. —Me agarró también del otro codo—. Ahora no es buen momento —dijo, señalando con la cabeza a Imelda, acurrucada contra la pared—. Se lo ha contado todo a Carlos.

—¿Todo? —¿Qué demonios era «todo»? Lancé una mirada asesina a Imelda—. Dime qué le has hecho. —Intenté zafarme de Ian—. ¡Maldita sea, Ian! ¡Apártate!

Me encontraba al borde de un precipicio, dispuesta a saltar y agarrarla por el cuello. Mis dedos arañaron el aire. En el fondo, sabía que estaba perdiendo la cabeza. James, Imelda, Thomas, Lacy... las pinturas desaparecidas de James, su muerte fingida... haberme acostado con Ian, haberme sincerado con él... Todo aquello era demasiado.

Ian no me soltó, sus uñas romas se me clavaban en la piel blanda de la cara interna de los brazos. Grité de frustración.

Imelda reculó, mirando a la pared.

—¡Cálmate! —me chilló Ian. Me hizo callar, intentando apaciguarme.

—¡Que te den! No he venido hasta aquí para sentarme a esperar a que todo el mundo se calme —voceé—. Ya ha pasado el momento de ser civilizados. Esa mujer ha tenido tiempo de sobra para contárselo a James, ¡diecinueve putos meses! Quiero saber qué demonios está pasando. —Forcejeé, me retorció. Ian empezó a arrastrarme por el pasillo, lejos de Imelda—. Maldita sea, Ian, ¡SUÉL-TA-ME!

—Ella tiene razón.

Dejamos de forcejear. Miramos boquiabiertos a Imelda. Ian aflojó la mano y yo me solté y me froté la piel enrojecida para calmar el escozor.

Imelda se apartó de la pared.

—Se lo tenía que haber contado hace meses. Lo he destrozado, lo está pasando fatal. Me odia. —Miró a Ian, que me tenía agarrada por un hombro, preparado para retenerme. Yo aún sentía el impulso de abalanzarme sobre ella—. No pasa nada —le dijo a él—. Ella tiene que saberlo. Además —añadió, mirándonos a Ian y a mí alternativamente—, esperaba su llegada.

—¿Qué? —dijimos los dos a la vez.

Ian bajó la mano y yo me aparté de él. Imelda me miró con tristeza.

—Ven conmigo.

Pasó por mi lado y yo le devolví a Ian su portátil, soltándoselo con

fuerza en el pecho, en pago por las marcas que él me había dejado en los brazos.

—Se ha muerto la batería —gruñí, y me fui detrás de Imelda.

—Aimee... —me dijo con una vehemencia serena. Yo me detuve, pero no me volví—. Si me necesitas, estaré en el café de la playa.

Asentí brevemente sin mirarlo y me fui.

Capítulo 25

Imelda me condujo a la playa. La seguí entre la masa de espectadores, haciendo todo lo posible por no perderla de vista. Una vez pasada la zona del campeonato de surf, me acerqué y caminé a su lado. Seguimos por Playa Zicatela y ya empezaba a preguntarme si se proponía llevarme hasta La Punta, el promontorio donde se terminaba la playa, cuando de pronto se detuvo y miró al mar.

—Aquí fue donde lo encontré.

Seguí su mirada, más allá de las olas encrespadas.

—¿En el agua?

—No, aquí —dijo, señalando la arena que pisaba, y su acento exótico sonó henchido de emoción—. Me topé con él durante mi paseo nocturno. Estaba empapado y deambulando por la playa. Aturdido y desorientado, agotado. —Me miró angustiada—. Tenía cortes y arañazos por todo el cuerpo, la cara hinchada y ensangrentada como si le hubieran dado una paliza. Dudo que fuera eso lo que pasó.

—No había estado haciendo surf, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Las olas de Zicatela te pueden partir la tabla o la espalda. Son poderosas. Aquí hay que tenerle mucho respeto al mar —dijo, señalando a La Punta—. Creo que la corriente lo arrastró contra aquellas rocas desde dondequiera que viniese nadando.

Me estremecí. Me imaginé a James zarandeado por las olas, arrojado repetidas veces contra las rocas mientras se esforzaba por llegar a la orilla. Entonces recordé aquellas extrañas visiones que había tenido antes de desmayarme en el baño de la discoteca, justo después de ver a Lacy. ¿Habrían sido realidad?

—¿Qué le pasó? —pregunté.

—No sé —me contestó en español con un mohín—. No sé —repitió después en mi idioma.

Se volvió hacia el hotel.

—El solar había sido de la familia de mi difunto marido durante muchas generaciones. Él heredó los terrenos cuando nos casamos y empezó a planificar la construcción del hotel. El complejo era su sueño y se convirtió en el mío también. Pasamos tres años consiguiendo préstamos y ahorrando para este hotel. Era tan bonito. Magnífico —dijo en español. Esbozó una sonrisa temblona, luego su mirada se tornó triste—. A mi marido le dio un infarto seis meses después de que abriéramos. Murió en mis brazos. Yo lo heredé todo: un hotel que no sabía cómo llevar y a los acreedores que no me dejaban ni respirar.

Cruzó los brazos y se frotó los codos.

—Cuatro meses después de su muerte, tuve que tomar una decisión: vender el hotel o seguir adelante. Así que vine aquí a pensar. Estaba dispuesta a renunciar a nuestros sueños. El hotel era lo único que me quedaba de mi difunto marido. Fue entonces cuando me topé con Carlos.

—¿Qué te dijo cuando lo encontraste?

—No sabía cómo se llamaba, ni de dónde era, ni cómo había llegado a la playa. Hace muchos meses me dijo que su primer recuerdo era haberme visto a mí.

»Me lo llevé a nuestra clínica. Tenía la nariz y el pómulos rotos. Necesitaba una cirugía facial completa y nuestros médicos no estaban capacitados para intervenirlo. Tampoco sabían qué hacer con él porque no tenía recuerdos.

—Pero se había denunciado su desaparición —dije—. Alguien debió de imaginarse quién era.

Bajó la mirada al suelo. Nerviosa, se dibujó círculos en los codos.

—Habían denunciado su desaparición en la costa de Cozumel, así que nadie relacionaba al hombre que teníamos en la clínica con el que había desaparecido a más de dos mil kilómetros de distancia. Cuando se denunció su desaparición, a la clínica y a mí ya nos habían sobornado para que guardásemos silencio.

—¿Quién os sobornó? —pregunté, pese a que ya tenía mis sospechas.

Se humedeció los labios.

—A las pocas horas de que yo me encargara de Carlos, llegó un americano. Me dijo que era amigo suyo, pero a mí me pareció un pariente.

Tenían los mismos ojos.

No me sorprendió, pero me eché a temblar igual.

—Thomas.

—Me hizo una oferta que no pude rechazar.

Me derrumbé en la arena. Igual que a Imelda, Thomas me había sobornado para que siguiera adelante con mi vida alegremente. «Cobra el cheque —me dijo en más de una ocasión—. Abre un restaurante —me instó.» Y yo lo había hecho. Y eso me había mantenido distraída de la verdad que me ocultaba.

Imelda se sentó a mi lado.

—Esto ha debido de ser muy doloroso para ti. Os ibais a casar, ¿verdad?

—Su funeral se celebró el día de nuestra boda.

—Lo siento —masculló en español, como disculpándose. Yo me limité a mirar fijamente al suelo—. Al principio, Thomas me pidió que me ocupara de Carlos —prosiguió—. Debía tenerlo a salvo e informarlo a él de cualquier cosa sospechosa.

Levanté la cabeza.

—¿Como qué? Estaba de viaje de negocios.

—Su vida corría peligro. Alguien había querido matarlo.

Se me aceleró el corazón. Lacy me había mencionado algo de peligro en su nota, pero me había parecido un disparate. James había llevado una vida muy normal.

—¿Quién andaba tras él?

—No sé. Parte del trato que hice con Thomas consistía en no hacer preguntas.

—¿Por qué aceptaste un trato así de un desconocido? —Le temblaron los labios y yo hice un aspaviento—. Te pagó el hotel, ¿verdad? ¿Ha merecido la pena? ¿La vida de mi prometido a cambio de una sin deudas para ti?

—Yo le he ofrecido una nueva —se defendió—. Una mejor.

—¿Eso fue lo que te dijo Thomas? Lástima que no le puedas preguntar a James su opinión. ¡Tenía una vida plena! —le grité—. Una vida hermosa.

—Aquí es libre. No tiene que guardar secretos.

—¿Qué secretos? James no tenía secretos.

Me miró con determinación.

—¿Estás completamente segura?

Contemplé el océano, con la mente tan revuelta como el oleaje. La semilla de la duda me brotó en la boca del estómago y de sus tallos nacieron

espinas que se me clavaron en los huesos. No, no estaba segura. Ya no. Si a James le costaba hablar de Phil y la noche de nuestro compromiso, seguro que había otras cosas que no contaba.

—Mi amigo Ian piensa que James sufre una fuga disociativa —dije.

Enarcó las cejas, impresionada.

—Y está en lo cierto. Los médicos creen que la pérdida de memoria es psicológica. Thomas quería asegurarse de que Carlos no recordaba nada de su vida anterior, así que nos inventamos una nueva. Trajo especialistas. Le reconstruyeron la cara. Nadie lo reconocería. Ofreció a todo el mundo una buena compensación económica por guardar silencio. Por aquí todo se puede comprar con dinero, sobre todo si son dólares estadounidenses.

»Mientras yo cuidaba de Carlos en mi casa, Thomas le inventó una vida. Ya tenía los documentos, la partida de nacimiento, el carné de identidad... — Me miró un instante—. Sus pinturas antiguas traídas de su país. Hizo que pareciera que Carlos acababa de llegar a la ciudad para montar su galería de arte. Era mi hermano adoptivo desaparecido hacía tiempo. A ojos del mundo, Carlos era ciudadano mexicano.

»Thomas estaba convencido de que cuanto más sólida fuese la vida que creáramos para él menos probabilidades habría de que recobrarla memoria. Sí, nuestra historia tenía fallos, pero, como Carlos acababa de reencontrarse conmigo, su hermana adoptiva, yo no tenía que contestar a sus preguntas porque no disponía de esos datos. Habíamos empezado a conocernos de nuevo justo antes de su accidente de surf.

Espetó las tres últimas palabras como si detestara las mentiras que había contado.

Procuré digerir aquella red de engaños. No podía imaginarme fingiendo ser alguien que no era.

—¿Cómo has podido mentirle tanto tiempo?

Apretó mucho los labios.

—Al principio me costó mucho. Siempre pensaba que Carlos me calaría, pero los cheques de Thomas seguían llegando. —Me miró de reojo, luego miró la arena que pisaban sus pies—. Siguen llegando.

Me froté la cara. ¡Madre mía! Thomas seguía pagándole.

—¿Has intentado alguna vez contarle la verdad a James?

Se ruborizó y se miró las manos. Reconocí ese gesto.

—¡Te has enamorado de él!

—¡Solo como una hermana se enamora de su hermano! Por favor, ten en

cuenta que yo no tenía a nadie —se defendió, suplicando con las manos abiertas—. Mi marido había muerto. Mis padres habían fallecido un año antes que él y yo había perdido a mi hermano adoptivo cuando era un niño. Estaba sola y por fin tenía a alguien. Por eso le puse el nombre de mi hermano: Carlos Domínguez. Carlos significa «hombre libre». Pensé que el nombre le iba bien. Thomas insistió en que su primer nombre empezara por J, por las pinturas. Mi padre se llamaba Jaime.

—¿Por qué querría Thomas esconder a James de su pasado, hacer todo esto?

Thomas tenía que explicarme muchas cosas. Si no lo asesinaba primero.

—No te enfades con él. Solo protegía a su hermano. —Se levantó, se colocó de espaldas al mar. Una ráfaga de viento le puso el pelo por la cara. Los mechones le azotaron la piel tostada. Se los apartó, enroscándose en la palma de la mano—. Cuida de Carlos. Está muy enfadado conmigo. Necesita a alguien. Le he dicho quién eres y que tú eres tan víctima como él.

Recordé la última vez que lo había visto, cómo me había mirado en el pasillo cuando lo había llamado James.

—Dudo que quiera verme a mí tampoco.

—Dale tiempo. Puedes quedarte en el hotel sin cargo el tiempo que quieras. Es lo mínimo que puedo hacer para expiar mis pecados.

—Me has dicho que me esperabas —le recordé cuando empezó a alejarse.

Se detuvo y me miró.

—Soy una mujer cristiana y he pecado mucho. Temo por mi alma, pero temo aún más las represalias de Thomas. Mi hotel está escriturado a su nombre y no quiero que me lo arrebatara, pero me sentía mal por engañar a Carlos, así que le pedí a Lucy que buscara a alguien a quien Carlos conociera de antes.

—¿A Lucy? —pregunté, ceñuda. Entonces recordé: Lacy.

—Confiaba en que pudiera convencer a algún amigo o familiar de que Carlos estaba vivo sin implicarme a mí. No quería que Thomas se enterara.

Se encogió y se apartó de mí.

—¿Quién es Lacy, o sea, Lucy?

Se le iluminaron los ojos. Habló con una mano en el pecho.

—Se aloja con frecuencia en Casa del Sol y parece que viene a vernos siempre cuando más la necesito, a veces incluso antes de que yo sea consciente de que preciso de su sabiduría. Es mi amiga.

Al ver que no decía nada más, le solté las preguntas que se me amontonaban en la cabeza.

—¿De dónde es? ¿Cómo puedo encontrarla?

Ian querría saberlo. Yo quería saberlo.

—Es... ¿Cómo se dice en inglés? ¿Un enigma? Sí, eso es. —Imelda empezó a caminar de espaldas hacia La Punta. Una sonrisa llorosa se dibujó en su rostro, una de esas que aparecen cuando tienes toda una vida de confesiones que hacer y ninguna esperanza de poder enmendar tus errores—. Lucy es una criatura misteriosa, ¿verdad?

Dio media vuelta y me dejó sola en la playa.

El trayecto de regreso al hotel se me hizo más largo. Iba arrastrando los pies por la arena. Vi que Ian me observaba desde su mesa de la terraza, apenado. Se me encogió el corazón. Una parte de mí quería ir con él y dejar atrás el lío que Thomas había montado, pero no podía abandonar a James, menos aún después de lo que había averiguado. Desvié la mirada y pasé de largo el café.

Cuando entré en mi habitación, el teléfono estaba sonando. Rodeé la cama y levanté con torpeza el auricular de la mesilla.

—¿Diga?

—¡Por fin! Llevo toda la tarde llamándote.

—¿Kristen?

—¿Quién iba a ser si no? —dijo con sorna—. ¿Por qué no coges el móvil?

Lo saqué. Cuatro llamadas perdidas.

—Lo siento. Lo he puesto en silencio.

Kristen rio.

—¿Tan bien ha ido la clase de pintura? Cuéntame, ¿Carlos es...?

—¿James? —terminé la frase por ella—. Sí, es él. Thomas es el responsable.

Inspiró hondo y maldijo. Yo sujeté el móvil con el hombro y me froté los brazos. Se me había puesto la carne de gallina. Pensé en las veces que Thomas me había llamado o había venido a tomar café a mi local. En cómo me había preguntado qué tal el día. En las conversaciones ideales, normales que habíamos tenido, cuando todo ese tiempo había estado mintiéndonos a todos, incluido James. Se me hizo un nudo de bilis en el estómago.

—Me dejas sin habla —dijo Kristen—. No me extraña que Thomas haya estado tan cotilla.

—Imelda me ha dicho...

—¿Quién es Imelda? Empieza por el principio —dijo, chascando la lengua—. Cuéntamelo todo.

Y eso hice.

—¿Cómo le ha sentado todo esto a Ian? —me preguntó cuando terminé. Me mordí la uña del pulgar—. ¿Qué me estás ocultando?

—Me he acostado con él.

—¿Con quién? —preguntó espantada—. ¿Con Ian? —Al ver que no contestaba tan rápido como esperaba, rio, soltó una carcajada grave y perversa—. Menuda cagada.

—Dime algo que no sepa —repuse, mordiéndome otra uña.

—Es un tío estupendo. Le importas mucho y me apuesto lo que sea a que además te quiere.

—Me quiere —reconocí.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó, asombrada—. No le hagas daño.

—Demasiado tarde para eso.

Hizo un ruidito como de decepción.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Me lo vas a dar igual.

—En serio, Aimee, escúchame —me imploró—. Sé que has puesto el alma en encontrar a James, pero puede que Ian tenga razón. Es posible que James jamás recobre la memoria. Tienes que prepararte para lo peor.

—¿Se supone que tengo que renunciar a él? Lo acabo de encontrar. Tengo que ayudarlo a recordar.

—Tu vuelo sale dentro de dos días. ¿Cómo piensas ayudarlo en cuarenta y ocho horas? —Me mordí el labio inferior y ella maldijo con mi silencio—. No tendrás pensado quedarte allí, ¿verdad? ¿Y tu restaurante? ¿Tu familia? ¡Yo! —exclamó—. Estamos todos aquí.

—James está aquí. —Me tiré del pelo y me enrosqué los rizos en los dedos. Ahora que sabía que había sido víctima de un plan bien orquestado, no podía dejarlo solo. Debía ayudar—. Imelda me ha ofrecido una habitación todo el tiempo que la necesite.

—Aimee... —me suplicó Kristen—. ¿De verdad es eso lo que quieres hacer?

—Si pensaras que Nick ha muerto y de pronto descubrieras que está vivo pero no recuerda ni un solo minuto de vuestra vida en común, ¿lo abandonarías?

—Probablemente no —dijo al cabo de un momento—. No, no podría.

—¿Entiendes entonces por qué tengo que quedarme e intentar ayudarlo?

—Creo que entiendo por qué quieres hacerlo, pero no puedes obligar a Carlos a ser alguien que no es. No le hagas lo que le hicieron a James sus padres toda la vida. James y tú deberíais estar juntos, pero Carlos y tú sois otra cosa muy distinta. Piensa bien en lo que quieres antes de abordarlo —me aconsejó—. Es posible que no desee renunciar a su vida en México. Así que, mientras intentas convencerlo de que estaría mucho mejor en California, te arriesgas a perder a un hombre que te quiere.

Empezaba a hacerme a la idea de que ya había perdido a Ian. Quería estar con él y con James, pero James me necesitaba más.

Me despedí de Kristen y colgué. Llamaron a la puerta y me tensé. Ian. Quería hablar y no era justo que siguiera evitándolo.

Fui a abrir la puerta asomándome primero por la mirilla y solté bruscamente el pomo como si me abrasara la piel. No era Ian quien estaba al otro lado. Era Carlos.

Capítulo 26

«¿Qué hace aquí?»

Tomé dos bocanadas de aire para tranquilizarme, me estiré la falda y abrí la puerta.

Carlos estaba solo en el pasillo. Levantó la cabeza y la luz del techo le iluminó los músculos tensos de la mandíbula. Se aclaró la garganta y miró de reojo al pasillo.

—Lo siento. Lo de antes.

Noté que se me empañaban los ojos. Carlos irradiaba dolor. Lo habían traicionado de la peor forma posible.

—Eh... No te preocupes. —Se frotó el cuello. Le temblaba el brazo—. Dime cómo puedo ayudarte. —Salí al pasillo, la puerta se cerró a mi espalda—. Por favor, quiero ayudar.

Se metió las manos en los bolsillos, con los puños apretados, y los hombros le subieron hasta las orejas. Aún llevaba los vaqueros desgastados, la camisa de lino ajustada y las chanclas que vestía esa mañana. Yo tampoco me había cambiado la blusa y la falda que me había puesto después de ducharme y dejar a Ian.

Aparté ese pensamiento y traté de controlar mi expresión.

—Puedes confiar en mí —dije, acercándome. —Le vibró un músculo de la mejilla. Parecía a punto de estallar—. Confía en mí —le repetí y, con delicadeza, le toqué la muñeca.

Siguió mi mano con la mirada, entornando los ojos. Relajó la mandíbula.

A lo mejor Imelda tenía razón. Carlos entendía que los dos habíamos sido víctimas. Thomas había jugado con nosotros como si fuéramos piezas de un tablero de ajedrez y me temía que la partida había terminado hacía tiempo. Debía recuperar a James convenciendo a Carlos de que su vida estaba a mi lado.

Se apartó, retiró la mirada de la mía. Yo me clavé las uñas en las palmas de las manos. Él tragó saliva.

—Se supone que te iba a llevar a comer.

—¡Ah! —Me enderecé—. No te...

—Quiero llevarte a cenar.

—Ah. Vale. Pues... —Me revolví, nerviosa—. Espera, que voy a por el bolso.

Manoseé el pomo de la puerta. Mierda. No podía abrirla.

—Voy a recepción a por una llave —se ofreció.

—¡No! —exclamé espantada—. No, no pasa nada. Ya la pido luego. — No quería que se fuera. ¿Y si cambiaba de opinión sobre la cena?—. Mañana te lo pago.

Esbozó una sonrisa de medio lado, pero sin afecto alguno.

—No te preocupes. Ya te invito yo.

Empezó a caminar, luego se volvió y me ofreció la mano. Enrosqué los dedos en sus manos grandes y me dieron ganas de llorar. Hacía una eternidad que no caminábamos así, el uno al lado del otro.

En el ascensor, Carlos pulsó el botón del vestíbulo. Se apoyó en la pared, cruzó los brazos y me miró. Yo me refugié en el rincón opuesto y lo observé. Zumbaba el aire entre nosotros con una carga mezcla de palabras no pronunciadas y preguntas no planteadas. Crucé las manos, incómoda con su descarada inspección. Rezumaba una rabia contenida que le bullía por dentro. Aunque yo no era la destinataria de sus emociones, me inquieté y retorcí con los dedos el bajo de la blusa cuando habría preferido retorcerle el cuello a Thomas.

—¿Adónde vamos a cenar? —le pregunté con pretendido desenfado.

—Había pensado que podíamos coger el coche e ir a comer a la Rinconada, pero ahora... —Hizo una pausa y se frotó los antebrazos—. Mejor vamos a un sitio que esté más cerca. —Frunció mucho el ceño y abrió la boca. No dijo nada. Se miró los pies, que tenía cruzados—. Bueno, supongo que podemos cenar en Playa Principal. Se puede ir andando desde aquí.

Sonó el timbre que anunciaba la llegada del ascensor a su destino y se abrieron despacio las puertas. Carlos se apartó de la pared y yo lo seguí por el vestíbulo hacia la playa. La brisa de última hora de la tarde se había calmado y el sol estaba ya bajo en el horizonte, con lo que el cielo resplandecía de color.

—Es precioso.

—Mi momento favorito del día —comentó a mi lado.

Caminaba igual que James, con zancadas largas, resueltas a la vez que despreocupadas. Cuando hablaba, en cambio, era todo Carlos: un inglés con acento cantarín salpicado de palabras en español. Me explicó cómo trabajaban los pescadores. Dejaban amarradas las barcas cerca de la costa toda la noche y echaban los anzuelos por la borda para recoger la pesca a la mañana siguiente. Sus mujeres limpiaban y preparaban el pescado para los restaurantes y los mercados de la zona allí mismo, en la playa, bajo las palmeras. Señaló la línea de palmeras con los troncos arqueados sobre la arena.

Habló animadamente de todo menos de nosotros y de lo que había averiguado esa tarde. Cuando hablaba, gesticulaba con naturalidad. Me sorprendí de nuevo comparándolo con James, algo que me costaba no hacer. Todo en Carlos, su forma de moverse o el modo en que me tocaba el brazo para enfatizar algo que me había contado, era James. Cuando me dijo lo mucho que amaba Puerto Escondido y que no se imaginaba viviendo en ningún otro sitio, me pregunté si era posible sentirse triste y feliz al mismo tiempo.

—¿He dicho algo que te haya ofendido? —me preguntó.

Me volví hacia la luz cada vez más escasa y me limpié una lágrima que se me había escapado.

—No, no es por nada que hayas dicho. Es que... —Maldije—. Es que todo esto...

—¿Te supera?

Solté una risita llorosa.

—Sí, eso exactamente.

Sonrió y yo me asombré de su autocontrol. Allí estaba, llevando a cenar a una mujer que había sido su prometida aunque él no recordara habersele declarado. Desquiciante. ¿No tenía preguntas? ¿No estaba disgustado? Le habían mentido y lo habían manipulado las personas en las que más confiaba durante casi dos años.

—No puedo ni imaginarme lo mal que lo debes de estar pasando —dije.

—Intento que no sea así —reconoció—. Por lo menos ahora mismo.

El restaurante era una plataforma de madera sobre la arena. Las palmeras próximas estaban forradas de cable de luces, enroscado en espiral por los troncos, y de arriba colgaban lámparas de luz clara. Unas sombrillas cubrían las mesas dispuestas en círculo alrededor de un espacio reservado para bailar. A un lado tocaba un cuarteto de *jazz* latino.

Carlos debía de ser cliente habitual, porque la encargada nos sentó enseguida, ignorando la cola de personas que esperaban mesa. Le ofreció una amplia sonrisa y nos condujo a una del borde desde la que teníamos vistas de la puesta de sol. Carlos me retiró una silla para que me sentara, luego se sentó en la de al lado. Estábamos de frente al mar y allí las aguas eran mucho menos bravas que en Playa Zicatela.

La encargada nos entregó las cartas y se excusó. Miré alrededor. El restaurante estaba muy animado. Las voces exóticas y coloridas se fundían con la música en directo. Inhalé el aire cálido de la noche, una mezcla tropical de marisco a la plancha, mango y brisa marina. El ritmo fácil de la música me hizo sonreír. Mis hombros se mecieron.

—Este sitio es maravilloso. Precioso, también.

—He pensado que te gustaría —respondió, luego frunció el ceño.

Dejé de moverme.

—¿Qué pasa? —Me miró fijamente y yo me toqueteé el pelo nerviosa, enroscándome los rizos en los dedos—. ¿En qué piensas? —pregunté al ver que no decía nada.

Se revolvió en su asiento, pasándose las manos por los muslos.

—Supongo que imaginas que tengo muchas preguntas.

—Claro. Pregúntame lo que sea. Quiero ayudarte —volví a ofrecerle.

Lo que fuera por lo nuestro.

—Gracias —dijo en español. Se volvió a mirar el mar, donde el sol parecía una franja de naranja neón derritiéndose en el horizonte—. Tenía pensado hablar esta noche, pero ahora no quiero. ¡Dios! —gruñó, y se cruzó las manos en la nuca como solía hacerlo James cuando estaba pensativo. Miré a otro lado. Tenía que dejar de compararlo con el hombre que era antes—. Esto es una puta locura. Todo lo que me ha contado Imelda... —Calló y se frotó la frente con un dedo—. Lo siento.

No sabía si se disculpaba por la palabrota o por haber dado por supuesto que yo querría pasar la noche hablando de nosotros.

Quería, pero sobre todo quería estar con él. Sentada a su lado, viendo cómo el sol a punto de ocultarse jugaba con los ángulos afilados de su rostro. Casi podía fingir que la vida era sencilla. Normal. Solo nosotros dos.

—Entonces, ¿qué quieres?

Mis dedos ansiaban tocarlo, sentir la cálida tersura de su piel. Pero no podía. Éramos desconocidos. En lugar de eso, tracé con la mirada la línea de su mandíbula, la curva pronunciada de sus pómulos. Las líneas eran nuevas,

los ángulos no del todo iguales, pero seguía pareciéndome guapo.

Frunció los labios, pensativo.

—Solo quiero cenar contigo. ¿Te importa que hablemos de esto mañana? Necesito... eh... tiempo... para pensar.

—De acuerdo —accedí. Sus preguntas podían esperar. Teníamos toda la vida por delante.

Llegó la camarera y pedimos las bebidas y la comida. Mientras comíamos, Carlos me habló de su vida en Puerto Escondido, de su pasión por la pintura, de cómo había reaprendido a pintar por su cuenta después del accidente. Le encantaba enseñar a otros más jóvenes. Yo le hablé de mi vida, de la que no tenía nada que ver con él, desde Aimee's hasta mis padres y mis amigos. Que me encantaba hacer panes y repostería y que me había hecho un hueco en el sector con mis cafés personalizados. Él no me preguntó qué me había llevado a aquel pueblo ni qué hacía allí. Yo no le pregunté qué le había pasado ni cómo tenía pensado recuperarse. A todos los efectos, aquella era nuestra primera cita. Intercambiamos anécdotas, sonreímos y reímos.

La banda empezó a tocar otro tema. El saxofonista atacó con una nota sostenida y el percusionista aporreó rápidamente con las manos el cuero tenso de su instrumento. Su cuerpo se mecía a un ritmo que aumentaba con el tempo. Las parejas migraron a la pista y bailaron. Yo daba golpecitos con las manos y los pies, sonriendo a Carlos como una boba.

Me observó, agitando su cóctel.

—Te encanta bailar.

—Sí, ¿y a ti?

Miró a la banda y apretó mucho los labios.

—Yo no bailo.

«¡Claro que bailas!»

—Baila conmigo —espeté sin pensarlo.

Se volvió bruscamente a mirarme.

—¿Qué?

—Venga, baila conmigo —dije, levantándome y alargándole la mano a modo de invitación.

Se quedó mirando mi brazo tendido. Al ver que no aceptaba, empezaron a temblarme los dedos. Sus ojos treparon por mi brazo hasta encontrarse con los míos.

—Te he dicho que no bailo. Ya no.

Me quedé quieta un buen rato. Miró a otro lado, de nuevo al mar. Le

vibraba la mandíbula y agarraba con fuerza los brazos de la silla. Bajé el brazo y me dejé caer en mi asiento. Algo se me revolvió dentro y, por primera vez, lo vi como el hombre que realmente era: Carlos.

La camarera nos trajo la cuenta y Carlos pagó en efectivo, tirando los billetes a la mesa. Se levantó, haciendo rechinar las patas de la silla en el suelo de madera.

—Te acompaño al hotel.

Capítulo 27

Caminamos por Playa Marinero hacia Casa del Sol. Carlos se metió los pulgares en los bolsillos delanteros del pantalón y observó cómo la arena endurecida por el agua se amoldaba a sus pies. Se rascaba distraído los vaqueros con los dedos, ceñudo.

Yo me enrosqué un rizo en el dedo y lo miré de reojo. ¿Qué había pasado en el restaurante? Lo estábamos pasando bien. Pensaba que habíamos conectado. En un momento en que James se habría levantado de un brinco de la silla y habría empezado a bailar conmigo por toda la pista, Carlos se había retraído. Estuve a punto de preguntarle por qué, pero me había prometido disfrutar de esa noche.

Absorto en sus pensamientos, no había dicho una palabra desde que habíamos dejado el restaurante. Se detuvo de pronto y miró a nuestra espalda.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Me he dejado el Jeep en el estudio. —Se rascó la barbilla y miró alrededor—. Te llevo al hotel primero.

Reanudó la marcha y, al ver que no lo seguía, se detuvo y me miró extrañado.

—Te acompaño —le dije, señalando con el pulgar por encima de mi hombro—. Así no tienes que hacer el mismo camino dos veces.

Titubeó.

—¿Estás segura?

—Pues claro. Hace una noche preciosa.

Además, no me apetecía irme a mi habitación y pasar la noche sola sabiendo que no iba a pegar ojo otra vez. No tenía ni idea de lo que pasaría al día siguiente cuando Carlos resolviera sus dudas. ¿Me quedaría con él en México o volvería a casa? ¿Querría Ian seguir siendo mi amigo? Lo había apartado de mi lado a pesar de haberle prometido que no lo haría.

El Jeep Wrangler de Carlos estaba aparcado en un callejón detrás de la galería. Me ayudó a subir, sujetándome la puerta mientras me instalaba en el asiento del copiloto, luego subió él por su lado. Condujo de vuelta a Casa del Sol y se detuvo lentamente junto a la acera a la entrada del hotel. Se acercó un aparcacoches y Carlos lo despachó con un manotazo al aire. Dejó el motor encendido y se agarró con fuerza al volante.

Yo no quería bajarme del Jeep y Carlos no me había pedido que me fuera. Lo miré de soslayo.

—He oído que hay fiestas en el pueblo. —Asintió, moviendo nervioso la rodilla—. Hace buen tiempo —añadí, mirando al cielo. Las luces deslumbrantes del complejo atenuaban el brillo de las estrellas—. Adoro las noches cálidas como esta.

Asintió de nuevo.

—Sí, yo también.

Me pregunté adónde iría después si yo no le pedía que me acompañara a las fiestas del pueblo.

—¿Vives cerca? —le pregunté.

—A menos de dos kilómetros por Zicatela —contestó, señalando al sur.

Estudié su perfil, el ascenso y el descenso uniformes de su pecho. De pronto, no quise pasar la noche sola, ni en unas fiestas atestadas de gente, escuchando música atronadora.

—Me encantaría acompañarte a casa —le dije.

Me miró, escudriñándome, y arrancó el Jeep.

Enfilamos la calle del Morro, la avenida paralela a Playa Zicatela, dejando atrás restaurantes, tiendas de surf, discotecas, hoteles, hasta llegar a un barrio de casas en primera línea de playa. Carlos tomó el desvío hacia el acceso a una de las fincas y se detuvo delante de una verja de hierro forjado. Pulsó el mando que tenía colgado del retrovisor y la verja se abrió despacio. En cuanto hubo hueco suficiente para colarse, entró y paró al lado de una casa estrecha de tres plantas, más alta que ancha. Me quedé pasmada, estudiando con interés el último piso.

Carlos apagó el motor.

—La tercera planta es una azotea con terraza. Desde allí arriba, las vistas de la montaña y de la playa son excelentes, sobre todo en días despejados.

El mar bramaba al otro lado de las palmeras que bordeaban su finca.

—Vives en la playa —gruñí, celosa.

Se dibujó en sus labios una sonrisa lenta.

—Ven, que te la enseño —dijo, bajando del Jeep.

Cruzamos un césped bien cortado rociado de arena, dejando atrás una piscina pequeña, y pasamos por una abertura en el murete de adobe que separaba su jardín de la playa pública. Se volvió y me agarró de las caderas. Inspiré hondo. Rio y me subió al murete, luego se sentó a mi lado. Nuestros brazos se rozaron.

—Vale, lo reconozco: me das envidia —dije, señalando la vista espectacular y resistiendo la tentación de apoyarme en él.

—No me imagino vivir en ningún otro sitio. —Soltó una bocanada larga de aire, inflando los carrillos—. Al menos antes de esta tarde. Ahora ya no sé qué pensar.

Contemplé el mar agitado y el cielo estrellado, y deseé que el abismo que nos separaba no fuera mayor que el océano Pacífico. Al menos allí podía ver el horizonte. No tenía ni idea de si había uno para James. ¿Se recuperaría de la fuga?

—No lo pienses —le rogué—. Aún no.

—Ese es el problema. —Se irguió—. No puedo parar. Todo es muy confuso. Yo estoy confundido. —Me cogió la mano izquierda y me miró el anillo de compromiso—. Imelda me ha dicho que eres... eh, eras... mi prometida.

—Me regalaste este anillo cuando te declaraste.

Me miró con escepticismo.

—¿No debería acordarme de eso?

—La fuga te impide...

—Debería sentir algo por ti. —Guardó silencio un momento, luego se mordió los labios hacia dentro—. No. No siento nada.

Se me partió el corazón.

—Yo te puedo ayudar. Déjame que te ayude a recordar —le ofrecí, aterrada. ¿Acaso no quería recordarme?

—No es solo por la pérdida de memoria, Aimee. Ese tío al que querías no soy yo. Ya no está.

—Calla —le dije con una vehemencia contenida—. No digas eso. Por favor, no... —Lo cogí de la mano—. ¿Y los sueños? Has soñado conmigo.

—Encontré un antiguo retrato tuyo en mi estudio. Eso pudo haber provocado los sueños.

—No te creo. —Creció la rabia en mi interior—. Con todo lo que has

sabido hoy, ¿cómo puedes ser tan frío? ¿No sientes nada?

Río amargamente.

—Sí, claro que siento. Siento una rabia de cojones hacia mi hermano... Thomas, ¿no? Y hacia Imelda. —Meneó la cabeza—. Me dijo que era mi hermana y yo la creí. La creí, joder. Pero tú... —Me miró detenidamente—. Tú no me inspiras más que curiosidad. Lo siento.

Me zafé de sus manos y me puse de pie, tambaleándome. De espaldas a él.

—Mis recuerdos se remontan a los últimos diecinueve meses. Ya está. Lo guardo todo. Revistas, libros. Enmarco todas las fotos. Si vuelvo a perder la memoria, tendré algo de mi pasado.

Recordé la galería, las torres de revistas y de libros. Las pinturas inacabadas a la espera de una firma o un último retoque. La firmadas que jamás había expuesto. Lo había guardado todo. Todo lo de Carlos. Pero yo tenía todo lo de James.

—Tienes un pasado y yo puedo enseñarte fotografías. Tengo tu ropa y más pinturas. Tu estudio sigue allí, en nuestra casa. Tenemos un hogar.

—Mi hogar está aquí.

Me envolví el torso con los brazos y me alejé tambaleándome. Me detuve cuando me llamó por mi nombre.

—No sé si quiero recordar el pasado.

Sentí que me moría un poco por dentro.

—¿No puedes intentarlo por lo menos?

—¿Por qué? Me arriesgaría a perder todo lo que conozco. A las personas a las que quiero.

Cerré los ojos con fuerza. Él comprendía la lógica retorcida de su enfermedad.

—Comparas diecinueve meses con veintinueve años. ¿Qué derecho tienes a arrebatarme a James? Ese cuerpo no te pertenece. Tú no eres él.

Se estremeció.

—Sí, tienes razón. Yo no soy él. Ya no. Pero nada de lo que digas me va a convencer de que lo deje todo. No voy a marcharme contigo. No te conozco.

Me volví bruscamente hacia él.

—No me recuerdas. No es lo mismo.

Apretó los puños sobre los muslos.

—No puedo irme. Aquí me necesitan.

—Puedes pintar en cualquier parte. ¿Qué te retiene aquí? —dije,

extendiendo los brazos, como abarcándolo todo—. Imelda, lo dudo. Ella no es tu hermana. Tu familia está en California. Yo estoy en California. ¿Qué demonios te queda por aquí? —Apretó la mandíbula y miró a mi espalda—. ¿El mar? —pregunté incrédula. Al ver que no contestaba, me puse delante y le tapé la vista—. A lo mejor yo no te inspiro nada, pero tú a mí me lo inspiras todo. No eres el único que está viviendo un infierno —lloré, ronca—. La peor sensación del mundo es que no te recuerde la única persona a la que no puedes olvidar, el único hombre del que no sabes prescindir.

Se me quebró la voz. Tenía la garganta seca y empecé a toser, fuerte, con una tos perruna. El ataque no se me pasaba y me doblé hacia delante.

Noté que un brazo me rodeaba la espalda.

—Necesitas agua. Vamos dentro —propuso y me instó a acompañarlo.

Crucé detrás de él la puerta corredera de la cocina y parpadeé con las potentes luces fluorescentes que encendió. Con la tos, me costaba respirar. De pronto consciente de mi desaliño, de las mejillas empapadas de lágrimas, le pregunté.

—¿Dónde está el baño?

—Al final del pasillo, a la izquierda —me contestó por encima del hombro mientras sacaba unos vasos del armarito.

Enfilé el pasillo oscuro hacia donde Carlos me había indicado y me encerré en el baño. Encendí la luz, abrí el grifo y me lavé la cara con agua abundante, procurando limpiarme bien el rímel que se me había corrido por las mejillas. Busqué a tientas una toalla, me sequé y me miré en el espejo. En él vi unos ojos irritados que me miraban furiosos desde un semblante pálido.

¿Cómo podía creer Carlos que diecinueve meses de su vida eran más importantes que los veintinueve años de la de James? Le estaba robando la vida a mi prometido, privándolo de los años que podría pasar conmigo, y el más afectado no podía oponerse. James no podía defenderse. Era yo quien debía convencer a Carlos de que les diera una oportunidad a los recuerdos de James.

Doblé la toalla, estirando bien las arrugas, y me dispuse a colocarla en la encimera del lavabo, al lado de un libro infantil ilustrado. Me quedé inmóvil y algo se me retorció en el pecho. Me volví de pronto y vi un estante lleno de libros infantiles junto al váter y juguetes de bebé en la bañera.

Gemí, la toalla y el libro se me cayeron al suelo, y salí corriendo del baño. Tambaleándome, me vi en el pasillo profusamente iluminado. Las paredes estaban forradas de fotos enmarcadas, a modo de tablero de ajedrez.

Decenas de imágenes llenaban las librerías del salón. Fotos de Carlos, Imelda y personas a las que yo no conocía, incluida una mujer morena de tez bermeja. Parecía feliz, acurrucada junto a Carlos, que le pasaba el brazo por los hombros.

Casi todas las fotos eran de dos niños, uno pequeño y el otro un bebé. En una de las fotos, Carlos sostenía al recién nacido. En otra, el mayor pintaba en una mesa de dibujo infantil, la misma que yo había visto en la galería. Había montones de fotos de los niños juntos y otras del niño mayor en brazos de sus padres. Carlos con las cicatrices de la cara aún muy recientes, de un rojo furioso, y la mujer misteriosa embarazada y a punto de dar a luz.

Me volví de pronto y, enterrando los dedos de ambas manos en mi pelo, tiré con fuerza. Me ardía el cuero cabelludo, pero el dolor no era en absoluto comparable con el que me perforaba las entrañas. Agarré una de las fotos enmarcadas, un retrato escolar. El niño no se parecía en nada a James cuando tenía su edad. ¿Quién era aquel niño y por qué había fotografías suyas por todas partes?

—Tiene cinco años y le encanta pescar —dijo a mi espalda—. Es mi hijo.

—¿Cómo puede ser si has estado ausente menos de dos años?

Lo oí revolverse nervioso.

—Es adoptado.

Me temblaron las manos.

—¿Y el bebé? —pregunté con un graznido que fue poco más que un susurro.

—Es mío.

Caló entonces, de verdad, en lo más hondo de mi ser el significado de aquellos niños, de todo.

«Aquí me necesitan.»

—¿Dónde está su madre?

—Raquel, mi mujer, está... —Se interrumpió y maldijo.

Me rodó una lágrima por la nariz. Me la limpié enseguida.

—Murió al dar a luz a Marcus —dijo al cabo de un rato—. Fue algo... repentino. Un aneurisma. Los médicos no pudieron hacer nada.

Me volví despacio hacia él. Estaba en medio del salón con dos vasos de agua en la mano, el rostro desencajado. Seguro que el mío había tenido el mismo aspecto en los días posteriores al funeral de James.

—La querías —dije sin entusiasmo.

—Muchísimo.

Me humedecí los labios secos.

—¿Dónde están tus hijos ahora?

—Con unos amigos. Son buenos chicos.

—Seguro que sí.

Devolví la foto al estante y me paseé nerviosa por la pequeña estancia, dándole vueltas al anillo de compromiso alrededor del dedo. Me temblaban las manos descontroladamente y los temblores se propagaron, me invadieron las extremidades.

—Lo siento —dijo Carlos en un tono crudo y seco. Tragó saliva y parpadeó rápido. Tenía los ojos empañados—. No pensé... No sabía cómo... —Se aclaró la garganta y dejó los vasos en la mesita de centro—. Ver a mis hijos ha debido de resultarte muy raro.

—¿Quién es ella? ¿Cómo la conociste? ¿Cuándo...? —Apreté los labios, detestando la desesperación de mi voz.

—Era mi fisioterapeuta. Adopté a Julian cuando nos casamos. Marcus llegó poco después... —Hizo una pausa y se frotó la nuca—. Raquel y yo no estuvimos casados mucho tiempo, pero... —Apartó la mirada. Cuando volvió a mirarme de nuevo, lo hizo muy serio—. No puedo bailar con nadie más. Era su pasión. Me cuesta muchísimo... ¡Dios! —gruñó, angustiado—. Si alguna vez sentí por ti lo que siento por Raquel, entonces entiendo tu infierno. La pérdida es... insoportable.

Se me escapó otro sollozo. Le di vueltas al anillo con frenesí, irritándome la piel. Carlos me miró las manos, luego el anillo.

—Yo me quité la alianza hace meses —murmuró.

—Yo no puedo. —Lloré, derrotada.

Se acercó con cautela.

—¿O no quieres?

Negué rotundamente con la cabeza. La habitación se hacía más pequeña, las paredes estaban cada vez más cerca. Carlos se acercó más. Apoyó suavemente la mano en la mía y detuvo el movimiento descontrolado del anillo.

—Yo quería muchísimo a Raquel. Ha sido... difícil... vivir sin ella, pero tenía que seguir adelante. No me quedaba elección. Dos niños preciosos y ruidosos me necesitaban.

Me tembló el labio inferior.

—Pero tú estás aquí, James. No has muerto. Sigues vivo. Te necesito.

Carlos negó con tristeza.

—James ya no está. Tienes que olvidarte de él, Aimee.

«Déjate llevar, nena. Déjate llevar.» Las palabras de Ian me resonaron en la cabeza.

Carlos me llevó al sofá y me tiró de las manos hasta que me instalé al borde del asiento. Se acercó una silla, se sentó enfrente de mí y me envolvió las manos con las suyas.

—James tuvo mucha suerte de tener a una mujer que lo amaba tan apasionadamente. Háblame de él. Dime por qué lo necesitas tanto.

—¿Y si empiezas a recordar?

Sus ojos se llenaron de remordimiento.

—No habrá «empezar». Los dos sabemos que el cambio será repentino. Si es que sucede. Yo no lo creo.

No me convencía. James seguía entre nosotros, en algún lugar de su interior. Estudié nuestras manos cruzadas, los dedos entrelazados, el contacto de la piel caliente. ¿Sería yo lo bastante fuerte para irme a casa sin él? ¿Podría pasar página sabiendo que aún vivía, lejos y sin mí?

Suspiré abatida. Luego, con triste resignación, le conté nuestra historia.

Capítulo 28

Desde el día en que James había desaparecido, yo lo había conservado todo igual: su estudio en casa, los cuadros de las paredes, la ropa de nuestro armario... Como me había dicho Nadia antes de que me fuera a México, las pinturas de James estaban por todas partes.

Y yo me había aferrado a todo. A los sueños de un futuro con él a mi lado. A la esperanza de que siguiera vivo y volviera pronto a casa. A los recuerdos de nuestra vida en común, incluido uno que había jurado que jamás le contaría a nadie.

Había sido una promesa difícil de mantener, pero lo había hecho por James. Cuando él estuviera preparado, ahondaríamos en el trauma y lo superaríamos juntos. Hasta entonces, se resistía a hablar de la experiencia, o como yo empezaba a sospechar, le daba pánico hacerlo.

Después del funeral, me pregunté si llegaría un día en que no tuviera que sufrir sola en silencio. «Sigues guardándotelo todo dentro», me había dicho Kristen hacía meses. Si ella supiera el secreto que había enterrado.

Había anhelado tener una última ocasión de decirle a James cómo me sentía. Cómo me había hecho sentir ese día en el prado. Sola y asustada. Y de pronto lo tenía allí —aunque, en el fondo, no lo tuviera—, sentado delante de mí y dispuesto a escuchar.

Carlos me cogía las manos y el contacto me serenaba mientras le contaba cómo nos habíamos conocido. Se me hacía raro revivir recuerdos en los que James había desempeñado un papel y que él no recordara ni un solo instante. Le expliqué que había sido mi familia y no la suya la que había alimentado su talento. Le conté la historia de nuestro primer beso y nuestro primer baile. Sonreí al recordar cuando venía a verme de la universidad. Hacíamos el amor bajo las estrellas, en nuestro prado. Luego recordé cuando James me había pedido que me casara con él.

Miré fijamente nuestras manos cogidas y me zafé de las suyas.

—Hay algo más, ¿verdad?

Asentí, tirándome del anillo de compromiso.

—¿Qué te pasó? —me preguntó con delicadeza.

Los recuerdos afloraron, salieron reptando del agujero negro donde los había dejado.

—Estábamos en nuestro prado del monte, en nuestro sitio especial —dije al cabo de un rato—. James había extendido una manta en la hierba. Vimos ponerse el sol por detrás de la cima de la montaña y se me declaró.

—Pintaré la puesta de sol para ti y muchas más, si llevas esto —me dijo, con un estuche de terciopelo negro abierto en la palma de la mano y en cuyo interior había un anillo de platino con un diamante tallado.

—¡Ay! —lloré—. ¡Es precioso!

Extendí los dedos y James me besó el hueco entre el primer y el segundo nudillo. Me calzó el anillo. Me quedaba perfecto. Éramos la pareja perfecta.

—Cásate conmigo, Aimee Tierney. Sé mi esposa.

—¡Sí! —Se me empañaron los ojos. Me lancé a sus brazos—. ¡Mil veces sí!

—¡Gracias a Dios! —dijo, riendo, y giró conmigo en volandas. Yo chillé.

—¿Acaso tenías dudas? —bromeé, mareada cuando me dejó en el suelo, temblando entera al deslizarme por su cuerpo.

—Ninguna —dijo, y me besó—. Llevo champán en el coche. Espérame aquí.

Lo vi correr al coche y desaparecer en el bosquecillo. Oí abrir el maletero y un ruido de cristales rotos.

—¿Va todo bien? —le grité.

—Todo bien —me llegó la respuesta angustiada—. Enseguida voy.

Me levanté, ladeé el diamante a la luz del sol. La joya resplandeció.

—Es perfecto, James —le dije al oír pasos a mi espalda, entonces me volví y me topé con Phil.

Sonrió sin ganas.

—Hola, Aimee.

Di un paso atrás, espantada.

—¿Qué haces tú aquí?

—Celebrarlo con vosotros.

—No entiendo. ¿Y James? —pregunté, mirando por encima de su hombro.

—Está... ocupado.

De repente, alargó la mano y me agarró de la mandíbula, apretándome con el pulgar en la mejilla, para que no me moviera.

El pánico se propagó por mi interior como un aceite derramado, denso y lento.

—¿Qué haces?

No tenía buen aspecto. Le vi los ojos vidriosos y la frente perlada de sudor. Me arrimó a su pecho, clavándome los dedos en la cara. Apestaba a alcohol.

—Qué guapa eres.

—Phil, me haces daño —gimoteé.

—Lo siento —dijo, y me selló la boca con la suya. Sabía a ginebra.

Me eché a llorar y el miedo me hizo un nudo en la garganta. Me zafé bruscamente de él y retrocedí tambaleándome.

—¡James! —grité.

—¡Que se joda James! —espetó Phil, con la cara amoratada de rabia. Se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo bocabajo y me retuvo con su cuerpo. Me costaba respirar—. Tu novio y su puto hermano me lo han quitado todo. Todo —bramó en mi oído—. Donato es mi empresa. ¡Mía! —Me envolvió el cráneo con la mano y me hincó la nariz en el barro. No podía gritar. No podía respirar. Arañé el suelo con los dedos—. Ya me he encargado de Thomas. Es tan gilipollas... No tiene ni idea de lo que he estado haciendo con sus valiosos productos —dijo, rematando sus palabras con el sonido de una cremallera. Ancló los pies en la cara interna de mis tobillos y me abrió las piernas—. Ahora le toca a James. A él Donato le importa una mierda, pero tú... ¡Tú lo eres todo para él, joder! —exclamó, resoplándome en el oído, salpicándome la cara de saliva. Me subió con violencia la falda y me apartó las bragas. El elástico se me clavó en la piel—. Él me ha quitado lo mío y yo le voy a quitar lo suyo.

Me metió los dedos por la fuerza, una invasión gruesa y seca. Me escoció. Me ardían los pulmones. La tierra del suelo se me clavaba en la mejilla mientras intentaba tomar aire. La presión que notaba en la espalda, la presión enfermiza que me invadía y aquella sensación de angustia que se me enredaba en los pulmones fueron demasiado. Se me nubló la vista, se me

oscureció por los bordes, luego toda la presión se desvaneció.

Tomé aire con dificultad, en respiraciones cortas y rápidas. Me puse a cuatro patas, tosiendo. De la boca me caían babas mezcladas con tierra.

—Aimee. —James se hincó de rodillas delante de mí—. Cariño —me dijo abatido. Me acarició, estirándome la ropa, apartándome el pelo empapado de sudor de la cara—. Estoy aquí.

Furiosa, lo aparté de un empujón y me alejé reptando. Me dio una arcada y lo vomité todo, todo menos las viles caricias de Phil. No podía dejar de sentir sus manos.

James vino a mi lado, me ayudó a levantarme. Le temblaban las manos con violencia.

—Ven, vámonos de aquí.

Miré más allá de James. Phil estaba postrado en la hierba alta, inmóvil.

—¿Está...?

—Está vivo. No mires.

Recogió la manta y fuimos aprisa hacia el coche.

—¿Lo vas a dejar ahí?

—Sí, claro que sí.

Me ayudó a sentarme en el asiento del copiloto y cerró la puerta de golpe. Corrió a su sitio y arrancó el coche antes de cerrar la puerta. El vehículo salió disparado del prado con un chirrido de neumáticos y descendió por el monte a toda velocidad.

Me estremecí y las pequeñas vibraciones fueron convirtiéndose en un temblor de todo el cuerpo.

—Ya ha pasado, Aimee.

Tenía hierba seca y ramitas pegadas a la falda, tierra debajo de las uñas. Intenté limpiármelas.

—Estoy sucia. Estoy muy sucia. Tenemos que ir a casa. Llévame a casa.

Sentí náuseas.

—No podemos... ¡joder! —Dio un puñetazo en el volante—. Mis padres nos esperan. Si no vamos, me harán preguntas, sobre todo mamá. Quiero llegar a casa antes de que lo haga Phil.

Me dio una arcada.

—¿Él va a estar allí?

—Más le vale no estar, pero no quiero correr riesgos. Nos acercamos un momento a casa de tus padres. Le he prometido a tu padre que me pasaría por allí después de declararme.

Me miré en el espejito del parasol y gimoteé. Llevaba hojas y hierba seca pegadas al pelo. Tenía arañazos en la mejilla y la mandíbula derechas. Me estaba saliendo un cardenal en la barbilla. Se me había corrido el maquillaje. Busqué nerviosa el rímel e intenté aplicármelo. Me lo extendí sin querer por la mejilla.

James aparcó un momento en el arcén y sacó una toalla de su bolsa del gimnasio. Con manos temblorosas, vertió agua en ella.

—Mírame. —Me limpió con delicadeza la cara—. No puedes contarle a nadie lo de Phil. Ni a tus padres, ni a mi familia, ni a nuestros amigos. Nadie puede saber lo que ha pasado. ¿Me entiendes? —Me limpió la tierra de un rasguño en carne viva que tenía en la mandíbula. Di un repullo y él me pidió que me calmara—. Están pasando cosas turbias en Donato y Phil está implicado. —Agarró mi bolso y sacó el corrector. Me dio unos toques con la esponjita en la mejilla para que el maquillaje se adhiriera a mi piel—. Yo me encargo de Phil. No volverá a hacerte daño. —Destapó el tubo del rímel—. Mira arriba. —Lo hice y, con su pulso firme de pintor, me aplicó el rímel—. Es mi deber protegerte. Conmigo siempre estarás a salvo. ¿Me oyes? —Me mordí el labio inferior y asentí con la cabeza—. Mírame, cariño. —Nos miramos y la intensidad de su rabia me asustó: sus ojos, duros como el cristal; su rostro, rígido como el acero—. Me aseguraré de que Phil no se te acerque. No volverá a ponerte una mano encima.

Le caía sangre por la sien.

—Estás herido —lloriqueé. Le toqué el chichón que tenía en la cabeza y puso cara de dolor.

—No es grave. Solo un corte.

Le quité la toalla y eché más agua. Mientras le daba unos toquecitos en la cara, vi cómo el líquido oscuro se volvía rosa en la toalla blanca.

—Te quiero.

—Lo sé —contestó él, y cerró un instante los ojos—. Dios, siento decirte esto, pero tenemos que irnos. Tus padres nos esperan. Si llegamos tarde, también ellos se extrañarán y empezarán a hacer preguntas.

—Pero yo tengo preguntas —lloreé—. Phil ha hecho esto para fastidiarte. Eso es lo que me ha dicho. ¿Por qué, James? ¿Qué está pasando entre vosotros?

James me hizo callar. Me cogió la cara y pegó la frente a la mía.

—Contestaré a todas tus preguntas cuando pueda. Te lo contaré todo, te lo prometo —me dijo, conteniendo las ganas de llorar—. Hasta entonces,

tienes que confiar en que yo te voy a mantener a salvo. Sé lo que hago. Por favor, por favor, confía en mí.

—De acuerdo —accedí, y procuré quitarme lo de Phil de la cabeza y esconderlo en un rincón inalcanzable de mi alma.

Fuimos a casa de mis padres y nos esforzamos por sonreír. Brindamos con champán y nos bebimos una botella entre los cuatro. Cuanto más bebía, menos me costaba olvidar lo que había ocurrido en nuestro prado.

Luego fuimos andando a casa de los padres de James e hicimos exactamente lo mismo otra vez. La casa estaba en silencio cuando llegamos.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó James cuando entramos en el salón.

En el aparador, se enfriaba el champán en un cubo de plata de ley. Por lo menos nos esperaban.

La preocupación ensombreció el rostro de James. Echó un vistazo por estancia. El señor Donato había estado enfermo. Lo cogí de la mano.

—Vamos a buscar a tus padres.

En ese instante, Claire volvió la esquina con los brazos abiertos.

—¡Enhorabuena! —canturreó, y abrazó a James. Después se volvió hacia mí. Me cogió las manos—. Bienvenida a la familia. Nos hace mucha ilusión que haya una Donato más. —Me esforcé por sonreír, pero el dolor de mandíbula me provocó un mohín—. Porque tendrás pensado llevar nuestro apellido, ¿no? —preguntó, malinterpretando mi reacción—. Dios te libre de conservar el tuyo de soltera o, peor aún, de agregar el nuestro con un guion.

—Bueno, yo... —Me interrumpí y miré a James.

Él frunció el ceño y fue a descorchar el champán. ¡Pum! El ruido rasgó el aire gélido. Yo hice un aspaviento y Claire dio un respingo. Miró muy digna a James.

—Será un honor llevar su apellido —me apresuré a decir—. Quiero a James.

—Pues claro que sí, cielo.

James sirvió champán en dos copas.

—¿Dónde está papá?

—Está en su habitación. No se encuentra muy bien esta noche —dijo Claire, dedicándome una sonrisa de disculpa—. Sus pulmones están caprichosos hoy.

James echó un vistazo a su madre mientras servía otra copa.

—¿Cuándo es la próxima exploración?

—Ya conoces a tu padre. Es más tozudo que Thomas y tú juntos. —James

meneó la cabeza, negándose a entrar en una discusión con su madre. En cambio, le ofreció una copa de champán. Ella encogió un hombro con delicadeza—. Si se niega a dejar de fumar puros, tampoco volverá al médico. Pospondrá las visitas hasta el último momento. Ya ha cancelado dos citas que le había cerrado la enfermera.

James no parecía contento. Frunció el ceño y me ofreció la copa.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Claire.

—Aún no tenemos fecha. ¿El verano que viene, quizá? ¿Julio? —dije, y miré a James para que lo confirmara.

—Qué maravilla, tenéis que casaros en nuestra iglesia.

—Eso pensábamos hacer. —James me cogió de la mano y me arrimó a él—. También hemos pensado hacer el banquete en The Old Irish Goat.

Claire torció el gesto.

—Ah, no, ahí no la podéis hacer. Ese restaurante es demasiado pequeño.

—«Ese restaurante» es de los padres de Aimee. Y ellos se han ofrecido amablemente a organizarlo.

—Estará espantosamente atestado con todos nuestros invitados. ¿Dónde vais a sentar a todo el mundo?

Sujeté nerviosa el tallo de la copa.

—En realidad, James y yo queremos una boda pequeña, con amigos íntimos y familia. —Familia que no incluía a su primo Phil. Se me encogió el estómago.

Se cerró de golpe la puerta de la calle. Me agarraté y, con los ojos como platos, miré a James.

—¿Suenan campanas de boda? —oímos decir a voces desde el vestíbulo.

Apareció Thomas por la puerta. Solté un suspiro de alivio. James me apretó los dedos.

Thomas se nos acercó. Me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Enhorabuena. Bienvenida a la familia, hermanita.

Me dio un tironcito de broma de la barbilla, arañándose sin querer las heridas disimuladas por el maquillaje. Inspiré hondo, apretando los dientes. James le apartó la mano a Thomas de un puñetazo. Thomas lo empujó de broma en el hombro y luego lo atrajo hacia sí para darle un abrazo de hombre. En cuestión de segundos, James se lo quitó de encima; su paciencia con la familia había llegado al límite.

—Aimee me estaba contando sus planes de boda —le explicó Claire a

Thomas, ofreciéndole una copa de champán—. James, creo que deberías pensar en Phil como uno de tus padrinos.

Sentí que palidecía.

Thomas me miró de pronto y James apretó la mandíbula.

—No quiero que venga a la boda.

—Es de la familia, James.

—Ya hablaremos de la boda más adelante, mamá —dijo, cortante.

Thomas dejó en el aparador la copa que apenas había tocado.

—Bueno, entonces, Aimee, te dejo para que hables de los detalles con mamá. —Le hizo una seña a James—. ¿Tienes un segundo? Tenemos que hablar.

El rostro de James se tensó.

—Sí, desde luego.

Me besó en la frente y me preguntó si iba a estar bien. Cuando asentí, me susurró que volvía enseguida y luego nos iríamos.

Claire dejó su copa junto a la de Thomas y me pasó las uñas de manicura por la melena, repeinándome las gruesas ondas. Me sacó del pelo una hoja seca y enarcó una ceja, sorprendida.

—Creo que serás una novia preciosa cuando te arreglemos este pelo rebelde —murmuró, meneando la cabeza—. Llevas demasiado maquillaje —dijo chascando la lengua.

Después de veinte minutos agotadores, logré librarme de Claire y de sus planes de boda con la excusa de que necesitaba ir al baño. Por suerte, sonó el fijo de la casa y Claire tuvo que atender la llamada.

Fui a buscar a James. Su voz se oía por el pasillo, procedente del despacho. La luz se derramaba por debajo de la doble puerta, igual que el susurro furioso de Thomas.

—No puedo despedir a Phil. Lo prohíbe el estatuto —me advirtió.

A través de las puertas entreabiertas, puede ver a James de pie a un lado, con la cara desencajada de rabia. Thomas paseaba nervioso por la sala.

—Ya me encargo yo de Phil —dijo entonces James.

—No es responsabilidad tuya.

—Escucha, tengo un plan.

Bajaron la voz. Contuve la respiración y agucé el oído. Solo oí murmullos.

—Como metas a la DEA en esto, vamos todos detrás —replicó Thomas cuando James terminó su explicación.

—Pues entonces déjame que me encargue yo. Mi plan funcionará.

—¡Chorradas! —estalló Thomas—. Tu plan es una mierda. Phil está demasiado inestable. Conseguirás que te mate.

Hice un aspaviento y me tapé la boca con la mano.

—¡Madre mía, baja la voz! —dijo James, mirando enseguida hacia la entrada del despacho.

Me aparté de la puerta. ¿Qué estaba pasando?

—Dame un año para poner fin a todas las operaciones de Phil —le imploró Thomas—. Dos a lo sumo para quitárnoslo de en medio.

—No, lo de Phil lo arreglamos ahora. Estoy harto de esperar —espetó James—. Y de volver la cabeza como todos los demás de esta familia cada vez que exporta productos comprados con dinero sucio. Todas esas mierdas ilegales se van a terminar ya, o me voy.

Thomas se frotó la cara.

—Necesito tiempo, James. No me lo estás poniendo...

Una mano ancha se ancló firmemente a mi hombro. Di un brinco y me volví. Edgar Donato me atravesaba con su mirada acerada. Entonces se llevó el dedo índice a los labios y sonrió, casi contento.

—Ven conmigo.

Entre el champán y lo que había oído, estaba aturdida. Miré a James y a su padre alterativamente.

Tremendamente obeso, Edgar enfiló el pasillo apoyándose en un bastón y arrastrando una bombona de oxígeno en un carrito cuyas ruedas rechinaban por las baldosas de mármol.

Me asomé una última vez por la ranura de la puerta y luego lo seguí. Ya le preguntaría a James después a qué se refería Thomas. Una cosa tenía clara: quería que James saliera del negocio familiar tanto como él mismo.

Edgar me llevó a la biblioteca y fue directo al mueble bar. Descorchó un decantador de cristal lleno de un líquido ambarino. Sirvió dos dedos en un vaso y cuatro en otro.

—¿Le conviene beber? —pregunté cuando me ofreció el menos lleno.

—Querida mía —empezó, aclarándose una garganta llena de flemas—, mi salud hace tiempo que es irrecuperable. Poco puedo hacer ya salvo empujarla por el camino que ha tomado. —Se llevó el vaso a los labios y rio—. ¡Salud! —Se bebió medio vaso del primer trago y añadió—: Bienvenida a la familia.

Olisqueé la bebida y, vacilante, le di un sorbito. Edgar empujó el fondo

de mi vaso, levantándolo más contra mi boca. Tragué deprisa. El *whisky* me abrasó la garganta y me hizo un agujero en el estómago. Hice un aspaviento.

Edgar rio, moviendo mucho los hombros.

—Vas a necesitar más como ese si quieres sobrevivir en esta familia en la que acabas de meterte. Más vale que vayas empezando.

Con el trago de *whisky* después del champán de antes, me empezó a dar vueltas la cabeza y me mareé. Se me revolvió el estómago.

Edgar se retiró a un sillón orejero y se instaló en él. Recolocó el bastón y la bombona. Le dio un fuerte ataque de tos, inundada de flemas. Todo su cuerpo se estremeció.

—No te preocupes —dijo, ahogándose, agotado—. Ya te acostumbrarás. Cuanto más bebas, mejor te sabrá. Puede que algún día —dijo señalando el *whisky* con el bastón— Johnnie Walker sea lo único que te mantenga cuerda en esta familia.

Miré con disimulo la puerta. Tragué saliva, estaba inquieta. En todos los años que hacía que conocía a James, nunca había estado a solas con su padre. Hasta esa noche, Edgar y yo apenas habíamos hablado.

—Ven, ven, siéntate —dijo, dando unas palmadas en la silla que tenía al lado.

Me senté y me aventuré a darle otro trago al fuego que tenía en el vaso. El último, me prometí.

—Me caes bien, Aimee. Siempre ha sido así. Tus padres también son buenas personas. —Me dejó atónita—. A James le vienes bien. Te necesita. —Sonrió y su mirada se tornó triste—. Thomas se parece mucho a su madre. Posee una determinación imparable rayana en la crueldad. Piensa que puede ocuparse del mundo entero él solo. James, en cambio, me recuerda a mi hermano pequeño. Fogoso. Un soñador.

—Yo jamás me interpondría en sus sueños. No podría obligarlo a ser alguien que no es...

Me callé al recordar con quién hablaba: con el hombre que había impedido que James llevara la vida que quería. Me aclaré la garganta y miré fijamente el vaso.

—Un consejo que me habría venido bien hace años. Me temo que...

Se interrumpió y miró al infinito.

Me sorprendió su franqueza. Quizá fuera una reacción a su medicación. Eso explicaría su inesperada sinceridad. Entonces caí en la cuenta. Aquella mirada distraída y la silenciosa aceptación de su enfermedad. La docilidad

que llega en los últimos años de vida cuando uno reflexiona sobre una existencia repleta de remordimientos.

Edgar Donato estaba solo y se sentía solo en un mundo que yo empezaba a entender que James me había estado ocultando.

Al ver que permanecía callado, le pregunté.

—¿De qué tiene miedo, señor Donato?

Levantó de pronto la cabeza.

—¿Eh? Ah, de nada.

Se tosió en el puño y carraspeó. El ataque vino después y la tos empeoró.

Me acerqué al mueble bar y le serví un vaso de agua. Mientras se recuperaba, exploré la estancia y descubrí el blasón enmarcado de los Donato en la pared de enfrente.

—Me acuerdo del día en que James llevó a clase el blasón de su familia para hablarnos de él —dije, por darle conversación—. Fue hace años. Me explicó lo del águila.

—¿Qué águila? —preguntó Edgar, medio ahogado.

—La de ahí arriba. La del blasón de su familia.

Edgar se revolvió en el asiento y miró hacia arriba. Soltó una carcajada.

—Ese no es el blasón de mi familia. Es el de la de Claire —dijo, luego apuró su vaso de whiskey.

Su respuesta me dejó atónita.

—¿Aimee? ¿Nos vamos?

Me volví en la silla. James me hablaba desde el umbral de la puerta.

Capítulo 29

—Aimee, ¿te encuentras bien?

Miré extrañada a Carlos. Estaba sentado, muy tieso, en su silla, al otro lado de la habitación, con la cara pálida. Eché un vistazo alrededor, aturdida. Debía de haber estado paseándome nerviosa mientras hablaba. Me agarraba con fuerza el anillo de compromiso.

—¿Aimee...? —me dijo en un tono más firme.

Procesé todo lo que me rodeaba: las paredes pintadas de naranja oscuro, los suelos de caoba, los muebles atrevidos y los cojines decorativos —un toque femenino—, los juguetes apilados en un rincón, recogidos por ese día, y numerosas fotografías que retrataban a una familia una vez completa que había perdido a uno de sus miembros. A Carlos lo necesitaban más allí de lo que yo necesitaba a James.

Lo entendí entonces. Al repasar nuestra relación, aunque yo lo había querido muchísimo, también veía nuestros fallos. A James se le daba muy bien posponer las cosas que lo incomodaban y yo era demasiado condescendiente. Tendría que haberle contado a su familia lo de Phil.

Mientras Carlos me miraba fijamente, pasmado, caí en la cuenta de que casarme con James seguramente no habría sido lo mejor para mí. En los diecinueve meses transcurridos desde que se había ido a México, a pesar de lo difíciles que habían sido esos meses, yo me había vuelto una persona más fuerte, más segura de sí misma. Y no quería perder la vida que me había construido.

Una voz me susurró por dentro, una que hacía tiempo que no oía. «No pasa nada por que lo olvides, Aimee.»

Abrí mucho los ojos. Nunca había sido James quien me hablaba en el viento, acariciándome con una lágrima. Era yo, la parte lo bastante valiente como para seguir adelante, la que sabía que era capaz de hacerlo sola.

Carlos cruzó la estancia en dirección a mí. Me quitó el anillo del dedo por primera vez desde que James me lo había puesto. Me había quedado perfecto, pero la perfección puede ser una ilusión. Me miré el dedo desnudo, la franja de piel más clara, rosada y tierna. Le levanté la mano a Carlos y le puse el anillo en la palma.

—¿Qué haces? —dijo, cerrando la mano con el anillo dentro.

—Lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo. Una vez le prometí a James que jamás me interpondría en sus sueños. De hecho, me fastidiaba que se doblegara ante sus padres. Quería que se marchara de Donato Enterprises, abriera una galería y pintara. Habría llevado una vida plena, más satisfactoria. Iba a hacerlo, justo cuando... —Tragué saliva e inspiré muy hondo—. Justo cuando murió. —Levanté la vista a Carlos y por fin encontré a James—. Pero mírate, lo has conseguido. Estás viviendo la vida que ansiabas vivir. No te la voy a arrebatar. No te voy a obligar a ser alguien que no eres. Yo jamás te presionaré como lo hicieron tus padres.

—Aimee...

—No, no, no pasa nada. Tú querías tener tu propia familia porque la familia con la que te habías criado era...

—¿Disfuncional? —propuso Carlos.

—Por decirlo suavemente. —Le dediqué una sonrisa cómplice—. Tus chicos te necesitan.

Y a mí me necesitaban en casa. Echaba de menos mi restaurante, el café recién hecho y el aroma de las especias calientes. El olor dulzón de la repostería y la bollería. La campanilla de la puerta cuando se abría para un cliente nuevo o uno de los habituales. Echaba de menos a mi chef, Mandy, las maquinaciones de Emily, siempre buscando el modo de sacarse un pavo extra con sus apuestas. Pero sobre todo echaba de menos a Ian. Aimee's no sería lo que era sin él. Yo no estaría donde estoy sin él, ni emocional ni físicamente, ni ninguna otra cosa intermedia. No quería perderlo.

—Dios, Aimee... con todo lo que me has contado... —Carlos maldijo de nuevo, frotándose la nuca—. ¿Estarás bien? —Frunció el ceño, nada convencido cuando yo asentí con la cabeza. Había pasado horas compartiendo recuerdos con él, algunos más negros que otros—. ¿Estás segura?

Miré a mi interior. Una vez exorcizada la oscuridad, acepté con serenidad mi situación. Llevaba ahí un tiempo, esperando pacientemente a que me asiera a ella. Nadia se quedaría impresionada. Por fin iba a pasar página.

—Por una vez, estoy convencida de que me va a ir bien. Mejor que bien.

Eran las tres y media de la madrugada cuando Carlos me dejó en Casa del Sol. Me quedé sola en el sendero mientras él se iba, esperando a que los faros de su coche se perdieran a lo lejos. No tenía ni idea de cuándo volvería a verlo, de si volvería a verlo. El fin de nuestra relación me pareció más terminante en aquel momento que cuando lo había enterrado.

Imelda me interceptó cuando cruzaba cansina el vestíbulo. Llevaba la ropa arrugada, el pelo revuelto. Parecía agotada.

—Thomas está aquí —me advirtió.

La miré a los ojos de repente.

—¿Dónde?

—En el bar.

Me asomé por la amplia entrada del salón del hotel. Bajo las luces tenues, el barman limpiaba metódicamente la barra. El lugar estaba vacío salvo por un hombre solitario sentado a una mesa junto a la pared del fondo. Una botella y un vaso le hacían compañía.

El barman me miró cuando entré y me siguió a la mesa de Thomas. Dejó un vaso limpio en la superficie de madera como si hubiera estado esperando mi llegada, luego se retiró detrás de la barra.

Me senté en la silla de enfrente y Thomas levantó despacio la cabeza. Con el cuello de la camisa desabrochado, la corbata aflojada y el traje arrugado, parecía años mayor que la última vez que lo había visto, hacía dos semanas, cuando había ido a tomar café a mi local. Las arrugas de la cara eran más profundas. Me sirvió varios dedos de bebida en el vaso vacío. El líquido ambarino chapoteó en el fondo del vaso.

—Él te quería mucho. Los tres hermanos siempre te hemos apreciado, a nuestra manera —dijo con sorna, y suspiró—. Se acabaron los secretos —espetó, meneando despacio la cabeza.

«Ese no es el blasón de mi familia. Es el de la de Claire.»

Algo me hizo clic por dentro y de pronto lo entendí todo.

—Phil es tu hermano.

—Hijo de tío Grant y de mamá. Su hermano y ella estaban muy unidos antes de que Grant contratara a papá y mamá se enamorara de él. Cuando se casaron, papá se puso el apellido de ella. Convenía más a su cargo como presidente de Donato.

No era de extrañar que James me ocultara tantas cosas sobre su familia. Debía de darle vergüenza que su madre hubiera tenido relaciones con su propio hermano. Y Phil era fruto de esa unión. Los Donato habían escondido

bien ese secreto.

Bajé la mirada a la mesa, estudié el vaso de *whisky* y volví a mirar a Thomas. Tenía razón. Se acabaron los secretos.

—Dudo muchísimo que yo le importara a Phil. Me violó el día en que James se me declaró.

Thomas se echó hacia atrás.

—Joder, Aimee, no lo sabía. —Apartó la mirada y la fijó en el rincón—. Así todo tiene sentido. Ese empeño de James en deshacerse de él...

—¿Dónde está?

—¿Phil? —dijo, mirándome de nuevo—. No volverá a molestarte.

Sonó definitivo.

—¿Qué le pasó a James? ¿Por qué nos has mentado?

Volqué en aquellas preguntas diecinueve meses de pena y de sufrimiento. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Lo estaba protegiendo de Phil, que estaba blanqueando dinero mediante operaciones comerciales, usando Donato Enterprises como tapadera. Había comprado nuestros muebles con fondos procedentes del narcotráfico y se disponía a exportarlos a México. Así el cartel vendía los muebles por pesos mexicanos y el dinero volvía a entrar en el sistema bancario —me explicó muy serio—. Phil quería arruinarnos. Tío Grant le había dejado Donato a mi padre y mi padre a mí, no a él, que se creía con derecho a heredar el negocio.

«Me lo han quitado todo.» Recordé de pronto las palabras de Phil. En su momento, pensé que se había vuelto loco.

—Papá y yo estábamos colaborando con la DEA, que iba detrás de un pez más gordo que Phil. Debíamos fingir que no sabíamos lo que estaba haciendo para que siguiera adelante con sus operaciones hasta que la DEA tuviera lo que buscaba y a quien buscaba. Las personas para las que trabajaba no habrían dudado en matar a cualquiera que averiguase lo que estaba haciendo.

Recordé entonces la discusión entre James y Thomas. James quería informar a la DEA, pero Thomas ya estaba colaborando con ellos.

—James no sabía que la DEA ya estaba al tanto —supuse.

Thomas negó con la cabeza.

—Papá y yo acordamos que cuanto menos gente supiera lo que estaba pasando menor sería el riesgo para nosotros y para la empresa. Ahora veo claro que tendría que habérselo contado a James. Es muy inteligente. Llevaba

nuestras finanzas y no tardó en descubrir lo que Phil estaba haciendo.

—Y, cuando James te lo dijo, no hiciste nada al respecto —deduje.

—No podía. Ya había un plan en marcha. Pero mi falta de acción y de interés impacientó a James. Se fue a México por su cuenta y le plantó cara a Phil. Ahora que sé lo que te hizo, entiendo que James llevara dentro tanta rabia.

Así era. James se había puesto como un basilisco cuando yo había querido descolgar el cuadro de nuestro prado. «No vamos a dejar que ese cabrón enfermo controle nuestra vida», me dijo.

—No tengo ni idea de qué pasó cuando se encontraron —dijo Thomas— y, salvo que él lo recuerde, puede que nunca lo sepamos. Phil nos contó que fueron a pescar y James se cayó por la borda, así que yo usé esa misma historia. Creo que intentó matarlo.

No me salían las palabras. Era demasiado. Todos los problemas familiares con los que James había estado lidiando mientras intentaba protegerme.

—Debido a la investigación de la DEA, tuve que dejar que todos pensarais que James había muerto. Necesitaban que Phil siguiera desarrollando sus actividades, no que saliera en busca de James si descubría que seguía vivo. James quizá no habría sobrevivido a otro ataque. Y si el cartel mexicano hubiera prescindido de Phil, la investigación de la DEA se habría ido al garete. Mantuve escondido a James para protegerlo —dijo, señalándose el pecho con el pulgar.

—Pero lo abandonaste aquí —lloré.

—Se suponía que solo estaría escondido unas semanas, tres meses a lo sumo, pero fueron pasando los días hasta que transcurrió un año. La DEA tardó más de lo previsto en hacer lo que tenía que hacer. Para entonces, James ya estaba completamente instalado en su nueva vida como Carlos.

—Había conocido a su mujer.

—Se había casado ya y el bebé estaba en camino. Se enamoró perdidamente de Raquel.

Como yo no había tocado mi *whisky*, Thomas se lo bebió de un trago, luego miró el vaso vacío.

—Estaba convencido de que lo averiguarías antes. Tu investigador privado casi me dejó seco. Amenazaba con contarte dónde estaba James. Tuve que sobornarlo para que guardara silencio.

Como había sobornado a Imelda. Como me había sobornado a mí.

Todo aquello era difícil de digerir. Además, ya había oído bastante. Había llegado el momento de volver a casa. Me levanté y me estiré la falda.

Thomas alzó de pronto la cabeza. Me agarró de la muñeca.

—Lo siento, Aimee.

Mis ojos se deslizaron despacio de los dedos con los que me agarraba la muñeca a su rostro.

—No es conmigo con quien tienes que disculparte.

—¿Cómo está James? ¿Vuelve a casa?

—No, lo necesitan aquí. Pero tiene preguntas. Ve a verlo antes de marcharte.

—¿Y tú? ¿Vuelves a casa?

—Mi sitio está allí. Mi restaurante...

Me apretó la muñeca.

—Sabía que lo conseguirías. Se lo dije a Joe... —Me agarroté y Thomas sonrió—. Sí, fui yo. Yo estuve pagando tu alquiler durante la obra. Fue el único modo que encontré de convencerlo... —Me zafé de él—. Bueno, lo hice por ayudar... —Se levantó con dificultad, fue dando tumbos hasta la barra y se derrumbó en un taburete.

Di media vuelta para marcharme, pero me detuve.

—¿Fue James a Cancún en realidad?

Thomas meneó la cabeza.

—Quería que pensáramos que estaba allí y no persiguiendo a Phil.

—¿Y el féretro? ¿Qué había dentro? —Me miró sin entender—. En el funeral de James —le expliqué—. ¿Qué había dentro del féretro?

—Sacos de arena —contestó, encogiéndose de hombros como si aquello careciera de importancia.

Aparté la mirada y cerré un instante los ojos. Cuando volví a mirarlo, Thomas estaba sentado a la barra, con la cabeza apoyada en las manos.

Sin volver la vista atrás ni despedirme, salí del bar y de la vida de los Donato.

Capítulo 30

—¡Ábreme, Aimee! —oí el alarido apagado de Ian, que aporreaba la puerta.

Tiré la blusa encima de la maleta abierta y corrí a abrir antes de que despertase a otros huéspedes. No eran más que las cinco y media de la mañana.

Abrí de golpe y él miró adentro, encendido.

—¡Joder! Llevo toda la noche llamándote. ¿Dónde has estado?

—Con Carlos.

Tragó saliva visiblemente.

—Habérmelo dicho. Estaba preocupado.

—Me he dejado aquí el móvil sin querer. No pensaba estar fuera toda la noche. Lo siento.

—Entonces, ¿has hablado con Imelda?

Asentí.

—Y con Carlos. Vino a buscarme a la habitación y fuimos a cenar. Luego...

—¿Te has acostado con él? —preguntó con voz de pito.

—¡No! No ha pasado nada. —Me acerqué y él se apartó. Me detuve—. Hemos estado hablando. Nada más.

—¿Vuelve a casa contigo?

Meneé la cabeza. Por costumbre, fui a darle vueltas al anillo de compromiso hasta que recordé que ya no lo llevaba. El gesto le llamó la atención. Me miró la mano, luego a la cara.

—¿Y el anillo?

—Se lo he devuelto.

Ian se recolocó para poder mirarme directamente a la cara. Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Procuré relajarme, incluso sonreír un poco.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó, ceñudo.

—Lo llevo... bien —contesté con una sonrisa. Habría preferido que dijera algo de «lo nuestro»—. Entonces, tú y yo... ¿bien? —dije, señalando entre los dos.

Reparó en mi maleta. Enarcó una ceja.

—¿Te vas?

—No hay razón para que me quede.

Me acerqué a la cómoda.

—¿Ninguna? —preguntó amargamente.

—No. Ya es hora de que pase página. —Cogí un montón de ropa sucia —. Si recoges rápido, nos da tiempo a pillar el primer vuelo de hoy.

No se movió mientras yo metía la ropa sucia en la maleta. Entré en el baño y reuní mis cosas de aseo y mis cosméticos. Después de echar un vistazo rápido, volví a la habitación. Ian estaba junto al balcón, con las manos en las caderas. Contemplaba el cielo de primera hora de la mañana.

—¿No vas a ir a hacer la maleta? —dije, mirándolo a él y luego mi equipaje.

Negó con la cabeza.

—Imelda me ha prometido que me va a ayudar a encontrar a Laney. Volveré a casa mañana, como habíamos previsto.

Inspiré rápidamente por la nariz, mordiéndome el labio inferior. Había olvidado su interés en Laney-Lacy. Solté las cosas de aseo en la maleta y me tiré del dedo anular desnudo.

—¿Quieres que te ayude?

Me observó un buen rato, luego meneó la cabeza.

Sentí una opresión en el pecho.

—Ah... Vale. ¿Te veo el miércoles en mi restaurante, entonces?

Me miró a los ojos.

—Me despedí, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Es cierto —dije, abatida—. Pues buena suerte. Espero que encuentres a tu madre. Si te puedo ayudar en algo... Bueno, dímelo, ¿vale?

Asintió despacio y se volvió de nuevo hacia el balcón. Apenas movió la cabeza, pero el gesto abrió un abismo entre los dos. No quería que me quedara con él, así que resistí la tentación de preguntarle por lo nuestro. Él no me había dicho nada, con lo que probablemente fuera demasiado tarde para reparar el daño que le había hecho a nuestra amistad. Me había abierto su corazón y yo lo había abandonado, lo había dejado solo en su cama. Después

le había dicho que lo que había ocurrido entre nosotros jamás tendría que haber pasado. Era lo peor que podía haber hecho. Ian solo pretendía ayudarme porque me quería.

Terminé de hacer la maleta y la cerré, maldiciendo cuando la cremallera se me enganchó en la ropa.

—Espera, déjame a mí. —Me apartó las manos con delicadeza, desatascó la cremallera y terminó de cerrar la maleta, luego se volvió hacia mí y me acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Suspiré—. Te acompaño al taxi —me dijo, agarrando la maleta de la cama.

A la entrada del hotel me dio un abrazo de despedida. No hubo besos, ni la promesa de reencontrarnos. Le pagó la carrera al taxista y, en cuanto me senté, cerró la puerta. Bajé la ventanilla.

—Ian —lo llamé angustiada al verlo alejarse—. ¿Cuándo volveré a verte?

—Ya sabes dónde encontrarme —contestó comedido, pasándose con dureza los dedos por el pelo revuelto.

En la galería de Wendy, en su próxima exposición, donde los dos seríamos educados y profesionales el uno con el otro, me dije con tristeza.

El taxista arrancó y yo, asomada a la ventanilla, observé a Ian hasta que volvimos la calle y desapareció de mi vista. Al llegar al aeropuerto, caí de pronto en la cuenta de que no solo había renunciado a James. También a Ian.

Diecinueve horas y dos escalas después, aterrizamos en San José, a última hora de la noche. Mientras esperaba a que saliera mi equipaje, la terminal estaba prácticamente vacía. Temblé, me cerré aún más el abrigo sobre el vestido de verano y contemplé los ventanales empapados de lluvia. La cinta empezó a girar y al poco salió mi maleta, que cayó de cabeza por la rampa. La agarré y me topé con Nadia.

Ella gruñó y me cogió por los hombros.

—Bienvenida a casa.

—¿Cómo has sabido...?

—Me ha llamado Ian —dijo, agarrándome de la cintura—. Ven, que te llevo a casa. Estás hecha una mierda.

—Ay, gracias —dije y la seguí al aparcamiento.

Mientras conducía, le hablé de la enfermedad de James, de la confesión de Thomas, de que Ian se me había declarado y de que los había dejado allí a

los tres.

—¡Madre mía! —dijo, mirándome de reojo, sin apartar la vista de la carretera—. Menudo fin de semana has pasado. Entonces, ¿James se ha ido del todo? ¿No queda nada de él? ¡Vaya viaje!

—Carlos tiene su propia vida, con sus hijos y su carrera. Me ha llevado un par de días aceptar que James ya no es James. En el fondo, notaba que había algo distinto en él. Sus caricias ya no me gustaban. Es el cuerpo de James, pero James ya no está ahí dentro, no sé si me explico.

Enarcó mucho las cejas.

—Es raro, pero creo que sí. Qué locura, chica. ¿Te apañarás sin él?

—Aunque haya perdido a su esposa, él es feliz en México —contesté, apretándole la mano—. Me ha costado menos de lo que pensaba decirle adiós. Me dedicó una sonrisa de amiga.

—Creo que ya has pasado esa página que querías pasar. Prométeme que me llamarás si necesitas hablar. Que te conozco: te vas a poner a darles vueltas y vueltas a los últimos días. No lo entierres. Háblalo. Me tienes aquí.

—Te lo prometo —dije, y volví a apretarle la mano. Lo de enterrar mi pasado se había terminado.

Nadia paró delante de mi casa, sin apagar el motor, mientras yo sacaba el equipaje del asiento de atrás.

—¿Qué vas a hacer con Ian?

Hice un mohín.

—Nada. Le he hecho daño. Ya no le intereso.

—Ese hombre está más que interesado, créeme. Lo he notado muy preocupado cuando me ha llamado y no hace falta ser muy listo para ver que está locamente enamorado de ti. Ya te ha dicho que te quiere. Tú precisamente deberías saber que uno no se desenamora de repente —dijo, chascando los dedos—. No te acostumbres a rendirte demasiado pronto. Dale otra oportunidad al pobre.

—Ya veremos.

Me encogí de hombros y cerré la puerta.

Nadia se fue en cuanto me metí en casa. Una casa que no había cambiado ni se había actualizado desde que se había marchado James, hacía ya casi dos años. Arrastré la maleta al dormitorio y abrí las puertas biseladas del armario. Me encontré con su ropa. Pasé los dedos por las prendas y levanté una manga. Me la pegué a la cara y olí el tejido. Me picó la nariz. Polvo, nada más.

Agarré un puñado de perchas, saqué la ropa de James del armario, me la

llevé al cuarto de invitados y la extendí en la cama. Al día siguiente lo empaquetaría todo para que se lo llevara Thomas. Ya decidiría él qué hacer con las cosas de su hermano.

Cuando volvía a mi cuarto, me detuve al ver las fotos enmarcadas del aparador. Había cuatro de James. Las cogí una por una y las puse con el montón de ropa. Thomas podía enviárselas a Carlos.

Pasé la siguiente hora llevando las cosas de James al cuarto de invitados. Pinturas, materiales, ropa y fotos. Solo me quedé con una pequeña, una instantánea de los dos apoyados en el viejo BMW de James, que dejaría en mi escritorio.

Cuando lo hube trasladado todo, me derrumbé en el sofá de chenilla que James y yo habíamos comprado juntos. Mientras acariciaba las fibras desgastadas, decidí que también me desprendería del sofá. Algún día.

Enseguida empezaron a pesarme los párpados y me tumbé de lado, metiéndome un cojín debajo de la cabeza. Me quedé dormida. Y soñé.

Varias semanas después, al final de la jornada, estaba limpiando las huellas de dedos de las vitrinas de mi establecimiento cuando sonó la campanilla de la puerta y se coló dentro una ráfaga de aire frío. Oí unos pasos a mi espalda.

—Ya hemos cerrado —dije sin mirar.

—Soy yo —dijo Nadia.

Me volví, con el trapo y el limpiador en la mano. Llevaba un vestido de cóctel de color burdeos debajo del abrigo de paño, el pelo recogido en un moño desenfadado, los labios pintados y las mejillas coloradas del aire gélido.

—¿Adónde vas esta noche?

—Tengo una cita con Mark —dijo, sonriente.

—¿En serio? —Froté distraída una mancha rebelde del cristal—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión sobre él?

—Tú —me contestó. Me erguí y ella se acercó y se apoyó en el mostrador—. Tengo tendencia a dejar escapar a los hombres demasiado pronto. Mark es un tío muy cariñoso y ya no tiene relación con su exmujer. He decidido darle otra oportunidad.

La miré extrañada.

—Te gusta de verdad.

—Sí.

Doblé el paño sucio.

—¿Adónde vais?

—A cenar y luego a la exposición de Ian —contestó, sacándose una postal del bolsito y dejándomela en el mostrador para que la viera.

Miré la postal con el nombre de Ian bien visible debajo del logo de Wendy. En el anverso había dos imágenes de su colección que yo no había visto, aunque estaba presente cuando había hecho las fotografías. Eran de Puerto Escondido. Paseé los dedos por una de dos hombres fumándose un puro delante de una tienda.

—Hay personas en estas fotos —murmuré para mí.

—Deberías ir. Darle otra oportunidad. —Meneé la cabeza—. ¿Has vuelto a verlo desde que te fuiste de México?

—No.

—¿Lo has llamado?

—Él tampoco me ha llamado a mí.

—Ya sabes lo que siente. ¿Le has dicho ya que lo quieres?

—Aún no —contesté sin pensar.

Nadia esbozó una sonrisa.

—Sabía que lo querías. —Me humedecí los labios y estudié la postal—. Tengo que irme. ¿Nos vemos en la galería? Kristen y Nick también van.

—No sé... —Callé y me guardé la postal en el bolsillo del delantal—. Tengo que reponer las estanterías.

Se abotonó el abrigo.

—Las estanterías siempre van a estar ahí.

«Pero puede que cierta persona no.»

Lo dejó en el aire, luego me dio un beso en la mejilla.

—Te veo esta noche —me gritó desde la puerta, y se dibujó en sus labios brillantes una enorme sonrisa.

Eché el cierre cuando salió y seguí limpiando. Fregué con ímpetu el mostrador, volví a poner el lavaplatos y abrí varias cajas de productos. Hasta que no me puse a recolocar los periódicos y las revistas del estante de lectura gratuita, no me di cuenta de que estaba buscando excusas para no marcharme.

Volví a mirar la postal. Las imágenes eran preciosas y quería verlas. ¿Qué le habría hecho cambiar de opinión sobre sus fotos?

También quería verlo a él. Lo echaba de menos.

Entonces, ¿a qué esperaba?

Llevaba la ropa arrugada y el pelo hecho un desastre, pero si iba a casa a cambiarme y arreglarme, tendría una excusa para no salir. Así que apagué las luces, activé la alarma, salí del local y recorrí a pie las dos manzanas que me separaban de la galería de Wendy.

Como en sus anteriores exposiciones, estaba abarrotada. Reconocí muchas caras. De sus admiradores incondicionales. A diferencia de otras veces, no había una mezcla de fotos de distintas expediciones: todas las imágenes expuestas eran de Puerto Escondido.

Las contemplé extasiada, avanzando despacio por la sala principal. Retratos inmensos, reflejo de un nanosegundo de vida, cubrían las paredes de arriba abajo. Surfistas surcando espeluznantes túneles de agua. Parejas abrazándose, siluetas recortadas sobre la puesta de sol. Carlos apoyado en una palmera, mirando al mar.

Carlos.

Me llevé la mano al vientre. No sentí nervios ni angustia. Ni ilusión, ni tristeza. Me miré los pies y volví a mirar la fotografía. Esbocé una sonrisa al caer en la cuenta de que era a Carlos a quien veía en la imagen, no a James.

Todas las fotografías eran impresionantes y hacían que la sala resplandeciera con todo un abanico de colores. No se parecía a nada que hubiera visto de Ian.

—Curioso, ¿verdad? —me dijo Nick, de pronto a mi lado—. Veo a James, pero los ojos son distintos. Entonces dejo de verlo y veo a otra persona.

Pensé en Ian y en lo que me había contado de las fotos que le hacía a su madre cuando Jackie era la personalidad dominante.

—Se llama Carlos —susurré—. Jaime Carlos Domínguez.

—¿Puedo ir a verlo?

—No te conocería —contesté, volviéndome a mirarlo.

Su semblante se ensombreció.

—Thomas nos tenía a todos engañados. Siento lo de Ray —dijo entonces, entre palabrotas—. No consigo localizar a ese cabrón.

—Dudo que vuelvas a saber de él —repuse con una sonrisita.

Gracias a Thomas, Ray, el investigador privado que Nick me había recomendado que contratara para encontrar a James, seguramente estaría en una isleta, bebiendo margaritas y disfrutando de una pequeña fortuna.

Al fondo, una pequeña multitud se apiñaba en torno a una foto. Por encima de sus cabezas asomaban sombras de amarillo y dorado. Me disculpé

con Nick y me acerqué, abriéndome paso entre la concurrencia. Entonces me quedé pasmada. Era un retrato mío y lo miré como si fuera la primera vez que me veía.

Ian me había sacado bailando en Casa del Sol, dejándome llevar, sintiendo la música.

Me había resaltado los ojos de azul Caribe enmarcados en pestañas muy negras de tal forma que era imposible no perderse en ellos. Una masa de rizos morenos me coronaba la cabeza y parecía danzar a la luz titilante. Chispeaban como luciérnagas y polvo dorado.

¿Era así como me veía Ian? El retrato tenía vida, lo había hecho un artista que no solo quería a la mujer retratada en su obra, sino que estaba enamorado de ella. Me dieron ganas de llorar.

Noté a Ian a mi lado antes de que me rozara el brazo.

—Es preciosa —susurró para que solo lo oyera yo.

—Ian... —empecé.

—Eres preciosa —me dijo al oído, acelerándome—. Te he echado de menos.

Me escocían los ojos.

—Tus fotos son... —Meneé la cabeza, incapaz de encontrar palabras que describieran lo magnífica que era la obra que exponía allí—. Hay personas en ellas.

Se revolvió a mi lado.

—Alguien me dijo una vez que tengo un don. Por lo visto se me da bien captar el lado bueno de las personas. Supongo que tuve que aceptar que no todo el mundo tiene algo feo que esconder. —Noté que me miraba—. Te asustaba decirle adiós a James, pero lo hiciste, y apuesto a que ahora eres más fuerte. Fui a México contigo temiendo perderte por él. Nunca sabrías lo mucho que te quería. Aún... —Guardó silencio. Le cogí la mano a ciegas. Entrelazó sus dedos con los míos—. Ven conmigo —me dijo y me llevó a un rincón, lejos de la multitud.

—Te he echado de menos —le dije en cuanto nos quedamos a solas—. Siento no haberme quedado contigo en México.

Me estrechó en sus brazos.

—Lo entiendo, Aims. Necesitabas distancia después de todo lo que habías pasado y yo te concedí ese espacio con la esperanza de que volvieras a mí.

Su voz me acarició el oído. Sus labios me rozaron la piel sensible del

lóbulo. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Y Laney? ¿La encontraste? —pregunté, usando el nombre por el que Ian conocía a Lacy—. ¿Has sabido algo de tu madre?

—No.

—Lo siento —dije con tristeza.

—No lo sientas. Si está viva, la encontraré. Algún día.

—Te quiero, Ian. —No pude retener las palabras en mi interior más tiempo—. Tendría que habértelo dicho antes... —Me besó—. Te quiero —le susurré en la boca—. Pero tengo una pregunta.

Interrumpió el beso.

—¿Cuál? —preguntó con cautela.

—¿Quieres cenar conmigo?

Esbozó una sonrisa, lenta y sexi.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Pues sí, te la estoy pidiendo —contesté, sonriente.

—Bueno, en ese caso, es un sí. Ceno y desayuno contigo —me prometió, acariciándome los labios con los suyos—. Y todas las mañanas.

Me besó con fuerza, ofreciéndome un atisbo del futuro que nos esperaba. El futuro que yo quería.

Epílogo

CINCO AÑOS DESPUÉS

Volvió a soñar con ella. Ojos de un azul tan intenso y tan potente que le marcaban el alma. Las ondas de rizos morenos le acariciaban el pecho mientras se movía encima de él, besando su piel acalorada. Se casarían en dos meses. Estaba deseando despertar a su lado todas las mañanas y amarla como esposa, exactamente igual que ella lo amaba entonces.

Tenía algo importante que decirle. Algo urgente que hacer. Lo que fuera permanecía esquivo en los límites borrosos de su pensamiento. Procuró centrarse, apresar la idea antes de que...

¡Protegerla!

Debía proteger a su prometida. Su hermano la había violado y volvería a hacerle daño.

Había visto a su hermano, su cara de determinación, rayana en la locura. Estaban en un barco. El otro iba armado y lo amenazaba. Lo apuntaba con un arma y no dudaría en disparar, así que se tiró al agua. El mar estaba revuelto y lo arrastraba al fondo. Notó que se hundía. Las balas entraban salpicando en el agua y le pasaban rozando la cabeza y el torso, no alcanzándole por poco.

Nadó tan rápido como pudo, aunque le ardieran los pulmones, impulsado por el miedo más horrible que había sentido jamás. Tenía que protegerla.

Unas olas grandes y poderosas lo arrojaron contra el promontorio rocoso. Sintió un dolor insoportable en la cara y en las extremidades. El océano lo reclamaba, pero su voluntad de proteger al amor de su vida era mayor. Debía llegar a ella antes de que su hermano le pusiera una mano encima. La corriente lo arrastró al fondo. Flotó, a la deriva. De un lado a otro, de arriba abajo. Luego se hizo la oscuridad.

—¡Papá, papá! —oyó chillar una vocecilla. Abrió los ojos de golpe. Un

niño pequeño saltaba encima de él, revolviéndole las sábanas. Miró al niño, que reía mientras saltaba por la cama—. ¡Despierta, papá, que tengo hambre!

El niño hablaba español. Se devanó los sesos, intentando recordar el que había aprendido en la universidad. El niño tenía hambre y lo había llamado «papá».

¿Dónde demonios estaba?

Se incorporó de golpe y reculó en la cama hasta chocar con el cabecero. Estaba en un dormitorio rodeado de fotos enmarcadas. Se vio en muchas, pero no recordaba habérselas hecho. A la derecha, un balcón con vistas al mar. «¿Pero qué coño...?»

Sintió que palidecía. Se notó de pronto un sudor frío. El niño saltaba más cerca, girando en el aire.

—¡Quiero el desayuno! ¡Quiero el desayuno! —canturreaba.

—¡Deja de saltar! —graznó, levantando las manos para evitar que el crío se le acercara demasiado. Estaba desorientado. Sentía un pánico que le cerraba la garganta—. ¡Para! —le gritó.

El niño paró en seco. Atónito, lo miró dos segundos, bajó de la cama como una bala y salió disparado de la habitación.

Cerró los ojos con fuerza y contó hasta diez. Cuando los abriera, todo volvería a ser normal. Estaba estresado: el trabajo, la boda, lidiar con sus hermanos... Tenía que ser por eso. Aquello era solo un sueño.

Abrió los ojos. Nada había cambiado. Respiraba con dificultad. Aquello no era un sueño. Era una pesadilla y la estaba viviendo.

En la mesilla encontró un teléfono móvil. Lo cogió y lo activó. Le dio un vuelco el corazón cuando vio la fecha. Tenían que estar en mayo, ¿cómo podían estar en diciembre... seis años y medio después de la fecha de su boda?

Oyó un ruido en la puerta y levantó bruscamente la cabeza. En el umbral había otro niño, mayor, con el rostro moreno de pronto pálido.

—¿Papá?

Se irguió aún más.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy? ¿Qué sitio es este?

Sus preguntas parecieron asustarlo, pero el niño no se fue de la habitación, sino que acercó una silla al armario. Se subió en ella y cogió del último estante una caja metálica. Le acercó la caja y pulsó un código de cuatro cifras en el teclado. Se abrió el cierre de seguridad. El crío levantó la tapa y salió de la habitación de espaldas, despacio, con la cara llena de lágrimas.

Dentro de la caja había documentos legales: pasaportes, partidas de nacimiento, un certificado de matrimonio con una tal Raquel Celina Domínguez... Al fondo había lápices de memoria y varios discos duros, y un anillo de compromiso. Conocía el anillo. Era el de ella. Lo sostuvo a la luz y lo miró fijamente, sin comprender. ¿Por qué no lo llevaba puesto?

Volvió a meterlo en la caja y le llamó la atención un sobre. Iba dirigido a él. A James. Lo abrió, rasgándolo, y sacó una carta.

Escribo esto sabiendo que vivo de prestado. Temo que se acerca el día en que recordaré quién era y olvidaré quién soy. Me llamo Jaime Carlos Domínguez. Hubo un tiempo en que era James Charles Donato. Si estoy leyendo esta nota y no recuerdo haberla escrito, solo hay una cosa que debo saber: SOMOS LA MISMA PERSONA.

Agradecimientos

Mi viaje como escritora, igual que el de Aimee en *La vida que soñamos*, ha estado lleno de altibajos. Ha sido una aventura increíble, emocionante que ha traído a mi vida a algunas personas asombrosas. Gracias a su entusiasmo y a su profesionalidad, y al apoyo constante de mi familia y mis amigos, he tenido el privilegio de compartir la historia de Aimee con mis lectores.

Estoy muy agradecida a mi agente, Gordon Warnock, de Fuse Literary Agency, por tomarse la molestia de escucharme, por su ánimo y por no rendirse nunca. Sobre todo le agradezco que le encontrara un hogar a *La vida que soñamos*. También agradezco a Jen Karsbaek que rescatara mi manuscrito del montón de los descartados. Gracias por entusiasmartelo con la historia de Aimee tanto como yo.

Todo el equipo editorial de Lake Union Publishing ha sido extraordinario, en especial Danielle Marshall y mi editora, Kelli Martin. Gracias por todo lo que habéis hecho para que este libro brille. Os estoy inmensamente agradecida. Trabajar con vosotros es una maravilla.

La vida que soñamos no sería lo que es sin la colaboración de mis primeras lectoras —Elizabeth Allen, Bonnie Dodge, Vicky Gresham, Addison James y Orly Konig-Lopez—, que fueron leyendo pacientemente todas las revisiones. Vuestra opinión sincera me ha ayudado a ser mejor narradora y escritora. Además, mientras escribía, a alguien se le ocurrió la locura de montar una asociación. Vosotras, cofundadoras de la Women's Fiction Writers Association, sois mi inspiración. Además de escribir novelas, sabemos montar organizaciones de ámbito nacional, ¿no es genial?

Tengo que dar las gracias a mis padres, Bill y Phyllis Hall. Ellos han sido mis mayores defensores desde el principio, cuando hace un montón de años dije que quería escribir un libro. Gracias por enseñarle a una niña a soñar a lo grande.

A mis hijos, Evan y Brenna, gracias por preguntarme siempre por mis

libros. No perdáis nunca la curiosidad. Me encanta escribir, pero me gusta aún más ser vuestra madre.

Por último, a mi mejor amigo y pacientísimo y cariñosísimo marido, Henry, tengo que darle las gracias por todo lo que hace. Gracias por ser tú.